Estela Noelia Rice Ponce es una famosa actriz de Hollywood de origen español acostumbrada al glamour y a la fama. En la campaña de promoción de su última película viaja a España donde, por casualidades del destino, se reencuentra con Juan Morán, un joven al que conoció años atrás en Las Vegas… y al que esperaba no volver a ver jamás. Juan trabaja ahora como GEO y está acostumbrado a toda clase de peligros y a la discreción que le exige su profesión, así que lo que menos le apetece es ver una *estrellita* de Hollywood revoloteando a su alrededor. Pero cuando el destino se conjura en su contra… es inútil resistirse.

Megan Maxwell

¿Y a ti qué te importa?

eBooks con estilo

ePUB v1.0

29.5.13

más libros en epubgratis.me

Megan Maxwell, 2012. ePub base v2.1

Esta novela está dedicada a todas las chicas y chicos Maxwell ¿y sabéis por qué? Pues porque todos nos merecemos un YOGURAZO... jajaja

¡Sois la Bomba!

1

Las Vegas, 11 de junio de 2000

Un divertido grupo de jóvenes amigos, todos españoles, entraron en el *hall* del impresionante hotel Caesars Palace de Las Vegas. Sus caras al ver la majestuosidad de todo lo que les rodeaba hablaban por sí solas.

— Uoo tío ¡esto es la leche! — gritó Raúl más conocido como el Pirulas, el joven más alocado del grupo.

Todos asintieron boquiabiertos. La recepción de aquel lugar era alucinante. El mármol color marfil y las esculturas romanas eran tan increíbles que parecían estar en la Antigua Roma. Emilio, Raúl, Carlos y Juan que habían viajado desde Madrid para celebrar la despedida de soltero más sonada de todos los tiempos sonrieron divertidos. Habían planeado minuciosamente aquel viaje y allí estaban, dispuestos a disfrutarlo.

Carlos se casaba el uno de julio y sus colegas de toda la vida habían decidido darle aquella sorpresa. ¡Las Vegas! Un lugar del que habían hablado mucho durante su adolescencia y al que habían prometido ir juntos alguna vez. La ocasión se presentó y allí estaban.

— Tío… tío ¿has visto a la tía esa? Por favor, ¡qué pechugas! — soltó Emilio, conocido en su pueblo como el Rúcula.

Sin perder un segundo, todos miraron en dirección a una muchacha impresionante. Era una rubia escultural que iba vestida de Cleopatra. Esta, al pasar junto a ellos, les guiñó un ojo y se marchó con dos tipos que la esperaban vestidos de romanos.

El futuro marido y Juan, los más sensatos, al ver a aquella mujer alejarse sonrieron, mientras los

otros dos silbaban como descosidos.

—Recuerda lo que hablamos —murmuró Carlos a Juan—. No me dejes hacer ninguna tontería que como se entere mi *churri* cuando llegue a Sigüenza ¡me mata!

Juan sonrió al oír aquel comentario y fue a contestar a su mejor amigo, cuando el Piruas, que también lo había escuchado, dijo colgándose de su cuello:

—Aprovecha tus últimos días de solteroooooooo y no me seas aburrido. Tío, que estamos en LAS VEGASSSSSSSSS. Nos rodean nenas preciosas y sexys, y hemos prometido que lo que pase aquí, aquí se quedará.

El Pirulas era el típico amigo divertido pero problemático. En un principio pensaron viajar sin él, pero su amistad desde niños y el cariño que le tenían, al final consiguió que no le dejaran de lado. Sin embargo, todos sabían que había que andarse con cuidado. A Raúl le gustaba demasiado la juerga, la bebida y las drogas y era un especialista en liarla en cualquier momento.

—¡Joder! —gritó el Rúcula—. ¿Habéis visto qué culo tiene ese pibonazo?

Juan sonrió. Sus amigos eran un caso aparte, pero les quería. Nada tenían que ver con el, ni con su manera de ser, pero para él eran los mejores del mundo, aunque también fueran los más escandalosos del universo. Por ello, y consciente de que los cinco días que iban a estar allí iban a ser gloriosos, cogió su bolsa de deporte y dijo antes de que alguno comenzara a gritar burradas:

—Venga, vamos a buscar la llave de nuestra habitación para dejar el equipaje.

El Pirulas cogiendo su mochila le siguió e indicó:

— Ostras tío. Tu amiguita de la agencia de viajes nos ha buscado un hotelazo tremendo. Recuérdame que le lleve un *souvenir* de agradecimiento.

— Pilar es muy maja — asintió Juan divertido.

— Y está muy buena — apostilló el Rúcula— .

¿Sales con ella?

— ¡Ja! Ya quisiera ella — se mofó Carlos que conocía a fondo de la vida de .su amigo.

— ¿No estás liado con el monumento de la agencia? ¡Pero si esta tremenda! — exclamó el Pirulas sacando una botellita de whisky que había comprado al taxista.

— No... No estoy liado con ella — respondió Juan dejando sobre el mostrador su pasaporte— . Estoy liado con las pruebas para entrar en la policía nacional. ¿Lo recuerdas?

— Sinceramente, creo que te falta un tornillo — se mofó el Pirula— . Y no lo digo porque quieras ser policía, sino por no estar enrollado con ese pibonazo.

Tras soltar una carcajada, Juan miró a sus amigos y exclamó:

— ¿Queréis dejar de marujear y sacar vuestros pasaportes?

Si la entrada del hotel, el hall y la recepción les pareció alucinante, cuando llegaron a su habitación, se asomaron al balcón y vieron las enormes piscinas fue él no va más. Aquella tarde la dedicaron a jugar en las máquinas del hotel, y cuando se enteraron de que en la sala de espectáculos actuaba la cantante Gloria Estefan, no se lo pensaron y fueron allí a cenar.

La actuación fue impresionante. Gloria estuvo magnifica y ellos se divirtieron a rabiar, y más cuando descubrieron en la mesa de al lado un

grupo de chicas dispuestas a pasarlo también cono ellos.

Como era de esperar, el Pirulas, que iba más bebido que ninguno, .se levantó y se dirigió a la mesa de las chicas. Dos segundos pues regresó con las cuatro.

— Colegas, os presento a Crista, Mariana, Noelia y Sheila. ¡Son universitarias californianas!

— Uoooo! — exclamaron al oír su efusión.

Las muchachas les saludaron y pocos segundos después estaban sentadas con ellos. Una vez acabó el espectáculo de Gloria Estefan, unos músicos comenzaron a tocar y al poco Las chicas les invitaron a bailar. Raúl y Emilio aceptaron. Carlos y Juan se limitaron a ver bailar a sus dos amigos con las cuatro muchachas, que parecían muy animadas.

— Creo que voy a recordar este viaje toda mi vida — sonrió Juan al ver a Raúl con una peluca a lo Elvis Presley bailando con las chicas. Aunque su mirada se detenía una y otra vez en la rubita llamada Noelia. Sus ojillos llenos de vida y esa sonrisa descarada le atraían... y mucho.

Carlos, que conocía bien a su amigo, al ver como aquel miraba a la joven se acercó a él y le susurró:

— ¿Es solo cosa mía o la del vestido rojo te gusta?

Juan sonrió. Bebió de su cerveza y, por su gesto, su amigo le entendió.

— La verdad es que tiene unos ojazos azules impresionantes — asintió de nuevo Carlos.

Una hora después, los ocho salieron de Caesars Palace dispuestos a vivir la noche de Las Vegas. Primero pasaron por uno de los cientos de casinos donde tomaron unas copas y jugaron unas partidas al *blackjack*. Allí, de nuevo, Juan volvió a fijarse en Noelia y comprobó cómo controlaba y

ganaba en aquel juego. Con las ganancias, todos se dirigieron a una sala de fiestas donde un grupo de salsa tocaba mientras la gente bailaba. En esta ocasión, y con unas copillas encima, todos saltaron a la pista, incluido Juan, quien demostró ser un magnifico bailarín, y a quien se le resecó la boca en exceso cuando la chica de los impresionantes ojos azules se le acercó y se contoneó bailando delante de él mientras le cogía de la mano. La siguió como pudo y comprobó lo fácil que era bailar con ella. Media hora después, sudorosos y sedientos, los dos se dirigieron a la barra para pedir unas copas.

— Noelia, tu acento no es tan marcado como el de tus amigas, ¿por qué? — preguntó Juan.

— Mi padre es americano, pero mi madre es puertorriqueña —cuchicheó esta—. Físicamente he salido a la familia de mi padre.

Juan sonrió y volvió a preguntar:

— ¿Dónde vives?

— En Los Angeles y, por cierto, mi abuela, la madre de mi madre, es española.

— ¿Española? ¿De dónde? — dijo sorprendido.

— De Asturias. Un lugar que lleva clavadito en el corazón. Siempre me habla de aquella tierra como algo maravilloso y difícil de olvidar.

— ¿Y cómo terminó una asturiana en Puerto Rico?

Retirándose con coquetería el pelo de la cara, mientras llamaba al camarero para pedirle otras copas la joven murmuró:

— El amor. Conoció a mi abuelo, se enamoró de él, y cuando este tuvo que regresar a su país, se casaron y mi abuela se marchó con él.

— ¿Y tu abuela ha vuelto alguna vez a Asturias?

— Sí... sí. Ella ha viajado algunas veces allá, y yo espero acompañarla algún día. Aunque ahora con los estudios y tal lo tengo difícil — respondió clavándole sus azulados ojos.

— Sé que te estoy acribillando a preguntas pero ¿qué estudias?

La joven tras ver que el camarero preparaba sus bebidas le miró y respondió con seguridad.

— Publicidad. Me gusta mucho ese mundillo. — Y dando un giro a la conversación preguntó —: ¿Y tú de qué lugar de España eres?

— Vivo en Madrid. Pero mi familia es de un pueblecito de Guadalajara llamado Sigüenza. Donde, por cierto, hay un maravilloso castillo que es una auténtica preciosidad.

— ¿Un castillo? Adoro los castillos. —Sonrió encantada— En uno de los viajes que tengo planeado hacer a Europa quiero conocer muchos de ellos.

— España está lleno.

— Lo sé. Mi abuela siempre me habla de España, de sus castillos y de su historia.

Su gesto aniñado al escucharle, sus ojazos azules y sus bonitos labios enamoraban a Juan, y pasándole la mano por el fino óvalo de su cara le susurró:

— Si alguna vez vienes a España, yo mismo te los enseñaré ¿de acuerdo *canija*?

— *¡¿Canija?!* — rio la joven con las pulsaciones a mil— . Así me llama mi abuela.

Ambos rieron y se miraron a los ojos deseosos de intimidad. Pero los dos sabían que sería una locura. Por ello, para romper ese momento mágico, Noelia preguntó:

— ¿Estudias o trabajas?

Juan sonrió. Ahora era ella la que preguntaba.

— Me estoy preparando para ser policía en mi país. Bueno, en realidad, Carlos y yo nos estamos preparando para ser policías.

Sorprendida por aquella contestación ella asintió y sin darle tiempo volvió a preguntar.

— ¿Y qué hacen unos futuros policías españoles en Las Vegas?

Dando un trago a su cerveza, Juan se acercó un poco más a ella y, decidido a dejar de imaginar para pasar a la acción, le respondió con voz ronca:

— Divertirse. ¿Y vosotras?

Noelia al sentir su cercanía, olvidó sus precauciones y, acercando sus labios a los de él, susurró cautivada:

— Divertirnos.

Dejando su cerveza sobre la barra, Juan se acercó más a la muchacha para tomar con avidez aquellos labios tentadores. Ella era dulce, suave y olía a sensualidad, una sensualidad que a Juan le volvió loco. Tras ese beso cálido y sensual, llegaron muchos otros, regados con alcohol y diversión. La noche enloqueció, llena de colores, música, risas, bebida y descontrol. Por primera vez en su vida, Juan, el muchacho que siempre controlaba sus actos, bebió tanto que llegó un momento en que perdió la razón y la noción del tiempo.

2

Juan despertó en una habitación que no era la suya. Miró a .su alrededor y no se sorprendió al ver a la joven que había conocido la noche anterior desnuda a su lado totalmente dormida. Recordaba instantes con ella, pero poco más. ¿Qué hora era? Miró el reloj digital que estaba encima de la mesilla y leyó, las 21:14, catorce de junio. ¿Catorce de junio? Boquiabierto, se rascó la cabeza. Lo último que recordaba era la larde del once de junio cuando llegaron a Las Vegas ¿Cómo podía ser día catorce?

Con curiosidad, paseó la mirada por aquella lujosa suite y se sorprendió al ver un piano blanco en un lateral. Leyó su marca: Yamaha. Levantándose desnudo y con una resaca impresionante caminó hacia una puerta lacada en blanco. Aquello debía ser el baño. Pero se quedó sin habla al abrir y ver unas columnas acompañadas por unas esculturas italianas y en el centro una pequeña piscina de agua añil.

¿Pero dónde estoy? pensó mirando a su alrededor.

Cerrando la puerta, se fijó en el enorme televisor junto a la bonita chimenea, los sillones de cuero blancos y la fuente.

— ¡Qué fuerte! Una fuente en medio de un salón. Cuando se lo cuente al abuelo va a alucinar — murmuró divertido.

Sin poder quedarse quieto buscó a sus amigos. ¿Dónde estaban? Al abrir una puerta los encontró tendidos en una enorme cama, junto a las otras chicas. Todos estaban desnudos, y rápidamente comprobó que faltaba el Pirulas ¿Dónde se habría metido? Sin poder evitarlo, miró a su amigo Carlos, y le vio dormido sobre el pecho de una de las chicas.

— Joder… joder. Dije que le iba a controlar — susurró agobiado.

Cerró la puerta. ¿Que había ocurrido allí? Llevándose una mano al rostro pensó en su amigo. Cuando se despertara y viera lo que había hecho montaría en cólera al pensar en su dulce Laura. Aquello le iba a martirizar. Si alguien quería con locura a su novia, sin duda, era Carlos.

Confundido y en busca de una explicación para todo aquello, se pasó la mano por su largo y negro pelo cuando sintió que algo frío le rozaba la frente. Sin perder un segundo se miró la mano y de pronto gritó.

— No… no… no… ¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

La muchacha, que hasta el momento había permanecido dormida, al oír aquel alarido se incorporó de un salto. La cabeza le dolía y todo le daba vueltas, pero lo primero que vio fue al joven que había conocido *supuestamente* el día anterior. Aquel con quien había compartido besos, diversión y al verse desnuda en aquella cama, imaginó que algo más.

— Dime que esto no es cierto. Dime que no nos hemos casado — gritó Juan enseñándole la alianza con dos dados que llevaba en la mano.

La joven, al escuchar aquello, rápidamente miró su mano. Al ver una alianza igual en su dedo, se levantó de un salto, sin importarle lo más mínimo su desnudez.

— No puede ser… ¡esto no me puede estar pasando!

— ¡¿Nos hemos casado?! — aulló él.

A Noelia le iba el corazón a mil por hora.

— No lo sé… no lo sé.

Histérico, Juan buscó su ropa interior y se la puso mientras ella hacía lo mismo. Necesitaban despertarse, despejarse y aclarar las ideas. Él

era un chico al que su padre le había enseñado a controlar su vida y aquello de pronto se le escapaba por todos lados. Noelia fue a coger su sujetador que estaba en el suelo, cuando vio un sobre. Lo abrió, y se quedó sin respiración al ver una licencia de matrimonio con sus nombres y una foto de ella y Juan besándose: ella con un ridículo velo de novia, y él con un horroroso chaqué junto a un Juez de Paz.

— Dios mío, es cierto. ¡Nos hemos casado! — gritó horrorizada.

Dando dos zancadas, el joven de pelo oscuro llegó hasta ella. Le quitó la foto de un tirón y al mirarla blasfemó. Pero cuando leyó lo que ponía en la licencia la miró con el ceno fruncido y vociferó.

— ¡Joder... joder... ! ¡¿Me he casado contigo?!

Molesta por como aquel la miraba, gritó fuera de sí.

— ¡A ver si te crees que yo estoy encantada de que *tú* estés casado conmigo!

— ¿Qué me echaste en la bebida? — rugió él.

— ¿Yo? — incrédula, respondió con enfado— : ¿Qué yo te eché *a ti* algo en la bebida?

— Sí, tú... yo... yo no bebo y... y...

De pronto Juan pensó en Raúl. ¡El Pirulas! Su puñetero y siempre problemático amigo. Le mataría. En cuanto se lo echara a la cara le mataría. No hacía falta hablar con él para saber que tenía algo que ver en todo aquello. La joven de pelo rubio, enfadada por lo que estaba sugiriendo, le lanzó uno de sus zapatos de tacón a la cabeza, hecha una furia.

— ¡¿Qué narices estás intentando decir?! ¡Solo tengo veinte años, una maravillosa vida por delante y *tú* no entras dentro de mi proyecto de vida!

— Mira, *guapa* — respondió con crudeza— , yo tengo veintidós y te aseguro que *tú* sí que no entras en *mi* proyecto vida.

Poco acostumbrada a que un hombre la hablara así y cada vez más molesta por como aquel idiota vociferaba gritó:

— ¡¿Acaso crees que yo me quería casar contigo?! — Juan no respondió, solo la miró furioso y ella continuó— : Mira, *guapa*, he escuchado tonterías en mi vida, pero lo que acabas de decir

es el *summum* de las tonterías. Yo no necesito casarme contigo y menos con estas horrorosas, baratas y feas alianzas de dados —gritó al mirarle—. Mi vida es… Quizá seas tú el que me ha engañado a mí.

—¡¿Yo?!

—Si, tú… Pero, vamos a ver, ¿cómo voy a querer casarme contigo? Con… con… un simple aspirante a policía.

Al escuchar aquello, Juan frunció el ceño y preguntó molesto:

—Pero ¿tu quien le has creído para pensar que eres mas que yo?

Aturdida por todo lo que había pasado, fue a hablar, pero se calló. Tenía claro que él no sabía quién era ella, así que respondió con otra pregunta.

—¿Y tú quién te has creído que eres para sugerir que yo te he engañado?

De pronto la puerta de al lado se abrió. Apareció Carlos desnudo con las manos en los oídos. Su cara lo decía todo. Tenía una resaca del quince.

—Por el amor de Dios, ¿podéis dejar de gritar como mandriles?

—¡No! —gritaron al unísono los afectados, y Juan, acercándose a su amigo dijo enseñándole la licencia de matrimonio y la foto—: Mira esto y dime si tú no gritarías.

La cara de Carlos cambió en pocos segundos. De azulada pasó a marmórea. ¿Qué habían hecho? ¿Qué había pasado? Rápidamente, se miró las manos, y tras comprobar que él no llevaba alianza, respiró

tranquilo. Escudriñó a su amigo con la mirada y se tapó con una mano sus vergüenzas.

— No me jodas tío que te has casado…

Juan arrancándole de las manos los papeles, voceó mientras los rompía.

— No, yo no te *jodo*. Aquí el *jodido* soy yo, que *sí*, me he casado con una mujer a la que no quiero, no conozco y lo mejor de todo, ¡no sé ni quién es!

Noelia fue a gritar que a ella le ocurría lo mismo cuando el resto del grupo apareció por la puerta con cara de resacón. De pronto otra puerta se abrió y apareció el loco del Pirulas con unas botellas de champán en las manos. En su línea de locura y con una cogorza por todo lo algo gritó:

— ¡Vivan los novios!

Al escuchar aquello, Juan se abalanzó contra él furioso. Seguro que aquel idiota les había echado algo en la bebida y todo lo ocurrido era por su culpa. Entre puñetazos y gritos, sus amigos les separaron. El estado del Pirulas era pésimo y el cabreo de Juan tremendo. De pronto, la despedida de soltero se había convertido en la boda de Juan con una desconocida, y la diversión en caos, Carlos tras llevarse al Pirulas a 1a habitación contigua, sonsacarle lo que había ocurrido y conseguir que cerrara la boca metiéndole un calcetín en ella regresó a la habitación principal, justo cuando Noelia se levantaba y decía con gesto contrariado:

— Llamaré a mi padre. Él solucionará esto.

— ¿A tu padre? — gritó Juan fuera de sí— ¿Qué tiene que ver tu padre en todo esto?

Con los ojos anegados de rabia por tener que pedir ayuda a su progenitor, la muchacha murmuró.

— Créeme, él lo solucionará.

Tres horas después aparecieron en el hotel

cuatro gorilas de dos metros custodiando a un imponente hombre de unos cincuenta años, que observó a Juan con cara de odio y se dirigió a la joven con frialdad.

Este debe ser su papaíto, pensó Juan al ver como los gorilas echaban a todos los amigos de la habitación menos a él y a la muchacha.

Hecha un mar de lágrimas, la joven le explicó a su padre ocurrido en inglés. Juan, que estaba estudiando el idioma en una academia en Madrid, prestó atención a lo que hablaban y entendió partes. Aquel hombre de aspecto imponente llamó loca entre otras cosas a su hija, y esta no calló y, sin importarle su gesto de enfado, le contestó y comenzaron a discutir.

Si los miradas matasen, este tío ya me habría asesinado, pensó Juan al ver como le miraba aquel hombre.

Media hora después la puerta de la suite volvió a abrirse. Apareció un tío trajeado y con maletín oscuro. Un tal James Bensón. Se sentó junto a estos, sacó unos papeles en los que podía leerse en español «Demanda de divorcio» e hizo firmar a los jóvenes. Mientras firmaba, Juan se fijó en que ella se llamaba Estela Noelia Rice Ponce, pero no pudo ver más. Aquel abogado tiró del papel y se lo quitó, le pidió sus datos en España y una vez acabó su cometido se marchó, con la misma frialdad con la que había llegado.

Minutos después, la muchacha se dirigió a un cuarto para adecentarse y vestirse. Se marchaba con su padre. En el momento en el que Juan y el padre de la chica estuvieron solos, no se dirigieron la palabra, aun así, el joven no se achantó. Se limitó a mirar con el mismo descaro y desprecio con el que aquel le observaba. Ninguno disimuló. Aquella ridícula boda en Las Vegas no era del agrado de nadie.

Cuando Noelia salió vestida con unos vaqueros, una camiseta azulada y su claro pelo recogido en una coleta alta, algo en Juan se resquebrajó. Aquella muchacha menuda que aún era su mujer, era una auténtica preciosidad. Desprendía una luz especial y eso le gustó. Pero manteniendo el tipo se contuvo y desvió la mirada. No quería mirarla. Aquello era una locura que debía de acabar cuanto antes o sus planes y su carrera en la policía española se irían al garete.

La muchacha y su padre intercambiaron unas palabras contundentes, y aquel gigante con cara de mala leche salió por la puerta sin despedirse, dejándoles a los dos a solas en la habitación.

— No te preocupes por nada. Papá dice que conseguiremos el divorcio rápidamente. — Al ver que él no respondía prosiguió —. Como le has dado tu dirección a James, él te enviará una copia a tu casa y… y… podrás olvidar todo esto muy pronto.

— Gracias. Es todo un detalle — respondió el joven molesto por sentirse un pelele en todos los sentidos.

Nunca le había gustado que nadie manejase su vida como había ocurrido en la última hora. Su padre les había enseñado a él y sus hermanas a manejar sus vidas, no a dejar que otro se las manejara. Noelia, a quien por alguna extraña circunstancia le resultaba difícil marcharse de aquella habitación, anduvo hacia él. Estaba claro que aquel muchacho la había tratado de una manera a la que ella no estaba acostumbrada. Por primera vez, un chico la había mirado como a una chica normal y sabía que eso le resultaría difícil de olvidar. Pero clavando sus cansados ojos claros en el muchacho moreno de mirada oscura y profunda dijo:

— Quiero que sepas que lamento tanto como tú todo lo que ha pasado. Y antes de irme necesito decirle que…

— Oye, *canija* — cortó con voz tensa quitándose con furia el ridículo anillo para dejarlo ante ella, después darle la espalda —. No sé quién eres ni me interesa conocer nada de ti. Sera mejor que te vayas antes de que tu padre, ese que se cree Dios, entre de nuevo.

La joven asintió y calló. Le hubiera gustado que todo terminara de diferente manera pero era

imposible. Por ello y sin decir nada se guardó en el bolsillo del vaquero el horroroso anillo de dados que él había dejado sobre la mesa, cogió mi bolso y se marchó. Al escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, el joven miró a su alrededor, estaba solo en la suite.

Una hora después, tras ducharse, fue a salir de la habitación cuando vio la foto y los papeles de la licencia rotos en el suelo. Sin saber por qué los recogió con furia y se fue a su habitación. Necesitaba olvidar lo ocurrido.

Al día siguiente en el avión de regreso a España, Juan no podía dormir. Había mantenido una fuerte discusión con el Pirulas por todo lo ocurrido. Aquel descerebrado, como bien había imaginado él, había sido quien les había echado una de sus pastillitas en la bebida. Por su culpa todo había acabado fatal. Con gesto grave miró a sus amigos que, agotados, dormían como troncos en sus asientos y sonrió al ver el ojo morado del Pirulas. Un ojo que él se había encargado de tintar. Aburrido, enfadado y muy cansado, alargó la mano para cogerla revista que ofrecía la compañía aérea y al abrir una de sus paginas se quedó de piedra. Había varias fotos de la joven con la que se había casado junto a su padre, brindando con Meryl Streep, Brad Pitt y Paul Newman. Boquiabierto leyó:

"El magnate de la industria del cine Steven Rice, su preciosa mujer Samantha y su bella hija Estela organizan una fiesta para recaudar fondos para la India en su lujosa villa en Beverly Hills».

Incrédulo, Juan miró de nuevo las caras de aquellos. Increíblemente se trataba de la chica y su padre. En ese momento lo entendió todo. El magnate debió creer que se había casado con su hija por dinero. Cerrando la revista maldijo. Ahora entendía porque se creía Dios. Era el puto amo de la industria cinematográfica americana y él, un don nadie, se había casado con su adorada hija.

3

Diez años después… Hollywood, julio de 2010.

El silencio que se produjo cuando terminó el preestreno de la película *Brigada 42* en la una de las salas de Hollywood Boulevard, hizo que a Estela Ponce, actriz principal de la película, se le pusiera la carne de gallina. El momento de la verdad había llegado y, como siempre, los nervios se apoderaron de ella. Su anterior película había sido un exitazo y temía que las expectativas fueran tan grandes que esta nueva producción decepcionara. Pero el miedo desapareció y respiró con deleite cuando el cine prorrumpió en aplausos y vítores.

Vestida con un vaporoso vestido de Givenchy en color rojo a juego con sus bonitos zapatos de tacón alto de Jimmy Ghoo, Noelia, era el *glamour* personificado en la meca del cine.

—*Darling*, eres *lo más*. ¡Artistaza! —Sonrió Tomi, su primo y mejor amigo, que aplaudía como un loco sentado a su derecha.

Animada por Mike Grisman, el galán de moda en Hollywood y compañero de reparto en la película, se levantó y él la besó cariñosamente en la mejilla. Como era de esperar, los *flashes* les acribillaron. Desde el comienzo del rodaje se especuló con que existía un romance entre ellos. Siempre ocurría lo mismo. Con cada película que hacía saltaba la noticia: «¿Romance a la vista?». Pero en aquella ocasión sí era verdad. Mike y ella mantenían algo que no se podía llamar relación, pero sí atracción sexual.

Mike era extremadamente guapo, Demasiado. Metro ochenta, pelo rubio y sedoso, sonrisa cautivadora y mirada de galán de Hollywood. Mike era, entre otras muchas cosas, el cóctel perfecto

para una buena sesión de sexo y Noelia, mujer soltera y sin compromiso, encontró su particular sesión. El primer día que Mike se presentó en el estudio y lo miró, lo supo. Él sería su siguiente amante.

Mientras la gente aplaudía, Estela, Noelia para los amigos, desvió su mirada. En las butacas de la fila de atrás estaban sentados su padre y su mujer, Samantha. Steven Rice miraba resplandeciente a su única hija. Su supuesta princesa. Su supuesto orgullo. Pero no era oro todo lo que relucía y Noelia, tras cruzar la mirada con él, simplemente sonrió.

—Estelle, tesoro —murmuró su guapa y glamurosa madrastra acercándose a ella—. Has estado fantástica. ¡Colosal!

—Gracias, Samantha.

Sleven Rice, el gran magnate de la industria cinematográfica cruzó una gélida mirada con su primogénita, se acercó a ella, y tras besarla en la mejilla para gozo de todos los que los rodeaban le susurró al oído:

—Muy bien, Estelle. Será un éxito de taquilla. Recuerda, ahora paciencia con la prensa y después asiste a la fiesta del director y la distribuidora. En cuanto a la fiebre que tienes, olvídala. No es momento de enfermedades.

—Lo sé, papá… lo sé —asintió ella con su mejor sonrisa. Aquello era lo único que le importaba a su padre. La prensa, el éxito en taquilla, el dinero, el poder.

Steven nunca fue un padre al uso y eso repercutió en sus relaciones personales. Su madre murió trágicamente cuando ella tenía seis años y pronto aprendió que a papá nunca se le molestaba. Él era una persona muy ocupada. Cuando contaba con nueve años, su padre conoció a la guapísima Samantha Summer, una

guapa presentadora de televisión con la que nunca tuvo *feeling*. Ellos preferían acudir a fiestas y viajar, a preocuparse de la educación de una niña deseosa de cariño. Desde su más tierna infancia, aprendió que los besos y los arrullos solo los encontraba en Puerto Rico, donde vivía su abuela materna y donde acudía siempre que tenía vacaciones en el colegio. Ella intentó suplir a su madre. Siempre la escucho, le habló, le dio todo su amor y especialmente, la aconsejó

Ante la prensa y medios de comunicación La familia de Steven Rice era una familia perfecta, ideal. El *glamour* personificado. Pero en el corazón de Noelia, esa familia nunca existió.

Cuando creció y decidió ser actriz se negó a utilizar el apellido de su famoso padre, Rice. Lo detestaba. Por ello utilizó el apellido de su abuela. Sería Estela Ponce. Un apellido y nombre latino que a ella le llenaba de orgullo y honor, aunque entre sus amigos se hacía llamar Noelia. Le gustaba más.

Tras la *premiére*, Mike y ella, atendieron durante más de cuatro horas a la prensa con dedicación, en una sala acondicionada para ello. Aquello era agotador. Contestar una y otra vez las mismas preguntas — a veces indiscretas— de los periodistas sin desfallecer ni dejar de sonreír, en ocasiones, se hacía difícil. Pero aquello entraba en el paquete de ser actriz. Se estrenaba película y, sin duda alguna, había que atender a la prensa por muy agotador que fuera.

Cuando por fin las entrevistas acabaron y pudo salir de aquella sala su primo salió a su encuentro y, asiéndola del brazo, se la llevó hasta una limusina blanca. Mike se había marchado minutos antes y le había recordado a Tomi que tenía que llevar a Noelia a la fiesta posterior.

Agotada, se sentó en la limusina y cuando su primo cerró la puerta, esta desdibujó la sonrisa de los labios y se dirigió a él con gesto descompuesto.

— Dame una aspirina. La cabeza me va a estallar.

— *Ay my baby*! Pero, si tienes los ojos por los suelos. Toma *my love* — murmuró sacando de su enorme bolsón un bote con el medicamento— . Cómo me gustaría llevarte a casa y meterte en la camita tras hacerte *drink* un vaso de *milk*, pero…

— Lo sé Tomi, no te preocupes — sonrió al ver su gesto de preocupación.

Cinco minutos después y cuando la limusina circulaba por las calles, Noelia miró a su primo y dijo con mejor voz:

— Dame un cigarrillo por favor. Lo necesito con urgencia.

— Toma *my love*, te lo mereces — le contestó alargándole su pitillera de oro. Una pitillera que su padre, el gran Steven Rice le regaló años atrás y que estaba grabada con el nombre de Estelle N. Rice P — . Todo ha salido, ¡*perfectl* Tú, divinísima. Glamurosa. Impactante. *Beautiful*. Y Mike… *mmmm* ese galanazo neoyorquino con caray *body* de canalla estupendo. *Oh, my god*… la escena de la película en la que ambos os tiráis al mar desde el yate… ¡Qué abdominales! ¡Qué oblicuos los de ese *pretty man*!

Noelia puso los ojos en blanco. Su primo y su particular manera de hablar. Si había alguien que hablaba *espanglish* como nadie, ese era Tomi. Mezclaba el español con palabras en inglés continuamente, volviéndola loca. Sin querer escucharle más cogió un cigarrillo de su pitillera y lo encendió, mientras Tomi continuaba con su habitual chorreo de palabras.

— Por cierto, la prensa está rendidita a vuestros pies. ¡Lo habéis conseguido! ¡Qué *marvellousl* — Ella sonrió— , Y una vez conquistado el *american market*, en breve despegaremos para *Europe. ¡Europe!* — gritó su primo— . Primera parada; Berlín, después; Londres, París y. finalmente, *Spain. Oh! … Spain*! Con esos *spanish* tan remachos, tan toreros y tan hombretones romo Antonio Banderas. ¡*I love them*! No veo el momento de conocer a un latino de esos y que me vuelva *crazy*…

Agotada por la prensa, las obligaciones y el estrés del preestreno la joven fumaba mientras miraba por la ventana de la limusina. Adoraba a Tomi, pero a veces su parloteo era agotador. Y esa era una de las veces. Mientras él hablaba sobre españoles y músculos, Noelia aspiró de su cigarrillo y pensó en su futura conquista cinematográfica, España.

4

Base de los geo Guadalajara (España), noviembre de 2010

Un grupo de fuertes y jóvenes hombres corría sin descanso por el campo de la base de madrugada. Pisaban el suelo con seguridad mientras el resuello de sus respiraciones se acompasaba al esfuerzo del momento. Eran los mejores. El selecto grupo de los geo. Los miembros de la Unidad de Elite de la Policía Nacional. Valerosos hombres Alfa, seccionados en Comandos que, con su dedicación por el beneficio de los demás, estaban dispuestos a actuar en cualquier punto de España o allá donde se les necesitara.

Tras pasarse más de ocho horas entrenando hasta la extenuación y realizar un simulacro de asalto a un edificio, regresaban sucios y sudorosos pero, a la vez, felices y satisfechos a su Base de Guadalajara.

— Id a descansar. Os lo merecéis — dijo Juan Morán, Instructor del pelotón.

Los hombres, agotados, se dirigieron hacia los vestuarios. Una buena ducha y un café les sentaría de maravilla. Ya descansarían luego.

Cuando Juan entró en sus dependencias, se encontró allí dormitando a Carlos Díaz, especialista en explosivos y aperturas y su mejor amigo. Juntos habían superado las difíciles y extenuantes pruebas para entrar en el cuerpo y lo habían conseguido. Con desgana, despertó al oír ruido, se sentó en el camastro y mirando a su sucio colega preguntó:

— ¿Todo bien?

Quitándose la sudada camiseta oscura y tirándola al suelo el inspector Morán asintió, dio al

play de su CD y la música de Aerosmith inundó la estancia. Necesitaba una ducha miles de que sus músculos se agarrotaran por el esfuerzo hecho.

Diez minutos después, ya más relajado, salió de la ducha con una toalla blanca alrededor de la cintura.

Su amigo, el inspector Díaz, sonrió al verle. Aquella visión hubiera levantado murmullos de admiración entre las amigas de su mujer, Laura. Juan era un tipo que levantaba pasiones entre el sexo femenino. Algo que él no parecía tener muy en cuenta. En todos los años que hacía que se conocían, solo había visto a su amigo prestar atención a alguna mujer en dos ocasiones. En cuanto las féminas comenzaban a agobiarle, cortaba la relación. El Inspector Morán de treinta y dos años, no quería compromisos. Quería vivir su vida, disfrutar del sexo y seguir con su trabajo, que le apasionaba.

— He recibido un mensaje al móvil de mi *churrita*. Nos propone un plan para esta noche para celebrar tu cumpleaños — dijo Carlos observando el tatuaje que su amigo se había hecho años atrás en el brazo.

Juan sonrió. Era cierto. Era su cumpleaños. Cumplía treinta y dos. Mientras se secaba su oscuro corto pelo vigorosamente con una toalla preguntó:

— ¿Qué ha planeado la casamentera de tu mujercita?

Ambos sonrieron. Laura era una chica magnifica pero se había empeñado en buscarle una compañera ideal. Algo imposible. Ninguna le gustaba lo suficiente como para tener más de dos citas con ellas.

Juan era un tipo imponente. Alto, deportista, atractivo y terriblemente sexy. Su constante entrenamiento en la base de Guadalajara había

conseguido labrar en él un cuerpo imponente. Era todo músculo y fibra. Fuerza y sensualidad. Y si a eso le unías unos ojos oscuros seductores y una sonrisa que utilizaba en contadas ocasiones, pero que cuando la mostraba dejaba sin habla, tenías el cóctel perfecto para hacer babear a cualquier mujer.

Durante años, Laura había intentado emparejarle con todas y cada una de sus amigas solteras. Algo que a él le resultaba gracioso, así que la dejaba hacer. Laura era de las pocas mujeres en el mundo que no le aburría. Era divertida e ingeniosa, a pesar de su continua intención de buscarle esposa.

Una vez se secó su corto pelo, se sentó junto a un sonriente Carlos quien le dijo:

— Quiere que vayamos al cine a ver el estreno de *Brigada 42*.

Al oír aquel título Juan se tensó. Justo esa película. Lo último que le apetecía era ver a la actriz que salía en ella. Pero Carlos sin darle tiempo a hablar continuó:

— Vale. Sé lo que piensas sobre esa película, pero le han dicho a mi *churrita* que está muy bien y ya sabes lo mucho que le gusta a mi mujercita el imbécil de Mike Grisman y la actriz… Estela Ponte. Y si encima sale Vin Diesel aunque sea haciendo de malo ¡ya ni te cuento!

— Paso —cortó aquel—. No me apetece ver esa película.

Carlos le entendió pero no se dio por vencido y volvió al ataque.

— No me puedes decir que no, *nenaza* o Laura me dará la noche. Por favor, dique sí.

— Lo siento pero *no, churri* —se mofó aquel—. Dile lo que quieras a Laura pero he dicho que no —respondió poniéndose los pantalones de camuflaje.

— No me jodas, tío —protestó Carlos—. Es nuestra noche libre y es tu cumpl…

— He dicho que no. ¿Qué parte de tu minúsculo cerebro no procesa bien?

Carlos sonrió y en un tono divertido insistió.

— Será una cena cortita y te prometo que cuando acabe la película no dejaré que Laura diga

eso de «Juan… acompaña a Paula a su casa».

— ¡¿Paula?! Hablas de…

— Sí —cortó aquel sonriendo. Sabía que aquella mujer le atraía—. La que trabaja en el Parador.

— Definitivamente no.

— Venga tío. Sé que Paula te gusta… no digas que no.

— No, no me gusta. Pero reconozco que nos lo pasamos muy bien en la cama.

— Entonces ¿a qué esperas para decir que sí, mamonazo? Ya sabes que ella no busca en ti nada serio. Solo busca lo mismo que tú, sexo. Diversión. *Morbete.*

Aquel comentario le hizo sonreír. La verdad era que gracias a la mujer de su amigo, tenía una buena vida sexual. Por ello, y consciente de que no le vendría mal un poco de sexo con aquella explosiva mujer respondió:

— De acuerdo. Pero que te quede claro que es la última vez acepto las encerronas de tu mujercita, aunque sean con la tigresa de su amiga Paula, ¿entendido?

— Alto y claro —asintió Carlos consciente de la cantidad de veces que había oído aquello. Y sin darle tiempo a retractarse dijo—: He quedado con ellas en la puerta del cine a las siete. Cenaremos algo, luego veremos la película y después puedes celebrar tu cumpleaños con Paulaaaaaaaaaa ¿De acuerdo?

Clavando su mirada en él mientras se abrochaba sus botas militares, finalmente asintió.

— Que sí pesado. Iremos a ver esa dichosa película. Pero dile a tu *churrita* que deje de organizarme la vida o al final le miré que enfadarme.

Carlos suspiró aliviado y agarrándole del cuello con el brazo dijo atrayendo a su amigo hacia él:

— Bien hecho, colega. Juan sonrió. Aunque no le apeteciese parte del plan, el sexo con Paula sería divertido.

5

Madrid 23 de noviembre de 2010

El barroco palacio hotel Ritz y su majestuosidad se rindió a los píes de las estrellas de Hollywood que allí se alojaban. Tener a parte del equipo de la película *Brigada 42* y, especialmente, a los famosísimos Mike Grisman y Estela Ponce era uno de los lujos de los que el Ritz podía presumir.

Y, precisamente, en una de sus preciosas suites se encontraba la actriz Estela Ponce con su primo Tomi.

— Por cierto *lady*, ha llamado el *pretly man* de Anthony, dice que cuando regresemos quiere cenar contigo. ¡Qué suerte tienes, *queen*! Ya me gustaría que me llamara a mí ese *macho-man.*

— ¡Genial! Le llamaré — respondió con desgana mientras miraba por la ventana de su habitación.

— También ha llamado, tatachannnnn, Marco Lomfieilo. El brasileño madurito que conocimos en Boston. Ese que tanto se parecía al Gibson de hace años. ¿Recuerdas que casi le envenenaste?

— Sí, Tomi... cómo voy a haberlo olvidado.

Sonrió al recordar. Aquel hombre se empeñó en invitarla a cenar en su casa y ella intentó ayudarle a preparar la cena. El resultado fue desastroso. Si había una mala cocinera, esa era ella.

— ¿Sabes lo que me ha dicho el muy ladrón? Que está deseando probar otro de tus guisos. ¿A qué es salado?

— Yo lo catalogaría más como masoquista — susurró tocándose la cabeza.

— ¿Qué te pasa *my love*?

— Creo que he cogido frío y estoy algo destemplada protestó Noelia sentándose en la

cama.

Sin esperar un segundo más Tomi, al ver el mal aspecto que tenía, se acercó al neceser de medicinas.

—*Oh, my God*, mi princesa. Tómate esto y verás que pronto se te pasa. ¿Pero qué te pasa últimamente que solo tienes males?

—Creo que es agotamiento, Tomi. No te preocupes, se me pasará.

Su primo suspiró. Aquello le pasaba siempre que comenzaban la gira de promoción de las películas. Demasiados viajes. Demasiadas ruedas de prensa y poco descanso. Todo eso mataba a Noelia.

Con cariño la besó en la mejilla y le recogió su precioso cabello rubio tras la oreja.

—Ahora descansa un poquito, *my life*. Yo me voy a mi habitación. Si quieres algo *call me* y vendré rápidamente.

—Vale, no te preocupes te llamaré.

Con una sonrisa, ella cogió la pastillita blanca que le ofrecía y tras llenarse un vaso con agua se lo bebió mientras le veía abandonar la habitación. Diez minutos después se encontraba peor. Intentó cerrar los ojos para relajarse y, cuando parecía que empezaba a conseguirlo, alguien llamó a la puerta. Se levantó con esfuerzo y suspiró al ver quién era.

—¿Qué te pasa? Tienes mal aspecto —dijo a modo de saludo Mike Grisman: su actual ligue y compañero de reparto en la película.

—Estoy fatal, Mike —murmuró mientras se metía de nuevo en la cama.

Incrédulo, miró el reloj. En apenas hora y media tenían que estar en el Salón Real del Ritz para la rueda de prensa y ella estaba aún sin arreglar.

— Estelle, deberías levantarte de la cama, ducharte y…

— Estoy muerta… creo que algo me sentó mal ayer.

— Seguro que cenaste en exceso en esa taberna flamenca donde estuvimos. — Al volverse vio sobre la mesita una caja de bombones— . Si te comes esto parecerás una vaca en la pantalla.

Deseo agarrarle del cuello y ahogarle. Necesitaba mimos y arrumacos y él no demostraba ni un ápice de humanidad.

— Mike, por qué no te vas y dejas que me reponga.

— Porque ya estás repuesta —dijo tirando la caja de bombones a la basura— . Venga, ¡arriba! Y recuerda quién eres y por qué estamos aquí.

Su poco tacto la puso enferma y sin poder remediarlo, gritó:

— ¡Oh, Dios! Eres… ¡Como mi padre! ¿Pero no ves que me encuentro mal? ¿Acaso crees que miento? Y por cierto… que sea la última vez que tú me dices a mí que recuerde quién soy. ¿Entendido?

— No —respondió con gesto nada agradable— . Lo que veo es que no tienes ganas de asistir a la rueda de prensa. ¿Crees que a mí me apetece pasar por todo ese infierno de preguntas? Ah, no… no te voy a permitir que te la saltes. Si yo voy, tú también. Por lo tanto, arriba, dúchate y arréglate que falta te hace.

Enfadada por las cosas que le decía, la joven se levantó como un resorte de su cama y dándole un empujón gruñó:

— Fuera de mi habitación, cretino.

— Estelle… —sonrió acercándose a ella para besarla— . Venga, sé buena y arréglate, preciosa. Tenemos trabajo. Allí abajo habrá más de cien periodistas y necesito que estés perfecta a mi lado

para promocionar la película.

— ¿Acaso crees que no soy una profesional? — bramó ella quitándoselo de encima.

Tal y como se encontraba lo que menos le apetecía era sexo. No tenía cuerpo para ello.

— Yo no he dicho eso, preciosa. Solo te digo que te tomes una pastillita, te pintes, te arregles y terminemos con esto.

— Oh, sí... por supuesto que terminaremos con esto.

Sin más, continuó empujándole hasta que logró echarle de su habitación. Una vez se quedó sola, suspiró resignada, fue hasta la papelera y cogió la caja de bombones. La abrió, pero cuando fue a meterse uno en la boca se arrepintió. Debía cuidar su apariencia y no podía engordar. Finalmente dejó la caja sobre la mesa y se olvidó de los bombones. Tenía que ducharse y arreglarse. Como decía siempre su padre "el *show* debía continuar".

Dos horas después ya en el salón Real, después de pasar por el *photocall*, la rueda de prensa estaba en pleno apogeo. Uno de los periodistas acreditados se dirigió a Noelia en español:

— Señorita Ponce, ¿es cierto que su abuela era española?

La famosa y sofisticada actriz, vestida con un traje gris perla y un moño italiano, asintió.

— Sí. Asturiana para más señas. Ella siempre me habló de su Asturias y de España como un lugar maravilloso para vivir.

— ¿Se ha planteado alguna vez buscar casa en Asturias o en otro lugar de España?

A pesar de su dolor de cabeza sonrió y respondió.

— Me encantaría, aunque mi vida y mi trabajo están en Estados Unidos.

— ¿Qué sintió cuando supo que estaba nominada como Mejor Actriz en los Oscar por su película *La lluvia y el viento*?

— Me sentí muy feliz. Estar nominada por la Academia significa que has conseguido emocionar y convencer a crítica y publico.

— ¿Es cierto que entre usted y Mike Crisman existe algo mas que amistad?

El galán al oír su nombre la miró. Él no entendía nada de español y ella, a pesar de lo enfadada que estaba con él, sonrió y se lo tradujo. Ambos sonrieron. Aquella pregunta les perseguía allá donde fueran y finalmente, ella se apresuró a contestar.

— Nos hemos conocido en el rodaje de *Brigada 42* y se puede decir que somos compañeros y buenos amigos.

El periodista de la prensa de corazón insistió.

— ¿Amigos con derecho a roce?

Aquel comentario hizo que la sala prorrumpiera en carcajadas. Mike volvió a mirar a su compañera y esta le tradujo de nuevo la pregunta. Mientras él sonreía cómplice, la actriz respondió con una sonrisa en los labios.

— Amigos y compañeros de rodaje.

Las preguntas continuaron hasta que, de pronto, se oyó el grito de una de las reporteras y un desenfrenado caos se produjo en el salón. De pronto sonaron un par de detonaciones. Nadie sabía lo que pasaba, pero todo el mundo se tiró al suelo. Noelia, asustada, miró en dirección a Mike pero este ya no estaba sentado en su silla. Él y todo el que pudo, había desaparecido dejándola sola ante el peligro. Horrorizada, vio a Sean, su guardaespaldas, inconsciente en el suelo y se asustó. Se oyeron de nuevo unos disparos y se metió como pudo debajo de la mesa. Estaba aterrada y respiraba con dificultad hasta que vio

aparecer junto a ella a su inseparable primo Tomi gateando.

— ¿Qué ocurre? — preguntó con gesto desencajado.

— Oh, *my God*! ¡Pistoleros! ¡Terroristas!

— ¡¿Pistoleros?! ¡¿Terroristas?! Pero ¿qué estás diciendo? — gruñó la joven.

Histérico, susurró mientras le temblaba la barbilla:

— Esos hombres están locos, *craz*! — Y con un hilo de voz temblona añadió— : Solo he podido ver unos hombres con dos enormes, que digo, *gigantes* armas gritando algo ininteligible.

Con cuidado, retiraron los faldones de la mesa y a través del encaje pudieron ver a la prensa tirada en el suelo con las manos en la cabeza y a los hombres que Tomi calificó de pistoleros y terroristas gritando con un acento extranjero:

— ¡Todo el mundo quieto! ¡Que nadie se mueva o morirá!

Soltando los faldones se miraron con cara de terror.

— Oh, *my God*! ¡Vamos a morirrrrr! No… no… soy *muy* joven. Todavía no he conseguido ligar con Pierce Brosnan y…

La joven le tapó la boca y siseó con cara de pocos amigos, mientras observaba que su guardaespaldas no se movía:

— Cierra el pico si no quieres que sea yo quien te mate, ¿de acuerdo?

Asintió asustado y ella le retiró la mano de la boca. Segundos después uno de aquellos desalmados llegó hasta ellos. Les sacó de debajo de la mesa y les obligó a sentarse junto al resto de los periodistas.

Temblando, obedecieron a los cuatro hombres armados. Se habían colado con falsos carnés de prensa y ahora los tenían retenidos.

— ¡Aquí tenemos a la Ponce! — gritó el más alto y mirándola murmuró—: Veo que tu galán, Mike Crisman, te ha dejado sólita. Menudo mierda de tío. Sí ya decía yo que ese es todo fachada, pero que a la hora de la verdad es un *rajao.*

— Mamasita. Estás más buena en persona que en la pantalla —dijo otro rodeando a Noelia mientras le dirigía una mirada obscena.

Tomi, a pesar de no medir más de uno metro sesenta y cinco, sacó su carácter varonil en defensa de su querida prima.

— Ni se os ocurra ponerle la *manita* encima o yo…

El puñetazo que le propinaron en el estómago hizo que se doblara en dos.

— Cállate, mariquita.

La joven estrella de cine al ver aquello y sin pensar en su seguridad, se echó sobre él para protegerle.

— ¡No le toques desgraciado!

Sin ningún miramiento otro de los hombres cogió a Noelia por el cuello y, tirándola hacia atrás, la lanzó contra la pared. El golpe hizo que se mordiera el labio y un hilillo de sangre comenzó a correr por su barbilla.

Varios periodistas intentaron auxiliarla, pero uno de aquellos hombres vociferó apuntándoles con la pistola:

— Si pretendéis ser héroes, os mato ahorita mismo. ¿Entendido?

Tomi, al verla sangre en la boca de su prima, chilló horrorizado y sin hacer caso de la advertencia, se acercó hasta ella. Solo cuando ella le indicó con la cabeza que estaba bien, se tranquilizó. El que parecía el jefe se acercó hasta

la joven y le agarró con brusquedad del pelo para que alzara el rostro.

— La Ponce es más valiosa que el mariquita de Mike Grisman. Tratémosla bien.

Dicho esto, dio una patada a Tomi en la cara que lo dejó totalmente K.O. Noelia reaccionó y pateó al individuo que finalmente la soltó con una risotada. Asustada al ver que su querido Tomi no se movía, se dirigió a los secuestradores con la voz truncada por la tensión.

— ¿Que queréis? ¿Por qué hacéis esto?

Los desalmados se miraron y apuntándola con una pequeña pistola, el que estaba a su lado le respondió:

— Mi hermano, Juancho Vázquez, está en el centro penitenciario de Valdemoro por tráfico de drogas.

— ¡¿Valdemoro?! — susurró asustada. No sabía de qué hablaba.

— Sí, un pueblo de Madrid. Y tú, una actriz a la que medio mundo adora, vas a ser nuestra moneda de cambio.

Este hombre está loco pensó la joven al escucharle.

— Yo devolveré al país del Tío Sam a su famosa actriz sana y salva si aquí, en España, sueltan a mi hermano. Ven aquí — tiró de ella ante las docenas de ojos curiosos que la miraban espantados— . Vamos a enviar un mensajito.

Miró a Tomi aterrorizada. Estaba volviendo en sí e iba a decir algo, pero ella le ordenó callar con un rápido ademán. Era lo mejor. Él obedeció. No era ningún héroe.

Una vez habló ante una cámara, dejaron que la *estrellita* regresara junto a su primo. Tomi la tomó de las manos y la acurrucó contra él dándole calor. Estaba helada.

6

Cuando recibieron el aviso en la base de los geo, tres comandos se pusieron en marcha en furgones hasta Madrid. Debían liberar a más de un centenar de personas secuestradas desde hacía horas por varios individuos armados en el hotel Ritz de Madrid.

De camino, el equipo se informó de lo ocurrido, y Juan, al escuchar el nombre de Estela Ponce, se tensó. Y todavía más al ver el video que ella había grabado, donde se veía sangre ni su barbilla. No quería tener nada que ver con ella y menos que lo relacionasen con aquella actriz, pero era su trabajo y, como tal, debía proceder. Carlos, al ver el gesto de su amigo, llamó su atención tocándole el brazo. Entendía lo que estaba pensando, pero era momento de actuar y mantener la cabeza fría.

Tras abandonar el furgón negro y ver que los alrededores estaban acordonados, el equipo de los geo entró sin demora en uno de los salones del hotel. Allí estaba la policía nacional y algunos miembros de la embajada americana, pues entre los retenidos había tres estadounidenses y querían colaborar. Finalmente, la prioridad se impuso y cuando el Grupo Especial de Operaciones entró en acción el resto de las fuerzas tuvo que mantenerse en un segundo plano.

— ¿Quien es el Inspector Morán? — preguntó Martínez, jefe de la policía Nacional.

— Yo, señor — saludó Juan con profesionalidad.

Martínez, tras asentir, indicó:

— El subdirector operativo Téllez me ha llamado para indicarme usted está a cargo del operativo.

— Si, señor.

— ¿Han estudiado ya la situación? — pregunto Martínez.

— Si, señor.

— Aquí tiene los planos del hotel. — Y en un tono molesto Martínez siseó —: Mi equipo podría acabar con esto, pero mis superiores, al saber que dentro había personal americano, han decidido que ustedes, los geo, se encarguen de ello.

Aquel retintín al pronunciar geo, no le gustó un pelo, pero sin darle mayor importancia dijo:

— Así lo haremos, señor.

De pronto, un tipo alto y bien vestido irrumpió en la sala, se acercó hasta ellos y dijo en inglés con gesto contrariado:

— Ahí dentro está Estelle Ponce y…

Juan, volviéndose hacia aquel, se sorprendió al ver que se trataba del actor de moda, Mike Grisman, y apartándole con la mano respondió con voz segura en su idioma.

— Si nos disculpa señor, tenemos que trabajar.

Carlos, al reconocer al galán al que su mujer adoraba, sonrió al ver que no era tan alto como parecía en la gran pantalla. Se dio la vuelta para continuar su trabajo cuando aquel volvió repetir a gritos:

— ¡Oiga! No sé si me ha escuchado, pero acabo de decirle que esos idiotas tienen retenida a Estelle Ponce y como le pase algo por su ineptitud, van ustedes a pagarlo muy caro.

El humor del inspector Morán empeoraba por momentos. La tensión de saber que decenas de personas dependían de su eficacia sumada a los gritos de aquel imbécil, le estaban alterando. Pero controlando sus ganas de cogerle del cuello y sacarle de allí mismo miró a uno de sus hombres y dijo:

— Lucas, sácale de aquí antes de que lo haga yo.

Una vez que sacaron a aquel intruso del salón, y el jefe de la policía nacional se alejó para hablar con otros hombres, Carlos se acercó a su amigo.

— ¿Te has fijado en el actorucho? Pero si no tiene ni media torta.

Juan asintió, pero continuó mirando los planos del hotel. Había que terminar con aquello cuanto antes, y sin ningún problema.

La oscuridad de la noche les envolvía cuando varios geo, entre ellos Juan, se descolgaron desde la planta superior del hotel. Con sus trajes negros y el armamento necesario rapelaron por las paredes del hotel hasta llegar a la parte superior de las ventanas. Con cuidado y sin ser vistos Juan y Carlos estudiaron la situación.

— Tiradores en posición — indicó Carlos a través del intercomunicador y Juan asintió.

Los rehenes estaban sentados en un círculo justo bajo el espejo que presidía el salón. Los secuestradores, cuatro hombres de unos cuarenta años de aspecto latino, hablaban entre si, y Juan se fijó en que uno de ellos llevaba una pistola al cinto, otro en el bolsillo del pantalón y los otros dos en la mano.

Muy profesionales, pensó el geo.

Por su manera de moverse, parecían nerviosos, incluso como si estuvieran discutiendo entre ellos. Juan con un gesto de la mano les indicó a sus compañeros que tomaran posiciones. Un ataque sorpresa y a oscuras sería lo mejor. Tras hablar por el intercomunicador que llevaba bajo su pasamontañas, ordenó que apagaran las luces del hotel a las 21:37. Varios de sus hombres se posicionaron sin ser vistos en las puertas que daban a la calle Felipe IV, mientras los tiradores de Carlos estaban apostados en las azoteas de los edificios colindantes.

Toda seguridad era poca.

En la quietud de la noche y mientras los cuatro delincuentes hablaban entre ellos las luces del hotel se apagaron de pronto. La gente, asustada, comenzó a chillar. Todo fue muy rápido. Los geo con su sistema de visión nocturna y su maestría, entraron en el salón por las ventanas al grito de «Alto, policía» y antes de que aquellos aficionados pudieran reaccionar, los tenían boca abajo en el suelo y encañonados.

— Despejado — gritaron uno a uno los hombres de Juan al tenerlo todo controlado.

Una vez Juan vio que la situación estaba controlada y los rehenes fuera de peligro, dieron la orden de encender las luces.

Los periodistas, impresionados al ver a los geo tomar las riendas de todo aquello a pesar del susto, comenzaron a aplaudir. Noelia y Tomi se abrazaron. Todo había salido bien. La prensa no dio tregua. En cuanto los geo y la policía entraron en el salón cogieron sus micrófonos y cámaras e intentaron cubrir la noticia volviendo loca a la actriz, que aún continuaba sentada junto a su primo en el suelo. Con las pulsaciones a mil la joven fue a levantarse para ir a ver a su guardaespaldas pero las piernas le temblaban tanto que fue incapaz. Finalmente, dos de aquellos hombres vestidos totalmente de negro se acercaron a ella y a su primo, y sin mediar palabra los agarraron del brazo y los levantaron. Juan ordenó a sus hombres alejar a la prensa para que la actriz pudiera respirar. Entonces vio entrar a Carlos.

— Por favor. Sean, mi guardaespaldas está herido — murmuró Noelia.

Juan miró hacia donde ella señalaba y tras ordenar a uno de sus hombres auxiliarle hasta que llegara el Samur, clavó su mirada en ella. Observó de cerca a la mujer que conoció en otra época y

con la que se casó hacia años en Las Vegas. Aquella chica que se había convertido en una preciosa mujer, temblaba como una hoja a escasos centímetros de él. Seguía siendo bajita, y aunque estaba proporcionada y lucía un bonito cuerpo, vista de cerca estaba excesivamente delgada para su gusto. Oculto bajo su pasamontañas, la recorrió lentamente con la mirada. Se fijó en el escote y sonrió. Aquellos pechos, sin ser excesivos, eran tentadores y bonitos.

Carlos, apostado a unos metros de él, ametralladora en mano, al ver como su buen amigo sentaba a la joven en una silla y le alargaba un vaso de agua, sonrió. A pesar de no ver ni un solo centímetro de su rostro, sabía que estaba observándola con intensidad. Nunca olvidaría el día que le reveló la verdadera identidad de la muchacha con la que se había casado en Las Vegas. Aquel era su secreto. Un secreto que había prometido a Juan que nunca revelaría y que había cumplido hasta ahora.

Noelia, sin percatarse de lo que pensaba el hombre que estaba junto a ella, bebió el agua que le ofreció y se lo agradeció con una sonrisa turbadora.

— ¿Está usted bien? — preguntó Juan con la boca seca mientras ella se levantaba y se retiraba su ondulada melena rubia de la cara. A pesar de sus taconazos seguía siendo muchísimo mas bajita que él.

— Sí... sí... los nervios — asintió ella— . Tengo un terrible dolor de cabeza, pero por lo demás bien. ¿Sean está bien?

Le gustó ver cómo se preocupaba por el gigantesco guardaespaldas que estaba hablando con un hombre de su equipo. Eso demostraba que seguía teniendo corazón.

— Sí, tranquila.

Sin poder evitarlo, Juan le tomó de la barbilla con cuidado. Incluso a través de sus guantes sintió la suavidad de su piel. Con curiosidad, miró la sangre seca de su mejilla y tras ver que era un golpe en el labio sin importancia dijo con voz ronca:

— Enseguida vendrán a curarla. No se preocupe, no parece nada grave.

Ella sonrió. Unas palabras

amables tras la tensión vivida

resultaban muy agradables.

— Muchas gracias por lo que han hecho por nosotros. Se lo agradeceré toda la vida.

— Es nuestro trabajo, señora. Me alegra que todo haya salido bien.

Noelia le miró. Aquella voz ronca y varonil debía de tener un rostro acorde. Pero solo vio sus ojos oscuros a través del pasamontañas. Unos ojos intensos que parecían amables. Le gustó tenerle ante ella. Lo que veía era un hombre de anchas espaldas, piernas atléticas y gran altura. A su lado se sentía pequeña, muy pequeña. Durante unos segundos los dos permanecieron callados mirándose a los ojos y, extrañamente, a Noelia lo entró calor al sentir su protección.

— *Oh my God, Mr. Policeman*, creo que me voy a desmayar dijo Tomi teatralmente abanicándose con la mano.

Volviendo a la realidad Juan apartó la mirada de la mujer y la centró en el joven de mechas violetas, vestido con escandalosos colores rojos. Llenó un vaso de agua y le dijo antes de acercarse a Carlos:

— Siéntese y tómese un vaso de agua. Ahora los médicos le atenderán.

Tomi, al ver a aquel lio enorme con aquel vozarrón, se sentó y tras pestañear con descaro provocándole una sonrisa, murmuró.

— *Thanks*, machote.

Carlos y Juan se miraron al oír aquello y reprimieron una carcajada, pero Noelia acercándose a su primo murmuró con disimulo:

— Tomi... cierra tu bocaza que no es momento de ligoteos.

— Lo sé... lo sé... ¿pero tú has visto qué pinta tienen todos estos hombres de Harrelson vestidos de *black*? Oh, Dios... me quedaría con

cualquiera de ellos ¡qué *bodiesl*

— ¡¿Tomi?! — protestó de nuevo para hacerle callar.

La joven, al ver el movimiento de los hombros de los dos hombres, intuyó que estaban riendo y acercándose al gigante que había hablado con ella le tocó en el brazo para llamar su atención.

— Por favor, disculpe a mi primo. Las situaciones tensas le aligeran la lengua.

Juan la miró y fue a responder cuando se oyó:

— Estelle, cariño mío. Qué susto. ¡Qué horror! ¿Estás bien? Dime que estás bien.

La actriz y el policía al oír aquello desviaron la mirada y comprobaron que aquel que hablaba era Mike Grisman, que entraba en el salón con gesto de preocupación. Carlos al verle aparecer le paró sin pensárselo. No le dejó continuar hacia la joven. Su amigo no se lo había pedido, pero Juan se merecía aquellos minutos con ella.

Consciente de que su trabajo había terminado y se tenían que marchar, Juan ordenó con un movimiento de mano a sus hombres que sacaran a los secuestradores del salón. Luego, clavando sus inquietantes ojos en la mujer que no le quitaba ojo de encima, murmuró:

— Señora, ha sido un placer conocerla.

— El placer ha sido nuestro, guapetón — respondió Tomi tras un suspiro mientras la joven le observaba.

Sin querer continuar un segundo más junto a ella Juan se dio la vuelta, pero ella le agarró de nuevo del brazo.

— ¿Ya te vas? le preguntó.

Al volver a sentir su contacto a través de la tela de su uniforme se volvió para mirarla. Tenerla allí, tan cerca, tan tentadora y después de tanto tiempo le confundía. ¿Qué narices estaba haciendo mirándola? Claramente ofuscado, se deshizo de su mano y sin querer escucharla se dio la vuelta y

dijo a su amigo con rotundidad:

— Díaz, deja que el guaperas se acerque a consolar a la *canija*. Vámonos. Nuestro trabajo ha acabado.

Juan salió por la puerta sin mirar atrás, pero Noelia que lo había oído, de pronto se quedó helada. Había oído la palabra *canija* y solo había dos personas en el mundo que la hubieran llamado así. Una fue su abuela y otra… otra…

— No puede ser… — murmuró mientras comenzaba a seguirle.

Pero antes de que pudiera evitarlo, Mike llegó hasta ella y la abrazó impidiendo que continuara su camino. Sin ningún tipo de miramiento ella se desenvolvió de aquel abrazo y corrió hacia la puerta. Necesitaba encontrar a aquel policía. Necesitaba comprobar algo. Pero, cuando por fin consiguió llegar, no pudo salir. La aglomeración de gente y prensa era tremenda. Corrió hacia un lateral del salón y se asomó a una de las ventanas rotas. Desde allí solo pudo ver como aquel grupo de hombres vestidos de negro que le habían salvado la vida se montaban en un furgón oscuro y desaparecían.

7

Al día siguiente la noticia de lo ocurrido a la estrella de Hollywood en España ocupó todas las portadas de los diarios y revistas del corazón. La prensa dio titulares como «Estela Ponce una rehén liberada» o «Los geo españoles evitan un conflicto internacional». Aunque el que más gracia les hizo fue «Actriz de Hollywood salvada por los nuestros. Los GEOS Españoles.»

— Podían hacer una película de esto — se mofó Carlos mirando el periódico.

— No te extrañe que la hagan — sonrió Juan poniéndose una camiseta blanca mientras escuchaba de fondo la música de AC/DC — . A los yanquis les encanta reflejar en el cine este tipo de cosas.

— Oye… pues espero que piensen en nosotros. No estaría mal participar en un rodaje y ser famosos — rio Carlos dejando a un lado el periódico — . Aunque conociendo a estos yanquis pondrán al imbécil ese de Mike Grisman en el papel principal.

Juan se carcajeó.

— Anda… deja de hablar de ese estirado y vamos a entrenar. Lo necesito.

— Oye capullo, grábame este CD de AC/DC.

— ¿El de *Back in Black*?

— Sí. Creo que mi *churrita* me lo tiró a la basura. ¿Te puedes creer que dice que no soporta esta música con lo buena que es?

— Mujeres — susurró Juan consciente de lo mucho que horrorizaba a sus conquistas aquel tipo de música.

Divertidos por los comentarios que soltaron respecto a AC/DC y a las mujeres, se encaminaron hacia el gimnasio.

— ¿Todo bien, nenaza? premunió Carlos a

Juan.

— Sí. Y deja de llamarme *nenaza* o te arrancaré los dientes.

Carlos rio y respondió tras darle un puñetazo cariñoso.

— Es que me pone... *nenaza.*

Ambos sonrieron por aquello y volvió al ataque.

— Ella está muy guapa.

— Siempre lo fue — respondió acelerando el paso.

— ¿Por qué no le dijiste que eras tú? Quizá te recordara.

— No era buena idea.

— Joder, macho que esa era Estela Ponce.

— Yo Juan Morán ¿Cuál es la diferencia?

Con una sonrisa socarrona Carlos miró a su amigo y murmuró:

— No te lo tomes a mal, pero las piernas de ella me gustan muchísimo más que las tuyas, entre otras cosas.

— Cállate — ordenó.

— No me jodas, macho. Que estamos hablando de una de las actrices más queridas de Hollywood. La que los directores de todo el mundo se rifan para trabajar con ella, sin contar con que la humanidad está rendida a sus pies.

— Gracias por la información *churri*. No la sabía.

Aquello hizo sonreír a Carlos. Si algo tenía claro aquel era que su buen amigo conocía absolutamente todo de aquella mujer. En más de una ocasión le había pillado observando una foto suya en prensa o leyendo alguna crítica de sus películas.

— Oye… no es por meter cizaña, pero la escena de la película que vimos el otro día, esa en la que ella sale con ese biquini de cuero impresionante. Dios ¡qué pechos!

— Me estás cabreando — resopló Juan.

— ¿Por qué? Solo hablo de una actriz de Hollywood.

— Háblame me de ti — se mofó Juan—. Eres más interesante.

— Gracias, pero prefiero hablar de ese bombón.

Cansado de aquella insistencia Juan repitió.

— No quiero hablar de ello ¿de acuerdo, *churri*?

— Juan escucha — dijo deteniendo el paso—. Lo que ocurrió fue hace diez anos, todos éramos unos críos y estoy seguro que ella guardaba también buen recuerdo de ti y…

— ¿Por qué no cierras el pico de una puta vez?

— Porque soy tu mejor amigo y sé lo que piensas. No hablo de que estés enamorado pero…

— ¡¿Enamorado?! ¡Pero qué jodida chorrada estás diciendo! — gritó descompuesto.

Al ver la cara de mala leche con que su amigo le miraba retrocedió un paso.

— Vale… me he pasado, lo reconozco. Soy un bocazas.

— Joder macho, vale ya con esto — protestó.

— Esa mujer te dejó marcado y…

Al límite de su paciencia Juan le empujó contra la pared.

— Lo que ocurrió fue algo que ninguno provocamos, pero pasó. Ahora, podrías hacer el

favor de callar esa puta bocaza antes de que me cabrees y te la cierre yo de un puñetazo. No estoy de humor y te aseguro que me estás llevando al límite de mi paciencia, y por mucho que te quiera como amigo y exista confianza entre nosotros, si continúas con ello, te juro que te lo voy a hacer pagar.

Dicho esto, Juan, separándose de él, comenzó a caminar. No le gustaba hablar de aquello, ni recordarlo. Pero conocía a Garlos y lo cabezón que era. Dos segundos después le dio alcance:

— De acuerdo. No hablaré más de ello. Pero si yo hubiera sido tú, la hubiera saludado. No todo el mundo ha estado casado, aunque fuera quince minutos, con la maciza de Estela Ponce.

8

En una de las mejores suites del hotel Ritz, Noelia desayunaba junto a su primo. No habían parado de recibir llamadas de los Estados Unidos preguntando cómo se encontraba tras lo ocurrido. Amigos como Salma, Angelina y Brad. Jennifer y un sinfín más de actores la llamaron preocupados a su móvil para saber si se encontraba bien. Noelia les atendía agradecida, pero ya estaba al límite de sus fuerzas cuando de nuevo sonó el teléfono. Ahora el de la habitación.

— Estelle, ¿estás bien?

Se tensó al oír la voz de su madrastra. Ella, Mike Grisman y su padre eran las únicas personas que la llamaban así. Se sentó junto al teléfono y respondió:

— Sí. Estoy perfectamente. No me ha ocurrido nada. Fue solo un susto.

Samantha Rice, una impresionante mujer de ojos rasgados y sensuales prosiguió:

— Tu tía Lula ha llamado. ¿Está bien Tomi?

Desviando la mirada hacia su primo que desayunaba con un hambre voraz respondió:

— Estupendo. Aquí le tengo comiendo como un animal.

— ¡Perra! — susurró aquel al escucharla mientras masticaba un trozo de tostada con mantequilla.

El vacío de comunicación entre ellas se hizo patente una vez más, pero Samantha estaba dispuesta a continuar conversando.

— ¿Ocurre algo?

Molesta por aquella forzada preocupación siseó:

— Estoy bien, aunque algo cansada. Los horarios aquí son diferentes y llevo horas contestando el teléfono. Necesito dormir.

— En cuanto me melgues quiero que arranques el teléfono de la pared y descanses ¿me has oído? Si no descansas tu piel se ajará y te saldrán unas horribles bolsas bajo los ojos que luego te costará semanas quitártelas de encima.

— De acuerdo —asintió fastidiada. Aquella mujer siempre igual. Pensando en la belleza y no en como ella se encontraba realmente.

— Tengo aquí a tu padre y quiere hablar contigo.

Oh, Dios… pero yo con él no, pensó.

— De acuerdo, pásamelo.

— ¡¿Estelle?!… ¿Estelle estás ahí?

Al escuchar aquella voz ronca y a pesar de las ganas que sintió de colgar, respondió:

— Sí, papá.

— Me llamó Walter para contarme lo ocurrido y…

— Fue un susto, pero la policía española lo supo resolver con celeridad.

— Me alegra saberlo. —Lo que vino a continuación no le sorprendió—. Este incidente avivará tu popularidad. Veamos lo positivo del asunto.

Al escuchar aquello Noelia suspiró. Aquel tipo de comentario era típico de él. Deseó decirle cuatro verdades, pero al final se contuvo.

— Papá, estoy cansada y quisiera dormir.

— Por supuesto Estelle. Descansa y cuando regreses hablaremos. Max me llamó ayer y me dijo que ha recibido varias propuestas interesantes de la Paramount y Filmax.

— De acuerdo. — Y colgó. La relación con su padre iba de mal en peor y algún día iba a explotar.

Tomi, que había sido testigo mudo de la conversación, mirándola dijo:

— Come de esto, *queen*, está de muerte, ¿cómo dijo el camarero que se llamaban?

— Churros, Tomi. Eso se llama churros y te recuerdo que engordan una barbaridad. Mañana te volverás loco cuando te subas a la báscula. Te lo advierto.

Encogiéndose de hombros se levantó y antes de que ella pudiera añadir nada mas le metió uno en la boca.

— Mastica, disfruta y olvídate de las *calories* por una vez en tu *life, OK*?

Noelia disfrutó del sabor del churro. Desde hacía años cuidaba al máximo su alimentación. Sus contratos no le permitían coger ni un solo gramo y ella lo cumplía a rajatabla. Tras terminar con todo lo que había en la bandeja, Noelia se retiró a dormir. Estaba agotada. Una vez se quedó sola en la habitación pensó en lo ocurrido, pero su mente volvió a recordar a aquel hombre parapetado tras su traje negro. ¿Podría ser él? Su secreto. El muchacho con el que se casó años atrás en Las Vegas. Si al menos se lo hubiera podido preguntar, pero él se marchó y no le dio tiempo a nada. Tras dar cientos de vueltas en la cama Noelia se levantó, abrió su agenda y marcó un número de teléfono.

— George, soy Estela Ponce — tras escuchar lo que le decía su interlocutor respondió —: Sí, tranquilo, estoy bien. Escucha, necesito un favor. Quiero que mires en el fichero de James Benson, busques el documento que te voy a decir y me lo envíes al número de fax que voy a darte ahora mismo. Y, por favor, esto debe de quedar como

siempre entre tú y yo. ¿De acuerdo?

Cuando colgó se sentó en la cama a esperar. Cinco minutos después sonó el fax y empezó a imprimir. Una vez finalizó lo cogió con manos temblorosas. Ante ella tenía la sentencia de divorcio que había firmado diez años atrás. Buscó con curiosidad un nombre, hizo un par de llamadas y finalmente .susurró para sí:

— Juan Morán Gómez. ¿Eres tú el policía que me ha salvado la vida?

9

Una semana después había finalizado la promoción de la película en España. El equipo, en el aeropuerto de Barajas, se disponía a regresar a Los Angeles. Noelia, desde lo ocurrido en el hotel Ritz, no había podido dejar de pensar en una cosa: el policía o, mejor dicho, su exmarido. Nadie conocía su secreto a excepción de su padre, las amigas que le acompañaban en el viaje y Tomi, su paño de lágrimas. Tras recibir el fax del despacho de abogados días atrás en el hotel, Noelia se puso en contacto con un conocido en Nueva York, y este hizo su trabajo. Cuatro días después Noelia recibía noticias en el correo de su portátil sobre Juan Moran Gómez. Su foto, su dirección, incluso los horarios en los que hacía footing.

Durante días, guardó toda aquella información en su maleta. No podía dejar de pensar en él y, mucho menos, dejar de admirarle. El joven alto y algo desgarbado que conoció en Las Vegas diez años atrás, se había convertido en un hombre sexy y varonil. Intentó zanjar el tema, olvidar que lo había visto, pero, extrañamente, le resultaba imposible. Se lo impedía aquella mirada turbadora a través del pasamontañas.

En la sala VIP, mientras esperaban a que su avión privado estuviera preparado para partir Tomi se dirigió a ella:

— Me muero por cerrar los ojos y *sleep*. Qué ganitas tengo de plantar mi traserito en el avión y sleep durante *all* el vuelo.

Al ver que ella no contestaba le quitó el auricular del su Ipod y sacándola de su mutismo le preguntó:

— ¿Me has escuchado, *queen*?

Noelia asintió. Le había escuchado perfectamente. En ese momento una señorita muy

mona vestida de azul y rojo dijo acercándose a ellos:

— Cuando quieran pueden comenzar a embarcar. Ya tenemos su avión preparado.

Parte del equipo de la película se levantó y se dirigió hacia el avión, y Tomi, agarrando su enorme bolso de colores, indico a Noelia que se levantara.

— *Cuchi… let'sgo*. — Al ver que ella no se movía, zapateando m el suelo, repitió — : *Queen…* no te hagas de rogar.

Noelia se levantó, pero en lugar de dirigirse hacia donde estaba todo el equipo buscó a Howard, el director de la película, que en ese momento estaba hablando con Mike Grisman. Tras respirar profundamente y ser consciente de lo que Iba a hacer se quitó los auriculares, se planto ante él y dijo:

— Howard ¿sería un problema si hoy no regreso con vosotros y me quedo unos días más en España?

El director, sorprendido, le preguntó:

— ¿En España?

— Sí. Necesito unos días para relajarme. Tras lo ocurrido no me siento con fuerzas para regresar a Los Angeles y atender a toda la prensa. Solo serían unos días. Después te prometo regresar y atender todos los compromisos que tengamos.

Mike, su compañero de reparto, frunció el ceño y dijo:

— Pero, amor, eso es imposible. Estamos en plena promoción y no debes separarte del grupo.

Molesta porque aquel se entrometiera le miró.

— Tú te callas. Y no vuelvas a llamarme amor, ¿entendido?

Mike Grisman no estaba acostumbrado a aquel tipo de trato y frunciendo el ceño preguntó:

— ¿Sigues enfadada todavía?

— Por supuesto que sí —siseó esta—. Lo que hiciste en el hotel de Madrid, eso de marcharte y dejarme sola allí, me tiene muy cabreada por lo tanto, ¡cállate!

— Pero amor... debemos regresar todos a...

Con cara de pocos amigos Noelia miró a Mike, por quien suspiraban millones de mujeres, y señalándole con el dedo le recriminó:

— No estoy hablando contigo. Cierra el pico.

— Pero... ¡no debes! —insistió aquel.

Cogiéndole de la pechera la joven, cansada, siseó:

— Mike eres un buenísimo actor y me lo paso bomba contigo en la cama, pero o cierras tu boca en este instante o te juro por mi abuela que te vas a enterar de quién soy yo.

Tomi, al ver qué estaba pasando, corrió a su lado y aplaudió mientras decía:

— Muy bien dicho, *queen*, pero relájate... que cuando te vuelves *crazy* eres la peor.

El director, con una sonrisa en la boca, ordenó a Mike alejarse. Tal y como había dicho la joven, Mike era un excelente actor, pero era tremendamente insoportable. Tomi, divertido, hizo lo mismo y, una vez a solas, le dijo:

— Dentro de un mes tenemos que estar en Tokio. Concretamente el doce de enero. Sabes que comenzamos la promoción allí y...

— Prometo estar en Tokio el día que me digas —y sonriendo murmuró—: Venga, Howard que a Vin Diesel no le dijiste nada porque no viniera a Europa.

Howard, amigo de la familia de toda la vida, adoraba a la joven. Sabía que ella era una profesional y que no iba a fallarle. Pero aun así se le hacía raro regresar a Los Angeles sin ella, por lo que insistió:

—Vamos a ver, Estela. ¿Por qué no regresas con nosotros y descansas en casa? Además, se acercan las Navidades y…

—Howard, sabes que allí no podré hacerlo. En cuanto aterrice, no tendré un solo momento para mí, sobre todo después de lo ocurrido aquí. Y en cuanto a las Navidades, ya sabes que no es mi época favorita del año.

—Pero tu padre…

—¿Mi padre? —preguntó molesta—. Tengo treinta años. ¡Treinta! Y por muy importante que sea él en la industria del cine, no manda en mi vida y lo sabes. Howard, quiero que confíes en que estaré en Tokio para el estreno. Solo necesito que tú confíes en mí, no que pienses en lo que vaya a decir mi padre.

Al ver la determinación en su mirada, el hombre asintió.

—De acuerdo. Pero te quiero en Tokio para el estreno y no aceptaré ninguna excusa, ¿entendido?

Sonriendo, le besó en la mejilla.

—Allí estaré.

Arlo seguido intercambió unas palabras con Sean, su guardaespaldas, y este asintió. Después miró a su primo que la observaba extrañado y, mientras se calaba una gorra para esconder su pelo rubio y se ponía unas gafas de sol, dijo con decisión:

—Vamos, Tomi. Tú te vienes conmigo,

Con su gran bolsón de Gucci en la mano, este la siguió y preguntó:

—*But*… ¿dónde vamos *cuchita*? Nuestro avión sale dentro de poco. ¿Y Sean?

— No necesitamos guardaespaldas, tranquilo.

— Por el amor de Diorrrr, ¿te has vuelto *crazy*?

Emocionada como hacia mucho tiempo que no estaba, murmuró con una enorme sonrisa:

— Confía en mi Tomi. De momento vamos a hablar con quien haga falta para que saquen nuestras maletas del avión.

Una hora después y antes de salir del aeropuerto, oculta tras una gorra y unas enormes gafas negras, se pararon ante una agencia de alquiler de coches.

— Necesito que alquiles un coche automático con GPS a tu nombre para diez o doce días. Y, por favor, no menciones que voy a viajar en él o tendremos a toda la prensa detrás ¿vale?

— Pero…

— Hazlo. Luego te explico — apremió ella.

Retirándose su flequillo de mechas púrpura de la cara, el joven dijo:

— Ay, *queen* ¡qué miedo me estás dando!

Media hora después, ya estaban subidos en un Mercedes automático.

— Por el amor de *my life*, Noelia ¿Qué hacemos aquí sin guardaespaldas y dónde vamos?

Con una media sonrisa ella puso en marcha el vehículo y, tras darle un sonoro beso en la mejilla, dijo pisando el acelerador.

— De momento vamos a ir a Guadalajara para visitar un castillo que esta en Sigüenza, después, ya veremos,

10

Un par de horas después, tras perderse por las carreteras por no hacer ni caso al GPS, Noelia y Tomi llegaron a las inmediaciones del castillo.

— Qué lugar más bonito — susurró la actriz mirándolo con admiración.

— Divino, ¿pero qué te parece si buscamos un *hotel*? Estoy agotado — protestó su primo mirando su alrededor— . Tengo frío… *very cold*! Y también hambre… y sed y quiero ir al *toilet*. En definitiva ¡quiero irme de aquí!

— Por Dios, Tomi. En esta guía dice que el castillo es un Parador Nacional. Un hotel.

El joven, no muy convencido, retirándose el flequillo del rostro dijo:

— ¿Por qué no buscamos algo más *modern*? ¿Seguro que tienen calefacción?

Sin hacerle caso, Noelia paró el coche para admirar aquel impresionante lugar. Hasta donde alcanzaba la vista, podía admirar la fortaleza de formas sólidas y torreones cuadrados,

— ¿Qué hacemos aquí en medio de este enorme, solo y frío *countiy*? — protestó Tomi con desesperación— *Let'sgo*!

— No. Necesito ver como es el castillo por dentro, y…

— ¿Tú estás *crazy*, cuchi?

— No.

— *But*… ¡¿pero qué se nos ha perdido aquí?! — gritó desesperado— . Está anocheciendo ¿Acaso pretendes dormir en ese sitio tan… tan viejo y antiguo pudiendo dormir en los mejores *hotels oft he world*?

Sorprendida, miró a su finísimo primo y preguntó:

— ¿De verdad que este lugar no te parece lo más bonito que has visto nunca?

— No.

— ¡¿No?!

— Pues no —gruñó pasándose una toallita húmeda por la cara—. Yo soy más *cosmopolitan* ya lo sabes. *I love* la ciudad y esto… esto ¡es el *country*! ¿Qué pretendes? ¿dormir en el *country*?

— Mmmmm, no me des ideas —se mofó ella.

Horrorizado por su mirada, Tomi se tapó los ojos.

— Si es que no te tenía que haber hecho caso, lianta. Me tenía que haber ido con Sean y ahora estaría calentito y durmiendo cómodamente en el butacón del avión. Pero no, aquí estoy, congelado y sin saber si volveré a estar *hot* algún día. Mataría por una buena mantita, un antifaz y un *delicious bloodymary*.

— Oh, Dios, Tomi —se quejó al escucharle—. Cuando te pones en plan reinona no te soporto.

Sin darle tiempo a responder se bajó del coche y cerró de un portazo. Reflexionó unos instantes y se montó de nuevo en el automóvil, arrancó y se dirigió hacia el castillo. Quería dormir allí. Quería quedarse allí y lo haría.

Aparcó y se bajó del coche. Al sentir la fuerza del lugar y el señorío que emanaba, silbó sin poder evitarlo.

— Ay, *cuchi…* —protestó Tomi—. No hagas ese ruido con la boca que pareces un camionero texano y no Estela Ponce, *one of the best* de Hollywood.

Al escuchar aquello, ella se caló la gorra y, tras ponerse sus gafas oscuras, dijo en voz baja:

— No vuelvas a repetir mi nombre. No quiero que nadie sepa que estoy aquí y por favor intenta hablar español, y no *espanglish*. ¿Lo has entendido?

Cerrando de un portazo el vehículo, Tomi llegó hasta ella y cogiéndola del brazo exigió:

— Dime ahora mismito qué hacemos aquí o me pongo a chillar como una *crazy* hasta que vengan los *SWAT* y me rescaten de morir congelado en esta Siberia.

Noelia sonrió. Verdaderamente era una locura estar allí, pero no había podido remediarlo. Sacándose la pitillera de oro del bolsillo trasero de su vaquero, se encendió un cigarrillo y tras darle una profunda calada miró a Tomi, quien contrariado, esperaba una contestación y dijo:

— ¿Recuerdas cuando te conté que en Las Vegas, cuando era una jovencita, me casé con un español?

— *Oh, yes*… como para olvidar esa locura, *queen*. Recuerdo incluso que el día que me lo contaste estábamos en el *spa* de Beverly Hills dándonos unos masajes buenísimos. Esos de algas verdecitas y relucientes. Incluso estaba Barbra Streisand y…

— ¿Quieres escucharme y cerrar la boca? — protestó al ver que ya comenzaba con sus rollos de siempre.

— Vale, *cuchi*… pero no te pongas así. Continua, te escucho.

— El chico con el que me casé, era del pueblo que ves a tu derecha y él me habló de este castillo.

Tomi se llevó las manos a la boca.

— Oh, *my God* ¿estamos aquí por ese hombre? ¿Quieres verle? — ella asintió y él gritó fuera de sí— , ¿Para qué? ¿Para qué quieres ver a alguien que apenas conoces, con el que pasaste un

momento traumático y que, seguramente, estará casado, gordo y feo? Ains, Noelia… no te entiendo. Tienes babeando por ti a cientos de galanes impresionantes, entre los que está Mike Grisman, *one ofthe most* guapos de Hollywood y estamos aquí, en medio de la nada en busca de un tío normal y sin *glamour* que no sabemos quién es ni… —pero al ver la su cara paró de hablar y preguntó—. ¿Sabemos quién es?

Ella asintió y dijo:

—Y cuando te lo diga no te lo vas a creer.

Tomi, olvidándose de todo lo anteriormente dicho preguntó curioso. Si algo le gustaba era un buen cotilleo.

—¿Quién es? Dímelo, dímelo ahora mismito.

—Es alguien que estuvo muy cerca de nosotros hace unos días y que a ti especialmente te llamó la atención.

—¿Cerca de nosotros y que a mí me gustó? Ay, *queen*, no caigo —Noelia sonrió—. Es más, si hubiera estado cerca de nosotros y hubiera sido un *man* difícil de olvidar lo recordaría. Pero no, definitivamente no recuerdo a nadie.

—Iba vestido de negro, armado hasta los dientes y…

Al escuchar aquello clavó sus ojos castaños en ella y con gesto indescriptible murmuró:

—Por-el-a-mor-de-*my-life*. No me digas que es uno de los machotes de los hombres de Harrelson españoles que nos salvaron el otro día. —Ella asintió y él, apoyándose en la puerta del coche, dijo emocionado—: Ay, *cuchi*… ¿te casaste con un *macho man* de esos y le dejaste escapar?

—No lo sé —suspiró molesta— Solo sé que oí algo que me hizo sospechar y tras indagar a través del detective Anderson, he conseguido saber cosas de Juan Morán y…

—Ay ¡qué nombre más varonil! Juan, *how*

romantic! Me encanta el destino. Pero oye ¿está casado?

Porque mira Noelia que si está casado esto puede ser un *scandal* que nada beneficiaría a tu carrera. *You are* Estela Ponce y…

— Según la información que Anderson me ha mandado, no —respondió con sinceridad—. Él sigue soltero, es policía, y vive aquí, en este pueblo —murmuró señalando el municipio que había junto a la fortaleza—. Y lo que no sé, es si el otro día no me reconoció o no quiso reconocerme.

Tomi la agarró del brazo y empezaron a caminar con seguridad hacia el castillo.

— Pues eso, *queen* mía, solo podremos saberlo si se lo premuníamos, ¿no crees?

En ese momento, y al ver a su primo tan entregado en su misión, a Noelia le entró pánico. ¿Que hacia allí, en realidad? Pero sin responderse a la avalancha de preguntas que paralizaban su razón continuó andando hacia la recepción del parador.

— Buenas tardes, señores. Bienvenidos al Parador de Sigüenza. Mi nombre es Menchu. ¿En qué puedo ayudarles? — Les saludo una simpática joven al verles.

Calándose la gorra y las gafas de sol a pesar de que ya había anochecido la joven dijo con voz segura:

— Hola, huellas tardes. Pasábamos por aquí y al ver esta pre4ciosodad de castillo hemos decidido parar.

— Desean una habitación para pasar la noche?

Noelia suspiró. ¿Qué hacía allí? Pero antes de que pudiera responder Tomi, tomando las riendas del asunto, contestó conteniendo su *espanglish*.

— Como ya he visto que tienen calefacción, quisiéramos alquilar el castillo entero — Noelia le miró y él dijo con rapidez— Vale, pensarás que me he vuelto *crazy*. Pero no. Todo tiene su porqué. Y vuelvo a repetir, nosotros necesitamos el castillo

entero y punto.

La recepcionista, tan sorprendida como Noelia, preguntó al hombre de las mechas púrpuras:

— Disculpe, señor. ¿Ha dicho el castillo entero?

— *Yes*, querida.

Boquiabierta, la joven recepcionista les pidió que esperaran un segundo. Lo mejor sería llamar a su jefe. Una vez solos Noelia le miró y dijo:

— ¿El castillo entero? Pero, bueno ¿Qué locura es esa? ¿Qué pretendes? ¿Qué la prensa esté aquí antes de que podamos poner un pie en la habitación?

— No, mi reina. Precisamente intento justamente lo contrario. Si alguno de los huéspedes que aquí se aloja te ve ¡te reconocerá! ¿Lo has pensado? Y entonces es cuando esto se llenará de periodistas — ella le entendió y asintió. En ese momento apareció un hombre de sonrisa agradable.

— Buenas tardes. Mi nombre es Samuel Sánchez y soy el encargado de la fortaleza. Me ha dicho Menchu que quieren ustedes alquilar el castillo al completo.

— Sí, unos doce días — asintió Noelia con seguridad. La idea de Tomi era perfecta.

La muchacha y su jefe se miraron.

— Lo siento, pero es imposible — dijo el hombre con pesar.

— *Why*? ¿Por qué es imposible? — preguntó Tomi.

— Actualmente tenemos huéspedes y no podemos echar a las personas que, durante unos días, descansan aquí. Además, tenemos varias reservas ya para los próximos días y, sintiéndolo mucho, tengo que decirles que lo que me piden es imposible.

Contrariada por aquello Noelia pensó con rapidez. No estaba acostumbrada a que le dijeran

que no a nada y no pensaba dar su brazo a torcer. Quería quedarse allí.

— Lo entiendo… aun así nos quedaremos y cuando haya habitaciones libres las alquilaré.

El hombre cada vez más sorprendido preguntó:

— Señorita ¿está usted segura? ¿Tanta gente va a traer al rastillo?

— No. Solo somos nosotros dos — indicó Tomi.

Cada vez más sorprendido el hombre miró a Menchu, y Noelia caminando hacia un lateral de la recepción dijo:

— Por favor, ¿pueden venir un momento? — La siguieron —. ¿Puedo contar con su total discreción?

— Por supuesto — asintieron aquellos —. Uno de nuestros lemas es; la confidencialidad.

Al oír aquello, la joven se quitó la gorra y las gafas. Las caras de ambos al reconocerla eran todo un poema. Tenían ante ellos a Estela Ponce, la famosa actriz de Hollywood y que los últimos días había salido en todas las televisiones y periódicos por su secuestro en el hotel Ritz.

— *Yes, she is* ¿a qué es monísima y glamurosa? — asintió Tomi encantado.

Noelia al ver su cara de incredulidad dijo con una sonrisa:

— Por sus gestos intuyo que ya saben quién soy, ¿verdad? — asintieron y ella prosiguió —. El motivo de alquilar el castillo entero es para tener tranquilidad y discreción. Es más, si la prensa se entera sabré que ha sido alguno de ustedes dos. ¿Me entienden ahora?

Asombrados, ambos asintieron.

— Menchu — carraspeó Samuel con rotundidad —. Absolutamente nadie debe saber la verdadera identidad de nuestros huéspedes, ¿entendido?

— Por supuesto — asintió la joven y mirando alucinada a la actriz murmuró: — Para nosotros será un placer tenerla aquí señorita… señora

Ponce.

— Por favor… llámame Noelia y el registro háganlo a nombre de mi primo.

Con rapidez el hombre miro las reservas.

— Tenemos libre la suite del Castillo y…

— Yo quiero una habitación para mi solo — aclaró Tomi— . Adoro a mi actriz, pero no me gusta dormir con ella, ¡se mueve mucho en la cama!

— ¿Dónde tienen su equipaje? — preguntó Samuel nervioso y emocionado.

— En el coche — respondió la joven.

Noelia, divertida, volvió a ponerse la gorra para esconder su rubia melena. En aquel momento no había nadie en recepción, pero prefirió hacerlo así. No quería levantar sospechas. Media hora después, tras enseñarles el castillo y que estos pudieran admirar las maravillas del lugar, les acompañaron a sus habitaciones. Una vez la joven se quedó sola en su preciosa y medieval suite se asomó a la ventana y sonrió. Por primera vez en mucho tiempo respiraba eso que se llama libertad.

11

Sonó el despertador y Juan se levantó de su cama. Como cada mañana desde hacía muchos años, tras ducharse y vestirse, cogió la correa de su perra y salió a hacer *footing*. Durante más de una hora corrió primero por Sigüenza y luego por los alrededores. Adoraba la paz que allí se respiraba. Madrid le gustaba pero era un lugar lleno de agobios y atascos. Por ello, años atrás, decidió regresar a vivir al pueblo en el que se había criado. Un lugar acogedor donde los vecinos aún se saludaban cuando se veían por la calle y donde podía tener el contacto que él necesitaba con su familia.

— Vamos *Senda*, venga, preciosa — animó a su perra.

Senda era un curioso cruce entre pastor alemán y pastor belga. La encontró cuando apenas tenía dos meses, una mañana que había salido a correr. Aún recordaba el momento. Un coche oscuro paró en el lateral de la carretera, abrió la puerta y soltó al animal. Después se marchó. Juan al ver aquello corrió hacia algo pequeño que se movía y justo lo agarró antes de que un camión lo atropellase. Ese día, la mirada de aquella perra enamoró a Juan, y juntos llevaban ya seis años. Como él siempre decía, *Senda* era su verdadera chica.

— *Senda* — llamó Juan al verla alejarse — . Ven aquí.

La siguió con la mirada, divertido. Aquella locuela corría tras varios conejos que había visto corretear por el campo. Sin parar su marcha silbó y, al escucharle, la perra paró en seco y corrió en su dirección. Una vez estuvo a su lado comenzó dar saltos como siempre hacía.

— ¿Cuando vas a madurar? — rio divertido

acariciando a la perra.

— Anda venga, regresemos a casa.

Sorteando las casas, Juan llegó hasta su pequeño hogar. Un chalet adosado en una zona residencial de Sigüenza. Abrió la puerta de su casa y Senda echo a correr hacia el patio trasero para beber agua de su cazo. Él subió directamente a la planta de arriba y se duchó. Una buena ducha tras el deporte era lo mejor para el cuerpo y la mente. Cuando acabó se puso un vaquero y un jersey negro de cuello vuelto. Aquel día libraba y pensaba ir a visitar a su padre y abuelo, que vivían en una de las céntricas casas del pueblo.

Puso un CD de Guns and Roses y cuando acabó, comenzó a sonar el que su hermana Almudena le había regalado por su cumpleaños días antes. La voz de Sergio Dalma inundó el silencio del salón. No era la música que más le gustaba escuchar — él pasaba de esas tonterías del amor— pero tarareando una de las canciones se encaminó hacia la cocina. Allí se sirvió un café y lo metió en el microondas. Mientras lo calentaba abrió la puerta de la terraza y *Senda* entró.

— Anda pasa, que hoy hace mucho frío.

La perra, más acostumbrada a estar en el interior de la casa que en el exterior, rápidamente se encaminó hacia su lugar preferido. El pasillo. Y tumbándose emitió un sonido de satisfacción. El teléfono sonó. Era Irene, su hermana mayor.

— Hola, mi niño ¿cómo estás? — saludó la dicharachera de su hermana.

— Bien ¿y tú? — respondió mientras sacaba su café del microondas.

— Agotada. Tus sobrinos me tienen en un sinvivir.

Juan sonrió. Su hermana tenía unos hijos maravillosos aunque ella se empeñaba en decir continuamente que le daban una guerra tremenda.

— Pues no va y dice tu querida sobrina Rocío que se quiere ir un año a Londres cuando acabe el curso. Pero esta niña se ha pensado, ¿que el dinero lo fabrico yo por las noches en el horno?

Sonrió y se sentó dispuesto a escuchar durante un buen rato a su hermana. Le encantaban sus hermanas. Eran tres y todas mayores que él. Irene era la mayor. Estaba casada con Lolo y tenía tres hijos: Rocío de quince años, Javi de diez y Ruth de cinco; Almudena era la segunda, soltera y embarazada; y por último Eva, la loca de la familia. Trabajaba de becaria en una revista y su vida era un auténtico descontrol.

—¿Has hablado» con Eva María últimamente? —pregunto Irene.

—No. Llevo sin hablar con ella unos diez días.

—Oh... ¿entonces no sabes la última?

Juan sonrió e Irene continuó:

—Creo que la van a despedir y ha dicho que como le pase eso se marcha de corresponsal de guerra a Libia. Ay, Dios, muchacha nos va a matar a disgustos.

La carcajada que soltó Juan hizo peligrar su café. Su hermana Eva era un caso y siempre lo sería. Conociéndola, lo último que haría sería irse a un país en guerra, así que para quitarle importancia dijo:

—Se le pasará. Ya conoces a Eva.

—Papá y el abuelo están preocupados, muy preocupados. Ya tuvimos bastante cuando tú estuviste hace un año en Irak. Pero esta niña, parece una cría. ¿Cuándo va a madurar? ¿Acaso no se da cuenta de que con esas tonterías lo único que liare es angustiar la vida a quienes la quieren?

—Venga... venga, no seas exagerada Irene. Creo que te preocupas en exceso.

Irene, tras la muerte de su madre, hizo de madre, especialmente para Eva y para él. Su padre tenía que trabajar y alguien debía de ocuparse de que los pequeños comieran, estudiaran y fueran al colegio. Y esa fue Irene, con la ayuda de Goyo, su abuelo materno. El único

abuelo vivo que aún les quedaba. Mientras tomaba el café y hablaba con su hermana por teléfono, sonó el portero automático de la casa.

— ¿Quién llama a tu puerta?

— Pues no lo sé, cotilla, no tengo poderes — rio Juan caminando hacia la entrada.

— ¿En serio? — se guaseó sabedora que para la familia, y en especial para su sobrino Javier, era un superhéroe.

Mpitido de la puerta volvió a repetirse y Juan, a través del teléfono, respondió.

— ¿Quien es?

— Soy Quique, el cartero. Traigo un sobre certificado para ti.

— Ahora mismo salgo — y antes de dejar el teléfono sobre la entrada dijo — : Irene, espera un segundo que voy a firmar una carta certificada.

Juan salió al exterior para recoger la carta acompañado por *Senda.*

— Hola, Quique — saludó al cartero de toda la vida.

El hombre, con una sonrisa de oreja a oreja, le entregó un sobre y un bolígrafo.

— ¿Hoy no trabajas? — le preguntó.

— No. Hoy libro — respondió mientras firmaba.

Con el sobre en las manos Juan observó el logotipo del Castillo de Sigüenza. Se despidió del cartero, entró en su casa y cogió el teléfono donde esperaba su hermana.

— Ya he vuelto.

— ¿Qué tenías que firmar?

— Un sobre que me ha llegado del Castillo de Sigüenza.

—¿Del castillo? —preguntó sorprendida—. ¿Será que va a haber alguna fiesta o algo así?

Juan sonrió y dejándolo sobre la mesa del comedor continuó hablando con su hermana un rato más hasta que finalmente se despidió. Cuando caminaba hacia la cocina reparó en el sobre y lo abrió. Dentro había una pequeña nota en la que ponía:

Sé que es una locura pero ¿quieres cenar conmigo?

Te espero hoy a las nueve en la suite 4e

N.

Sorprendido, la releyó. ¡¿N?! ¿Quién sería esa N? Finalmente pensó que se trataría de alguna encerrona que Laura, la mujer de Carlos, le habría preparado. Seguro que se trataba de Paula, que trabajaba en el Parador, quien habría planeado aquello. Eso le hizo sonreír. Aquella explosiva mujer era tremendamente ardiente, suspiró y dejó la nota sobre la mesa. Tenía cosas que hacer, pero si a la hora indicada estaba libre, por supuesto que iría.

Una hora después, cuando se preparaba para ir a casa de su padre sonó su móvil. Era el comisario jefe. Había ocurrido algo en Madrid y necesitaba que acudiera inmediatamente a la Base. Sin tiempo que perder, llamó a casa de su padre desde .su Audi RS 5. No podía ir. Tenía que trabajar.

12

En el castillo de Sigüenza Noelia se esforzaba por aparentar tranquilidad, pero era imposible. Todavía no sabía qué había ocurrido para que ella lo dejara todo y estuviera allí esperando hecha un flan a un hombre que no conocía, y con el que apenas había estado consciente veinticuatro horas.

—Son las ocho y media, *queen* mía —rio Tomi—. Creo que deberías vestirte ya, no vaya a ser que él esté tan impaciente por verte que aparezca antes de tiempo.

Horrorizada como pocas veces en su vida la joven miró a su primo con desesperación.

—¿Qué me pongo?

Tomi, más nervioso que ella por la situación, empezó a rebuscar en los dos maletones de Noelia. Por fin sacó una camisa negra de gasa y una falda roja entallada hasta los pies.

—Visto que solo tienes cuatro trapitos, esto irá bien. Estarás *¡divine!* Eso sí, ponte el sujetador *purple*, ese que te realza los pechos. La camisa te sienta infinitamente mejor.

Al ver el conjunto, Noelia protestó.

—Por Dios, Tomi que no voy de cena a la embajada. Que voy a cenar aquí en la habitación.

—¿Y qué? ¿Acaso no quieres que te vea *divine*?

Ella asintió. Tenía razón. Así que cogió lo que le entregaba, hecha un manojo de nervios, y comenzó a vestirse. Cuando acabó se miró en el espejo y decidió dejar suelta su bonita melena ondulada. Le daba un aire sofisticado.

A las nueve menos cinco, Tomi se marchó a su habitación tras darle dos besos y desearle suerte con aquel encuentro. A las nueve en punto Noelia,

retorciéndose las manos, no sabía si sentarse o mirar por la ventana. Parecía una quinceañera a punto de tener su primera cita. Diez minutos después su impaciencia le hizo encender un cigarrillo. Seguro que tardaría en llegar. Veinte minutos después comenzó a cuestionarse si ni tan siquiera vendría y una hora y media más tarde, molesta por el desplante, supo que no aparecería. A las once, tras dos horas de espera, se desmaquilló y se quitó la ropa, y cuando se echó en la cama suspiró enfadada. ¿Quién la mandaría a ella ir allí?

A la mañana siguiente, Tomi se despertó a las siete de la mañana. Pensó en ir a la habitación de su prima, pero finalmente decidió no molestar, no fuera que continuara con él en la habitación. A las once, sorprendido porque ella aún no hubiera dado señales de vida, se encaminó hacia la suite y cuando ella le abrió supo que algo no muy bueno había pasado.

— ¿¡Que no vino el hombre de Harrelson?!

— No.

— ¿Te dejó plantada, *honey*?

— Si.

— ¿Me lo estás diciendo en serio?

— Totalmente, y no vuelvas a preguntármelo.

Sin dar crédito a sus palabras y llevándose las manos a la cabeza susurró incrédulo:

— *Oh. my God. Cuchi*, ese hombre te ha dicho no.

A Noelia no le gustó como sonaba aquello. Ya fue bastante humillante el plantón como para que su primo se lo recordara.

— Me estás enfadando Tomi. Me estás enfadando y mucho.

Aun incrédulo porque alguien dejara plantada a su prima, la gran estrella de Hollywood, añadió:

— Bueno, bueno, *darling* no pasa nada. Nadie se ha enterado de ello. Por lo tanto no te preocupes, nadie se reirá de ti.

— ¿como que nadie se ha enterado? Lo sabemos nosotros, te parece poco? Y ya puedes ir borrando esa sonrisita que tienes en la cara o yo… .

— Tranquila *honey*, yo no me rio de ti, solo me sorprendo.

Sin embargo Noelia era consciente del plantón.

— Pero… pero ¿Quién se ha creído ese idiota para dejarme plantada? Maldita sea, estoy tan ofendida que apenas he podido descansar, y todo por su culpa. Su maldita culpa.

Al ver el enfado que tenía, intentó tranquilizarla sentándola en la cama. Noelia estaba acostumbrada a que todo el mundo bailara a su son, y que alguien se saliera de lo que ella consideraba normal no le gustó.

— ¿Sabes lo que te digo?

— ¿Qué? — preguntó Tomi.

— Que no me voy a quedar con las ganas de decirle al idiota ese cuatro cositas bien dichas. Ese no sabe quién soy yo.

— Ay Noelia… que tú tampoco sabes quién es él.

Sin escucharle ni darle tiempo a reaccionar, se encaminó hacia la puerta. Tomi la pilló del brazo y la paró.

— ¿Dónde vas *cuchi*?

— A su casa.

— No… no… no. ¡Ni lo sueñes! No puedes hacer eso.

— ¿Por qué no puedo hacerlo?

— Porque *you are* Estela Ponce, tienes un pronto muy malo y una diva como tú no debe

hacer esas cosas. Si él no quiso acudir a su cita. Él se lo pierde.

— Pero…

— No hay peros que valgan. Ahora mismo te vas a dar una duchita relajante, te vas a poner el antifaz y te vas a *sleep*. Ay, *queen* mía, se nota que no has dormido tus *eight* horitas y tienes la piel tremendamente ajada.

Noelia salió disparada hacia al espejo, se miró y susurró escrutándose el rostro:

— ¿Tanto se nota?

— Ajá. Por lo tanto, no se hable más. Son las once y media. Te dejaré dormir hasta las *two o'clock*. Después te despertaré, nos montaremos en el *car*, nos dirigiremos al *airporty* nos marcharemos para Los Angeles *happy* y con *glamour* y, por supuesto, nos olvidaremos de este incidente tonto y absurdo. ¿Qué te parece la idea?

Mirando su propio reflejo en el espejo, Noelia suspiró y tras entender que era lo mejor, asintió.

Cinco minutos después Tomi se marchó y ella se tumbó en la cama. Sin embargo, al cabo de un rato, harta de dar vueltas de un lado para otro, tiró el antifaz, a un lado y, levantándose, murmuró mientras cogía los vaqueros:

— Ah no… , de aquí no me marcho yo sin decirle a ese creído cuatro cosas.

Miró su reloj. Las doce menos cinco. Tenía tiempo para ir y volver antes de que Tomi acudiera a despertarla. Tras coger su móvil se puso la gorra para esconder su llamativo pelo rubio y poniéndose las gafas de sol para que nadie identificara su rostro, salió con cuidado del parador. Al llegar a recepción vio a Menchu y esta rápidamente salió de detrás del mostrador.

— Buenos; días, señora Ponce.

— Noelia, llámame Noelia, por favor, Menchu.

La joven, feliz porque recordara su nombre, ansiando hablar con ella sonrió y le preguntó cortésmente:

— ¿Ha dormido bien?

— Si. Maravillosamente — susurró y mirándola preguntó ensenándote un papel— ¿Sabes cómo puedo llegar hasta esta dirección?

Sorprendida, la joven leyó la dirección. Caminó con ella hasta puerta del parador y cuando iba a responderse oyó tras ellas:

— Menchu, ¿cuántas veces tengo que decirte que no abandones la recepción?

Menchu se quedó petrificada, algo que Noelia no pasó por alta y, dándose la vuelta, la joven recepcionista respondió:

— Paula, te estaba indicando a la señora como ir a...

— Para eso tienes los mapas que regalamos — espetó la morena de grandes pechos poniendo un mapa sobre el mostrador Así es como hay que atender a un huésped, no como in lo estas haciendo. Pareces tonta, Menchu. ¿Cuándo vas a aprender?

Noelia se ofendió al escuchar aquello. Nunca le había gustado la gente que para demostrar su superioridad insultaba a los que estaban por debajo. Por ello, y sin poder remediarlo, se encaró con aquella, parapetada tras sus enormes gafas oscuras y su gorra.

— Disculpe señora, pero Menchu estaba siendo sumamente amable conmigo y no se merece que usted la trate así delante de mi.

La mujer la mió y respondió sin cambiar su gesto.

— Me alegra saber que Menchu ha aprendido al menos a ser cortés, pero todavía tiene mucho que

aprender para trabajar en este parador.

En ese momento sonó el teléfono de recepción y dándose la vuelta la mujer atendió la llamada. Dos segundos después colgó y con el mismo ímpetu que apareció, desapareció.

— ¿Quién es esa mujer tan estúpida?

— Oh… señorita Ponce ella…

— *Noelia*… te he dicho que me llames por ese nombre, ¿vale Menchu?

La joven sonrió y respondió.

— Se llama Paula. Una mujer que llegó hace tres años aquí y de la que poco más se sabe.

— ¿Cómo puede tratarte así? ¿Por qué se lo permites?

— Necesito el trabajo y ella es una de las encargadas. Vivo sola, hay mucha crisis y sinceramente, por mucho que me ofenda y me den ganas de arrastrarla por el parador, necesito este trabajo para vivir.

Conmovida por las palabras de la joven recepcionista Noelia asintió. En momentos así era cuando se daba cuenta que ella era una privilegiada en la vida. Menchu, para olvidar lo ocurrido, dijo señalando hacia la derecha de la fortaleza.

— Si baja por ese camino llegará hasta unas casas blancas. Una vez allí, tuerce a la derecha y continúa de frente hasta una rotonda. Uní vez pase la rotonda la segunda calle a la izquierda es la que busca.

— Casas blancas, derecha, rotonda y segunda a la izquierda — repitió Noelia— Gracias, Menchu. Y por favor, si ves a mi primo no le digas que me has visto ¿de acuerdo?. Ah, y tutéame, por favor.

La recepcionista asintió y, emocionada, vio como la actriz más guapa de Hollywood, ¡la que acababa de pedirle que la tuteara!, se alejaba en su coche.

13

Agotado tras una noche movidita por su trabajo, Juan llegó a su casa. Había sido un operativo laborioso. Cuatro terroristas rumanos en busca y captura internacional habían sido interceptados en una casa del viejo Madrid y los geo habían entrado en acción para detenerles. El operativo había sido un éxito pero la tensión de las horas previas y el momento de entrar en acción le dejaban extenuado. Soltó las llaves en el recibidor y saludó a su perra *Senda* que rápidamente acudió a la puerta a recibirle.

— Hola, preciosa ¿me echaste de menos?

El animal, feliz por la llegada de su dueño, saltaba como un descosido a su alrededor, haciéndole reír.

— Vale… vale… para ya. Ahora vendrá Andrés a sacarte. Estoy agotado para pasear contigo.

Tras conseguir que la perra se calmara, se encaminó hacia la cocina. Una vez allí cogió un vaso y la leche y se sirvió café de la cafetera. Sacó unas magdalenas y se sentó en la mesa. Necesitaba comer algo. Después se ducharía y se acostaría.

Cuando terminó, metió la taza en el lavavajillas y cuando salía de la cocina se quitó la camiseta, quedándose desnudo de cintura para arriba.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Seguro que era Andrés, el muchacho al que pagaba para que sacara a *Senda* los días que él no estaba. Siempre llamaba antes de entrar, por lo que Juan continuó su camino. Andrés tenía llave y entraría para coger a la perra. Pero no. No entró y el timbre volvió a llamar con más insistencia.

— ¿Quien es? — preguntó Juan apoyado en la pared con el telefonillo en la mano.

Al escuchar su voz Noelia, inexplicablemente,

se paralizo. ¡Era él! Miro a ambos lados de la calle y susurro:

— Soy Noelia.

Apoyado en la pared y con el telefonillo en la mano volvió a preguntar.

— Perdona pero no he oído bien. ¿Quién eres?

— Noelia…

— ¿Quién?

— Estela Ponce — bramó enfurecida— . Abre ya la maldita puerta.

Ahora el sorprendido era él. ¿Estela Ponce? ¿Qué hacía aquella mujer en su casa? Apretó el botón de entrada y oyó cómo la puerta de fuera se abría y se cerraba mientras bajaba los escalones de cuatro en cuatro. Sin perder el tiempo abrió la puerta de la calle. Ella entró como un vendaval, mirándole parapetada tras sus enormes gafas negras y su gorra.

— Nunca pensé que pudieras ser tan desagradecido. Te estuve esperando hasta Dios sabe cuándo y casi no he dormido, cuando para mí dormir las horas necesarias es una obligación. ¿Por qué no viniste?

Juan se quedó boquiabierto. Efectivamente aquella mujer era quien decía, pero la sorpresa fue tal que apenas pudo articular palabra. ¿Qué hacía aquella mujer en su casa? ¿En Sigüenza?

Ella, a diferencia de él, no paraba de moverse y de hablar. Parecía que alguien le hubiera puesto pilas hasta que, finalmente, cuando sintió que este cerraba la puerta se calló.

— ¿Se puede saber que haces tú aquí?

Escuchar aquel tono grave de voz hizo que ella se paralizara y se sintiera pequeñita ante aquel gigante, pero clavando su mirada en su torso desnudo murmuró en un hilo de voz:

— No… no lo sé. Solo sé que ayer te envié una nota desde el Castillo invitándote a cenar y…

— ¿Me la enviaste tú? — cortó él al recordar la invitación de la suite cuarenta y seis.

— Pues claro, ¿quién creías que te invitaba?

Sorprendido como en su vida, y sin entender que hacia aquella actriz de Hollywood en el salón de su casa, respondió mofándose de ella:

— Sinceramente cualquiera de mis amigas, pero nunca la *estrellita*.

La visión de Juan desnudo de cintura para arriba y con los vaqueros caídos en la cintura y el primer botón desabrochado hizo que a ella se le resecara la garganta.

Dios mío… qué sexy pensó incapaz de despegar su mirada de él.

El tatuaje de su brazo derecho, unido al oscuro tono de su piel, la excitó. Los hombres con los que solía estar eran modelos o actores, todos hombres guapos y fuertes. Pero su cuerpo fibroso y poderoso, y la sensualidad que desprendía, nada tenían que ver con lo que ella conocía.

Sin apenas moverse de su sitio, Juan se cruzó de brazos y con gesto indescifrable volvió a interrogar a la joven que no le quitaba ojo de encima.

— ¿Me puedes decir qué haces en mi casa?

Tragando el nudo de emociones que se le habían agolpado en la garganta, Noelia se quitó las gafas para dejar al descubierto sus impresionantes ojos azules.

— Yo… bueno… el caso es que… es que…

— ¿Es que qué? — exigió Juan.

Aturdida por lo que aquel hombre con solo su presencia le hacía sentir, finalmente murmuró consciente de lo ridícula que era la situación:

— Quería saber porque no me saludaste el otro día cuando nos vimos.

— ¿Que nos vimos? ¿Cuándo?

Abriendo la boca para protestar, ella cambió el peso de una pierna a otra y respondió.

— En el Ritz, o acaso me vas a decir que tú no eras el poli vestido de negro que me dio agua y habló conmigo.

Juan no respondió. Una de las primeras normas de su trabajo era no revelar a gente ajena a su círculo su específica profesión.

— No sé de que hablas.

— Por faavooor... —se mofó esta—, eso no te lo crees ni tu. Sé que eras tú y no puedes negármelo.

— Quizás te estás equivocando de persona —respondió admirando en vivo y en directo a la joven que un día conoció y que en la actualidad era una de las actrices mejor pagadas de Hollywood.

— No. No me equivoco. Sé lo que digo ¿Y sabes porqué lo sé?

Divertido por como ella le señalaba preguntó:

— ¿Porqué lo sabes?

— Porque solo ha habido dos personas en mi vida que se refirieran a mi de una determinada manera. Una fue mi abuela, y la otra fuiste tú.

Maldita sea. Lo oyó pensó mientras disfrutaba de la visión que ella le ofrecía. Vestida así, con vaqueros y abrigo largo podría pasar por una joven cualquiera. Aunque cuando le mirabas el rostro todo cambiaba. Aquella cara, aquellos espectaculares ojos celestes y el pelo rubio que ocultaba bajo su gorra la hacían inconfundible. Había salido en demasiadas películas y series de televisión como para pasar desapercibida.

— Creo que tu subconsciente te traicionó.

Noelia fue a responder cuando sintió que algo le rozaba las piernas. Al bajar la mirada y ver el enorme perro, en lugar de asustarse, le tocó la cabeza y sonrió. *Senda* rápidamente movió el rabo feliz y se sentó a su lado.

Juan, todavía como en una nube, las observó. Su exmujer y su perra mirándose con gesto de aprobación.

¿Qué narices está pasando aquí? pensó malhumorado y tras llamar a la perra y sacarla al patio dijo mirando a la muchacha que continuaba parada en la entrada:

— Necesito un café para despejarme. Si quieres uno sígueme.

Con la tensión a mil, la chica le siguió sin poder dejar de admirar aquella espalda ancha y morena y aquel perfecto trasero que bajo sus Levi´s desteñidos parecía de acero. Una vez llegaron a la cocina Noelia se sorprendió al verla impoluta. Era una cocina en blanco y azul, limpia y ordenada.

— ¿Solo o con leche? — preguntó al verla mirar a su alrededor.

— Con leche desnatada,

Levantando una ceja Juan la miró y dijo con dureza.

— No tengo leche desnatada. Solo leche normal y corriente. ¿Te vale o no?

Molesta por su tono ella le miró y asintió.

— Por supuesto que me vale.

Tras servir los cafés, Juan apoyó la cadera en la encimera.

— ¿Noelia o Estela?

— Noelia.

— Muy bien, Noelia. ¿Cómo has conseguido mi dirección? Si mal no recuerdo la dirección que le di al abogado de tu *papaíto* hace años era la de mi padre.

Avergonzada por tener que contestar, intentó desviar la atención quitándose la gorra para liberar su pelo rubio.

— Uf... ¡qué calor! — dijo distraída.

Sin darle tregua y queriendo saber que era lo que ella sabía de él insistió:

— Te he preguntado algo y espero una respuesta.

— Tengo mis métodos — susurró dando un trago a su café.

Molesto por aquello, observó como sus ondas rubias caían sobre sus hombros de forma sedosa y sensual.

— ¿Me has estado investigando?

— Noooooooo.

— ¿Entonces cómo sabes donde vivo?

— Bueno... es que...

Juan acorralándola para que dijera la verdad insistió con cara de pocos amigos.

— Llevo razón en lo que digo, ¿verdad?

— No... bueno sí... bueno no... A ver, no es lo que parece — respondió ella mientras se cogía un mechón de pelo y lo retorcía con un dedo—. Yo solo quería saber por qué no me saludaste el otro día. Sé que eras tú y...

Sr oyó de nuevo el pitido de la puerta.

Andrés pensó juan. Y antes de que pudiera reaccionar, oyó su voz en el patio de la casa llamando a la perra.

— Senda, preciosa ¡vamos a pasear!

Noelia al escuchar aquella voz cercana miro alertada a ambos lados y susurro nerviosa:

— ¿Quién es? ¿Quién habla?

— Es Andrés.

Dejándole boquiabierto se levantó y agachándose detrás de la puerta de la cocina murmuró:

— Por favor… no puede verme. Si alguien me ve y me reconoce, la prensa vendrá y…

Juan cogió la correa de *Senda* y abriendo la puerta corredera de la cocina saludó a aquel antes de que entrara en la casa.

— Hola Andrés.

El muchacho, un chico del pueblo
con una minusvalía física al andar,
sonrió al verle.

— Hola Juan. He visto el coche
aparcado y no sabía si querías
que la sacara hoy o no.

— Sí… sácala. Acabo de llegar de trabajar y estoy agotado.

Andrés, que adoraba a Juan, preguntó:

— ¿Ha sido una noche dura?

— Sí. Aunque más dura está siendo la mañana, te lo puedo asegurar — murmuró mirando hacia el interior de la cocina.

El joven cogió la correa de la perra.

— ¿Quieres que la traiga de nuevo aquí o la dejo en casa de tu padre?

Tras pensarlo durante unos segundos Juan respondió:

— Llévala donde mi padre. Dile que iré a recoger a *Senda* allí y que comeré con él y el

abuelo.

— De acuerdo. ¡Vamos *Senda*!

La perra encantada de salir a la calle, se dejó sujetar por el joven. Dos minutos después, este salía del jardín y Juan entraba de nuevo en la cocina y cerraba la puerta.

— Ya puedes salir *estrellita*. Nadie va a verte — dijo mirando hacia la puerta.

Como si de una niña se tratara, Noelia asomó la cabeza y, al comprobar que estaban solos, se levantó y volvió a sentarse a la mesa. Después cogió su café y tras dar un trago preguntó:

— ¿Tienes un cigarrillo?

— No. No fumo y tú tampoco deberías, no es bueno para la salud.

Aquel comentario hizo que ambos se relajaran. Juan aun estaba sorprendido por tener a la actriz Estela Ponce en su cocina. Aquello era surrealista. Si sus amigos, especialmente Carlos, se enteraban de que ella había estado en su casa, se pondrían insoportables. Por ello, dijo con determinación:

— Creo que ha llegado el momento de que te vayas. Ha sido un placer volver a verte después de tantos años, pero adiós.

— ¿Me estás echando de tu casa? — preguntó sorprendida.

— Sí.

Molesta por su falta de consideración y dado que no estaba acostumbrada a aquel trato le miró recelosa.

— ¿Sabes que nadie me ha echado nunca de su casa?

— Alguna tenía que ser la primera y mira ¡he sido yo! — respondió él cruzándose de brazos.

— ¿Cómo puedes ser tan borde?

— Contigo no es difícil — respondió dejándola boquiabierta. Es más, te agradecería que desaparecieras cuanto antes de mi entorno. No quiero tener nada que ver contigo, ni con tu fama. Mi vida es muy tranquila y adoro el anonimato.

— ¿Crees que yo voy a perjudicarte? Pero si tú eres un don nadie y…

Juan con gesto serio la cortó y respondió con rotundidad.

— No. No me vas a perjudicar porque no tengo nada que ver contigo. Mira *guapa*, no sé, ni me interesa saber qué haces aquí. Pero lo que sí sé es que tenerte cerca lo único que puede traerme son problemas. Efectivamente soy el que tú crees, ¡Bingo!, pero lo que ocurrió entre tú y yo fue un error de juventud y nada más, algo que, hoy por hoy, no quiero que me arruine mi tranquila vida, ¿lo entiendes? Por lo tanto ponte la gorra, tus preciosas gafas de Gucci, sal de mi casa y espero que te vayas a tu maravilloso Hollywood donde tu *papaíto* seguro que te dará todos los caprichos que un *don nadie* como yo no va a darte. Aléjate de mí, de mi entorno y de mi vida, ¿me has entendido?

Nadie le había hablado con tanto desprecio en su vida. Nadie se atrevía a decirle a Estela Ponce lo que tenía o no tenía que hacer. Levantándose de su silla clavo sus azulados ojos en el hombre que la estaba tratando como a una delincuente y gruñó:

— Te recordaba más amable, siempre pensé que tú eras diferente.

— En tu caso *pensar* no es bueno — se mofó Juan.

Acercándose a él hasta absorber el olor de su

piel siseó:

— ¡Imbécil! Idiota. Eres un… un… ¡patán!

Con aire divertido, Juan miró hacia abajo y tuvo que contener las ganas de reír que le provocaba la situación.

— Gracias… no lo sabía — acertó a decir.

Enfadada al ver que él no se enojaba, sino que, parecía estar consiguiendo el efecto contrario, gritó:

— Te diría cosas peores pero no me gusta blasfemar, por lo tanto, mejor me callo o te juro que yo… que yo…

— Fuera de mi casa, *canija* — dijo arrastrando a propósito la última palabra.

Dándose la vuelta furiosa como nunca en su vida lo había estado agarró las gafas.

— Por supuesto que me voy de tu casa. Pero de ahí a que haga lo que tú me has dicho va un mundo. Estoy de vacaciones y me quedaré aquí o donde me dé la gana el tiempo que quiera, y tranquilo, no voy a interferir en tu vida. Simplemente quiero descansar un tiempo y este lugar es tan maravilloso como otro cualquiera para ello. — Caminó con brío hacia la puerta, pero se dio la vuelta para volver junto a él y vociferó —: Recuerda, no nos conocemos de nada. No quiero tener nada que ver contigo y si me ves ¡ni me saludes!

— Tranquila, creo que podré soportarlo — asintió sonriendo apoyado en el quicio de la puerta.

Fuera de sus casillas, Noelia quiso patearle el culo. Se paró ante un espejo y mientras se colocaba la gorra ocultando su pelo en el interior vio a través del cristal la sonrisa de Juan y su gesto. Aquello la encendió, y aun más al comprobar que le estaba mirando el trasero.

— ¿Quieres dejar de mirarme así?

— No. Estoy en mi casa y en mi casa miro, digo

y hago lo que quiero.

— Pues como la última palabra siempre la digo yo ¡no me mires o tendrás problemas! — gritó ella. Aquel comentario le hizo sonreír aún más y en tono joco so murmuró: — Oh... que miedo me das. Deseosa de cruzarle la cara, fue hasta él para golpearle. Levantó la mano pero paró en seco cuando le oyó susurrar sin moverse de su sitio. — Atrévete.

Resoplando como un toro, Noelia se dio la vuelta, se dirigió hacia la puerta de la calle y la abrió. — No des un portazo — le escuchó decir. Pero, directamente, lo dio. Dio el portazo de su vida y suspiró satisfecha hasta que instantes después escuchó su risa, eso volvió a encenderla. — ¡Vete al cuerno! — gritó malhumorada. A grandes zancadas fue hasta su coche e intentando no perderse y siguiendo las instrucciones que veía por el camino llegó hasta el parador de Sigüenza donde entró como un vendaval en la habitación de su primo. El día, definitivamente, no había comenzado bien.

14

Al día siguiente de su encuentro con Noelia Juan, aún no daba crédito a lo que había ocurrido. Estela Ponce, la gran diva del cine americano, había estado en su casa. En un principio pensó contárselo a Carlos, pero luego calibró las consecuencias y decidió que no era una buena idea. De todas maneras quedó con él para tomar algo. Ambos estaban sentados en una terraza de su pueblo cuando oyeron una voz tras ellos.

— Hola *cucarachos*. Ya es hora de que os vea el pelo. ¿Me invitáis a una birrita?

Levantando la cabeza Juan sonrió al ver al Pirulas. En todos aquellos años su vida había cambiado poco. Seguía siendo en cierto modo el mismo descerebrado que años atrás, con la diferencia de que ahora regentaba la panadería de su padre. Sentándose junto a ellos que tomaban unas cervezas y tras dejar sobre la mesa unas revistas que llevaba en las manos, ordenó al camarero:

— Pepón tráeme una birra fresquita. — Después mirando a sus amigos dijo— : Qué, ¿algo nuevo que contar?

— No — dijeron al unísono.

Fuera del trabajo nunca comentaban con nadie lo que ocurría durante la jornada, ambos lo tenían muy claro. No les gustaba.

— Joder colegas, la movida que os perdisteis la otra noche — contó encendiéndose un pitillo— . Resulta que el Pistacho, se f...

— ¿Pistacho? — preguntó Carlos divertido.

— Sí, joder, el hijo de Luciano, el de los frutos secos. — Al ver que asentían continuó— . Se fue a Ámsterdam una semanita y el tío ha vuelto alucinado. Trajo unas setitas buenísimas de allí y la otra noche le dio una a la Geno, la hija del

Tomaso el camionero, y no veas el globazo que se pilló la colega,

—Pirulas —sonrió Juan aprovechando que el sol calentaba aquel día para ser diciembre—. Qué te parece si no nos cuentas esas cosas a nosotros. ¿Te recuerdo en que trabajamos?

—No me jodas, tío. Vosotros para mí sois mis coleguitas, y no unos jodidos *cucarachos.*

—Lo de *cucarachos* me toca las narices —se mofó Juan. Aquel estúpido mote era por el que muchos llamaban a los Geos por su indumentaria negra.

—Además —prosiguió el Pirulas sin escucharle—, sabéis que yo, desde hace tiempo, paso de meterme esas guarradas. Yo solo me meto lo que cultivo y...

Carlos miró a su amigo y poniéndole una mano en el hombro le indicó:

—Cierra la bocaza. No queremos saber nada de lo que cultivas —sonrió al escucharle—. De verdad, Pirulas. Tú haz lo que quieras con tu vida, pero no nos cuentes absolutamente nada ¿vale? —Y mirando las revistas que había dejado sobre la mesa cogió una y dijo—: ¿Desde cuándo lees prensa del corazón? ¿Te has vuelto ahora modosete?

—Son para mi madre, y no me jodas, hombre, que a mí me van más las tías que a un jilguero el alpiste —se defendió rápidamente—. Me ha llamado la vieja al móvil y me las ha encargado. Y yo que soy un buen hijo se las compro y se las llevo. Hay que tener contenta a la Aurora.

Todos sonrieron. Aurora, la madre del Pirulas, era una buena mujer y bastante cruz tenía con aguantar al descerebrado de su hijo. Carlos, cogiendo una de las revistas, la hojeó hasta que en su interior encontró un reportaje que captó su interés y, tras mirar a su amigo Juan, que por su

gesto supo de lo que iba el tema, dijo:

— Vaya, aquí pone que la actriz Estela Ponce ha terminado su jira por España.

Juan le devolvió la mirada y no dijo nada, aunque le llamó de todo solo con los ojos. Ni siquiera cogió la revista para verla. No le interesaba. Pero el Pirulas se la quitó de las manos para ver las fotos.

— Joder, lo buena que está esa Barbie Malibú. Es que la lamería desde el dedito gordo del pie hasta…

— Nos alegra saberlo — cortó Juan quitándole la revista y cerrándola.

Pero el Pirulas volvió a abrirla y enseñándole una foto de la actriz con un escotado y sexy vestido azul, riendo y abrazada a Mike Grisman en Sevilla continuó.

— Vamos a ver, tronco ¿Desde cuándo ves tú a pibonazos como este por el pueblo? Vamos… ni que fuera normal verlos pasear por la calle.

Juan no respondió. Era una suerte que el Pirulas no relacionara a Estela Ponce con la joven que se casó con él años atrás. Eso le reconfortó. No pensaba contar nada de lo ocurrido el día anterior en su casa, y menos a aquel, cuando Carlos intervino.

— Lo dice hasta mi preciosa mujercita. Siempre dice ¡qué actriz más guapa!

— ¡Qué coño guapa! — exclamó el Pirulas mirando de nuevo la revista— . Esta tía lo que está es *buenísima* ¿Pero tú has visto que cuerpazo tiene? A esta la cogía yo y la ponía mirando *pa* cuenca. Vamos, lo bien que nos lo íbamos a pasar los dos.

Juan cogió su cerveza y dio un buen trago. No iba a entrar en aquello. No quería. Siempre le había molestado oír hablar de Noelia. Algo increíble y, sobre todo, incomprensible para él, pero así era. Carlos, divertido por como aquel

bebía dijo gesticulando:

— A mí lo que me encanta es su trasero. Tiene ese típico trasero redondo y respingón que nos vuelve locos a los tíos y…

— Y esos morritos — añadió el Pirulas mientras Juan se movía incómodo en su asiento— . Debe ser un lujo mordisquear ese morrito inferior y tirar de él. Joder ¡pero si me estoy poniendo cachondo solo de pensarlo!

— Eso lo deben de pensar muchos — apostilló Carlos divertido— , El otro día vi en la taquilla de un compañero una foto en bikini de Estela Ponce. Una de su última película, *Brigada 42*, y ¡joder ¡estaba como un tren!

¿Qué compañero? pensó Juan y se volvió hacia el camarero para pedirle otra cerveza. Durante un rato soporto estoica mente los comentarios de sus dos amigos sobre la que fue su mujer. Algo que el Pirulas no conocía ni por asomo, o se hubiera enterado hasta el último habitante de la tierra. Sonó el claxon de un vehículo. El Rúcula en su Seat León.

— ¡Qué pasa *troncosssssssssss]* — gritó tras aparcar sobre la acera.

— Hombre, ya estamos todos — sonrió Garlos al verle.

El Rúcula, salió de su coche amarillo huevo y de dos zancadas llegó hasta ellos.

— ¡Qué pasa *mamonazos*\

— No dejes el coche así o te multarán — advirtió Juan tras chocar la mano con él.

— ¡Que se atrevan! — se mofó.

Si había un fantasma en el pueblo, ese era el Rúcula. Al igual que el Pirulas se había tomado la vida de manera muy relajada. El Rúcula trabajaba en lo primero que le salía. Era un hombre sin oficio ni beneficio, pero al que nunca le faltaba trabajo. Sabía buscarse la vida.

Se sentó junto a los demás en la terraza y continuaron pidiendo cervezas.

— ¿Dónde curras ahora, Rúcula?

— Estoy en la obra con mi primo Alfonsito. Estamos rematando unos chalecitos a las afueras del pueblo. Los que se construyeron en la parcela de los Gargalejo.

En ese momento pasaron ante ellos unas chicas y este interrumpiendo su conversación silbó y dijo.

— ¡Guapasssss! Eso son jamones, no lo que mi madre compra en el súper.

— ¡Viva la minifalda y su inventor! ¡Tías buenas! — apostilló el Pirulas divertido.

Las chicas al escucharles sonrieron y el Rúcula finalizó. ¡Venir aquí que os voy a dar con *to lo gordoooooo*!

Juan puso los ojos en blanco ante semejante despliegue de vulgaridad y Carlos tras carcajearse le indicó: Indudablemente trabajas en la obra. Un coche de la policía municipal pasó lentamente al lado de donde ellos estaban, y Juan saludo con un movimiento de cabeza a Fernández, que conducía. La patrulla paro ti metros más adelante del coche del Rúcula, y este, al verlo, se levantó escopetado.

— ¡La madre que los parió! Me piro que estos mamonazos me cascan un multazo.

Y sin más fue hasta el coche. Fernández al ver que se levantaba de la mesa de Juan asintió y se metió de nuevo en el coche patrulla.

— Pirulas ¿te llevo? — gritó su amigo desde el Seat León.

Este se levantó y tras coger las revistas de su madre se despidió y se marchó. Una vez quedaron solos, Juan se echó hacia delante y mirando a su amigo susurró.

— ¿Te he dicho alguna vez, *churri*, que eres un

cabronazo?

Carlos sonrió y tras dar un trago de su cerveza respondió:

— Sí... cada vez que hablamos de cierta actriz. Por cierto ¿Qué haces esta noche?

— Cualquier cosa menos verte el careto.

Carlos no le hizo caso.

— Vale, lo entiendo, soy guapo pero no tu tipo. — Juan rio y le preguntó— : ¿Qué te parece ver el careto de mi mujer y Paula? Hoy tenemos canguro para Sergio y como libramos han planeado cenar y tomar algo en el Loop. ¿Te apuntas?

Durante una fracción de segundo Juan dudó. No estaba de humor para tonterías, pero sabía que quedar con Paula significaba sexo. Y en ese momento lo necesitaba. Egoístamente pensó en él, y recostándose en la silla murmuró tras beber de su botellín:

— ¿A qué hora hemos quedado?

15

La joven actriz, apoyada en el quicio de la ventana de su habitación, observaba como anochecía mientras intentaba organizar sus ideas y entender lo que había pasado. Por norma, .siempre era bien acogida por el sexo masculino, y lo ocurrido con aquel español, con Juan, la tenía desconcertada.

— Ay *cuchita* no frunzas tanto el ceño o te saldrán una terribles arrugas.

Noelia miró a su primo que se miraba al espejo y se depilaba con mimo sus cuidadas cejas. Como siempre le ocurría, atrás había quedado el enfado del día anterior. Si algo tenía bueno era que igual que se enfadaba se desenfadaba algo que su abuela siempre le había alabado. Noelia tenía un gran corazón a pesar de que la gente, por su aspecto glamuroso, pensara que era de hielo y superficial. Al contrario de todo pronóstico, la joven estrella de Hollywood era una muchacha muy afable y cariñosa y que cuando la conocías un poco te dabas cuenta de que solo quería querer y ser querida.

— ¿Sabes? Creo que lo hice mal. No debí de ir a su casa así. ser tan dura y…

— ¿Dura? — chilló Tomi— . *Oh, my God*, pero si por lo que me has contado, él te echó de su casa. ¿Cómo puedes permitir que un *man* por muy *divine* que sea te haga eso? Sé que tienes un pronto terriblemente puertorriqueño, pero luego no eres nadie.

— Vale… tienes razón — apuntó apagando el cigarro sobre un cenicero— , pero yo tampoco fui muy amable que digamos. Además…

— No… no… no. Ahora mismo vamos a recoger nuestras cosas, coger nuestro auto e irnos ipsofacto para el airport. ¿De acuerdo my darling?

Estoy segura que el bombonazo de Mike te recibirá con los brazos abiertos en hause. Oh… no veo el momento de darme un baño de color en el pelo. Lo necesito.

Pero Noelia quería saber más de Juan. No sabía por qué pero le costaba marcharse de aquel lugar. Necesitaba volver a encontrar al muchacho que conoció años atrás. Aquel que fue amable y sincero con ella y que, en cierto modo, se ganó su corazón. Estaba decidida a intentar de nuevo un acercamiento.

— Lo siento Tomi, pero yo tengo que hablar con él antes de irme de aquí — al ver que su primo la miraba boquiabierto indicó— . No te puedo explicar el porqué, pero quiero volver a ver a Juan y…

— ¡Tú estás *crazy*\… pero loca de remate.

— No — respondió divertida.

Su primo, blanco como la leche, al ver como esta sonreía se sentó sobre la cama y murmuró:

— Por el amor de Diorrrrrrr… me conozco esa sonrisita y no depara nada bueno ¿Qué es lo que pretendes?

— No lo sé. Pero no quiero irme con la sensación de no saber qué hubiera pasado si yo…

— Te lo digo yo. La prensa se enterará de que estamos aquí y…

Sin querer escuchar más, se acercó a su primo, le dio un beso en la mejilla y poniéndole un dedo sobre los labios consiguió callarle.

— La abuela siempre nos dijo que cuando algo nos interesaba, y mucho, debíamos buscar la razón. Pues bien, quiero saber esa razón — mirando su reloj dijo antes de salir— . Buenas noches, *cielo*. Que sueñes con los angelitos.

Guando llegó a su habitación, se metió rápidamente en la ducha. El calorcito del agua corriendo por su piel la reconfortó. Una vez acabó de ducharse, se echó crema y se secó el pelo con

el secador. A las once de la noche estaba metida en la cama mirando la televisión cuando de pronto recordó algo. Se levantó, abrió su *trolley* Louis Vuitton, y cogió una carpeta. Tras sentarse en la cama y leer lo que ponía en aquellos papeles sonrió. Ante ella tenia la información que necesitaba.

El despertador sonó a las seis y diez de la mañana. Horrorizada, lo apagó y pensó en seguir durmiendo. Pero tras recordar el motivo de la alarma se levantó. Como una autómata, se puso unas mallas negras, una sudadera, unas zapatillas de deporte y con cuidado metió su melena rubia bajo un pañuelo y después se caló la gorra de Nike y sus gafas oscuras.

Guando llegó a la entrada del parador suspiró y sintió un escalofrío. El día estaba gris y, por los nubarrones, parecía que iba a llover. Pero dispuesta a no cesar en su empeño, salió al trote del parador. Durante un buen rato anduvo por un caminito hasta que a lo lejos vio a alguien que podía ser quien ella buscaba. Acelerando el ritmo, se aproximó lo suficiente y entonces, se le aceleró el corazón. Era él.

La perra, *Senda*, fue la primera en percatarse de que alguien se acercaba y se quedó quieta. Juan, al ver que la perra se quedaba atrás, se volvió para mirarla y vio a una mujer correr hacia él. Sorprendido por aquello, pues pocas mujeres veía corriendo por las mañanas, llamo a su perra y esta fue hacia él. Dos minutos después la mujer que corría llegó a su altura.

— Buenos días. Preciosa mañana para hacer deporte.

Al escuchar aquella voz, y su particular tono, Juan la miró y se paró en seco.

— ¿Tú otra vez?

— No pares o te quedarás frío. Ritmo… ritmo — respondió ella con buen humor mientras seguía dando saltitos en el mismo lugar.

Malhumorado por aquella intromisión en su espacio gruño:

— Creí haberte dejado las cosas muy claritas el otro día.

— Pues si — respondió desconcertándole.

— Entonces ¿qué narices haces aquí todavía?

Su voz crispada la tensó, pero dispuesta a no caer en su luego respondió con la mejor de sus sonrisas.

— ¿Tu siempre estás de malhumor?

— Eso no le interesa — respondió él volviendo al trote.

La joven sin dejarse amilanar, a pesar del gesto hosco de aquel, se puso a su altura sin parar de dar saltitos mientras decía:

— Te van a salir unas arrugas increíbles en la comisura de los labios, por el rictus serio que tienes siempre que te veo, ¿Sabías que sonreír es buenísimo para muchísimos músculos de la cara? — Él la miró pero no respondió mientras seguía su carrera—. Y tranquilo, señor policía, no quiero nada de ti. Pero estoy de vacaciones y los días que tengo para mí, me gusta disfrutarlos, y mira por donde, me encanta la naturaleza. Por cierto, todo esto es precioso, aunque estoy segura de que con un poquito más de calor tiene que ser todavía más bonito. Y ah… creo que va a llover de un momento a otro.

Boquiabierto por la parrafada que iba soltando mientras corrían se detuvo de nuevo.

— ¿Qué pretendes *guapa*? ¿Buscas que te selle la boca con cinta americana?

— No, por Dios — contestó con una sonrisa.

— Vamos a ver. No quiero problemas… — dijo pasándose la mano por el pelo.

— Yo no soy un problema — siseó al escuchar aquello.

Juan, sin darse cuenta de cómo el gesto de aquella se había contraído, prosiguió.

— … tú me los traerías. ¿Acaso no fui lo suficientemente clarito contigo?

— Sí, hombre sí, te entendí perfectamente — sonrió desconcertándole—, Soy actriz, que

no es sinónimo de sorda y tonta, y sé escuchar.

— Ah… ¿Sabes escuchar? —Se mofó él—. Permíteme que lo dude, *estrellita.*

Cada vez que la llamaba *estrellita* con aquel tono de voz a Noelia le daban ganas de darle una patada en la espinilla, pero conteniendo aquellas ganas respondió resoplando por la carrera.

— Sé escuchar, pero yo interpreto lo que escucho como quiero.

— Vaya… ¡qué bien! — añadió molesto.

Sin mediar mas palabra él volvió al trole y ella le siguió.

Durante unos minutos ambos corrieron en la misma dirección y para ponérselo más difícil él se salió del camino y corrió campo a través. Noelia le siguió como pudo pero aquello no era fácil. Él corría, sorteaba piedras y saltaba charcos, mientras ella se lo comía todo. Por el rabillo del ojo Juan comprobó su penoso estado y como se esforzaba por seguirle. Eso le animó, y aceleró su trote sabedor que era imposible que ella tuviera su fondo físico.

Sin querer dar su brazo a torcer la joven intentó seguir aquel ritmo infernal, hasta que se tropezó con un pedrusco y se cayó todo lo larga que era. Y para más inri sobre un enorme charco de agua estancada. Al oír el golpe, juan aminoró unos segundos con la intención de ayudarla, pero al ver que ella se levantaba con rapidez, continuó su carrera.

Incapaz de dar un paso más por el agotamiento y el trompazo que se había dado, se miró las rodillas. Se había roto las mallas y podían verse dos bonitas heridas. Maldiciendo por lo bajo, se quitó el barro de la boca y enfadada por la poca galantería de aquel, gritó dispuesta decir la última palabra, al ver como se alejaba con la perra:

— ¡Estoy bien! ¡Ha sido muy agradable correr contigo, estúpido!

Juan sonrió, pero continuó su camino, mientras ella, maltrecha, regresaba al parador de donde nunca debió salir.

Al día siguiente Noelia volvió a sorprenderle. Para cabezona, ella. Allí estaba de nuevo dispuesta a correr. Juan al verla aparecer la miró y a pesar de las ganas que sintió de mandarla a freír espárragos se contuvo y continuó corriendo.

— Buenos días — saludó ella con energía.

El la miró y sin parar su ritmo asintió con la cabeza. Durante unos minutos corrieron en silencio hasta que ella comenzó a hablar. Sin querer escuchar su parloteo, Juan sacó de su bolsillo un iPod y colocándose unos pequeños auriculares en los oídos lo encendió y dijo:

— AC/DCA. Maravillosa música para correr y no escucharte.

— Serás grosero — cuchicheo deteniéndose al ver aquello.

Incapaz de no responder, Tras mirar al cielo y ver como diluviaba, la miró y dijo en tono burlón antes de continuar corriendo:

— No te pares, *estrellita* o te enfriarás. Ritmo… ritmo.

Quiso decirle cuatro cositas, pero calló. No iba a entrar en su juego, por lo que cerró la boca y continuó la carrera. Cuando ya no pudo más se paró y él se alejó. Seguir su ritmo era imposible pero gritó:

— ¡Que tengas un buen día, *simpático*!

El tercer día amaneció lluvioso. Al mirar por la ventana Noelia pensó si ir o no pero al final las ganas de verle le pudieron, se calzó sus deportivas y salió a correr. Durante unos segundos trotó sin rumbo hasta que le vio y corrió hacia él. Juan, que venía de arreglar una valla en la granja de su abuelo,

al verla acercarse maldijo pero prosiguió su carrera.

— Hola, buenos días — saludó con positividad.

— Buenos días.

Noelia sonrió. Eso era un avance. Durante unos metros corrieron en silencio hasta que ella se tropezó y él, con rapidez, frenó la caída.

— Joder, *estrellita*, eres un auténtico pato mareado — gruñó molesto.

— Vale, lo reconozco. Correr campo a través no es lo mío. Yo estoy acostumbrada a Jimmy, mi entrenador personal en casa y no a este campo de barrizal.

— ¿Entrenador personal? Serás pija — se mofó.

Noelia se molestó al ver su gesto y, corriendo para ponerse a su altura, respondió:

— Mira, *guapo*, yo no tengo la culpa de haber nacido en una familia adinerada, ni tampoco de ser una actriz de Hollywood. Que todo sea dicho me lo he currado yo sólita, aunque mi padre sea quien es. Pero bueno, siempre habrá gente que piense que soy una niña de papá y mira ¡me da lo mismo! — exclamó con vehemencia—. Si estás molesto porque piensas que voy de diva, allá tú. No voy de diva. Por norma soy una mujer normal y corriente cuando no trabajo y aunque no creas, la gente tiene buen concepto de mi y…

Pero no pudo decir más. Con una rapidez increíble Juan sacó del bolsillo de su pantalón una especie de tira alargada, despegó algo de ella y sin más, se la pegó sobre los labios. Noelia se quedo estupefacta.

— Te dije que te sellaría la boca si no callabas y al final he tenido que hacerlo.

Sin más continuó corriendo mientras ella se quedaba de piedra en medio del campo y con la boca sellada. ¿Había algo más humillante?

El cuarto día y con una nevada considerable la

joven, que no quería dar su brazo a torcer, consiguió llegar hasta él campo a través. Pero a dos metros de él, pisó mal, resbaló, y se cayó de culo. Con toda la dignidad que pudo se levantó y antes de que él se mofara de la situación, con gesto de enfado se colocó unos auriculares y dijo.

— Marvin Gaye, maravillosa música para no hablarte ni escucharte.

— ¿Es tu última palabra? — preguntó divertido.

— Por supuesto.

Sorprendido, la vio pasar, incluso con el trasero dolorido corría delante de él sin esperarle. *Senda*, la perra, que ya se había acostumbrado a su visita matinal la siguió encantada y Juan suspiró. Parecía que aquello iba a convertirse en algo habitual.

Así estuvieron seis días lloviera, nevara o tronara. Cada mañana ella corría la misma ruta que él. Intentaba seguir su ritmo ya fuera por camino o por barrizal y, finalmente, cuando sus fuerzas la abandonaban desistía. Se daba la vuelta y se marchaba, mientras él continuaba tranquilamente su camino sorprendido por la cabezonería de aquella mujer.

La séptima mañana, Juan miró sorprendido a su alrededor. ¿Dónde estaba ella? Comenzó su carrera, pero inevitablemente la buscaba con la mirada, pero Noelia no apareció. Corrió por el camino un buen rato, incluso más del habitual y cuando regresó a su casa una extraña decepción se apoderó de él ¿se habría ido finalmente?

16

Aquella mañana, y a pesar de que intentó levantarse, Noelia no pudo. Tenía doloridos tantos músculos de su cuerpo que apenas podía moverse. Solo gracias a varios ibuprofenos recomendados por Menchu, la chica de recepción, por la tarde después de comer consiguió recuperarse y junto a su primo decidieron dar un paseo en coche por los alrededores. Querían conocer Sigüenza y aquella tarde lluviosa era un día maravilloso para poder admirar el lugar sin que hubiera mucha gente a su alrededor. Irreconocibles bajo gorros y bufandas de lana por lo que pudiera pasar, visitaron la catedral de Santa María y Noelia bromeó sobre lo romántico que tenía que ser casarse por amor en un lugar así. Tras visitar varios sitios emblemáticos de la zona terminaron paseando bajo la lluvia por la maravillosa plaza Mayor.

— Ay, *darling* ¡qué sensaciones más extrañas me causa tanto monumento! Pensar que por estas calles han paseado *man and woman* como nosotros siglos atrás vestidos de cortesanos, y ellas con sus fastuosos miriñaques y corsé. Oh, ¡qué glamurazo!

— Si, la verdad es que todo esto es precioso — asintió encantada.

Sobre las ocho de la tarde decidieron regresar al parador. Llovía a mares y hacía un frío pelón. Cogieron el coche y, cuando ya casi habían llegado, el automóvil hizo un ruido extraño y se paró.

— Oh, *my God* ¡qué le pasa a este cacharro!

Durante un rato intentaron que el coche se pusiera en movimiento hasta que Noelia al mirar una luz que parpadeaba cuchicheó divertida:

— Ay, Tomi. Que me parece que nos hemos

quedado sin gasolina.

— ¡¿Cómo?! — gritó él.

— Ese pilotito azul de ahí creo que es la gasolina, ¿verdad?

Su primo miró lo que le indicaba y asintió.

— Ay, qué horrorrrrrrrrrr ¿Qué hacemos ahora?

Tras comprobar que el castillo estaba cerca, ella se colocó la bufanda y el gorro y dijo:

— Pues solo hay dos opciones, corazón. La primera, ir en busca de una gasolinera. Algo imposible pues no conocernos el lugar, y la segunda, dejar el coche aquí y subir andando lo que nos queda de camino. Una vez lleguemos se lo decimos a Menchu e intentaremos solucionarlo. ¿Qué te parece?

Un trueno que hizo vibrar la tierra hizo que Tomi chillara asustado.

— No podemos salir, ¿y si nos alcanza un rayo y nos carboniza?

— Anda ya, no digas tonterías.

— Oh, no, *honey*, no son tonterías, que en las noticias a veces oigo cosas así.

— Vale. Pues quédate aquí. El castillo no está muy lejos, y yo no pienso quedarme aquí. En especial porque es de noche y no tiene pinta de dejar de llover.

Dicho esto, abrió la puerta y bajó del coche bajo un fuerte aguacero. Dos segundos después su primo estaba junto a ella.

— Por el amor de *my life*, mis Gucci se están ahogando por momentos — gimió al ver sus preciosos y carísimos zapatos hasta arriba de barro.

— Tranquilo, no sufras. Y mira, para que veas lo que te quiero por todo lo que te estoy haciendo pasar, prometo regalarle cuando regresemos a Beverly Hills los zapatos azulados que tanto te gustaron de Valentino. ¿Qué te parece?

— ¡Divino!

El castillo visto desde el coche parecía más cercano. Caminando bajo la lluvia por aquella embarrada carreterucha, la cosa se estaba complicando. Los coches que pasaban por allí le salpicaban de barro y agua. Tomi chillaba horrorizado y ella reía divertida. Nunca se había visto en otra igual.

Cuando llevaban caminando cerca de diez minutos, un coche azul oscuro paró a escasos metros de ellos.

— Ay, *queen* ¡qué miedo! — gimió asiéndola con fuerza del brazo— . No mires, ni te pares. Mira que si es un violador o un secuestrador.

— Anda ya, Tomi... — respondió intentando mantener el tipo mientras se aproximaba al vehículo.

Desde el interior del coche Juan, sin dar crédito, les observaba por el espejo retrovisor. Allí, bajo el aguacero, había reconocido a la mujer que cada mañana le perseguía campo a través, y sin pensárselo, había parado. Cuando estos pasaron al lado del coche, bajó la ventanilla y desde el interior preguntó:

— ¿Les llevo a algún lado?

Al reconocer la voz Noelia, sorprendida, y con el agua chorreando por la cara se asomó por la ventanilla, momento en el que Juan bajó la música y se mofó:

— Vaya, vaya, pero si es mi buena amiga la *estrellita* de Hollywood.

Aquel tono no le gustó y cambiándole el humor siseó:

— Vete a la mierda ¿me oíste? — dicho esto agarró a su primo del brazo y le apremió— . Vamos, continuemos caminando.

Juan, al ver aquel ataque de furia, sonrió y acercando el coche de nuevo hasta ellos dijo:

— Venga, subid. Estáis empapados y os vais a congelar.

— Oh, no… ni lo pienses. Prefiero congelarme antes que montar en tu coche ¡idiota!

— Sube — insistió aquel.

— No. Y ponte AC/DC a todo trapo para no escucharme — gritó ante la mirada horrorizada de su primo. ¿Qué la pasaba?

Sorprendido por aquella cabezonería, cuando ella por las mañana siempre se había mostrado dócil, Juan suspiró.

— *Estrellita*, y si te prometo no hablar, ni decir nada hasta llegar al parador, ¿cambiarás de idea?

— ¡No! — volvió a gritar.

— Chuchita mira que nos vamos a ahogar ¿estas segura? — preguntó su primo.

— Cierra el pico, Tomi por favor — espetó ella.

Juan aceleró su vehículo y paró dos metros más adelante. Tiró del freno de mano y salió del coche para llegar hasta ellos.

— Está lloviendo a mares, mujer. Subid en el coche de una maldita vez.

Furiosa por como este siempre la ridiculizaba se soltó de su primo y gritó.

— ¡Te he dicho que no! ¡¿En qué idioma quieres que te lo diga?! — Al ver como este la observaba con guasa se acercó a él y gritó ante la cara de susto de su primo—. ¡Eres el ser más ruin y antipático de la faz de la tierra! Cada mañana pasas de mí a pesar de que yo pongo todo de mi parte para intentar ser agradable. Maldita sea, solo he querido conocerte y ser tu amiga. No tu novia ni tu mujer, porque como decía mi abuela ¡Dios nos libre!

— Tú lo has dicho. ¡Dios nos libre! — repitió él sacándola de sus casillas.

Sin saber por qué, Noelia se agachó, metió la mano en un charco con barro y sin previo aviso se lo tiró a él enfadada.

— ¿Qué haces? — protestó al notar el impacto de aquello en el cuello.

— ¿Sabes? No quiero escucharte y como no tengo cinta americana para taparte la boca, te juro que como no te subas en tu coche y te vayas, no pararé de lanzarte barro hasta que te entierre en él, ¿me has entendido?

— Alto y claro — asintió mientras se quitaba el barro de encima.

De pronto ante aquella absurda situación, Juan quiso conocer a la interesante mujer que empapada y dispuesta a lanzarle más barro, le demostraba tener carácter y raza, e inexplicablemente se dio cuenta de que ella tenía razón. Cada mañana la joven había intentado ser agradable con él, pero él se había dedicado a tratarla con desprecio.

— ¡Ah! y que sepas que odio que me llames estrellita. ¿Me has oído? Puedo trabajar en Hollywood, puedo ser actriz, puedo no gustarle, pero ni soy tonta ni me gusta que me traten como tal. — Él reprimió una sonrisa— . Por lo tanto, coge tu maldito coche y vete de aquí porque antes me congelo y muero de frío que aceptar tu maldita ayuda.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos y se retaron con la mirada. Ella estaba muy enfadada y él parecía divertido con ello. Finalmente Juan asintió y dijo antes de darse la vuelta.

— Muy bien, *estrellita*, tus deseos son órdenes para mí.

Se metió en el coche, quitó el freno de mano, metió primera y tras un acelerón que la llenó de barro hasta los empastes se marchó.

— ¡Imbécil! — gruñó ella quitándose el barro de la cara.

Su primo sorprendido por lo que había presenciado se acercó a ella y mientras comenzaban a caminar bajo el aguacero cuchicheó.

— Por el amor de Diorrrrrrrrrrr ¿Ese macho divino con cara de peligro y tremendamente sexy es quien creo que es?

— Sí.

— Uisss… ahora lo entiendo todo. Lo que haría yo con…

— Cállate por favor — siseó mientras caminaba— . No quiero que digas nada más o el siguiente en discutir conmigo serás tú, ¿entendido?

— Por supuesto *my love*. Como ha dicho el divino, *alto y claro.*

17

Dos días después, en la suite del castillo de Sigüenza, Tomi con una peluca oscura en la mano, susurraba mirando a su prima a través del espejo.

— Ay, *queen*, no te entiendo ¿por qué debemos quedarnos aquí? Está claro que ese *divine* no quiere nada contigo, y…

— Ni yo quiero nada con él — apostilló Noelia—, pero en toda mi vida nadie me ha echado de ningún sitio y ese imbécil no va a ser el primero.

Sonó el móvil y Tomi lo cogió. Tras hablar durante un rato sonriendo se lo tendió a su prima.

— Toma. Es Penélope.

Durante un rato Noelia rio con las ocurrencias de su amiga y le agradeció los contactos y teléfonos que le había pedido por *email*. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde el encontronazo que había tenido con el borde español, y aunque ya se le había pasado, si lo pensaba, se tensaba. Le contó a su amiga las compras que había hecho en Madrid durante ese día. Un par de pelucas oscuras y unas lentillas negras. Eso le permitiría andar por la calle sin ser reconocida. Antes de colgar le dio a Penélope recuerdos de las personas de confianza que amablemente la habían atendido. Después de eso colgó.

— Ay, *cuchifrita* no es bueno llevar peluca tanto tiempo — protestó su primo mirándola—. Si te quedas calva como Bruce Willis ¡ni se te ocurra echarme la culpa! No quiero saber nada.

— Tranquilo, *cielo*. Si me quedo calva será única y exclusivamente culpa mía y yo sólita cargaré con las consecuencias. Pero tranquilo, en muchos rodajes llevo peluca muchas horas y aun sigo con pelo en la cabeza.

Como buen estilista que era Tomi se encargo de colocarle la peluca, El resultado fue espectacular.

— *Oh, my God*! Cómo te pareces a la abuela con el pelo oscuro.

Aquel era un estupendo piropo y ella sonrió.

— ¡Genial! Espera que me pongo las lentillas a ver qué tal queda todo.

Sacó rápidamente unas lentillas color negro y se las puso. Tampoco era la primera vez que se ponía unas lentillas para cambiar el color de sus ojos. En ocasiones las utilizaba en las películas. El resultado, como siempre, fue espectacular.

— Por el amor de Diorrrr — murmuró aquel al verla— No pareces tú.

— De eso se trata — aplaudió mirándose al espejo.

Era increíble lo que hacía una buena peluca y unas lentillas. De ser una chica rubia de ojos azules, a pasar a ser una morena de ojos negros. Nadie la reconocería, de eso estaba segura. Se miró en el espejo encantada. Siempre le hubiera gustado ser más latina, más como su familia de Puerto Rico, y no tan clara de pelo y piel como la familia de su padre.

— Ay *my love* me recuerdas a tu amiga Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*. ¡Solo te falta la serpientita!

— ¿En serio? Hazme una foto con el móvil y así se la mando a ella por *email*. Conociéndola, seguro que se parte de risa — rio feliz.

Después de hacerse la foto con el móvil, la joven abrió una cajita de dónde sacó unas finas gafas rojas y se las puso.

— Uis... pero si son las gafas que te regalé de Valentino. Oh, *queen* pero si pareces una estudiosa y

todo — se guaseó su primo al verla. Tras comprobar que con pelo oscuro, las lentillas negras y las gafas no parecía Estela Ponce, se volvió hacia Tomi. — Bien, una vez acabada mi transformación, me ocuparé de ti. — ¿De mí? — gritó horrorizado separándose de ella — . *Fu… fu… crazy* ¡Ni te acerques! O juro que te araño. — ¿En serio? — Y tan en serio. Es más, y lo haré de abajo arriba que duele más. Pero Noelia prosiguió sin prestarle atención. — Lo primero que haremos será quitarte esas mechas purpuras y dejarte el pelo de un solo color. — ¡¡No!! — gritó horrorizado — . Me gustan mis mechas. *I love* las mechas que me puso Chipens. ¡Son muy *cool*! — Lo sé, *cielo*, pero necesito que lo hagas por mí. No podemos pasar desapercibidos en este lugar si vas con esas mechas — tras suspirar él asintió y ella volvió al ataque — . También debo pensar en tu ropa. — ¡Mi ropa! ¿Qué quieres hacer con mi ropa? — No podemos salir a cenar mientras lleves puestos esos pantalones rosa chicle y esa camisa floreada llena de nubecitas de algodón. No Tomi, lo siento pero no puede ser.

— Me encantan mis *pink trousers* de Dolce & Gabbana y mi camisa de nubes. Y no, no pienso abandonarlos en el equipaje por muy *witch* que te pongas. A ver *cuchi*, una cosa es que me quite las mechas *purple* por ti y otra que no pueda vestirme como yo quiera. ¡Definitivamente no!

Sonriendo como solo ella sabía hacer, se acercó a su primo y tras darle un beso en la mejilla murmuró tirando de la camisa:

— Cariño, necesito que parezcas un macho latino y no una reina del *glamour*. Esto no es Hollywood, es un pueblo español donde tu estilo

de vestir no se lleva. Por lo tanto, quítate esos pantalones o te juro que te los quemo y te quedas sin ellos para siempre.

— ¡Bruja! — gruñó aquel mirándola. Divertida y dispuesta a cumplir el plan que había trazado le miró y dijo: — Lo sé, pero me quieres ¿verdad?

18

En el Croll, aquella noche se celebraba una fiesta *country* y medio pueblo de Sigüenza acudió a divertirse al local. Juan y Carlos acompañados por Laura y Paula cenaban en una de las mesas mejor situadas. La noche se presentaba divertida y Juan sonrió. Paula estaba especialmente guapa aquella noche con aquel vestido tan sexy y, además, muy caliente, a juzgar por las cosas que le ronroneaba al oído.

La besó en el cuello. Aquella mujer era una máquina sexual y siempre que quedaba con ella en la cama los dos lo pasaban fenomenal. Tiempo atrás, en su quinta cita, Juan habló claramente con ella. No quería hacerle daño. Él no quería una relación seria ni formal con nadie y se sorprendió cuando ella le confesó que le gustaba ser libre a nivel de pareja para hacer con su vida lo que quisiera. Aquella rotundidad animó a Juan a volver a quedar en más ocasiones con ella.

Laura, la mujer de Carlos, aún creía en el amor. Era una romántica empedernida y estaba convencida de que tarde o temprano Juan y su amiga Paula formalizarían su relación. Los implicados decidieron seguirle el juego, ya se daría cuenta que lo suyo era puro sexo.

Paula no era muy guapa pero era tremendamente sexy. Años atrás apareció un día en Sigüenza y tras encontrar trabajo en el parador, allí se quedó. No era una mujer que despertara muchas simpatías, en especial entre las féminas. Su sexto sentido les avisaba de que Paula no era una mujer de fiar. Su cuerpo lleno de curvas, su sinuosa voz cargada de erotismo y su pasión en la cama volvía locos a todos con los que se había acostado, y, por supuesto, a Juan. Ella era una mujer desinhibida a la que le gustaba probar de

todo y eso ¿a qué hombre no le gustaba?

— Churri, pídeme una coca cola — pidió Laura a su marido.

— Ahora mismo, preciosa — asintió. Y echando un vistazo a un lateral del local dijo:

— Anda... mira ahí vienen Lucas y Damián.

Con aplomo varonil y seguridad se acercaron a ellos dos de sus compañeros de unidad. Dos ligones en potencia que solo buscaban lo que muchos hombres: rollos de una noche y nada más. Paula, que había compartido momentos íntimos con Lucas, sonrió al verle y este la saludó. La complicidad que aquellos compartían nunca había importado a Juan. Los tres eran adultos y tenían muy claro lo que querían.

— Está hoy animado el Croll — comentó Damián tras besar a Laura.

— Sí. Con esto de la fiesta *country* parece que la gente ha salido de sus casas a pesar del frío — asintió ella y mirando a su marido que saludaba a Lucas insistió — : *Churri* mi Coca-Cola.

— Tomaaaaaa tu Coca-Cola, *cielo*. — Le entregó Carlos la bebida.

— Aisss el *churri* qué majo es — se mofó Lucas haciendo sonreír a Juan.

Durante un buen rato los seis charlaron mientras escuchaban a un grupo tocar su música. Una música que les incitaba a moverse aunque solo fuera la punta del zapato. Laura sacó a Damián a bailar que aceptó encantado. Carlos al ver a su mujer tan animada sonrió. Adoraba a aquella mujercita a pesar de que en ocasiones le volvía loco. Instantes después Lucas, tras cruzar una significativa mirada con Juan, se levantó e invitó a Paula a bailar. Ella aceptó y segundos después, en la pista, comenzó a mover sinuosamente sus caderas.

Juan miraba divertido a la gente pasarlo bien.

Acostumbrado a la tensión de su trabajo ver que la gente sonreía y se divertía era una de las mayores satisfacciones que podía Tener.

— ¡Joder macho! La morena que está con Menchu, la del parador, tiene un culito digno de forrar las mejores pelotas de tenis — murmuró Carlos señalando hacia la barra.

Juan miro hacia donde su amigo decía y asintió. En la barra una joven de pelo negro se movía al compás de la música dejando entrever su culito respingón mientras hablaba con un tío bastante más alto que ella.

— Indiscutiblemente. Te doy la razón — asintió Juan dando un trago de su cerveza.

Poco después, Paula y Laura regresaron de bailar con unos agotados Damián y Lucas, quienes tras despedirse de ellas y sus compañeros, se alejaron en busca de alguna conquista.

Cuando la banda *country* lanzó los primeros sones de la canción de Coyote Dax, *No rompas más mi pobre corazón* el local entero, en especial las mujeres, se lanzaron a la pista. Como era de esperar, Paula y Laura entre ellas.

Desde su mesa, Juan observaba como la gente bailaba cuando reparó en que sus compañeros estaban hablando con la morena que, minutos antes, Carlos y él habían estado observando. Curioso, observó como aquellos desplegaban todas sus buenas maneras en pro de llamar la atención de la chica, que parecía encantada con aquel cortejo.

— Mira — rio Juan a su amigo— . La morena del culito respingón ya tiene a dos más babeando por ella.

Carlos dejó entrever una sonrisa. Estaba claro que sus compañeros, aquella noche, triunfaban. De pronto, un saltito que dio la morena, llamó la atención de Juan. ¿Dónde había visto hacer aquello antes? Instantáneamente le vino una imagen a la cabeza. Aquel movimiento se lo habla visto hacer a… *¡Imposible!* pensó sorprendido. La que se movía con gracia mientras hablaba con Lucas no podía ser ella. La actriz era rubia y aquella era morena. Pero algo dentro de él le alarmó y ya no pudo dejar de mirar hacia donde

estaban aquellos. Carlos al darse cuenta de que no quitaba el ojo de encima al grupo, preguntó curioso:

— ¿Te ha gustado la morenaza?

Juan no respondió, simplemente continuó observando. Deseaba que ella se diera la vuelta para verla de frente. Pero no, la morena, en ningún momento se giró. Finalmente y sin poder contener un segundo más la necesidad de saber si lo que creía era cierto o no, se levanto y se dirigió hacia sus compañeros. Con disimulo, se acercó a la barra y *se* apoyó en ella. Aquel ángulo era estupendo para verle la cara a la joven que ahora reía a carcajadas por algo que Lucas decía. Cuando esta levantó el rostro para mirar a su compañero Juan respiro al ver sus ojos oscuros. No era ella. Sonriendo pidió otra cerveza al camarero cuando, de nuevo, ella repitió el movimiento. Aquel gesto y como ella cambiaba el peso de una pierna a otra volvieron a atraer su atención. Tras pagar su consumición cogió el botellín y se dirigió hasta donde aquellos estaban, pero antes de llegar se dio la vuelta. Todo aquello era una tontería, debía olvidarlo.

Noelia, al ver por el rabillo del ojo que el hombre que la había tratado como a una rata se acercaba, intentó permanecer tranquila, a pesar de que era verle y hervirle la sangre. Desde que había entrado en el bar, le había visto junto a la tetona del parador y por sus movimientos y sus continuos besitos en el cuello intuyó que entre ellos existía algo más. En un principio no le importó, pero por alguna extraña razón, no podía dejar de mirar en su dirección. Y cuando vio que Juan se acercaba un extraño júbilo la inundó, que desapareció justo en el momento en que él decidió dar media vuelta.

Cuando Juan regresó junto a Carlos, su amigo le preguntó:

— ¿Está tan buena la morenaza como se ve desde aquí?

Juan volvió a mirar hacia aquellos que continuaban de risas y asintió:

— Te lo aseguro. ¡Tremenda!

Ambos rieron. En ese momento, se acercó Paula, que ya estaba cansada de bailar, y se sentó sobre las piernas de Juan. Dos minutos después, él la besó apasionadamente, excitado por las cosas que le decía al oído. Noelia que observaba con disimulo desde su posición, no perdía detalle.

Parapetada por la gente que, por lo general, casi siempre era mas alta que ella, comprobó cómo Juan sonreía a la mujer que, con descaro, se le había sentado encima a horcajadas movía las caderas con provocación. Ver el sensual gesto de Juan y como le mordía los labios la estaba poniendo cardiaca.

Desde su posición, y sin quitarle ojo, se excito al ver como aquel pasaba su mano lentamente por la espalda de aquella.

Noelia, cada segundo qué pasaba, se excitaba más. Solo imaginar que era a ella a quien acariciaba le hacia suspirar de placer. A punto estuvo de gritar cuando vio como aquel, tras apretar sus caderas contra la de ella, le agarró del pelo y, con una pasión que la dejó fuera de sí, la atrajo hacia él y la besó.

Por faaavor… ¡soy patética!, pensó acalorada.

Seis cervezas después, Noelia llegó a dos conclusiones. La primera, que era *realmente* patética. Y la segunda, que quería ser ella la que besara a Juan de aquella manera.

Menchu, que había accedido a acompañarla a tomar algo aquella noche, se encontraba en una nube. ¡Ella acompañando a Estela Ponce! Tras la discusión que mantuvieron aquella y su primo, el *gay*, en el parador porque el pelo de aquel ahora era verde, este se negó a salir, y cuando la joven estrella se lo propuso, fue incapaz de decir que no. Menchu, una joven normalita que solía pasar desapercibida para todos, sabía quién estaba bajo

aquellas gafas, aquellas lentillas y aquel pelo negro y eso le enorgulleció. Si alguien del local supiera que se trataba de Estela Ponce, se organizaría un gran revuelo y le gustó ser partícipe de aquel secreto.

Un par de horas después, Juan se dirigió al aseo y allí se encontró con Damián.

— Ehhhh Morán.

— Qué pasa mamonazo — rio este al ver lo animado que se encontraba.

— Tío tienes que venir. Te voy a presentar a una tía que está como toda la flota de trenes españolas.

— Ah, sí — rio divertido Juan al intuir que se refería a la morena.

— Sí... pero joder, para mi desgracia Lucas ya se la ha adjudicado. ¡Qué cabronazo Es como tú. Se las lleva de calle.

Cuando salieron del baño Juan le pidió a Paula un segundo con la mirada, y se acercó hasta aquellos. La joven morena reía a carcajadas y, por su aflautada risa, dedujo que se había pillado una buena cogorza. De pronto, su tono de voz le sonó, y clavando su mirada en ella la examino, la altura correspondía y cuando aquellos ojos negros le miraron con descaro tras las finas gafas rojas y vio como torcía el gesto lo supo: ¡era ella!

— Morán, ellas son Noelia — dijo Lucas agarrándola con la familiaridad de la cintura — , y Menchu.

La madre que la parió ¿qué hace aquí todavía? pensó Juan sorprendido.

La joven morena al verle sonrió y suspiró, mientras Menchu, algo achispada y nerviosa al verse rodeada de tanto tío alto gritó:

— Nos conocemos ¿verdad?

Desviando la mirada, Juan al saber de quién se trataba asintió:

— Sí. Tú eres amiga de mi hermana Eva y creo recordar que trabajas en el parador.

— ¡Es verdad! — rio Menchu, quien al igual que Noelia, había bebido alguna copilla de más. Por unas horas, y rodeada de aquellos hombres, se sintió una muchacha bonita y deseada. Algo que no solía ocurrir.

Noelia recorrió con su oscura mirada el cuerpo de Juan con descaro y soltó un suspiro de satisfacción al imaginar lo bien que podría pasárselo con él en la cama. Se colocó bien las gafas y dijo en tono jovial pero sin demasiada emoción:

— Hola hombretón.

Juan fue a decir algo cuando la joven agarrando de la mano a un hipnotizado Lucas dijo:

— Venga, vamos a la pista. Quiero bailar. ¡Me gusta bailar!

Una vez aquellos dos se alejaron Damián soltó un silbido y murmuró sin que Menchu le escuchara:

— Joder… joder… este Lucas es un tío con suerte. Menuda nochecita va a pasar con esa tía. Está buenísima.

Sin abrir la boca Juan observó su pelo. ¿Qué se había hecho? Había pasado de rubia a morena en un abrir y cerrar de ojos, ¿para qué? Estoicamente, esperó a que aquellos dejaran de bailar y regresaran cansados y sonrientes hasta ellos. Noelia que, a juzgar por sus movimientos, llevaba una buena cogorza, sentó en un taburete vacío, cogió su cerveza y tras darle un buen trago murmuró mirando a Menchu:

— Oh Dios… llevaba tiempo sin bailar así.

Juan arqueó una ceja. ¿Qué debía hacer? Debía llevársela o dejarla allí para que Lucas tuviera una buena noche con ella. Mientras se decidía, Lucas se acercó a ella, la cogió por la cintura y le dijo algo al oído que la hizo

carcajearse. Esa intimidad le molestó. Pero más le enfadó la mirada de ella, quien imitándole, levantó una de sus perfiladas cejas. La música, en ese momento, cambió, las luces se oscurecieron y el ritmo se relajó. Era momento de actuar. Juan le cogió de la mano mientras coqueteaba sin ningún tipo de pudor con Lucas y dijo alto y claro:

— Ven, vamos a bailar.

Al ver aquello, Lucas, que ya había tenido en alguna que otra ocasión un encontronazo con Juan, lo miró con gesto de enfado, y antes de que dijera nada, Juan aclaró en tono autoritario.

— Noelia y yo somos viejos conocidos.

Sin poder frenar el tirón que aquel le dio, saltó del taburete y dos segundos después estaba en medio de la pista, entre la gente, bailando una canción lenta. Carlos sorprendido por ver a su amigo en la pista con la morenaza, miró hacia sus compañeros y se carcajeó. Estaba claro que si Juan se lo proponía le levantaba la tía a quien quisiera.

— ¿De qué te ríes *churri*? — preguntó Laura.

Sin necesidad de decir nada señaló hacia la pista y Laura al ver a Juan en ella bailando con una morena murmuró sorprendida:

— No me lo puedo creer. ¿Y Paula? — e instantáneamente miró a su amiga quien con gesto no muy divertido observaba la escena.

En la pista, Juan necesitó unos segundos para aclarar sus ideas. Todavía no había encajado que Estela Noelia Rice Ponce, la actriz de Hollywood y para más señas su exmujer, estuviera allí, cuando tenía que encajar que ahora estaba entré sus brazos y como una cuba. Finalmente, bajó su mirada hacia ella y preguntó en tono seco:

— ¿Se puede saber qué haces aquí?

— Divertirme. ¡Oh Dios! los españoles sí que sabéis divertiros. Mucho más que los americanos y en especial los californianos —respondió saludando con la mano a Lucas que les observaba.

Incrédulo porque ella estuviera aún en Sigüenza acercó la boca a su oído.

— Te dije que te quería ver lejos de mí y de mi entorno.

— Porfaaavor — se mofó ella.

— No quiero problemas con la prensa ni con nadie, ¿es que no me entendiste?

Intentando controlar sus torpes movimientos levantó la cabeza para mirar a aquel gigante y respondió:

— Perdona pero yo no me he acercado a ti, si no tú a mí. Por cierto, que alto eres. ¿Siempre fuiste así de alto? — Al ver que el no respondía continuó— . Y ahora si no te importa, quiero seguir divirtiéndome con Lucas. ¡Es todo un bombón!

— ¿Estás loca? Lucas y Damián no son lo que puede llamarse gente divertida.

Clavando sus oscuros y vidriosos ojos en él, ella respondió:

— Desde luego más que tú sí que me lo parecen.

— Pero ¿has perdido el juicio?

— Sí, cariño — asintió con un gesto aniñado— . Pero eso ocurrió hace *muchoooooooooooo, muchooooooooooo* tiempo.

— Joder. Estás borracha.

— ¡¿Yo borracha?! — gritó y mirándole exigió— , ¿Serías tan amable de soltarme para que yo pueda regresar con quien me dé la gana, y pasármelo bien?

— No.

— ¿Seguro? — dijo hundiéndole uno de sus tacones en el pie.

— ¡Joder! — gruñó él al sentir el dolor. Y levantándola del suelo con facilidad para que dejara de apretar su pie contra el de el murmuró— . Si vuelves con Lucas te aseguro que maña. cuando te des cuenta de lo que has hecho, te arrepentirás.

— ¿Tan malo es en la cama?

Incomodo por aquella indiscreta pregunta fue a responderle cuando una mano se poso en su hombro. Era Paula.

— Cielo ¿nos vamos ya?

Enfocando su mirada, Noelia sonrió. Aquella era la mujer que había hablado de malos modos a Menchu en el parador, y que llevaba toda la noche refregándose con Juan. Deshaciéndose de él le miró y dijo.

— Venga… venga iros a casa a terminar lo que lleváis toda la noche haciendo delante de todos. Que todo sea dicho, es lo mismito que voy a hacer yo en cuanto llegue al hotel con aquel rubiales.

Tras soltar una risita tonta que calentó la sangre de su ex, la joven se alejó. En medio de la pista, Juan observó como Noelia se unía de nuevo al grupo y Lucas, el rubiales, la asía por la cintura.

— … estoy deseando llegar a mi casa para desnudarte y comerte enterito — le susurró en tono sensual Paula al oído, tras seguir con la mirada a aquella morena y ver que estaba con la boba de Menchu.

Oír aquello volvió a atraer la atención de Juan, aunque una risotada de Noelia le hizo volver de nuevo la mirada. Paula, consciente de que no atraía su atención al cien por cien, se apretó contra él y tras devorarle los labios murmuró sobreexcitada:

— Vámonos *cielo*. Carlos y Laura nos esperan fuera.

Juan tras comprobar que Noelia seguía divirtiéndose con aquellos decidió dar por zanjado el tema, y cogiendo a Paula con fuerza de la mano, salió del local dispuesto a tener su estupenda noche de sexo.

Mientras caminaban hacia el coche Carlos se acercó a su amigo.

— ¿Qué coño hacías levantándole la tía a Lucas?

Sin querer contestar, continuó andando hacia el coche junto a una ardiente Paula. Pero una vez llegó a él miró a su amigo, que se quedó a cuadros cuando dijo:

— Carlos, ¿puedes acompañar a Paula a su casa?

— ¡¿Cómo?! — gritó la mujer en cuestión.

Laura y su marido se miraron y rápidamente este se puso al lado de su amigo y preguntó:

— ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo voy a llevar a Paula a su casa si está deseando que la lleves tú? Joder macho, que vive en ese portal — dijo señalando hacia su derecha.

Juan, clavando los ojos en su amigo, dijo muy serio:

— Créeme. A mí también me apetece ir con ella y poner en práctica lo que me lleva susurrando toda la noche, pero no puedo irme sin solucionar algo.

— ¿El qué?

Resoplando, Juan le miró. ¿Cómo decirle que la morenita del culo estupendo era Estela Ponce?

— *Churri* — llamó Laura— Venga vámonos.

— Un segundo, preciosa.

Los dos amigos se miraron y Juan con un gesto que Carlos entendió murmuro haciéndole sonreír:

— Confía en mí *churri*, y por favor, acompaña a

Paula hasta mi portal y mañana te explico.

Si algo había entre ellos era confianza y aquellas palabras le hicieron suponer a Carlos que algo que se le había escapado a él había ocurrido. Lo que no sabía era el qué.

— Mañana sin falta — insistió su amigo y Juan asintió.

Carlos accionó el botón de su coche y lo cerró. Juan era un tío muy lógico y si hacía algo tenía un por qué, del que más larde se enteraría.

Paula paralizada por aquel desplante miró a Juan, aquel ardoroso y caliente hombre, y suspiró. Ambos sabían lo que había, pero aquello le molestó. Y tras darle un beso en los labios de despedidla murmuró resignada:

— Llámame otro día.

Juan asintió. Urna vez vio a Carlos y su mujer alejarse con Paula, regresó al local. Sin pararse a pensar, llegó hasta donde estaban sus compañeros con Noelia y tras echarse a la joven al hombro, que gritó al sentirse como un saco de patatas, dijo con seguridad:

— Lucas, no te lio tomes a mal, pero ya te dije que Noelia y yo somos viejos amigos y tenemos algo de lo que hablar.

Luego mirando i Menchu dijo en tono seco:

— Vamos, te llevaré a tu casa.

Damián y Lucas sorprendidos y malhumorados porque su compañero se llevara su diversión asegurada fueron a protestar, pero la mirada de aquel les calló. Minutos después Juan dejó a Menchu en su casa, y continuó hacia la suya mientras Noelia roncaba en la parte trasera del coche.

19

Un sonido molesto y continuo la despertó. El móvil. Sin abrir los ojos Noelia buscó el dichoso aparatito a su alrededor pero no lo encontró. Se sentó en la cama y continuó buscando la fuente del sonido atronador, y cuando vio que estaba sobre una mesilla blanca lo cogió y contestó.

— ¿Si?

— *Oh my God!* Me vas a matar a disgustos — gritó un desencajado Tomi— ¿Dónde estás? ¿Dónde te metes? Maldita sea, *cuchi*, lo tuyo no tiene nombre. Anoche saliste a tomar unas copas con la *girl* del parador y son ¡las doce de la mañana! Te podría haber raptado a saber Dios y yo aquí tan pancho y sin enterarme. Pero ¿dónde estás?

Intentando ordenar sus ideas y, sobre todo, responder a un alocado Tomi, miró a su alrededor.

— Por favor ¿puedes dejar de gritar? Yo m…

— Tienes voz de resaca. *You have a hangover*! — chilló al escucharla.

— Si vuelves a gritar te juro que te cuelgo — siseó alejándose el móvil de la oreja.

— Ok. ¿Dónde estás?

Miró a su alrededor. Lo último que recordaba era estar en un bar atestado de gente divirtiéndose con Menchu y dos hombres. Levantando las sábanas comprobó que no llevaba su ropa, aunque sí llevaba una camiseta enorme y negra. Horrorizada por lo que hubiera podido ocurrir se llevó la mano a la cabeza ¡la peluca! ¿Dónde la había dejado? Tras verla sobre un sillón se llevó las manos a los ojos. ¡Las lentillas! No podía dormir con lentillas y ella había dormido. Asustada por el mal que hubiera podido ocasionar a su vista murmuró:

— Tomi…

— Mira lo que le digo Noelia, como se entere la prensa esto va a ser un *scandal… y si your father o tu agente se enteran* de lo que estás haciendo — tras resoplar gritó teatralmente —. *Oh my God!* Me pones histérica cuando haces estas cosas y…

— Que no grites — refunfuñó mientras se metía un dedo en el ojo.

«*Ay Dios… que no encuentro lo lentilla*» *pensó cerrando el ojo molesta.*

— *Okey…* — suspiró Tomi y en tono combativo preguntó —. ¿Su majestad, la *princess*, cuando me hará el honor de regresar al castillo?

— No lo sé… — respondió preocupada por sus ojos. ¿Dónde estaban las lentillas?

Tomi, al sentirla tan despistada, perdió la paciencia y gritó:

— ¿Cómo que no lo sabes? Pero, *where the hell are you*?

— En casa de Menchu.

Sin ganas de bromear Tomi se retiró con *glamour* su flequillo de la cara y siseó.

— Pues ya puedes ir levantando tu *pretty* culito de colibrí de allí y venirte para acá. ¿Me has entendido?

— Ok.

Al escuchar aquella contestación el muchacho cambió su tono de voz y dijo emocionado.

— Ay, *queen* ¡es que tengo que contarte algo! Algo divino… maravilloso…

Con un dolor de cabeza increíble Noelia, que no quería escucharle ni un segundo más, dijo:

— Luego me lo cuentas. Adiós.

Y, sin más, le colgó. Pero cuando fue a levantarse estaba tan torpe que se le enredó un pie en la sabana y, sin poder evitarlo, cayó contra el suelo provocando un gran estruendo.

— *Aug*— se quejó tocándose el pie.

Totalmente desorientada localizó un espejo. Debía quitarse las lentillas cuanto antes o sus ojos acabarían dañados. Cuando se puso frente al espejo, su cara era todo un poema. Sus ojos eran los azules de siempre, aunque estaban cargados de sueño y de una buena noche de juerga. Localizó también sus gafas rojas sobre la mesilla y su ropa tirada sobre un sillón color claro a juego con el resto de los muebles de la habitación.

¿Pero dónde estoy? pensó mirándolo todo.

Al pasear su mirada por la habitación se quedó boquiabierta al ver encima de la mesilla el recipiente verde para las lentillas que llevaba en su bolso. Lo abrió y suspiró aliviada al ver que allí estaban sus segundas pupilas oscuras ¿Quién se las había quitado? Y sobre todo ¿dónde estaba?

Se sentó en la cama para masajearse su dolorido pie cuando escuchó música. Sin perder un segundo miró su atuendo. La camiseta que llevaba le llegaba hasta la mitad de muslo pero aun así se puso los vaqueros. No sabía qué había pasado, pero sí sabía que, fuera lo que fuera, no tenía que volver a suceder. Después cogió la peluca y se la colocó. Con cuidado, abrió la puerta y la música heavy metal tronó.

Aquello la horrorizó. Nunca le había gustado aquella música ratonera, pero con curiosidad se encaminó hacia las escaleras y a medio camino se paró. Ya había estado allí. De pronto, se le puso la carne de gallina al recordar de quién era aquella casa, y maldijo en silencio sin saber si huir, tirarse por la ventana del primer piso o gritar como una loca. No le dio tiempo a nada *Senda*, la perra,

apareció ante ella e inmediatamente después, su taciturno dueño. Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos hasta que finalmente él dijo:

— Ven a la cocina, hay café recién hecho.

Tragándose su orgullo, soltó un suspiro y le siguió. Entró en la cocina y se sentó. Juan retiró una silla para sentarse frente a ella. Aquel mínimo ruido consiguió que la cara de ella se contrajera.

Ay Dios mío ¡qué dolor de cabeza!

Juan se dirigió hacia un mueble, sacó dos tazas color chocolate, las llenó de café y al enseñarle el *brick* de leche entera con mofa, ella asintió. Sin hablar ni mirarla metió las dos tazas en el microondas y dio a la opción dos minutos.

Sentada en la silla muy tensa, Noelia se tocó el pelo y se lo retiró de la cara.

Tengo que tener una pinta de loca increíble pensó al sentir la peluca enmarañada.

Sin poder evitarlo se lijo en la indumentaria de él. Pantalón negro de algodón y sudadera gris de Nike. Se le veía el pelo mojado, por lo que supuso que acababa de ducharse. Cuando el microondas pitó Noelia volvió a contraerse y cuando él le puso la taza de café en la mesa y la vio con el gesto arrugado murmuró mientras se sentaba:

— Ese es el resultado de haber bebido más de la cuenta.

Quiso responderle un borderío pero no pudo. La música tan alta la enloquecía y el estómago le daba vueltas a más revoluciones que un centrifugador. Llevándose las manos a la boca le miró alarmada. Iba a vomitar. Juan se levantó raudo y señaló hacia la puerta.

— Segunda puerta a la derecha.

Levantándose con rapidez salió de la cocina y llegó a su destino. Cinco minutos después Juan, tras pasar por el salón y bajar el volumen de la música, llamó a la puerta y preguntó:

— ¿Te encuentras bien?

Sentada en el suelo del baño, tras haber vomitado respondió:

— Sí… si a esto se le puede decir estar bien.

Sin saber por qué él sonrió y dijo antes de regresar a la cocina.

— Sal de ahí. Te he preparado una manzanilla para que se te asiente el estómago.

Levantándose del suelo se miró en el espejo. Estaba pálida y el pelo oscuro la hacía parecerlo más. Tras enjuagarse la boca reunió el valor que le quedaba y abriendo la puerta se dirigió hacia la cocina. Una vez llegó allí, la perra le saludó y se sentó frente a Juan que leía el periódico. Al ver que había retirado el café y en su lugar tenía una manzanilla aspiró su aroma y susurró:

— Gracias.

Él no respondió, se limitó a asentir y a continuar leyendo. Cinco minutos después y con mejor color de cara, él dejó el diario sobre la mesa y clavando sus penetrantes ojos en ella preguntó.

— ¿Qué estás haciendo todavía en Sigüenza? Te dije que…

— Lo sé… sé lo que me dijiste pero…

— ¿Cómo se te ocurre hacer lo que hiciste ayer? — protestó levantándose.

— ¿Qué hice?

— Joder pues exponerte a los depredadores directamente. ¿Estás loca?

— No.

— ¿Te imaginas la que se hubiera liado si alguien te hubiera reconocido? Joder que este es un pueblo muy tranquilo y no suele haber actrices del glamuroso Hollywood emborrachándose por nuestros bares. Y por cierto, ayer te salvé de las garras de Lucas porque estabas borracha pero no volveré a hacerlo, ¿entendido?

Al escúchale entendió al peligro al que se había

expuesto y al ver que él esperaba que dijera algo susurró confundida:

— Gracias pero yo… yo…

— ¿Tú? ¿Tú qué? ¿Acaso crees que puedes aparecer por aquí para joderme la vida?

Noelia le miró. ¿Por qué estaba tan enfadado con ella?

Quería decirle que un extraño impulso al reconocerle en el Ritz le hizo buscarle. Ella nunca había ido detrás de un hombre y realmente no sabía por que había hecho aquello hasta que le escuchó decir.

— Vamos a ver, *estrellita*. Has venido a mi pueblo, a mi casa, me has perseguido por el campo por las mañanas, me has investigado, has ido a los bares donde voy a tomar algo. ¿Qué narices quieres?

Molesta por escuchar aquel termino que tanto odiaba, y a la vez sorprendida por aquella pregunta, suspiró y respondió:

— Solo quería saber si eras tú.

Juan espetaba cualquier respuesta menos aquella y al ver su gesto cansado y ajado asintió:

— Pues si. Soy yo, *canija*. — Ella sonrió— Soy ese idiota que se caso contigo hace diez años en Las Vegas, gracias a que su amigo, el Pirulas, nos echó en la bebida algunas de sus setillas pasadas de contrabando. Te aseguro que se lo hice pagar muy caro. Aun lo recuerda.

Noelia comenzó a reír y divertido Juan no pudo evitar echarse a reír también. Durante un buen rato, y más relajados, hablaron de sus recuerdos hasta que Juan se sinceró.

— Supe quién eras el día que regresamos a España. En el avión había una revista de cine y al abrirla me encontré con una foto donde tu padre y tú salíais junto a un par de actores. En

ese momento supe que la que había sido mí mujercita era la hija del magnate del cine Steven Rice. Te aseguro que en ese momento me quedé sin palabras.

— ¿Se lo contaste a alguien?

— Sí, a Carlos —asintió percatándose de lo guapa que estaba sin maquillaje—. Estaba tan alucinado con lo ocurrido que un mes después de llegar le enseñé la revista que me había llevado del avión y se lo conté. Ni que decir tiene que él se quedó tan alucinado como yo. Meses después me llegaron los papeles definitivos del divorcio y fin de la historia.

— Gracias —asintió ella—. Otro en tu lugar se hubiera lucrado con todo el asunto. Pero tú no lo hiciste. Eso es de agradecer.

— Si te soy sincero un par de veces lo pensé —bromeó aquel y echándose de nuevo café en la taza, aseguró con un aplomo que a ella le resecó hasta el alma—: Nunca lo hubiera hecho. No es mi estilo.

Ambos se quedaron en silencio de nuevo hasta que ella, para romper aquel incómodo momento, preguntó:

— ¿Por qué hacéis el café tan fuerte aquí?

— No es que lo hagamos fuerte, es que en Estados Unidos bebéis aguachirri.

— ¡¿Aguachirri?! En la vida había escuchado esta palabra. Aguachirri —rio ella y al ver que él sonreía preguntó para destensar más el momento—. ¿Has visto alguna de mis películas?

Juan quiso decirle que todas. Había seguido su carrera todos aquellos años con cierto orgullo, pero dispuesto a no dejar al descubierto su secreto murmuró entre dientes:

— Sí, alguna he visto.

Encantada por verle sonreír, ella comenzó a sentirse mejor, y clavando sus increíbles ojos azules en él preguntó:

— ¿Que le parezco como actriz?

Él la miró con guasa, y ella dispuesta a escuchar una crítica atroz prosiguió.

— Vale… no lo digas, tu *sonrisilla* ya ha hablado por ti.

Responder a aquella pregunta le ponía en una difícil tesitura. Como actriz le gustaba mucho. Era una mujer guapa y con estilo, aunque a veces alguna de sus películas no habían estado en su línea, así que intentó ser diplomático.

— Eres una mujer muy guapa a pesar de esas gafas y esa peluca que te has puesto y lo sabes. — Ella sonrió satisfecha, a nadie le amargaba un dulce— . Particularmente me gustas como actriz, y a mis amigos también, te lo puedo asegurar.

Escucharle decir aquello de «me gustas» provocó en ella un extraño calor. Allí estaba a solas, con una pinta desastrosa y sin maquillar, ante un hombre que apenas conocía, pero que había sido su marido y que, cada segundo que pasaba, le atraía más y más. Por ello intentando que no se percatara de lo nerviosa que la ponía dijo en broma:

— ¿Puedo tomarme eso como un cumplido?

— Tú has preguntado y yo he respondido — asintió él, sonriendo mientras se levantaba.

Estar ante ella no era fácil. Era la famosa Estela Ponce. Su sonrisa picara, sus ojos y esa manera como se tocaba el cuello al hablar le excitaba tanto como su precioso cuerpo. Ella era sexi, dulce y suave. Solo recordar cuando la desnudó la noche anterior para meterla en la cama y ella, borracha, había intentado besarle, le puso duro.

Al sentirle incómodo ella cambió de tema.

— Vale. Dejemos de hablar de mí y hablemos de ti. Por lo que he podido comprobar conseguiste ser policía, ¿verdad?

— Si.

— Pero no eres un policía que patrulla y pone multas.

— No.

— ¿Eres un S.W.A.T?

Juan sonrió divertido y sentándose de nuevo frente a ella la miro y aclaró:

— Te equivocas yo soy un G.E.O. Eso de *S.W.A.T*. lo dejamos para vosotros, los americanos.

— ¡¿G.E.O?! ¿Qué es eso?

— Grupo Especial de Operaciones, los geo. Somos una unidad especial del Cuerpo Nacional de Policía de España especializado en operaciones de alto riesgo.

— Vaya… te has convertido en un héroe.

Aquel comentario hizo sonreír a Juan y tras dar un trago a su café respondió:

— Yo no lo veo así. En todo caso los verdaderos héroes son nuestras familias, por soportar todo lo que soportan.

— Uf… solo pensarlo da miedo, ¿no?

Juan se encogió de hombros.

— A mí, particularmente, me da más miedo ponerme ante una cámara y que todo el mundo me mire y juzgue, que realizar cualquier operativo policial.

— Vale, reconozco que, a veces, las críticas son duras e incluso difíciles de asumir —suspiró esta— . Pero lo tuyo es peligroso. Creo que has de amar mucho tu trabajo para arriesgarte tanto.

— Me gusta lo que hago —asintió con seguridad— . Para mí pertenecer a los geo es un orgullo, a pesar de que mi familia en ocasiones

piense que estoy loco. Por cierto, cuanta menos gente lo sepa mejor. Por lo tanto, te pido discreción ¿vale?

— Seré tan discreta como tú lo has sido conmigo todos estos años. Tu secreto irá conmigo a la tumba.

Aquel comentario le gustó, y cuando ella le preguntó sobre qué solía hacer en su trabajo recostándose en la silla contestó:

— De todo un poco. Liberamos rehenes —ella sonrió—, neutralizamos bandas terroristas, prestamos servicios de seguridad en algunas sedes diplomáticas, en fin…

Sorprendida por lo que le contaba fue a decir algo cuando oyó cómo la puerta principal de la casa se abría.

— Juan, soy Irene ¿estás despierto? — se escuchó.

Noelia se quedó bloqueada por aquella intromisión.

— Mi hermana — le informó.

— ¿Qué hago? — y tocándose los ojos murmuró—. Oh Dios no tengo las lentillas puestas. No puede verme.

— Sube a la habitación. Rápido.

Pero fue tarde. Irene entró en la cocina y al ver a su hermano acompañado de aquella morena dio un salto hacia atrás.

— Oh, Dios ¡disculpad! No quería, yo…

Juan se puso de pie impidiendo que su hermana viera a Noelia, que se cubrió el rostro con las manos. Después agarró a su hermana del brazo y sacándola de la cocina dijo con voz molesta:

—No te preocupes, no pasa nada —y volviéndose hacia Noelia murmuró—. Sube a arreglarte. Te llevaré al parador.

Como si le hubieran metido un petardo en el culo Noelia salió de la cocina y corrió escaleras arriba. Una vez se quedaron solo; Irene, sorprendida porque su hermano nunca llevaba a ninguna mujer a su casa, preguntó:

—¿Quién es esa chica?

—Una amiga.

Si su hermana se enteraba de que era Estela Ponce, la estrella de Hollywood, el desastre estaba asegurado.

—¿La conozco?

—No.

—¿Es del pueblo?

—No —repitió molesto.

—Ufss... pues por lo poco que he visto, es monísima.

Él asintió. Noelia era una mujer preciosa pero no quería hablar de ella. Nunca le había gastado hablar de su vida privada y menos con la cotilla de su hermana.

—¿Ha pasado aquí la noche contigo?

—No *voy* a contestar a eso.

Clavando la mirada en su guapo hermano sonrió y mofándose cuchicheó.

—Ya me has contestado tontorrón.

Juan, al ver aquella sonrisita tonta, clavó su mirada en ella y gruño.

—Vamos a ver Irene, lo que yo haga o no con mi vida a ti no te incumbe, ¿no crees?

Molesta por el tono de voz que empleaba

murmuro:

— Bueno, hijo tampoco es para que te pongas así. Que arisco eres a veces por Dios.

Su hermano en todos aquellos años nunca les había presentado ninguna chica, ni llevado una a casa de su padre. Solo se interesaba por su trabajo, sus amigos y sus viajes, poco más. Aunque sabía por lo que se hablaba por el pueblo que era un hombre que tenía gran aceptación entre las féminas del lugar. Especialmente entre las amigas de Laura, la mujer de Carlos.

— Vaya… vaya… no sabía yo que salieras con alguien en particular.

— Y no salgo.

— ¿Es una de las amigas de Laura?

— No.

— Per…

— Se acabó el interrogatorio ¿vale? — cortó aquel.

Irene, sorprendida por el enfado repentino de su hermano asintió y con una sonrisita que a Juan le quemó la sangre murmuró:

— Hijo, no me extraña que no te aguante nadie. Eres un borde.

20

En la planta de arriba Noelia se sentó en la cama y, sin pensárselo dos veces, se puso las lentillas oscuras, después se vistió, se colocó las gafas y se arregló la peluca. Cuando hubo comprobado que su aspecto era decente, y especialmente irreconocible, cogió su bolso, guardó el estuche de las lentillas y bajó de nuevo al salón. Al entrar, se encontró con una mujer de unos cuarenta años con los mismos ojos que Juan.

— Hola, soy Irene y siento mucho haber irrumpido de esta manera — dijo la mujer en un tono amigable mientras caminaba hacia ella.

— Encantada. Soy Noelia y no te preocupes, no pasa nada.

Irene, sorprendida por la simpatía y belleza natural de aquella muchacha, la observó con curiosidad.

— ¿De dónde eres? — le preguntó.

Juan, al escuchar a su hermana, maldijo por lo bajo. ¿Por qué tenía que ser tan cotilla? Y al ver que Noelia dudaba contestó por ella.

— Se podría decir que es de Asturias aunque no vive allí.

Tocándose la barbilla y cerrando un ojo para inspeccionarla, Irene dijo queriendo saciar su curiosidad:

— ¿Asturias con ese acento?

Al ver que ninguno respondía finalmente dijo:

— Por cierto tienes un pelo precioso. Se nota a leguas que es tu color natural. ¡Qué bonito!

— Vaya, gracias — sonrió esta tocándose la peluca.

Juan para intentar cortar aquella conversación, llamó la atención de su hermana.

— Irene ¿querías algo? Te lo digo porque

estaba a punto de llevar a Noelia al parador.

— ¿Estas alojada en el parador?

— Si.

— ¿A que es un lugar precioso?

— ¡Divino!

Cada vez más enfadado con su hermana por su cháchara, fue a hablar cuando esta dijo mirándole:

— A ver, hermano deja de matarme con la mirada y escucha. He pasado por tu casa por dos cosas. La primera, para recordarte por trigésima vez que tienes que confirmarme si libras las Navidades y así poder contar contigo en los festejos importantes.

— Que sí, pesada — suspiró él— . Ya lo miré y estoy libre ¿qué más?

— ¡Genial! Y la segunda es porque hoy es el cumpleaños del abuelo y quería saber si mañana viernes librabas y podía contar contigo para que vinieras a la cena familiar. He hablado con Eva María y vendrá de Madrid.

— Iré. Estoy de libranza hasta el lunes.

— ¡Estupendo! — asintió Irene y volviéndose hacia la morena preguntó— : Noelia ¿te apetece venir a la cena? Estoy segura de que a mi padre y al abuelo les encantará conocer a una amiga de mi hermano.

Juan quiso estrangularla. ¿Qué narices hacía su hermana? Noelia al ver el gesto de aquel sonrió y todo lo amable que pudo respondió.

— Gracias por la invitación pero no puedo asistir.

— ¿Por qué? — preguntó ganándose una reprochadora mirada de su hermano.

— Creo… creo que no estaré aquí — respondió con cierto pesar.

— ¿Te vas? Oh, que pena, apenas nos hemos conocido y…

— Por el amor de Dios, Irene — protestó Juan— . ¿Quieres dejar de ser tan indiscreta?

Irene miró a su hermano con gesto de enfado y cogiendo su bolso dijo antes de salir por la puerta todo lo digna que pudo:

— Me voy. No quiero arrancarle el pellejo a cierto individúo — luego volviéndose hacia Noelia se acercó a ella y tras darle dos besos le susurró al oído:

— Encantada de conocerte y si puedes ven al cumpleaños del abuelo. Le encantará conocer a una amiga de este tostón.

Dicho esto tras tocar la cabeza de Senda que parecía escuchar sentada entre ellos, Irene se marchó dejándoles parados a los dos en medio del salón.

— Perdona a mi hermana, es tremenda.

Noelia estaba muerta de risa. Y mientras *Senda* se acercaba a ella y esta le tocaba la cabeza a modo de despedida, dijo:

— Pues a mí me ha parecido muy simpática.

Suspirando, Juan cogió las llaves de su coche y mientras salían de la casa indicó:

— Lo es. Aunque también es demasiado cotilla.

El trayecto en el coche hasta el parador fue corto. Demasiado corto. Una vez paró en la puerta de la entrada Juan la miró. Quería seguir hablando con ella pero estaba claro que aquello debía acabar. Había sido extraño y hasta divertido aquel raro encuentro mientras duró, pero había que ser objetivo y pensar que ella era quien era y él solo un policía español.

La joven actriz, sin moverse de su asiento, sonrió. Debía abrir la puerta del coche e irse pero algo se lo impedía. Le miró a los ojos. Deseó besar aquellos carnosos y seductores labios, y se estremeció.

— Ya hemos llegado — masculló él.

— Sí, aquí estamos — asintió tocándose las gafas.

Al ver el brillo en los ojos de ella sintió una punzada de deseo. Aquella mujer, su boca, sus ojos, su piel, era una autentica y morbosa tentación. Pero debía olvidar lo que él y su entrepierna deseaban o la situación se tornaría embarazosa.

El silencio entre los dos se hizo denso e insoportable. Finalmente, para acabar con aquel tenso momento, Juan murmuro tras aclararse la voz:

— Ha sido un placer volver a verte y siento lo de mi hermana. — Ella sonrió y él prosiguió — : No sé cómo se le ha ocurrido invitarte al cumpleaños del abuelo.

Al escuchar aquello la joven, sorprendiéndose a si misma, murmuro.

— A mí no me hubiera importado asistir.

— ¡¿Cómo?! — preguntó sorprendido.

Consciente de lo que había dicho, maldijo en silencio. Pero al final encogiéndose de hombros susurró con una tímida sonrisa.

— No tengo prisa por regresar a Los Angeles. Allí la Navidad en cierto modo me entristece. Demasiadas ausencias, Además, la promoción de mi última película no continúa hasta dentro de un mes en Tokio. — Y quitándose las gafas dijo clavando sus ojos en él— . ¿Sabes? en el fondo reconozco que me hubiera gustado conocer a la familia que tuve hace años durante unos días.

Boquiabierto por aquella revelación, murmuró sin pensar:

—Mañana te recojo a las ocho y media aquí mismo ¿de acuerdo?

Sorprendida por aquella invitación, asintió feliz como una tonta. Abrió la puerta del coche y dijo en tono jovial:

—*Okay*. Aquí te esperaré —rápidamente sacó un bolígrafo de su bolso y en una tarjeta personal le apuntó su teléfono móvil y se lo entregó—. Toma, por si surgiera un imprevisto y tuvieras que avisarme.

Desconcertado, Juan lo cogió y lo guardó en el bolsillo de su vaquero. Después ella salió del coche y se alejó. Cuando desapareció tras las puertas del parador Juan dio un golpe a su volante y maldijo ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué la había animado a cenar con él y su familia? Pero, segundos después sin entender por qué sonrió.

21

Como en una nube rosa de algodón, Noelia entró en el parador. Aquel hombre, su exmarido, le atraía mucho. Demasiado. Juan era diferente a los galanes con los que solía tratar en Estados Unidos. Le gustaba su sinceridad al hablar y, en especial, que no le hiciera la pelota sistemáticamente. Como una tonta, sonrió al saludar a Menchu que estaba en la recepción. Esta, al verla, salió del mostrador y caminando hacia ella preguntó preocupada:

— ¿Todo bien?

— Sí ¡perfecto!

Al verla tan sonriente Menchu asintió y acercándose a ella le cuchicheó en confianza:

— Juan es uno de los solteros de oro del pueblo.

— ¿En serio? — preguntó Noelia interesada.

— Oh, sí. Es guapo y caballeroso, y sé que más de una lagarta siliconada, como esa —señaló a Paula que pasaba junto a un cliente—, está deseando cazarle, aunque él se resiste. Según su hermana Eva, que es amiga mía, Juan es un auténtico rompecorazones.

Aquel comentario hizo que Noelia frunciera el ceño. Él no era nada suyo pero no le gustó escuchar acuello. Desechando las absurdas ideas que se estaban fraguando en su mente, sin quitarse las gafas, murmuró tras observar a la tal Paula, una mujer que nada tenía que ver con ella:

— Tú lo has dicho, Menchu. Juan es un hombre muy interesante —y con una sonrisa añadió—: Ahora que lo pienso, yo añadiría también el término sexy ¿no crees?

Menchu poniéndose colorada como un tomate asintió.

— Si... ya lo creo.

Al ver del color que se le estaba poniendo la cara, la actriz prosiguió.

— Vaya... vaya, veo que a ti también te gusta.

La joven con el bochorno en la cara susurró.

— Le conozco de toda la vida. Soy amiga de su hermana y siempre me ha parecido un chico increíble, y cuando digo increíble no lo digo solo por lo guapo que es, sino también por su personalidad y...

— Sí, tiene una personalidad arrolladora — suspiró aquella.

La joven recepcionista sorprendida por el efecto que Juan había causado en la actriz de Hollywood preguntó:

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Claro, Menchu.

— ¿Sabe él quién eres en realidad?

Durante unos segundos Noelia lo pensó ¿qué decir ante aquella pregunta? Le molestaba mentir a la joven pero, dispuesta a no revelar ya más de lo que había revelado, respondió:

— No, no lo sabe. Y, por favor, debe continuar siendo un secreto. ¿De acuerdo?

— Por supuesto, pero creo que se va a enfadar mucho cuando se entere. Él...

— Tranquila, Menchu. No te preocupes de eso por ahora. Cuando él se entere con seguridad yo ya no estaré aquí — e intentando cambiar de tema preguntó—: ¿Sabes si está Tomi en su habitación?

— No está.

— ¿Cómo que no está? — preguntó sorprendida.

— Según me comentó Paula, se marchó hace un par de horas — regresando hacia el mostrador dijo cogiendo un sobre cerrado—. Te dejó una nota.

Extrañada por aquello Noelia cogió el sobre y tras abrirlo leyó.

Hola princess… he salido a conocer la zona en plan Indiana Jones. Ya te contare. Por cierto… no se a que hora regresaré.

Se buena en mi ausencia.

I love you.

Tomi

Sospechando que su primo se había vuelto loco definitivamente, Noelia fue a decir algo cuando sonó su móvil. Había recibido un mensaje. Rápidamente lo sacó del bolsillo trasero de su vaquero y al leerlo sonrió como una tonta.

¿Cenamos hoy juntos? Será algo informal ¿Te recojo a las nueve?

Juan

Menchu, intrigada por aquella sonrisa bobalicona, se aproximó a Noelia, cuando esta le enseñó el texto del mensaje. La joven recepcionista se quedó ensimismada.

— Oh… ¡qué romántico!

— Sí — suspiró como una quinceañera.

Soltando un suspiro de frustración Menchu preguntó:

— ¿Por qué no me pasan a mi estas cosas? ¿Porqué?

Noelia con una sonrisa en los labios llena de felicidad no supo qué contestar. ¡Juan, la estaba invitando! y eso le pareció increíble. Finalmente, tras reír con Menchu sobre lo que aquella cena

podía depararle tecleó en el móvil:

Ok

22

A las nueve, vestida con un pantalón color lila a juego con la blusa y un bonito abrigo negro, esperaba en la puerta del parador cuando vio el coche de Juan acercarse. Un extraño nudo se le puso en el estómago y comenzó a respirar con dificultad. ¿Qué le pasaba? ¿A qué se debía aquel nerviosismo de adolescente? Hacía viento y el olor a humedad y el oscuro cielo le hizo suponer que iba a llover, y mucho. Controló sus emociones como pudo y sonrió al hombre que se bajaba del coche para saludarla y abrirle la puerta con galantería.

Sin mediar palabra, ni rezarse siquiera, se metió en el coche y el sonido de la música que sonaba le envolvió. Dos segundos después, subió él por la puerta del conductor. Cuando Juan quitó el freno de mano de su coche Noelia se recostó en el asiento y preguntó divertida:

— ¿A qué se debe esta cena?

Él no respondió y ella, sabedora de su encanto personal, cuchicheó:

— Venga, confiésalo. ¿A que me echabas de menos?

Juan sonrió de buen humor:

— Lo confieso. Echaba de menos tu incesante parloteo. Pero por si me vuelves loco, te advierto que tengo en el coche toneladas de cinta para taparte la boca.

Divertida por aquello sonrió y señalando hacia el CD del coche preguntó:

— ¿Cómo puedes escuchar este horror de música?

— ¿Horror de música? Pero si AC/DC son buenísimos.

— Lo de buenísimos, lo será para ti —se mofó—. Para mí solo son sonidos estridentes y, a

veces, desesperantes. No te voy a negar que alguna balada heavy me guste, pero vamos, cuando se ponen a gritar, no es lo mío.

Aquello que decía, era lo mismo que en infinidad de ocasiones había escuchado a Laura, la mujer de Carlos.

— A ver, sorpréndeme estrellita — dijo con mofa mientras conducía— , ¿Qué música te gusta?

— El Soul, el Rhythm and Blues…

Esperaba que dijera cualquier tipo de música pero no justamente aquella. Noelia movió cómicamente la cabeza con un gracioso gestó que a él se le antojó encantador.

— Es buena esa música, ¿ehhh? — dijo.

En ese momento Juan no supo a qué música se refería.

— Aunque me cueste reconocerlo, no es mi estilo. Es más, ¿esa no es música para ancianos?

La nueva mueca que ella hizo como contestación le provocó una carcajada. Aquella actriz, a la que había visto en infinidad de comedias románticas y películas de acción, era tremendamente graciosa y su gesticulación le provocaba una sonrisa permanente.

Boquiabierta aún por lo que él había dicho en referencia a sus gustos musicales, se retorció en el asiento del coche y frunció el ceño.

— ¿Música para viejos? — y sonriendo aclaró— : Oh *my God*!!! Estás muy equivocado si piensas así.

— Es que esa música es…

— Preciosa — cortó ella y al ver que sonreía prosiguió— Me encanta bailar con la música de Beyoncé, de mi amiga Jennifer López o la salsa de Marc. Pero cuando estoy en mi casa y me quiero relajar siempre escucho Soul o Rhythm and Blues — y mirándole extrañada preguntó— : De verdad me estás diciendo que en tu vida has escuchado a

Al Green, Ray Charles, Aretha Franklin, Marvin Gaye o canciones como por ejemplo, *At Last* de Etta James, en la versión de Beyoncé.

— No.

— ¿En serio?

— Te lo prometo.

— Vaya…

— Sí… vaya — se mofó él.

— Pues si me lo permites buscaré remedio urgentemente para ello — susurro incrédula mientras él conducía.

Juan sin poder, ni querer evitarlo la miró. Era increíble que la chica que llevaba a su lado y que parecía tan sorprendida por lo que descubría de él, fuera quien era. Allí estaba ella, la mujer más querida en la meca del cine, explicándole con vehemencia que la música soul, era el resultado de combinar el gospel y el R&B. Durante minutos la escuchó hablar de lo mucho que le gustaba Etta James y su canción favorita. No sabía quién era aquella cantante pero merecía la pena dejar que hablara solo por ver cómo le brillaban los ojos mientras le relataba la cantidad de veces que escuchaba aquella canción para relajarse antes de un rodaje.

Horas antes, cuando Juan llegó a su casa y entró en la habitación donde ella había dormido la noche anterior, se tumbó sobre la cama y cuando el suave olor de ella le envolvió deseó volver a verla. Esperar hasta la noche del día siguiente se le hacía eterno y decidió arriesgarse. Era una locura querer volver a ver Estela Ponce, pero era una locura atrayente y divertida y por primera vez en mucho tiempo se dejó llevar por el corazón. Y ahora que la tenía allí a su lado, hablando sobre música con tanta pasión algo en él se bloqueó, echó el freno de mano y sorprendiéndose a sí mismo la atrajo hacia él y la besó.

Fue un beso tierno, pero tan sumamente devastador que hizo que ambos temblaran a pesar de que el climatizador del coche marcara veintitrés

grados. Una vez se separaron, la joven, atónita por aquel increíble beso clavó sus ojos en él.

— Vaya...

— Sí... vaya — repitió él.

Soltándola como si le quemara, Juan prosiguió su camino y condujo lo poco que quedaba para llegar a su destino bajo la lluvia. Ambos permanecieron callados y solo se escuchaba la atronadora música de AG/DC hasta que llegaron a la puerta de su casa. Al llegar, detuvo el vehículo, salieron con rapidez y entraron en el interior del chalet entre risas. Guando Juan dio al interruptor de la luz, no se encendió. A oscuras, cerraron la puerta y él murmuró:

— Debe ser cosa de la tormenta.

Un rayo iluminó la estancia y los dos sr miraron. Ambos eran adultos y sabían lo que querían. Se deseaban. Acercándose a ella la arrinconó contra la puerta de entrada y agachándose para tomar su boca volvió a besarla. Le tomó los labios de tal manera que a ella le temblaron las rodillas y hasta el corazón. Sentir como aquel apoyaba su fibroso y enorme cuerpo contra el de ella mientras la besaba con vehemencia fue asolador.

— Juan... Juan... ¡me aplastas!

Alertado él se echó hacia atrás con un rápido gesto.

— Lo siento, *canija*, pero eres tan preciosa que me haces perder el control.

Ella sonrió. Si tenía algo claro era que era una mujer sexy, aunque no fuera tan voluptuosa como la siliconada del parador. Por ello le besó con descaro y tras pasarle la lengua por el labio inferior preguntó:

— ¿Te gusta lo que ves? — Quiso averiguar.

— Sinceramente sin luz, ver, veo poco ¿Por qué preguntas eso?

— No soy tan voluptuosa como la mujer del parador. Ella es alta, curvilínea, con grandes pechos y yo soy consciente de que clase de mujer soy y… .

— Me excitas tú. Me gusta lo que toco y más si es natural — dijo posando una de sus grandes manos sobre uno de sus senos deseoso de disipar sus dudas.

Consciente de que ella estaba receptiva, le pasó su mano libre por la cintura para pegarla más a él y eso le excitó aun más. Ella era pequeña, suave y delicada, al tiempo que tentadora, sexy y deliciosa. Aquella joven estrella de Hollywood nada tenía que ver con las mujeres exuberantes con las que él se acostaba, pero su naturalidad resultaba absolutamente sexy. Morbosa.

Encantada con lo que le había dicho, suspiró y sonrió. Ella conocía su potencial, pero por primera vez en su vida, al estar en los brazos de aquel hombre había dudado. Excitada por como la tocaba y en especial, al sentir la dureza de su entrepierna, soltó su bolso que cayó al suelo y acoplándose le respondió con ardor.

Durante unos minutos se besaron, se mordisquearon, se excitaron hasta que él la cogió en brazos sin ningún esfuerzo y la llevó hasta su habitación. Una vez allí, la posó sobre la cama y con sumo cuidado, se tumbó sobre ella, le quitó las gafas, la peluca, le revolvió su melena rubia y entre risas dulzonas comenzó a besarle el cuello.

Acalorada y sin poder apartar sus manos de él, le acarició por debajo de su camisa vaquera. Tocar aquel duro abdomen y sentir como sus músculos se tensaban a su tacto le pareció lo más morboso vivido con un hombre hasta el momento.

En el exterior de la casa una tormenta con rayos y truenos descargó sobre Sigüenza, mientras en el interior otra tormenta diferente se libraba. Sin mediar palabra y sin luz, Noelia le quitó la camisa a Juan, mientras recorría con sus manos la curvatura de sus bíceps. Animado por la situación él le desabrochó la blusa lila y, subiéndole el sujetador con deleite, le mordisqueó los pechos. Agitada al sentir la magnitud de aquella pasión suspiró de placer y se arqueó contra él pidiéndole en silencio lo que quería. Necesitaba sentirle dentro. Quería que la poseyera ya. Y llevando sus manos al cinturón de los vaqueros de él comenzó a desabrochárselo. Dos segundos después los pantalones de ambos volaron por la habitación.

— Ven, ponte así — murmuró él con voz ronca deseoso de cumplir su objetivo.

Sin pestañear se acomodó dispuesta a recibirle. Estaba húmeda, caliente y tremendamente excitada cuando de pronto escuchó un pitido desconocido.

— No… Joder, ahora noooooooooo — maldijo Juan.

Al sentir la tensión en su cuerpo, la muchacha preguntó con la voz entrecortada por el momento:

— ¿Qué ocurre? ¿Qué suena?

Juan, incorporándose, le pidió silencio con la mano. Después cogió su móvil y tras escuchar a alguien al otro lado concretó:

— En media hora estoy allí.

Una voz colgó el teléfono se movió con rapidez

mientras ella aún excitada y medio desnuda sobre la cama le observa ha a oscuras moverse por la habitación.

— Juan… — le llamó.

Enfadado por sentir la decepción en su voz y molesto por tener que marcharse tan repentinamente, tras vestirse con rapidez se acercó hasta ella y la besó con ardor.

— … tengo que marcharme. Me han llamado de la base. Ha ocurrido algo y tengo que ir.

— ¿Que te vas? — preguntó sobresaltada.

— Sí.

— Pero… pero ¿cómo puedes irte en un momento así? — protestó indignada.

Él la entendió y dándole otro breve pero intento beso en los labios respondió mientras su entrepierna y todo él se debatía por terminar lo que había empezado:

— Lo siento, canija, pero el deber me llama. Es mi trabajo.

Al ver su cara de sorpresa preguntó con rapidez :

— ¿Quieres quedarte aquí o prefieres que te acerque al Parador?

Molesta por tener que acabar tan pronto lo que se perfilaba como una noche perfecta respondió levantándose para coger la maldita peluca:

— Llévame al parador.

Minutos después los dos estaban en el interior del coche, serios y confusos. Una vez llegaron al parador Juan detuvo el vehículo. Noelia abrió la puerta para salir cuando sintió que la mano de él tiraba de ella para que se volviera a mirarle.

— Lo siento. Te aseguro que me gustaría tanto como a ti estar en estos momentos haciéndolo que deseo. Y lo que deseo y me enloquece en estos momentos eres tú. No lo dudes. Te prometo que en cuanto vuelva te resarciré por este infortunio. — En ese momento ella sonrió y él se relajó — . Mi trabajo requiere este tipo de sacrificios y solo puedo pedirte disculpas una y mil veces.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos y el enfado de Noelia se Transformó en preocupación. Su trabajo era peligroso, pero decidió no decir nada. No era el momento. Por fin y tras besarle en los labios murmuro para alivio de él:

— Me debes una noche. Así que, ten cuidado con lo que haces porque quiero esa noche. ¿Me has entendido?

Él sonrió y tras darle otro rápido beso dijo mientras ella salía del coche:

— Te llamaré.

Juan se alejó bajo la lluvia mientras ella, preocupada, se dirigió hacia su habitación.

23

Después de una noche en la que a Noelia le fue imposible conciliar el sueño debido a la cantidad de pensamientos que le rondaban por la cabeza llegó la mañana. Estaba nerviosa. Estaba preocupada porque no sabía nada de Juan. ¿Y si le había pasado algo? No se relajó hasta que, sobre las dos de la larde, su móvil sonó y leyó un mensaje de él:

Todo bien. Me voy a descansar. Esta noche te veo.

Por la tarde, y viendo que su primo Tomi no daba señales de vida fue a su habitación y se alegró al encontrarle.

— ¿Como que tú no vienes conmigo? — preguntó ella tras hablar con él de la Cena que tenía esa noche con la familia de Juan.

Tomi que se estaba echando crema en los párpados respondió:

— Tengo planes.

Boquiabierta, Noelia dijo caminando hacia el baño.

— ¿Planes? ¿Cómo puedes tener planes si no conoces a nadie?

Dejando el bote sobre la encimera del baño, el joven sonrío y dijo:

— Te equivocas *darling*. La otra noche yo…

¿La otra noche? — rio ella— . Pero…

— Calla y escucha, *queen*.

Noelia cogiéndolo de la mano le llevó hasta la enorme cama y, sentándose, hizo un cómico gesto que daba a entender que cerraba la boca.

— El otro día cuando me dejaste el pelo de color *green* y te fuiste con la *girl* de recepción de viboroneo, decidí bajar a lomar una copa al bar del parador. Por cierto, hacen unos *cocktails* de muerte. *And, well*, el caso es que conocí a alguien,

tomamos a *drink* y .se puede decir que *tonight* tengo una cita.

La cara de Noelia era todo un poema. Su primo le guiñó un ojo.

— A ver si te crees que aquí solo ligoteas tú *honey* — le dijo con voz cargada de ironía.

— ¿Tienes una cita?

— Yes.

Cada vez más sorprendida preguntó boquiabierta:

— ¿Con quién?

Con misterio se retiró su glamuroso y verde flequillo de la cara.

— Ay cuchi, es una monada. Es alto y algo destartalado. Vamos para que nos entendamos tipo Robert Pattinson, el blanquecino de Crepúsculo. Me encanta mi *Peterman*.

— ¿*Peterman*? — rio Noelia.

— Se llama Peter Fenson. *Oh, Peter*! — suspiró emocionado— . Es inglés y pianista. Está de paso por aquí como nosotros. El caso es que estaba yo deprimido y ahogando mis penas en un *Dry Martini* por la carnicería que le hiciste a mis preciosas mechas *purple*, cuando noté que él me miraba. Horrorizado pensé: *Ay Virgencita debo parecer un pollo despeluchado con este tono de pelo verde musgo* — ella sonrió— . Pero, *surprise*, cuando me levanté para irme avergonzado de mi desastrosa y poco glamurosa apariencia él se dirigió a mí. Me invitó a tomar algo. Ay, *queen*... en ese justito momento pensé *este pa mi*. Una copa llevó a otra y, bueno, ocurrió lo que tenía que ocurrir.

— ¿Te acostaste con él? — preguntó sorprendida.

— Yes.

— Pero Tomi…

— Vale cuchi, reconozco que a veces soy un facilón. Pero mira *darling*, la ocasión lo merecía y tú precisamente no eres la reina de la moralidad para decir nada.

— Por el amor de Dior — rio divertida— ¿Desde cuándo haces esas cosas tú?

— Desde que un increíble pianista inglés ha posado sus *precious grey eyes en mí* . Ay, cuchifrita, le tienes que conocer. Es encantador y…

— ¿No le habrás contado quienes somos?

— No reina, no. Una cosa son los revolcones que yo tenga con él y otra muy diferente contarle *mi life and miracles*.

Conocía a su primo y era de los que se enamoraban hasta la médula y sufrían dolorosamente por amor.

— A ver… todo lo que me cuentas me parece estupendo. Pero déjame decirte que…

— Corta el rollo Ponce mía, y suelta por esa boquita con quién has estado en las últimas cuarenta y ocho *hours* que llevo sin verte. Porque no es por nada, pero te noto el cutis terso y los ojos *happy*. — Ella sonrió y él prosiguió— : Vamos, vamos, estoy deseoso de escuchar todo lo que quieras contarme.

Sonriendo como desde hacía tiempo, Noelia dejó escapar un suspiro.

— He estado con él y… y…

Al escuchar ese con él… Tomi rápidamente gritó:

— Oh *my God!* ¿Has estado con el *divine*?

— Sí.

— ¿Con el de los SWAT al que el color *black* le

quedaba mejor que a mí cuando estoy delgado y al que la lluvia cincela su rostro como a un adonis?

— No es un SWAT es un geo — aclaró ella.

Con gesto indescifrable Tomi la miró y preguntó:

— ¿Un qué?

— Un geo — al decir aquello pensó en lo que él le dijo e indico— . Pero ahora olvida que te lo he dicho porque no tenía que habértelo contado, *okay*?

— Vale… no he oído nada pero *darling*. Pero ¿qué es un geo?

Enfadada consigo misma por su indiscreción murmuró:

— Un policía de élite, vamos, como los SWAT.

Encantado con lo que oía Tomi se llevó la mano a la boca y dijo sonriendo:

— *Ay my love*… fíjate si eres glamurosa que hasta los líos que le salen son de élite. ¡Uisss Dios mío! — gritó al recordar al fornido hombre de negro, y abanicándose con la mano preguntó: — ¿En vivo y en directo está tan cuadrado como cuando estaba encapuchado bajo ese traje negro de poli, sexy y varonil?

Noelia se carcajeó y asintió. Aquella risa le iluminó el rostro, detalle que no escapó a su primo.

— ¿Y qué? ¿Qué puedes contarme?

— Poca cosa — respondió encogiéndose de hombros.

— ¿Poca cosa? — gritó él mirándola— . Has pasado horas con ese… ese G.I.Joe cincelado como el *Miguel Ángel* de Da Vinci y como diría la difunta abuela, ¿no hubo refriegas sexuales?

Una sonrisa picara de ella le hizo intuir a Tomi que lo que imaginaba era cierto.

— Agg ¡so víbora! Y tú reprochándome que yo me lanzara a la lujuria y el desenfreno con mi pianista inglés.

Tras un rato de risas y confidencias, el móvil de Tomi sonó, y cogiendo una americana en tono vino añejo, le dio a su prima dos cómicos besos en la cara.

— *Honey*... me voy. Si quieres algo me localizas en el celular. Y oye, ten cuidadito y no te encariñes con él, que nosotros tenemos que regresar en unos días a lo nuestro, ¿ok?

— Sí. No te preocupes y oye, aplícate el cuento.

Sola en la habitación sonrió satisfecha. Sonó su móvil. Era su íntima amiga Jennifer. Durante un rato ambas rieron poniéndose al día. Veinte minutos después tras haber colgado, se dirigió a su habitación. Se puso un minifaldero vestido de lana violeta, un pañuelo negro alrededor del cuello, su peluca y unas impresionantes botas de tacón. Se miró en el espejo y asintió. Estaba feliz y eso solo se lo debía a un hombre llamado Juan.

24

A las ocho menos cinco Juan ya estaba esperándola en la puerta de entrada del castillo con *Senda*, su perra, en el maletero. Volvía a diluviar cuando escuchó unos golpecitos en el cristal. Era Paula y accionó el botón de bajar la ventana.

— Hola amor — saludó ella bajo su paraguas— . ¿Qué haces aquí?

— Estoy esperando a una amiga — respondió con sinceridad. Entre ellos no había nada que no fuera sexo y no tenia sentido mentir.

— ¿Tu amiga se hospeda en el parador? — indagó molesta al ver que no era ella el objeto de su visita.

— Sí — y al verla aparecer dijo— : Es ella.

Paula se volvió curiosa y al reconocer a la chica, torció el gesto. Aquella turista amiga de Menchu, no podía competir con su exuberancia. Convencida de su potencial sexual, y de que aquella en unos días desaparecería, se agachó de nuevo hasta la altura ce la ventanilla y murmuró con voz sinuosa antes de marcharse:

— Llámame y quedamos otro día ¿vale, cielo?

— De acuerdo.

Juan, rápidamente, centró su mirada en Noelia. Estaba preciosa con aquel abrigo verde y aquellas botas altas. La aviso de su presencia con las luces del coche y ella, al verle, corrió hacia él. Verdaderamente era una mujer sensual, y a pesar de que con aquel oscuro pelo y las lentillas no parecía la actriz Estela Ponce algo en su comportamiento, en su manera de moverse y de hablar, la hacía diferente y especial.

— Uoooooo como llueve — cerró la puerta, le miró y le saludo— . Hola ¿como estás? ¿Fue todo bien anoche en tu trabajo?

A Juan le gustó escuchar su alegre tono de voz y atrayéndola hacia él, deliberadamente, la besó. Aquella noche en el operativo que había cubierto en Alcorcón se había concentrado, como siempre, a tope. Sin embargo, cada vez que recordaba el morboso momento que haba vivido con ella, una sonrisa asomaba a su rostro.

Cuando consiguió separar sus labios de los de ella, sin soltarla Juan respondió:

— Todo fue como la seda. ¿Y tú canija estás bien?

— ¡Genial! — al escuchar un ruido miró hacia atrás y al ver a la perra saludó — : Hola, *Senda*, preciosa.

El animal dio un ladrido y Juan sonrió. Después quitó el freno de mano y arrancó el motor del coche.

— ¿Preparada para conocer a mi peculiar familia?

— Sí. — Pero segundos después preguntó sorprendida — : ¿Peculiar por qué?

— Ya lo verás — rio él.

Noelia, de pronto, se asustó. ¿Dónde se estaba metiendo? ¿Y si aquella familia era tan insoportable como la suya? Dándole un golpecito en el hombro exigió:

— Para el coche ahora mismo.

— ¿Cómo?

— Que pares el coche.

Encendiendo el intermitente Juan se metió en el único lugar que podía parar. Se subió sobre una acera a su izquierda y preguntó:

— ¿Qué ocurre?

— ¿Por qué es tu familia peculiar? — preguntó, encendiéndose un pitillo que Juan le quitó y apagó, para su desconcierto, en el limpio cenicero del coche.

— Veamos, cómo te explico yo cómo es mi familia — sonrió él— . Mi padre es un hombre algo rígido y poco comunicativo. En un principio no te hablará, simplemente te observará con el ceño fruncido pero no te asustes, no es un ogro. Luego está mi abuelo Goyo, el homenajeado — rio él— . Él es un poco cascarrabias. Si ves que te toca el culo no se lo tomes en cuenta son cosas de la edad, ¿vale? — la cara de ella era un poema pero Juan continuó— . También estará mi hermana Irene, a quien conociste el otro día, con mi cuñado Lolo, y mis sobrinos. Por cierto mi cuñado habla por los codos ¡ya lo verás! Irene ya sabes cómo es, por lo tanto si ves que ella y su marido discuten, no te preocupes, la sangre nunca llega al río. En referencia a mis sobrinos, Javi tiene diez años, y aunque le quiero mucho reconozco que es un tocapelotas de tres al cuarto. Ruth tiene cinco y es una auténtica bruja. Rocío, que tiene casi dieciséis y está en plena edad del pavo, a veces es insoportable. Vamos, para que te hagas una idea es una versión de su madre pero en adolescente. Luego estará Almudena, mi segunda hermana. A diferencia de Irene es observadora como mi padre y poco más. Ah… está embarazada y soltera y odia hablar de su vida privada, en especial de su embarazo.

Asentía horrorizada, sin poder creerse lo que él le contaba con rápidos matices.

— Finalmente conocerás a Eva. Es tímida y apocada y bueno… para hablar con ella hay que sacarle las palabras con un sacacorchos. Por cierto es periodista y trabaja de becaria para una

revista. En definitiva tengo una familia peculiar. Son algo fríos y poco comunicativos, pero por lo demás saben comportarse, no te preocupes. En cuanto si habrá más gente, no lo sé. Pero conociendo a Irene, que es la organizadora del cumpleaños, estoy seguro de que habrá invitado a medio pueblo, lo que no sé es a quién.

De pronto la seguridad que había tenido el día anterior para aceptar la invitación se esfumó como por arte de magia ¿Fríos y poco comunicativos? ¿Pero qué pintaba ella con aquella gente? Sacando otro cigarro de la pitillera fue a encenderlo pero Juan hizo lo mismo que con el anterior.

— ¿Quieres dejar de romperme el tabaco? — gruñó molesta.

— Lo siento, pero en mi coche no se fuma. Es más, creo haberte dicho que fumar no es bueno para la salud.

Sin darle tiempo a reaccionar abrió la puerta del coche y salió de él justo en el momento en que pasaba un vehículo que pisó un charco y la empapó. Juan, al escuchar la pitada del coche por abrir de improviso la puerta y salir, gritó abriendo su puerta:

— ¿Estas loca? ¿Cómo?

— No… no estoy loca. Simplemente es mi pronto ¿vale?

Al escuchar aquel tono de voz Juan se paró en seco. ¿Qué había ocurrido para que ella contestara así? A dos pasos de ella le dejó encender el cigarro y darle un par de caladas. Finalmente, ella lo apagó y volviéndose hacia él susurró:

— Lo siento. Tengo un pronto horroroso y me he puesto nerviosa cuando me has hablado de tu familia. Quizá sea un error haber aceptado esa invitación ¿Qué pinto yo en la celebración de un

familiar tuyo?

Juan sonrió. La ternura que le provocaba aquella diva del cine americano le tenía desconcertado. Se acercó a ella, posó las manos sobre el capó y la dejó encerrada entre el coche y su propio cuerpo.

—Olvidándome de ese pronto que tienes —sonrió—, eres una amiga ¿Dónde ves el problema? ¿Tú nunca has ido de acompañante de alguien a una fiesta donde la gente es un poco extraña?

— Sí — asintió al recordar ciertos eventos con su padre.

— ¿Entonces?

Cerrando los ojos Noelia suspiró y dijo:

— Odio mentir. Odio estar empapada y… Oh, Dios ¡mira qué pintas tengo!

No pudo continuar. Él la besó. Su cercanía y el calor que su cuerpo irradiaba la tranquilizó. Cuando Juan acabó aquel sensual beso sonrió y le retiró el mojado flequillo del rostro.

— De acuerdo. No asistiremos a la fiesta. Iremos a mi casa y te cambiarás de ropa. — Al ver el gesto dudoso de ella, él continuó— . Pero ya le había dicho a Irene que iríamos y conociéndola, a no ser que nos vayamos de España, nos encontrará. Mi hermana iba para detective aunque se quedó en cotilla. — Noelia sonrió— . Te aseguro que Irene es muy persistente y si algo tiene claro es que la familia en temas de cumpleaños, fiestas o enfermedades debe estar unida.

Aquellas palabras le llegaron al corazón. Eso era lo que su abuela, que en paz descanse, siempre le decía. Y, entonces, cambió de idea.

— ¿Sabes? Irene tiene razón. La familia por muy rara que sea ha de estar unida para este tipo de acontecimientos, y aunque yo no lo sea, tú si lo eres y por lo tanto vamos a ir. En cuanto a mi abrigo, no te preocupes se secará.

Él asintió sorprendido al ver aquel cambio de opinión.

— ¡Perfecto! — sonrió Juan quien tras darle un beso en la punta de la nariz dio rodeó el coche y se metió en él.

— ¡Genial! — asintió ella sentándose en su asiento percatándose de lo mucho que la lluvia la había mojado.

Quince minutos después Juan paró el coche frente a una gran casona. Mientras él abría el

portón trasero para que *Senda* bajara, Noelia miró a su alrededor mientras la lluvia de nuevo caía sobre ella. Ya daba igual, estaba empapada. Sonrió, feliz por estar allí, aunque de pronto la voz de su abuela tronó en su mente diciendo *Canija, las mentiras tienen las patitas muy cortas. Ándate con ojo o lo lamentarás*.

25

Traspasar el umbral de aquella bonita casa fue fácil, lo difícil fue encontrarse sumergida ante una multitud de gente que de pronto la miraba con extrañeza. Conteniendo sus ganas de salir corriendo ante su mirada, Noelia sonrió y les saludó con cautela con la mano. Lo primero que recibió fue un pelotazo en toda la barriga que la dobló. Se le cayeron las gafas al suelo, y la peluca se le movió, pero rápidamente se recolocó el pelo, recogió las gafas y volvió a ponérselas. Juan miró a su sobrino y regañándole con la mirada socorrió a la joven que, sorprendida aún por el pelotazo, intentaba mantenerse en pie.

Este debe de ser el tocapelotas pensó mirando al niño de pelo pajizo que se había quedado paralizado frente a ella.

— ¡Javi! — gritó la madre del niño cogiéndole de la oreja— . Llevo horas diciéndote que dejes el puñetero balón porque iba a ocurrir lo que ha ocurrido.

Con gesto preocupado Irene se volvió hacia Noelia y preguntó:

— ¿Estás bien? Oh, por Dios ¡pero si estás empapada! ¿Te encuentras bien?

Pero no pudo responder. De pronto un hombre pequeño, delgado y con boina negra apareció y levantando el garrote que llevaba en la mano gritó:

— *Mecagoentoloquesemenea*, copón. Irene ¡Suelta la oreja del muchacho!

— ¿Que lo suelte? — bufó— . Acaba de darle a la amiga de Juan un balonazo que ha estado a punto de sacarle los ojos de sus órbitas y tú dices que lo suelte.

— O lo sueltas, o te endiño un garrotazo— siseó el hombre.

Ay Dios… este debe de ser el cascarrabias del

abuelo pensó asustada Noelia mientras le veía blandir el bastón por los aires.

—Yayo Goyo… Yayo Goyo —llamó una niña castaña de ojos claros—. ¿Juegas conmigo a las muñecas?

La muchacha miró a aquella pequeña y supuso que era Ruth, la hermana pequeña del tocapelotas. Y antes de que el anciano pudiera responder a la cría, apareció una segunda muchacha morena pero con los ojos claros que, al ver la situación, dijo retirando a la niña y acercándose a su hermana Irene:

—Pero, abuelo ¿qué estás haciendo? Baja el garrote antes de que des a alguien.

La embarazada pensó Noelia al ver su enorme barriga.

El anciano, enfadado por como sus nietas se dirigían a él, garrote en mano gritó:

—¡Ehhhh… no sus revolucionéis todas a la vez que tengo *pa toas*! —Luego miró a la niña que estaba tras la embarazada y dijo—: Dame unos minutos y estoy contigo, mi lucero.

Noelia, parapetada tras el cuerpo de Juan que observaba la situación divertido, estaba sin palabras. ¿Verdaderamente les daría un garrotazo? Al final, Irene soltó la oreja de su hijo, el abuelo bajó el garrote y el crío corrió a los brazos de su salvador. Irene, enfadada, se volvió hacia Noelia.

—Ay Dios, disculpa a mi hijo y al bruto del abuelo. Son tal para cual.

Asomando la cabecilla tras el brazo de Juan, Noelia susurró asustada.

—No… no te preocupes. No ha pasado nada.

El hombre de la boina tras solucionar lo del niño, dio un paso adelante y apartando con premura a Irene y a Almudena de su campo de visión dijo al ver a su nieto:

— Pero si está aquí mi machote. Dame un abrazo.

Separándose de Noelia, Juan abrazó a su abuelo, y el anciano al ver la joven morena, preguntó con voz cascada por los años:

— ¿quién es este gorrioncito?

Divertido, Juan soltó a su abuelo, y volviéndose hacia una apabullada Noelia la cogió de la mano para que diera un paso adelante.

— Es una amiga, abuelo — y dirigiéndose a ella dijo— . Noelia, este es el abuelo Goyo.

Noelia y el hombre se miraron y ella dijo tendiéndole la mano:

— Encantada, señor.

El anciano, acostumbra a conocer continuamente a amigos de sus nietas, pero nunca a una amiga de su nieto, se acercó a ella y dijo:

— De señor nada de nada yo soy el abuelo Goyo. — Y al ver que ella sonreía añadió— : anda dame dos besazos hermosa y déjate de apretones de manos que con toda la juventud que me rodea yo ya me hice a la vida moderna hace mucho.

Todos rieron, y el viejo, sin darle tiempo a que ella se moviera, le plantó dos sonoros besos y la cogió de la mano.

— Pero criatura ¡estás empapada como un polluelo recién salido del cascarón! Ven, acércate chimenea o te enfriarás.

Juan, al ver la mirada inquisidora de su hermana, dijo con rapidez antes de que su abuelo la arrastrase hacia dónde él indicaba:

— Noelia, esta es mi hermana Almudena.

La embarazada la besó con rapidez antes que su abuelo comenzara a andar a su marcha habitual. Una vez entraron en el enorme salón otros ojos curiosos se fijaron en ella y Noelia pasando por su lado, le saludó con la mano mientras el anciano la llevaba hacia la chimenea.

— Dame el abrigo que esta empapado y sécate esa melena o esta noche estarás tosiendo. Mi

mujer murió de un resfriado hace años y si te soy sincero hermosa no me apetece asistir a tu funeral. Te conozco desde hace poco pero eres *mu* reguapa y buena moza para criar malvas.

Boquiabierta por aquella parrafada miró a Juan que hablaba con su hermana Almudena y este con una sonrisa le indicó que no se lo tuviera en cuenta. El abuelo cogió su abrigo y la miró de arriba abajo sus pardos y cansados ojos. Su nieto tenía un gusto exquisito. Segundos después se marchó con el abrigo colgado en su brazo y corrió tras el pequeño Javi que de nuevo volvía a tener la pelota en sus manos. Congelada de frío, Noelia acercó las manos hacia la chimenea, cuando una nueva voz desconocida dijo tras ella:

— Qué pasóte de botas ¡me encantan!

Al volverse se encontró con una joven muchachita muy parecida a la hermana mayor de Juan, Irene, pero con varios piercings en la ceja derecha. Al ver en su cuello un colgante en el que ponía Rocío recordó que la sobrina de Juan se llamaba así y preguntó:

— Eres Rocío ¿verdad?

— Sí.

— Encantada. Yo soy Noelia.

La muchacha se acercó a ella y agarrándola por los hombros le planto dos sonoros besos. Y al separarse de ella dijo:

— Hueles de muerte. ¿Qué perfume llevas?

Noelia que no recordaba qué perfume se había puesto, se olió a sí misma.

— La última fragancia de mi amiga Jenny. Huele genial, ¿verdad?

— ¿Tu amiga Jenny hace perfumes? — preguntó Rocío extrañada.

Sin comprender porque mostraba extrañeza asintió con toda naturalidad.

— Bueno, la verdad es que J Lo es un crack. Tan pronto hace películas, cómo canta sola o con Marc, cuida a sus gemelos o le saca una línea de ropa. Es una de las personas más creativas que conozco, puedo asegurártelo.

La muchacha seguía sin comprender.

— ¿Hablas de Jennifer… ? ¿Conoces a Jennifer López?

Al comprender que había metido la pata hasta el fondo, Noelia buscó una salida rápida.

— Eh… ¿te he engañado? — y al ver que la joven asentía sonrío y respondió — : Qué va, ya quisiera yo. Pero sí, el perfume que llevo es su última fragancia.

— ¡Que fuerte! Es justo el perfume que yo quería el otro día que fuimos de compras. Pero hija, mamá al ver su precio me dijo que era un perfume demasiado caro para una adolescente sin oficio ni beneficio como yo. Que ese perfume solo se utilizaba para momentos espéciales y yo… pues según ella no tengo aún esos momentos.

Divertida, acercándose a la joven, le susurró en el oído:

— El próximo día que te vea te lo traigo. Yo tengo otro frasco igual en el hotel.

La cara de rocío fue de auténtica satisfacción. A partir de ese momento la amiga de su tío se había ganado totalmente su corazón.

— Por cierto, siento el balonazo que te ha dado

el monstruito de mi hermano. Se cree el futuro Iniesta de la familia y bueno… me tiene harta.

— No te preocupes. No me hizo daño —y con curiosidad preguntó—: ¿Quién es Iniesta?

— ¿No sabes quién es Iniesta? —preguntó Rocío sorprendida.

— No.

— ¿De verdad que nunca has escuchado eso de «Iniesta de mi vidaaaaaa»?

Noelia hizo memoria durante unos segundos.

— Pues no.

Rocío la miró divertida.

— ¿Pero en qué mundo vives? Iniesta es quien metió el gol en los mundiales de fútbol. Gracias a su golazo somos los campeones del mundo. ¿De verdad que no lo sabías?

Tratando de no parecer una completa idiota, Noelia sonrió y, como buena actriz que en, indicó de lo más convincente:

— Ay, es verdad… qué tonta soy. A veces soy tremendamente despistada y como el fútbol no es algo que me encante pues lo había olvidado, pero si… sí ¿cómo no voy a saber quién es Iniesta?… Por Diosssssssss.

— Oye… ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Sí.

— ¿Eres la novia de mi tito?

— No —respondió con rapidez tocándose las gafas con incomodidad.

— ¿Pero sales con él o algo así?

— No. Solo somos amigos.

Acercándose basta ellas, la pequeña Ruth cogió la mano de Noelia y dijo enseñándole su mellada dentadura:

— Eres muy guapa. Tanto como la novia de Casillas y me gusta que seas la novia del tito. ¿Os vais a casar?

— No… yo no soy su novia, ni nos vanos a casar — respondió buscando con premura a Juan, que al ver su mirada de socorro y a sus dos sobrinas a su lado acudió en su ayuda.

— ¿Todo bien? — preguntó al llegar junto a ellas.

Noelia asintió y Rocío mirando a su tito preguntó:

— Le estaba preguntando si erais novios.

— Y yo le pregunté que si os ibais a tasar — finalizó la pequeña Ruth.

— Increíble — susurró Juan conteniendo la risa— . Sois las dignas hijas de vuestra madre. Pero vanos a ver ¿yo no puedo tener amigas?

— Sí — respondieron al unísono.

— ¿Entonces? — reclamó él.

— Tito, has dormido con ella — sentenció la pequeña Ruth— . Y cuando uno duerme con alguien y se da besos de amor pues se tiene que casar.

Rocío miró a Juan y cubrió las orejas de su pequeña hermana con las manos para evitar que oyera lo que iba a decir.

— A ver tito, yo tengo amigos pero no me acuesto con ellos ¿vale? — Al ver la cara que se le quedó, la joven sonrió y continuó— . Escuchamos a mamá contarle ala tía Almudena, que te habías acostado con ella en tu casa. Y ahora, al verla aquí con la familia, nos da a pensar que sois algo más que amigos.

Y acto seguido, se alejó con su hermana.

Noelia se tapó la boca para no reír.

— Son niños, y por norma dicen lo que piensan. No se lo tengas en cuenta.

— Mataré a Irene… — gruñó él— La mataré por lianta y…

Pero no pudo continuar, un hombre alto de pelo canoso entró en el salón con un mandil atado a la cintura y una espumadera en la mano. Al verles, se dirigió hacia ellos.

— ¡Ya habéis llegado! — dijo alegremente.

— Sí. Aquí estamos — dijo Noelia nerviosa en un hilo de voz.

Aquel hombre de aspecto imponente, indudablemente, era el padre de Juan. La altura, el cuerpo y el color de ojos le delataban. Soltando la espumadera encima de la mesa, el hombre se limpió las manos en el delantal y tras darle un cariñoso abrazo a su hijo, miró a la joven y dijo acercándose a ella:

— Un placer conocerte. Soy Manuel, el padre de Juan, y estoy encantado de que estés aquí con la familia.

— Encantada señor, mi nombre es Noelia.

Con una cordial sonrisa, nada fría, como le indicó Juan un rato antes, el hombre se agachó hacia ella y le indicó:

— Llámame Manuel ¿de acuerdo?

Ella asintió y sonrió. Le agradó la profundidad de su voz. Recordó que Juan le dijo que su padre era poco hablador por lo que cerró la boca y no dijo nada más, hasta que de pronto le oyó decir:

— Noelia ¿te apetece ayudarme a cocinar?

Al escuchar aquello la muchacha se tensó. ¡Ella era un peligro en la cocina! Juan al ver la indecisión en sus ojos respondió:

— No, papá. Mejor que no.

— ¿Por qué no? — insistió aquel sin apartar los ojos de la muchacha.

Juan, intuyendo que una actriz de Hollywood no debía usar mucho la cocina de su casa y mucho menos saber cocinar, en tono despreocupado respondió:

— Papá, ella no ha venido aquí a cocinar. No ves cómo viene vestida.

Manuel se fijó en lo elegante que la muchacha iba vestida, a pesar de estar empapada. Aun así le preguntó:

— ¿Crees que le voy a hacer el tercer grado?

Un extraño silencio se apoderó del salón y cuando Juan se disponía a contestar, Noelia dio un paso adelante y, aun a riesgo de envenenarles, le dijo:

— Estaré encantada de cocinar contigo Manuel.

Al escucharla, todos la miraron y Juan asintió. Con una complicidad que se tornó divertida, la joven le cogió del brazo y se marchó con él a la cocina ante la atenta mirada de todos. Juan, que suspiró al ver como sus hermanas le miraban, preguntó acercándose a su hermana mayor:

— ¿Se puede saber que andas cotorreando por aquí?

Una vez en la cocina Manuel estuvo durante un rato peleándose con una máquina.

— Jodida Thermomix. Cuando dice que no funciona, no funciona.

Con curiosidad, la joven miró la máquina que estaba sobre la encimera y preguntó:

— ¿Qué querías hacer con ella?

— La masa de las croquetas. La hace muy rica

y a los niños les encanta —suspiró el hombre—. Pero la puñetera máquina, ya tiene más de veinte años y me parece que ya ha llegado el momento de que compre otra.

Dejando a un lado la máquina, Manuel cogió una fuente repleta de pimientos rojos asados y preguntó.

—¿Sabes pelarlos y prepararlos?

Su cabeza funcionó a mil. ¿Sabía pelarlos? Pero dispuesta a quedar bien con decisión asintió pero susurró:

—Creo que sí, pero por si acaso dime como los haces tú.

El hombre con una sabia sonrisa asintió y cogiendo un pimiento le indicó.

—Primero les quito la piel, después lo troceo. Una vez que todos estén pelados y troceados parto ajito muy picadito, se lo echo por encima y por último, sal y aceite de oliva. ¿Cómo lo haces tú?

—Igual... igual...

—Muy bien Noelia —sonrió limpiándose las manos en un trapo—. Tú te encargas de pelar y aliñar los pimientos asados, mientras yo continúo con el cordero, ¿te parece?

—¡Perfecto! —asintió esta poniéndose el delantal verde que le pasaba.

Después de lavarse las manos, la muchacha comenzó su tarea en silencio. Al principio los pimientos y sus resbaladizas pieles se le resistieron. Lucho contra ellos sin piedad, pero finalmente la tarea se suavizó. Sin poder evitarlo los recuerdos inundaron su mente y sonrió al recordar las veces que había visto a su abuela trastear en la cocina de Puerto Rico. La mujer se había empeñado en enseñarle pero fue imposible. Noelia no estaba hecha para la cocina. Manuel, que la observaba con curiosidad de reojo, se

percató de su sonrisa y preguntó:

— ¿Qué te hace tanta gracia?

— Pelar pimientos — al ver la cara guasona de aquel prosiguió—: Mi abuela y yo nos divertíamos mucho en su cocina con olor a especias. Ella era una magnífica cocinera. Era genial.

— ¿Era?

— Sí. Murió hace siete años — contestó cogiendo un ajo—. Fue un momento muy triste para mí.

— Lo siento, hija — murmuró al sentir su dolor—. Perder a un ser querido es terrible y, nos guste o no, hay que aprender a sobrellevar su ausencia. Pero debes tener fe y pensar que ella, esté donde esté, sigue contigo.

Aquellas palabras y, en especial el cariño de su tono, hicieron que a la joven se le erizara el vello del cuerpo. Su padre, al verla llorar por la muerte de su adorada abuela, simplemente se limitó a recriminarle por ello. Ni una simple caricia. Ni un simple abrazo. Por eso, que aquel hombre al que no conocía, y que tenía la misma edad que su padre, le dijera aquello, le emocionó y tuvo que tragarse el nudo que se le formó en la garganta para poder hablar.

— Lo sé. Sé que está conmigo allá donde esté. Pero creo que el momento de su pérdida fue el peor de mi vida. Ella era una mujer con una vitalidad increíble y que siempre me dio mucho cariño. Lo que más quería por encima de todas las cosas era hacernos sonreír a mi primo Tomi y a mí. Nos adoraba y estoy feliz porque a pesar de su ausencia, sé que ella sabía que el sentimiento era mutuo.

— Recordarla y sonreír al pensaren ella es el mejor tributo que le puedes hacer. ¿Y sabes por qué? — Ella negó con la cabeza—. Porque estás haciendo algo que a ella le gustaría, sonreír y ser

feliz. Nunca lo olvides.

Aquel tono de voz tan cautivador volvió a emocionarla. Durante un buen rato ambos hablaron sin cesar de todo lo que se les ocurrió y ella sonrió al darse cuenta que Juan la había engañado. Manuel nada tenía que ver con un hombre poco hablador y frío. Al revés, era afable, cariñoso, divertido y dicharachero.

— ¿Conoces desde hace mucho a mi hijo? — preguntó de pronto sorprendiéndola.

Durante unos segundos dudo qué contestar y los nervios le atenazaron. No podía contar la verdad pero le molestaba mentir. Técnicamente, su hijo había sido su marido durante unos meses, hasta que llegaron los papeles definitivos del divorcio, pero dispuesta a no revelar aquel secreto murmuró con aparente tranquilidad:

— No… Realmente nos conocemos desde hace poco.

Al verla dudar, Manuel sonrió e intuyó que se conocían desde hacia tiempo, y soltando el cordero que llevaba en las manos dijo poniéndose a su lado:

— ¿Sabes qué es lo que me parece más curioso?

— ¿Qué?

— Que Juan te haya traído a casa. Él siempre es muy reservado con su vida privada y aunque sé por sus amigos del éxito de mi hijo entre las féminas, tú eres la primera que nos presenta. Debes de ser muy especial.

Un extraño júbilo hizo que el corazón le comenzara a latir con fuerza. No quería emocionarse como una chiquilla, pero saber aquello le alegró y le hizo sonreír. Aunque al ver como la miraba el hombre recompuso su gesto y respondió con simpatía:

— Manuel, solo somos amigos.

— ¿Solo amigos?

— Aja… y te recuerdo que le dijiste que no me someterías a un tercer grado — asintió divertida.

— ¿Sabes? Los jóvenes de hoy tenéis una manera muy extraña de llamar las cosas. En mi época el llevar a una chica a casa de los padres y presentarla a la familia tenía otro nombre y…

— *Oh, my God*! — soltó divertida.

Manuel la miró extrañado. ¿De dónde era aquella bonita muchacha? Ella, al darse cuenta de que habla hablado en inglés, dijo mientras le señalaba con un pimiento en la mano con gesto pícaro:

— Solo estoy de paso. — Al escucharla, Manuel soltó una sonora carcajada— , Y Juan está siendo cortés conmigo invitándome a vuestra fiesta. Nada más. En cuanto me marche él continuará con su vida y yo con la mía, ya lo verás.

Pero Manuel conocía muy bien a su hijo y sabía lo posesivo que era, y con la pequeña reacción que había observado antes de entrar en la cocina había sido suficiente. Su hijo tenía algo diferente en su mirada aquella noche. Con una sonrisa en los labios Manuel volvió a coger el cordero y salándolo murmuró dispuesto a saber más de aquella divertida muchacha:

— Noelia, tienes un acento extraño. ¿De dónde eres?

En ese momento la puerta de la cocina se abrió de par en par. Era Juan, que al escuchar la pregunta de su padre, contestó en lugar de ella:

— De Asturias.

Manuel le miró y levantó una ceja. Aquella de asturiana tenía lo que él de canadiense. Su hijo y aquella muchacha escondían algo y eso le resultó muy gracioso.

— Entonces sabrás hacer buenas fabadas

¿verdad?

—Oh… por supuesto —mintió al sentir la mirada penetrante de Juan a su lado.

—¡Estupendo! —aplaudió Manuel y clavando la mirada en ella preguntó—. ¿Qué te parece si un día de estos nos preparas una? Al abuelo y a mí nos encanta la fabada y más si quien nos la hace es una auténtica asturiana.

—Cuando quieras, Manuel —respondió ella y Juan sorprendido la miró.

Ay… ay… ay… Dios mío ¿qué he dicho?, pensó Noelia, que ya se estaba arrepintiendo de sus palabras.

Con la mirada, Juan le hizo mil preguntas y ella, asustada, se mordió el labio.

—Pues no se hable más —asintió Manuel y cogiendo un papel y un bolígrafo preguntó mirándola—: Dime lo que necesitas y lo compraré.

El desconcierto cruzó por su cara. ¿Qué necesitaba para hacer aquel plato? Con la mirada buscó ayuda en Juan, pero este se limitó a mirar el suelo. Finalmente y sintiendo la mirada de su padre en el cogote, se volvió y dijo:

—Fabada. Compra fabada.

Manuel estuvo a punto de soltar una gran carcajada. Sus caras eran para desternillarse de risa. ¿Qué les ocurría a esos dos? ¿Qué ocultaban? Y sobre todo ¿Por qué su hijo resoplaba así? Pero dándoles un respiro asintió y murmuró soltando el papel.

—De acuerdo. Compraré los ingredientes en la tienda de Charo. Estoy deseando probar esa magnífica fabada.

¡Ay, Dios mío que los voy a envenenar! pensó mientras Juan la observaba como si se hubiera vuelto loca.

26

La cena se retrasó. Eva, hermana que trabajaba en Madrid, no llegaba. Pero cuando las tripas de todos comenzaron a rugir por fin apareció como un vendaval.

— Ay Dios… perdóname todos pero tenía que cubrir una noticia y mi jefe…

— ¿El impresentable? — preguntó Almudena.

— Sí, hija ¿quién sino? — respondió Eva repartiendo besos— , El muy imbécil a pesar de que hoy era mi último día me ha martirizado como siempre. Y os diré algo más, he estado a puntito de graparle las orejas a la mesa por negrero, pero al final he pensado eso que papá siempre dice de dejar las puertas abiertas para el futuro.

— Hiciste bien, cielo. En esta vida nunca se sabe — asintió su padre tras darle un cariñoso beso en la frente.

— ¿Te ha despedido? — preguntó Irene preocupada.

— Hoy cumplía mi contrato y directamente no me lo ha renovado. Según él, con la crisis existente han de rebajar la plantilla. Por lo tanto ¡estoy en paro! Y para colmo el portátil que me entregó la empresa se lo ha quedado. ¡Estoy sin portátil! — gritó— . ¿Qué va a ser de mí?

— Mujer… en tu habitación tienes tu PC — sonrió Almudena.

— Sí… si tenerlo, lo tengo… pero es que es de la prehistoria y ahora en paro no puedo comprarme uno nuevo. ¡Estoy apañada!

El abuelo tras besar a su alocada nieta, con la que tanto se divertía, levantó un puño y respondió:

— A ese jefe tuyo, mándale a hacer puñetas. Si le cojo yo a ese ¡le crujo!

Eva, divertida, volvió a tesarle.

— Abuelito me ha mandado él a mí — suspiro resignada—. Solo espero tener una noticia sensacional algún día para poder darle con ella en todos los morros cuando se la venda a otra agenda. El día que consiga esa noticia, haré que se arrastre a mis pies.

Todos sonrieron. Si algo tenían claro era que Eva cumpliría con subjetivo. Machacar a su jefe y darle un escarmiento tardara lo que tardara.

Cuenca hubo saludado a todos los presentes se fijó en una muchacha morena de ojos oscuros que Juan le presentó como Noelia, una amiga. Tan sorprendida como el resto de su familia se acercó a la joven y tras darle un par de besos la miró con curiosidad.

— ¿Nos conocemos?

Incómoda por cómo le observaba, Noelia se colocó el flequillo en la frente y respondió:

— No… no creo.

— Pues me suena un montón tu cara. ¿Dónde te he visto antes? — murmuró escrutándola con la mirada. Sabía que la había visto ¿pero dónde?

Nerviosa, miró a Juan, pero intentando aparentar tranquilidad sonrió. Entonces, el padre de la joven curiosa dijo acercándose a ella:

— Es asturiana quizá la hayas visto en alguno de tus viajes, cielo.

Juan miró a su padre. Este levantó su cerveza con complicidad y sonrió, y Juan maldijo para sus adentros. Su padre, definitivamente, se estaba dando cuenta de algo.

— ¿Asturiana con el acento que tiene? — preguntó Eva con comicidad.

— Bueno, la verdad es que viajo mucho. He vivido en Estados Unido muchos años y de ahí mi acento — susurró la joven al punto del desmayo.

Radiografiándola, Eva se fijó en su muñeca.

— ¡Me encanta tu reloj! Es muy bonito.

— Noelia se fijo en su muñeca y al ver que llevaba el carísimo reloj Piaget fue a decir algo, cuando Juan se interpuso entre ellas abrazando a su hermana.

— Si llegas a tardar un rato mas, mando a los geos a buscarle.

Aquello atrajo la atención total de Eva. Le encantaba un compañero de su hermano, Damián. Divertida le besó y dijo:

— *Joer* pues si lo sé me retraso un poco mas.

Dos horas después, tras una opípara cena, todos estaban alrededor de la mesa cuando el abuelo, tras servirse de una botella, dijo:

— Después de comer, una copilla de anís es lo mejor que sienta al estómago.

— Abuelo Goyo, he visto que no has comido nada de verdura — protestó Irene— , y sabes que eso es precisamente lo que tienes que comer, no la copita.

El anciano miró a la joven que acompañaba a su nieto y, acercándose a ella, le cuchicheó haciéndole reír:

— Yo con el verde me voy por la pata abajo, pero esta puñetera nieta mía se empeña en que lo coma todos los días.

— La verdura es buena para el cuerpo — sonrió Noelia.

— No para el mío, hermosa — puntualizó el hombre.

Irene se levantó y fue a la cocina a coger una estupenda tarta de tres pisos de chocolate y nata, apagó las luces y entró en el salón. Todos comenzaron a cantar cumpleaños feliz al abuelo.

El anciano sopló las velas y se emocionó cuando sus nietos comenzaron a aplaudir mientras le pedían que dijera unas palabras. Finalmente se levantó de su silla:

— Ay, gorrioncillos que feliz me hacéis.

Tras mirar a sus nietos con pasión dijo mirando a Irene:

— Dame un moquero, hermosa, que me veo venir.

Aquello hizo que Juan se carcajeara divertido y Noelia disfrutara como una niña del momento. Le encantó ver a aquella familia tan unida ante el abuelo. Aquello era lo que había vivido cuando era niña con su abuela en Puerto Rico, y le emocionaba su autenticidad. Irene le tendió un pañuelo al anciano, este se secó los ojos y dijo con voz cascada:

— Hoy cumplo 80 años. Mi vida está siendo mas larga de lo que yo nunca imaginé y vosotros, todos y cada uno de vosotros hacéis que sea bonita y dichosa. — Tras una breve pausa continuó— . Aunque no os mentiré si os digo que en un momento así me encantaría que mi Luisa y vuestra madre, mi Rosita, estuvieran aquí. — Secándose los ojos murmuró— : Aunque bueno, ya sabéis como pensamos. Ellas están aquí mientras las recordemos y sé que todos nosotros las recordamos todos y cada uno de los días.

El padre de Juan miró a la amiga que había traído su hijo y sonrieron. Aquello era justo lo que habían hablado horas antes en la cocina.

— Tengo una familia maravillosa y aunque a veces — sonrió el abuelo— , me irritéis y me sienta más vigilado que un marrano el día previo a la matanza — todos rieron— , ¡copón! No os cambiaría ni por todo el oro del mundo — luego mirando a la joven qué acompañaba a su nieto añadió— : Por cierto, me congratula mucho haber

conocido a la amiga de Juanito. Y espero, que el año que viene, y al siguiente, y al otro, vuelva con nosotros para celebrar mi cumpleaños.

Todos sonrieron. Estaba claro que todos habían aceptado a Noelia como una más. Sin poder evitarlo y mientras todos cantaban de nuevo el cumpleaños feliz al abuelo, Juan la observó. Se la veía sonriente y relajada. Incluso parecía disfrutar con la compañía de los suyos. Eso le agradó, pero al tiempo, no pudo evitar sentirse molesto. Ella estaba de paso, y no quería que su familia se hiciera ilusiones con algo que era totalmente imposible.

— Gorrioncillo ¿no quieres más tarta? — preguntó el abuelo al ver la minúscula porción que ella se había puesto en el plato.

— No gracias, no me va mucho el dulce — mintió.

Si algo le gustaba era el dulce. Pero mantener su línea era algo primordial para ella. No debía olvidarlo.

— *Sito* y yo queremos más tarta, yayo Goyo — sonrió Ruth sentándose en sus rodillas.

— ¿*Sito*? — pregunto Noelia.

La niña le enseñó un viejo oso azulado del que no se despegaba.

— Este es *sito*. Mi osito.

Noelia le tomó la mano al muñeco y, agachándose, le saludo:

— Encantada de conocerte. Sito. Creo que eres un oso muy guapo y muy bonito.

La niña sonrió.

— Él dice que tú sí que eres guapa — respondió.

Fijándose en el muñeco Noelia preguntó:

— ¿Qué le pasó en el ojo a tu *Sito*?

— Se le cayó uno y como no lo encontramos, mamá le puso este azul ¿te gusta?

Sonrió satisfecha al ver el botón azul que la madre de la niña le había cosido por ojo.

— Precioso. Creo que ha quedado genial.

Ambas se carcajearon y el abuelo cortó una

buena porción de tarta.

— Toma tesoro, para Sito y para ti. Anda… corre antes de que tu madre la vea y te la quite.

La cría encantada de haber conseguido semejante manjar lo cogió y antes de que su madre la viera desapareció con el oso y la tarta.

— Por cierto — señaló el anciano divertido—, le has dado un toque sabrosísimo a los pimientos asados.

— Gracias — sonrió satisfecha. Era la primera vez que la felicitaban por algo culinario— Me encanta saber que te han gustado.

Al escuchar aquello Manuel, metiéndose en la conversación dijo:

— Ah… pues no sabes lo mejor, abuelo. Noelia, como buena asturiana, sabe hacer fabada y se ha ofrecido a hacernos una. ¿Qué te parece?

El abuelo, al escuchar aquello, se tocó su inexistente barriga con un gesto que provocó la risa de todos.

— Ya me relamo solo de pensarlo — afirmó.

Ay Dios… a ver si les voy a envenenar, pensó ella.

Sonó el timbre de la puerta y segundos después aparecieron varios familiares y vecinos, todos venían a felicitar al abuelo Goyo. También acudieron Carlos, el compañero de Juan, con Laura, su mujer y su bebé, Sergio. Y cuando llegó el turno de las presentaciones Noelia tuvo que excusarse de nuevo ante la pregunta de Laura:

— Oye ¿nos hemos visto alguna vez?

— No creo.

— Sí la viste la otra noche en el Croll — intercedió Juan. Era mejor que la identificara con aquello que con otra cosa.

— Ah, es verdad… — asintió Laura.

Durante más de una hora Noelia fue testigo mudo de cómo la mujer de Carlos la observaba con curiosidad, hasta que de pronto tras una risotada general por lo que el abuelo Goyo había dicho, saltó delante de todos.

— Ya sé a quién me recuerdas.

— ¿A quién? — preguntó Eva que estaba sentada a su lado.

— A Estela Ponce.

— ¿Y quién es esa moza? — preguntó con curiosidad el abuelo Goyo.

— Una actriz de Hollywood — asintió Laura.

Divertido el abuelo Goyo dijo haciéndoles reír:

— De *Joligud* na menos.

— ¡Estela Ponce! — repitió Rocío levantándose— . Es verdad ¡qué fuerte! Si te quitas las gafas te pareces un huevo.

— Es cierto — asintió Eva escrutándola con la mirada— Sí, ya decía yo que tu cara me sonaba de algo.

Noelia se encogió en el sillón, Juan se puso en pie, nervioso, y Laura prosiguió emocionada:

— Madre mía, si fueras rubia y tuvieras los ojos claros, serías clavadita a ella— ¿No te lo habían dicho nunca?

Sintiéndose medio descubierta, la joven, sacó a relucir sus dotes artísticas.

— Vale… lo confieso. Alguna vez me lo han dicho pero…

— ¡¿Estela Ponce?! — preguntó Carlos abriéndose paso entre ellos con su hijo en brazos.

— Sí… mírala bien, churri ¿no te la recuerda? — dijo su mujer.

Carlos clavó sus ojos en aquella muchacha morena. Después miro a su desconcertado amigo, que miraba hacia otro lado. No podía ser ¿como iba e estar ella allí? Además, la actriz de Hollywood era rubia y de ojos claros y aquella era morena de ojos oscuros.

— Mírala bien, churri— insistió Laura a su, de pronto, acalorado marido— . ¿No crees que se parece a ella? Mira su nariz, su mandíbula, es casi tan perfecta como la de la Ponce.

Manuel captó el gesto de su hijo, e interponiéndose entre ellos, preguntó atrayendo la atención:

— ¿Queréis tarta? La hizo Irene y ya sabéis que es una magnifica repostera.

Laura aceptó sin dudar y se alejó de Noelia.

Carlos, en cambio, se aproximó a su amigo.

— *Nenaza* ¿en qué lío te estás metiendo? — le susurró al oído.

Juan no tuvo ni que responder. Una mirada bastó. Carlos resopló y volvió a mirar a la joven con detenimiento.

— Irene… dame tarta y que sea doble ración. La necesito — dijo.

27

El resto de la noche Noelia les demostró a Juan y a todos que, además de ser una muchacha guapa, era cariñosa y sabía escuchar. Estuvo pendiente de todos y todos fueron encantadores con ella. Almudena, la embarazadísima hermana de Juan, comentó que al día siguiente tenía que ir a Guadalajara a comprar cosas para el bebé, y Noelia, rápidamente, le preguntó si podía acompañarla. Encantada por aquel ofrecimiento Almudena asintió y quedaron para el día siguiente.

Según pasaba la noche Noelia se dio cuenta que aquella familia nada tenía que ver con la descripción que Juan le había dado en el coche, y cuando se lo susurró a él, este no pudo por menos que sonreír.

—¿Por qué me mentiste sobre tu familia? Son geniales y totalmente diferentes a lo que me describiste —dijo mirando a Lolo, el marido de Irene, que no había abierto la boca.

—Lo sé —rio él—, Pero quería que lo descubrieras por ti misma.

Cuando Noelia vio que Almudena se levantaba y empezaba a llevar platos a la cocina, la imitó. Quería ayudar.

Almudena al verla entrar en la cocina con varios vasos rápidamente dijo:

—¿Podrías meterlos en el lavavajillas? Así nos ahorramos trabajo.

—Ahora mismo.

Al ver la buena disposición de la amiga de su hermano esta sonrió.

—Por cierto ¿qué quieres comprar mañana en Guadalajara? le preguntó curiosa.

—Necesito encontrar una tienda de música —rio al decirlo—. Tu hermano necesita conocer algo más que el ruidoso *heavy metal*.

Tras soltar una carcajada Almudena añadió:

— Hombre… me alegra oírte decir eso, porque hija, cada vez que voy a su casa o monto en su coche, me vuelve loca con esa música. ¡Qué horror! Para su cumpleaños le regalé el último CD de Sergio Dalma ¿le conoces?

— No. ¿Es música heavy también? — preguntó con sinceridad.

— No, por Dios —rio Almudena—. Es un cantante español que me encanta y que a él le gustaba hace años, ¿no le conoces? Sacó a la venta un nuevo CD que es un recopilatorio de música italiana y es estupendo. Se lo regalé para poder escuchar algo decente cuando voy a su casa. Dile que te lo ponga, verás que bien suena.

— Ajá. Tomo nota. Se lo diré.

Durante un buen rato charlaron y cacharrearon en la cocina, hasta que de pronto Noelia la escuchó resoplar.

— ¿Qué ocurre? — preguntó alarmada.

Almudena apoyada en la mesa, con una mano sobre su tripa, murmuró tras beber un vaso de agua:

— Tranquila. Es solo una patadita del búho.

— ¡¿Búho?!

Al escucharla Almudena sonrió y aclaró.

— Así lo llamo de momento. Hoy mi búho está guerrero.

— ¿De cuánto estás?

— De ocho meses y seis días. Salgo de cuentas el 6 de enero. — Y sonriendo murmuró—: Él o ella será mi regalo de reyes.

— Maravilloso regalo, ¿no crees?

Almudena acarició su abultado vientre con dulzura.

— Sí aunque ¿tú has visto como estoy? Soy un verdadero hipopótamo.

Ambas sonrieron. Realmente Almudena estaba tremenda.

— He engordado quince kilos con el embarazo y temo no volver a ser quien fui tras esta experiencia.

— Tranquila, ya verás cómo sí. Mi amiga Jenny tuvo gemelos y eso mismo pensaba ella. Sin embargo ahora esta aún más guapa que antes de tenerlos.

— Eso espero. O no me mirará ni un solo hombre nunca más.

— ¿Estás llevando tu sola el embarazo?

— Sí. A veces es mejor estar sola que mal acompañada.

Ambas sonrieron y Noelia, enternecida, se aproximó a ella.

— Creo que eres muy valiente, y estoy segura de que tu búho sabrá recompensártelo con su cariño.

— Eso espero — murmuró Almudena encogiéndose de hombros—. Yo solo quiero que aunque tengamos poquito, sea verdadero. Prefiero eso a tener mucho y falso. Y eso es lo que hubiéramos tenido mi búho y yo si hubiera continuado con su padre.

Aquel comentario hizo que a Noelia se le pusiera la carne de gallina. Eso era lo que ella siempre había pensado. Prefería la humildad y el cariño de su abuela, a la pomposidad y falsedad de vida que su padre quería para ella.

— Por cierto, no sabes el sexo del búho ¿verdad?

— No. No quiero saberlo. Quiero que sea

sorpresa. Lo que realmente me importa saber es que está bien y que todo sigue su curso. El sexo para mí es lo de menos.

— Uiss… pues yo no podría vivir con esa incógnita. Si alguna vez me quedara embarazada necesitaría saber si es niño o niña inmediatamente.

La puerta de la cocina se abrió y entró Irene con más platos sucios.

— ¿Os podéis creer que hoy he estrenado esta faldita tan mona y mi marido ni se ha dado cuenta? ¡¡¡Hombres!!!

Noelia y Almudena observaron la faldita mona. Aquello que llamaba mona, era la cosa más horrible que habían visto en su vida. De tablas y azulona.

— A ver, Irene, no te enfades — dijo Almudena sentándose en una silla— . Pero es normal que no te diga nada. Es horrible. Vamos, ni una monja se la pondría.

Irene, sorprendida, miró a su hermana y gruñó.

— ¿Cómo puedes decir eso? La compré el otro día en modas Encarni y me dijo que era de la última colección.

Noelia prefirió no decir nada. Si aquella horrible falda era de ultima colección, no quería ni pensar qué sería de colee.

— Me parece a mí que Encarni, tiene un morro que se lo pisa y os vende lo que le da la gana — se mofó Almudena— , ¿Cómo puede decir que esto es moderno y actual? Pero por Dios, Irene, que os engaña como a chinas.

— Pues yo la veo mona y tiene un paño muy agradable al tacto — respondió Irene tocándose la falda— ¿Tú qué piensas Noelia?

Al escuchar su nombre esta se tensó. No quería quedar como una maleducada ante nadie y menos aún ante la hermana de Juan, así que hizo

acopio de diplomacia:

— No es mi estilo.

Almudena soltó una risotada y dijo para atraer la mirada de su hermana:

— Vamos a ver, Irene, sobre mí no vamos a hablar porque en estos momentos soy como el muñeco de Michelin, y la antítesis del glamurazo, pero ¿qué te parece el estilo que lleva Noelia? ¿Te gustan su vestido y sus botas?

Tras escanearla con la mirada de arriba abajo respondió:

— Sí. Me encantan.

— ¿Y por qué tú no te compras algo así en vez de faldas, zapatos y camisas de monja? Y esto ya sin hablar de tus bragas que son peores que las que llevo yo de cuello vuelto —aquello hizo reír a Noelia—. Leches Irene… no me extraña que Lolo no te mire, es que me llevas últimamente unas pintas terribles. Y no me mires con esa cara de perro pachón, porque esto mismo te lo dijimos Eva y yo la última vez que dijiste que habías ido a la peluquería y Lolo ni te miró.

— Yo no necesito ir tan arreglada como ella y…

— Irene. ¿Realmente crees que voy muy arreglada? —preguntó sorprendida Noelia al mirar su vestido y sus botas de tacón negras de caña alta.

— Pues sí. Si te pones esto para venir a cenar a casa de mi padre… ¡qué no te pondrás para ir a una boda!

Aquello hizo sonreír a Noelia. Si viera los modelazos que ella solía ponerse para acudir a fiestas ¡se quedaría sin palabras!

— Pero vamos a ver, alma de cántaro —protestó Almudena—, Noelia lleva un vestidito actual con unas botas modernas. Caritas, porque se ven buenas, pero vamos, actuales. Eso no quiere decir que vaya de boda. Eso simplemente quiere decir que se preocupa por ponerse algo que

le quede bien. Algo con lo que se siente a gusto. Algo con lo que gustar. ¿No has pensado nunca comprarte nada parecido?

— Pues no. ¿Para qué quiero yo algo así?

— Pues para que Lolo se fije en ti y tú no protestes de que te compras algo y él no se da ni cuenta. Para sentirte actual. Para sentirte femenina, joder, Irene, la próxima vez que quieras comprarte algo dímelo y voy contigo de compras. Pero no a modas Encarni. Cogemos el coche y nos vamos a la tienda de mi amiga Alicia, a Guadalajara o a Madrid.

— Vale... vale... — sonrió.

— Hermanita, tienes cuerpazo, el problema es que no sabes adornarle. Ojalá tuviera yo tu altura y tus tetorras, pero no, yo soy más bajita y porque estoy embarazada, porque si no estaría más lisa que la tabla de planchar y lo sabes — aquello las hizo reír— . Estoy segura que si te pusieras el vestido y las botas de Noelia, a Lolo se le caería la babilla y no te quitaría el ojo de encima. Lo sé, y tú lo sabes ¿verdad?

Colorada como un tomate, Irene finalmente asintió.

— Si quieres te lo presto y... — dijo Noelia.

— No... no por Dios — susurró colorada.

— Anda, venga, dame un abrazo — pidió Almudena— y no te enfades con la gorda de tu hermana porque te diga las cosas como las piensa. Para eso estamos las hermanas ¿no?

Se abrazaron delante de Noelia, que al ver aquello sintió una punzada en su corazón. Siempre había querido tener una hermana, aunque ese cariño lo había suplido con el amor de su primo Tomi. Pero le gustó ver aquella complicidad.

Más relajadas y sonrientes las tres regresaron al salón donde Noelia se sentó de nuevo junto a Juan, que al verla salir de la rocina junto a sus hermanas no pudo evitar sonreír.

Carlos, al ver a su amigo tan encantado con ella, les observaba ron disimulo ¿Realmente Estela Ponce, la estrella de Hollywood estaba allí? ¿En Sigüenza? ¿En el salón del padre de Juan y nadie lo sabía? Intentó preguntar en un par de ocasiones sobre aquello a su amigo, pero este se negó con la mirada. Eso confirmó sus sospechas. Estela Ponce estaba allí.

Juan y Noelia conversaban junto a la chimenea hasta que el abuelo les interrumpió.

— Gorrioncillo ¿Puedo hablar contigo?

— Abuelo, se llama Noelia — corrigió Juan.

El hombre hizo un aspaviento con la mano y sin hacerle caso dijo cogiendo a la joven del brazo.

— Ven… quiero comentarte algo.

Noelia se dejó guiar ante la cara de guasa de Juan. Salieron del salón y el abuelo cogió el bolso de Noelia que estaba en el mueblecito de la entrada y la llevó hasta el patio trasero de la casa. Una vez allí le entregó el bolso.

— ¿Fumas verdad?

— Sí.

Goyo sonrió y, con un gesto de satisfacción, susurró:

— ¿Me darías un cigarrito?

Noelia abrió rápidamente su bolso y sacó la pitillera. El abuelo, al verla, se la quitó de las manos y tras acariciarla con cuidado, se la metió en la boca y la mordió. La muchacha se quedó muda.

— ¿Es de oro puro?

— Sí.

El hombre devolviéndole la pitillera hizo un gesto de aprobación.

— Bendito sea Dios, hija qué lujo. ¿Sabes? Mi bisabuelo, que en paz descanse, recuerdo que tenía un bastón cuyo agarre era una bola dorada. No creo que fuera oro, pero así lo creía yo de crío. Por cierto, gorrioncillo, lo bien que te tiene que ir la vida para tener una pitillera de oro puro en tu bolso.

— Es un regalo — sonrió sacando dos cigarrillos que rápidamente encendieron.

Tras un par de caladas ambos se miraron y sonrieron. Solo les faltó gritar ¡viva la nicotina! Después, el abuelo, cogiéndola de la mano la llevó hasta un balancín que había bajo un techado.

— Mí Juanito es un buen mozo. Es algo cabezón en ocasiones, pero es un muchacho formal, valiente y trabajador. Nunca nos ha dado ningún disgusto a excepción de cuando nos dijo a lo que se quería dedicar. Ese trabajo suyo es peligroso pero ya nos hemos acostumbrado a él. — Noelia al escucharle asintió y él prosiguió — : Siempre ha sido un muchachillo muy acurrucoso y… .

— ¿Acurrucoso? ¿Qué es eso? — preguntó extrañada.

— Acurrucoso es como decir cariñoso. Mi Juanito siempre ha sido un niño muy cariñoso. Mira gorrioncillo, nosotros no somos ricos como para tener pitilleras de oro como tú, pero a pesar de la crisis que hay, no nos podemos quejar. Aún no ha llegado el día que no tengamos para echar al puchero un par de patatas y zanahorias. Tenemos una pequeña granja en las afueras de Sigüenza. Allí criamos pollos de corral, marranos y tenemos algunas vacas. Por lo tanto, me complace decirte que aquí nunca te faltará comida. Y volviendo a mi Juanito, es un buen partido. Piénsatelo. No hay muchos mozos tan lustrosos y valientes como él. Y no es amor de abuelo.

— Goyo, tu nieto y yo solo somos amigos y…

— Amigos… amigos. La juventud de hoy en día estáis como empanaos —cortó el abuelo haciéndola reír—. Queréis ser tan modernos que retrasáis el tener una familia y saber vivir. ¿Cuántos años tienes, gorrioncillo?

— Treinta — respondió con tranquilidad.

— Que se te pasa el arroz prenda.

— ¡¿Cómo?! — preguntó sorprendida.

— ¡Bendito sea Dios! Pero si ya deberías de tener muchachos y marido.

Eso la hizo reír más fuerte y fue a responder cuando el anciano dijo:

— A tu edad mi Luisa y yo ya teníamos a nuestra Rosita con diez anos. ¿Tú no quieres casarte? ¿No quieres tener una familia?

Aquello era algo que desde hacía tiempo no se planteaba. Tras su fallida relación de cuatro años con Adarn Stillon, decidió disfrutar de lo que la vida le ofreciera. Ella tenía muy claras dos cosas. La primera que no quería tener una familia desestructurada como la que ella tuvo. Y la segunda que prefería estar sola que mal acompañada.

— Pues la verdad es que… .

— ¿Tampoco quieres descendencia? — interrumpió sin dejarle contestar.

— A ver Goyo… los niños necesitan mucha atención y yo apenas tengo tiempo. Además, para tener un bebé primero hay que encontrar un padre y…

— ¿Y mi Juanito qué te parece? ¿Te gusta lo buen mozo que es? Creo que os saldrían unos chiquillos muy morenitos Y guapos.

Noelia sonrió, dio una calada a su cigarrillo y respondió:

— Juan me parece una estupenda persona, pero entre él y yo nunca habrá nada más que una

buena amistad. Nuestros mundos son demasiados diferentes como para que entre nosotros exista algo. Se lo aseguro, abuelo Goyo.

Al escuchar aquello el anciano dio un bastonazo en el suelo que hizo que Noelia se asustara.

— Mi Luisa y yo tampoco teníamos nada que ver. Ella era la hija de un ganadero y yo simplemente el que cuidaba las vacas. Pero cuando nos miramos y sentimos que las mariposillas revoloteaban en nuestro interior supimos que estábamos hechos el uno para el otro. ¿No sientes maripositas cuando miras a Juanito?

En ese momento se abrió la puerta del patio y apareció Juan. Rápidamente Goyo apagó el cigarro contra el suelo y puso la colilla en la mano a Noelia.

— Cierra el puño gorrioncillo y cúbreme.

Dicho y hecho. Ella cerró el puño y suspiro al percibir que, por lo menos lo había apagado. Juan, que se había percatado de todo, acercándose hacia ellos preguntó:

— ... ¿Qué hacéis?

El hombre calándose la boina con estilo respondió mientras apoyaba sus dos manos en el bastón:

— Naaaa hermoso. Aquí de charleta con el gorrioncillo. — dijo guiñándole un ojo a Noelia.

— ¿Estabas fumando abuelo? Ya sabes lo que dijo el doctor, nada de fumar.

Levantándose con una agilidad increíble, Goyo se aproximó a su nieto.

— Maldita sea Juanito, pues claro que no fumaba. ¡Copón bendito! Solo olía el humo del cigarro de ella. ¿También está mal que haga eso? ¿Acaso ya no puedo ni oler el humo del

t a b a c o ?

Boquiabierta por aquello Noelia se levantó del balancín dispuesta a regañar al anciano por haberla embaucado en aquella mentira, cuando este mirándola con ojos melosones y suplicantes preguntó:

— ¿Verdad gorrioncillo que yo no fumaba?

Aquellos ojos grisáceos y la dulzura que reflejaban la derritieron, e incapaz de delatarle se rindió. Volvió su mirada hacia Juan que la observaba fijamente con gesto divertido y respondió:

— No Juan, tu abuelo solo olía el humo de mi cigarro.

Sin dejarle decir nada más, este fue a quitarle el cigarro a ella pero ésta, retirándose, replicó alto y claro:

— Él no fuma, pero yo sí. Y no se te ocurra quitármelo, ni apagármelo o te las verás conmigo ¿entendido?

Goyo al ver como su nieto se detenía ante lo que aquella decía, movió la cabeza y antes de desaparecer por la puerta de la cocina murmuró:

— Malvamos Juanito si ya dejas que la moza te hable así, hermoso.

Ya a solas se echaron a reír. La escena había sido de lo más cómica. Juan cogió un bote que había en un lateral del jardín y se lo tendió.

— Anda, abre la mano y tira la colilla del cigarro del abuelo. He visto como te la ha dado para que la escondieras.

Abriendo el puño dejó caer el cigarro aplastado y ambos volvieron a reír.

28

Juan y Noelia permanecieron en el patio de la casa durante un buen rato. Hacía frío, pero ambos necesitaban estar solos sin que nadie los mirara continuamente.

— Tu abuelo es todo un personaje.

Juan sonrió y asintió.

— Sí. Reconozco que así es. Su fortaleza y la positividad con la que mira la vida es lo que más nos ayudó cuando murió mi madre. Si no hubiera sido por él...

— ¿Te puedo preguntar de qué murió tu madre?

— Cáncer.

Sentir la tristeza de su respuesta, hizo que ella levantara su mano y la posara sobre la de él.

— Lo siento, Juan.

Él asintió y suspiró. La quietud del lugar y el sentirse solos hizo que él acercara su boca a la de ella para besarla. Durante unos instantes ambos disfrutaron de aquel acercamiento hasta que un golpe en la espalda de él los devolvió a la realidad.

— Ostras, Tito, lo siento — se disculpó Javi al ver a quien había dado un balonazo.

Convencido de que lo sentía por la mirada del crío, Juan, sonrió y respondió con paciencia:

— Javi... Javi... ¿Cuántas veces te hemos dicho que no juegues con la pelota dentro de casa?

— Esto es el patio, no un sitio para besarse — se defendió el crío —. Aquí el yayo Manuel me deja jugar. ¿Te deja el yayo a ti besuquear a las chicas?

La puerta del patio volvió a abrirse y Carlos apareció con una cerveza en la mano. Al ver como su amigo miraba a su sobrino le dijo al crío para relajar el ambiente:

— Monstruito, tu madre quiere que entres.

El niño vio una buena oportunidad para escapar. Sabía por la mirada de su tito que lo que había dicho no estaba bien, pero ya no había marcha atrás, Una vez quedaron los tres adultos solos en el patio, Carlos dio un buen trago a su cerveza y acercándose a aquellos dos susurró:

— A ver tortolitos ¿me puede alguno contar que está pasando?

Al ver que ninguno respondía, acercándose más a ellos murmuró mirando a la joven:

— Sé quién eres y…

— Y te vas a callar — sentenció Juan.

— Joder macho, que ella es…

— Cierra el pico ya — cortó aquel con determinación. Solo faltaba que alguno de los que estaban en el interior de la casa le escuchara.

Carlos sonrió.

— ¿Qué estás haciendo? — le preguntó preocupado.

Incapaz de continuar un segundo más callada, Noelia se interpuso entre ellos.

— Él no está haciendo nada, en todo caso soy yo. Le reconocí hace unos días en el hotel Ritz y solo vine para confirmar que era él y…

— ¿Le reconociste? — preguntó sorprendido Carlos.

¿Cómo se podía reconocer a alguien vestido como iban en el operativo del hotel Ritz?

— Sí… intuí que era él por algo que dijo. Y oye, ahora que le tengo más cerca, a ti también reconozco. Tú estuviste en Las Vegas ¿verdad? — Al ver que aquel dejaba de respirar ella sonrió y dijo —. Oh, sí… pero si tú te acost…

— No sigas por favor — cortó en esta ocasión Carlos, quien tras comprobar que no había nadie más a su alrededor, susurró— . Mi churri no sabe nada de lo que pasó allí. Si se entera…

— ¡Vaya! asintió Noelia— . Todos tenemos secretos ¿verdad Carlos?

Aquel asintió comprensivo.

— ¿Que le parece si yo guardo tu secreto y tu el mio?.

Incrédulo por aquel chantaje miró a su amigo y este, en tono de guasa, murmuró:

— Creo que es un buen trato. Eso sí… eliges tú.

Divertido, Carlos dio un trago de su cerveza.

— Esta chica además de guapa ¡es lista!

— Gracias.

— Y una buena negociadora — sonrió Juan.

Aprovechando el momento Carlos se sentó junto a ellos y susurró emocionado:

— E.P. ¡Aquí! — dijo mirándola alucinado— ¿Puedo tocarte para saber que eres real?

— Depende de lo que quieras tocar — se mofó ella, pero al ver cómo la miraba extendió su brazo y dijo— Toca… toca.

Sin perder un segundo Carlos le tocó el brazo como el que toca una reliquia y mirándola susurró bajito para no ser escuchado:

— ¡La leche! Estoy tocando a Estela Ponce.

— Y como verás soy de carne y hueso, igual que tú. Y por favor, llámame Noelia.

Juan, cada vez más sorprendido por su naturalidad, estaba disfrutando de lo lindo con el interrogatorio de su amigo.

— ¿Pero tú no tenias los ojos azules y eras rubia?

— Lentillas y peluca — indicó Juan divertido.

— Joder… si mi churri se entera que eres tú ¡le da algo! — gesticuló Carlos— . Eres su actriz favorita. Le encantan todas tus películas.

— ¿En serio? — sonrió ella.

— Te lo aseguro — apostilló Juan consciente de lo mucho que Laura siempre hablaba de Estela, para su pesar.

— Laura no se pierde ni una sola película tuya. Es más en cuanto la sacan en DVD se las compra y las colecciona. ¿Sabes cuál es su preferida?

— ¿Cuál? — preguntó quitándose las gafas.

— Esa llamada El destino de un amor. La que hiciste con un tal Butler y…

— Oh, sí con Gery, es un *cielo*. Todas mis amigas se mueren por rodar con él es un encanto suspiro ella al recordarle.

Aquel suspiro no pasó desapercibido a Juan pero no dijo nada.

— ¿Me firmarás un autógrafo para Laura antes de irte?

— Los que tú quieras, Carlos. Es más, ojalá algún día podamos salir a cenar todos juntos y disfrutemos de una larga charla. Me encantaría decirle a tu mujer quién soy, pero me temo que…

— Ni se te ocurra — le interrumpió— . Primero porque le daría un patatús y segundo porque sería imposible mantenerla callada. Joder, Estela ¡que eres lo más para ella!

Los tres se carcajearon, y cuando Juan fue a decir algo, Almudena abrió la puerta del patio increpándoles:

— Chicos, no es por nada pero ¿por qué no regresáis al salón con todos?

No hizo falta decir más. Los tres entraron y durante horas rieron con los chistes que contaban una animada Eva y el abuelo Goyo.

29

A las dos de la madrugada todos decidieron regresar a sus hogares. Tras despedirse entre guiños de Carlos y dejar a *Senda*, la perra, en casa de su padre, Juan y Noelia se montaron en el coche y él se dirigió hacia su casa sin preguntar. Esa noche iba a terminar lo que había empezado el día anterior.

Cuando llegaron Juan metió el coche en el garaje. Una vez apagó el contacto, miró a Noelia y agarrándole con sus manos el rostro la atrajo hacia él y la besó. Durante toda la velada había deseado hacer aquello y ahora por fin podía hacerlo con tranquilidad. Tras varios besos cargados de erotismo, el teléfono móvil de Juan comenzó a sonar, y él al ver el nombre de «Irene», directamente lo apagó.

— ¿No lo coges? — susurró Noelia besándole el cuello— . Puede ser importante.

Él sonrió, y sin bajarse del coche, se deshizo con premura de su chaqueta de cuero y, clavando sus oscuros ojos en ella, susurró mientras le ponía sus manos peligrosamente sobre las piernas:

— En este momento, canija, no hay nada más importante que tú.

Ella sonrió y dejándose izar, terminó sentada sobre las piernas de él. El aire impregnado de sensualidad iluminó el rostro de los dos. Juan, excitado, devoró su boca. Lamió sus labios. Mordisqueó su barbilla. Ella se quitó su abrigo verde.

— Deberíamos entrar en la casa ¿no crees?

Desde su adolescencia no había vuelto a hacer aquello en un coche, pero él respondió.

— Luego… — susurró bajándole lentamente la cremallera que el vestido tenía en la espalda.

El vestido cayó sobre su cintura, dejando a

Noelia solo con un sensual un sujetador rojo. Su perfume y la pasión que desprendía contribuyeron a que Juan, excitado por el momento, deseara desnudarla allí. En su coche.

— Uf... Qué calor...

— Sí... mucho calor... — respondió pasando su lengua entre sus pechos, mientras con un dedo le acariciaba la espalda.

Excitada como en su vida, por su ronca voz y por cómo la tocaba, Noelia echó el cuello hacía atrás, mientras disfrutaba de las caricias y los besos, primero en el cuello, después entre sus pechos y finalmente en ellos. Su gruñido varonil al sacarle un pecho de la fina tela del sujetador le hizo volver a la realidad y agarrándole del pelo, atrajo su mirada y susurró:

— Esto no es buena idea...

— Estás muy equivocada, es una excelente idea... — respondió mientras lamía con mimo su rosado pecho.

— Juan... me gustas y...

Apartándose de ellas unos centímetros la miró a los ojos y pregunto.

— ¿Eres adulta para tomar tus propias decisiones o no?

— Sí.

— ¿Entonces dónde está el problema?

— No lo sé...

— *Canija*, ¿no me dijiste que tú vives el momento?

— Sí — si algo había aprendido día a día era a disfrutar de la palabra «ahora».

— Pues vivámoslo — asintió él—. Esto es lo mejor que te puedo proponer. Tú y yo estamos aquí, no hay compromiso alguno, nos deseamos y queremos sexo. ¿Cierto? — ella asintió—. No pienses en nada más. Solo en lo que deseas ahora. Mañana será otro día. Ahora

estamos aquí tú y yo, eres preciosa y yo deseo besarte y...

— ¿Tienes preservativos?

— Por supuesto —asintió él sacándose la cartera del bolsillo de atrás del pantalón.

— ¡Genial! Continuemos.

— ¡Perfecto! No es momento de negociaciones.

Segundos después, y aún metidos en el coche Noelia le quitó la camisa y después le desabrochó el cinturón del vaquero.

Medio desnuda y aun sentada sobre las piernas del hombre que la estaba volviendo loca, comprobó excitada donde en aquel momento a él le latía el corazón. La acelerada respiración de ambos y los besos cargados de frenesí, solo se podía culminar con lo que ambos deseaban, cuando de pronto se escuchó:

— Tito... me estoy haciendo pipi.

Aquella voz hizo que ambos se paralizaran. ¿Ruth? De un salto Noelia volvió a su asiento y agachada todo lo que pudo se echó por encima el abrigo. Juan blasfemó, se volvió hacia el asiento de atrás e, incrédulo, vio a su pequeña sobrina con cara somnolienta junto a su osito mirándole y, como pudo, preguntó mientras se subía la cremallera del vaquero:

— Pero Ruth ¿qué haces aquí?

Tras un bostezo, la cría abrazó a su osito y respondió con gesto inocente:

— Quería dormir contigo. Me gusta cuando me cuentas cuentos y por la mañana me haces trencitas en el pelo mientras tomo leche con galletas.

Sorprendida por aquello Noelia le miró y en tono de mofa preguntó:

— ¿Le haces trencitas por la mañana en el pelo?

Juan no respondió, simplemente resopló. Noelia, muerta de risa, se tapó la boca para no reír. Aquello era lo más gracioso que le había

pasado nunca justo antes de hacer el amor con un hombre. Con rapidez, Juan cogió su móvil y lo encendió. Tenía siete llamadas de su hermana Irene y dos de Almudena.

—¿Le dijiste a mamá que te venías conmigo, *cielo*?

—No... tito.

—¿Por qué?

La cría se encogió de hombros y con gesto pícaro susurró:

—Porque no me hubiera dejado.

Una vez Noelia se puso el abrigo, aún con el vestido sin abrochar, se incorporó en el asiento y mirando a la pequeña, que les observaba con los ojos como platos dijo:

—Ruth, lo que has hecho no está bien. Tu mama y tu papa deben de estar muy preocupados.

Juan, malhumorado, a causa de que su sobrina hubiera estado todo aquel rato en la parte de atrás del coche y él no se hubiera dado cuenta, blasfemó de nuevo. Llamó a su hermana y esta, más tranquila al saber dónde estaba su hija, quedó en pasar a buscarla. Sin querer mirar a Noelia, se puso la camisa y salieron del coche. Esperarían en el interior de la casa. La pequeña al ver la guisa de su tío le miró y preguntó:

—Tito... ¿Por qué te habías quitado la camisa en el coche?

Él no respondió y Noelia sonrió. ¿Qué responder ante aquella pregunta?

La niña entró en la casa y fue corriendo al baño, después regresó al salón. Se sentó en el sillón y mirando a la joven de pelo oscuro volvió al ataque:

— ¿Y tú por qué te habías quitado el vestido? Mamá dice que con el frío que hace hay que abrigarse al salir de casa.

Aquello hizo que Noelia dejara de reír, aunque esta vez quien sonrió fue Juan. Ver su cara de desconcierto sin saber qué contestar, era de chiste. Al ver que la niña no le quitaba ojo y que su querido tito no iba a ayudar, Noelia se encogió de hombros y respondió sin mucha convicción.

— Uf, Ruth… hacía mucho calor en el coche.

La cría les miró de él a ella, y de ella a él, y astutamente respondió:

— Ah, vale… teníais calor por los besos con lengua que os estabais dando… ¡Puaj! ¡Qué asco! — gesticuló la niña y prosiguió— . En las películas cuando los enamorados se besan así, casi siempre se quitan la ropa y…

— Se acabó, pequeña —interrumpió Juan llamando su atención— . Mañana mismo le diré a tu madre que no te deje ver la tele. Creo que ves demasiada.

— Jopetas, tito…

La cría no pudo seguir. El timbre de la puerta sonó y Juan moviéndose abrió la puerta. En el salón entró una histérica Irene acompañada por su marido y por Almudena, quien corrió a abrazar a la niña.

— Ay, Dios mío qué susto nos has dado, puñetera ¿Como se le ocurre marcharte sin decir nada? — la reprendió.

— Quería dormir con el tito y con su novia. ¿Sabes mami que se han besado con lengua? ¡Qué asco! Si los hubiera visto el yayo Goyo, hubiera dicho que se estaban comiendo los mocos.

— ¡Que me da! Y me pongo de parto —rio Almudena sin poder evitarlo al ver la cara que ponían.

Lolo, el marido de Irene, sonrió y al ver la cara de circunstancias de los tortolitos dijo:

— Hablando de dormir. Creo que es mejor que nos vayamos. — Y cogiendo a su hija en brazos añadió — : Y tú señorita, no vuelvas a hacer lo que has hecho o te prometo que la próxima vez me enfadaré. ¿Entendido?

— Sí papi. — Y clavando su picara mirada en su tito, quien intuyó que no iba a decir nada bueno soltó — : ¿Os vais a quitar la ropa otra vez?

— Pero bueno ¿Qué habéis hecho delante de mi niña? — protestó Irene al escuchar aquello, mientras Almudena no podía parar de reír.

— Te recuerdo hermana, que no sabíamos que tu niña, estaba allí ¿vale? — respondió Juan molesto, mientras observaba a su hermana Almudena sonreír.

Todos se miraron y Noelia, al ver que la cría esperaba una contestación, respondió:

— Tesoro, yo ahora me voy a ir a mi hotel a dormir.

Sorprendido al escucharla Juan se acercó a ella y sin importarle quién estuviera presente la cogió del brazo y la llevó a la cocina. Necesitaba aclarar aquello.

— ¿Qué es eso de que te vas?

Noelia le miró. Deseaba quedarse y pasar la noche con él, pero sabía que aquello no podría terminar bien. Si se quedaba con él solo complicaría las cosas.

— Sí. Es lo mejor.

— Pues yo no estoy de acuerdo. ¿Por qué te vas? — exigió él.

— Juan yo… yo…

— Tú… tú. ¿Qué? Otra vez estás con las mismas dudas que en el coche. Joder, Noelia que somos adultos y podemos decidir por nosotros mismos.

Al ver que ella no respondía le dedicó una fría sonrisa y le y preguntó con sarcasmo:

— ¿Cada vez que te acuestas con Mike Grisman o alguno de tus galanes americanos te lo piensas tanto?

Aquella indiscreta pregunta le molestó. ¿Quién era él para preguntar aquello? Y clavando su mirada en él siseó:

— Pues no, tito listo. Con Mike siempre es fácil y satisfactorio, y con el resto divertido y morboso ¿alguna pregunta más?

— ¿Fácil y satisfactorio? — preguntó molesto.

— Sí — mintió ella—, Mike es un buen amante que sabe lo que me gusta y cuando estamos en la cama me satisface, como hasta el momento ningún hombre lo ha hecho.

Al oír semejante respuesta se encolerizó. Se la merecía por haber sido tan desconsiderado. Pero el daño ya estaba hecho. Se dio la vuelta para salir de la cocina, cuando ella le asió del brazo y en tono jocoso le preguntó:

— ¿Qué pasa contigo? Primero ofendes y luego… ¿te vas? — él no respondió y ella volvió al ataque —. Por cierto ¿tú te acuestas con toda la que se te pone a tiro?

Incómodo por el cariz que estaba tomando la conversación, se cruzó de brazos y siseó con un tono agrio:

— A pesar de que estos días he bajado el listón contigo, soy bastante exigente para el sexo. No me vale cualquiera.

Noelia le miró con ganas de abofetearle y él, consciente de lo que había dicho, sonrió y preguntó en tono malicioso:

— ¿Alguna pregunta más estrellita?

La joven miró la espumadera de la cocina. Deseó cogerla y estampársela en la cabeza, pero tras imaginar el terrible resultado cerró los ojos y suspiró. Debía relajarse o aquello acabaría muy mal, pero él insistió.

— ¿Qué te ocurre? ¿Es que en tu glamuroso mundo nadie le habla así?

— Tú que sabrás — susurró enfadada.

Juan se acercó a ella en actitud intimidatoria, dejando patente lo pequeña que era ella a su lado.

— Estoy seguro que en tu inundo lodo el mundo le hace la pelota. Todos besan el suelo por el que pisas, te ríen las gracias y hacen todo lo que tú quieres por ser quien eres ¿verdad? Pues bien, entérate que yo no tengo porqué hacerte la pelota, porque ni me interesas, ni te busqué, ni me convienes. Por lo tanto, si te quieres ir, vete. Mujeres como tu hay muchas y yo no te necesito para nada.

Humillada, dolida y decepcionada por sus duras palabras, tuvo que contener las enormes ganas de llorar que sentía.

— Cierra el pico. Me estás enfadando y mucho.

— Uooo — se mofó él— , ¡Qué miedo!

Dando un paso atrás para alejarse de él, levantó el mentón para mirarle de frente y dijo todo lo tranquila que pudo:

— Me alegra saber que a partir de este instante volverás a subir tu listón en cuanto a tu vida sexual.

Es tarde, me marcho y…

Arrepentido por las cosas que había dicho pero sin darle tiempo a terminar la frase, él sentenció antes de dejarla sola en la cocina.

— De acuerdo. Vete.

Con el orgullo herido, le siguió al salón. Nadie la había despreciado así nunca y se sentía humillada. Recomponiéndose tras el cruel ataque, preguntó:

— ¿Podríais acercarme con el coche al parador?

Patidifusas por el giro que habían dado los acontecimientos en pocos minutos, las chicas miraron a su enfadado hermano.

— ¿Y Juan? — preguntó Almudena.

Abrochándose su abrigo verde la joven estrella de cine miró a la embarazada y dijo con contundencia.

— No, él no me va a llevar. ¿Podéis vosotros o no?

— Sí… sí por supuesto — asintió Irene al ver la incomodidad de su hermano.

Tras una despedida de lo más fría con el hombre que le había calentado hasta el alma, Noelia se montó en el coche, y se marchó. Era lo mejor.

30

El sábado, Noelia se fue de compras con Almudena a Guadalajara. Al principio no estaba de humor por lo ocurrido la noche anterior. Las duras palabras de Juan aún resonaban en su mente. Pero estar con Almudena y sentir su positividad le aliviaba. Noelia, gracias al tiempo que pasaron juntas en unos grandes almacenes, descubrió que a la joven le gustaba la fotografía.

— Es mi pasión ¿Has visto que pedazo de cámara réflex?

— Sí... enorme — murmuró mirándola.

— ¡Es la caña! Cuando nazca el búho y comience a trabajar, lo primero que voy a hacer es comprarme un bicharraco de estos. La cámara que yo tengo ya está obsoleta, pero la mimo hasta que tenga una nueva — rio Almudena con aquello entre las manos.

Noelia quiso decirle que odiaba aquellas cámaras de grandes objetivos. Demasiadas como aquella la seguían allá donde fuera y en cierto modo le ponían nerviosa. Pero calló.

Unas horas después, tras comprar varias cosas para el bebé, entraron en un par de tiendas de discos y Noelia se alegró al encontrar varios de los CD que buscaba. En especial la banda sonora de la película Cadillac Records. Allí estaba la canción *At last* cantada por Beyoncé. Una canción que le encantaba y que le hubiera gustado escuchar con Juan, aunque tras lo ocurrido era de lo más improbable. Pero aun así lo compró, y por la tarde tras un buen día de compras con Almudena, regresó más contenta al parador.

El domingo llegó y ninguno se llamó por teléfono. Juan libro aquel fin de semana pero ofuscado por lo ocurrido y en cierto modo molesto por cómo le había hablado a Noelia, decidió salir

con sus amigos de cañas y olvidarse de ella. Pero no lo consiguió. Era ver una muchacha morena andamio por Sigüenza y los ojos se le iban detrás. Carlos, que sabía lo que había pasado porque Irene se lo había contado a su mujer, intentó hablar con él, pero Juan se cerró en banda. No quería hablar de lo ocurrido.

Al anochecer, Laura apareció con la explosiva de Paula y decidieron ir a tomar algo los cuatro por el casco viejo de Sigüenza.

Noelia, a cada segundo que pasaba, más se arrepentía de lo ocurrido. ¿Cómo era posible que hubieran acabado discutiendo de esa manera? Miró su móvil cientos de veces. Pensó en llamarle, en enviarle un mensaje, pero al final se achantó. Ella nunca había ido tras un hombre y, por supuesto, esta no iba a ser la primera vez, y más aún cuando el muy idiota la había humillado con lo de Mike y su listón.

Entristecida porque no la llamaba, el domingo por la tarde miraba por la ventana cuando Tomi llamó a la puerta.

— ¿Sigues igual *darling*?

— Peor — gruñó molesta.

En su cabeza retumbaban las cosas que Juan le había dicho y cada vez se enfadaba más.

— A ver, ¿por qué tienes ahora esa cara de pequinés? — Ella no respondió y él prosiguió —: Que yo sepa, por lo que tú me has contado, fuiste tú la que decidiste regresar al castillo. Él no te echó de su *house*. Por lo tanto, *you and only you* tienes la culpa de todo lo ocurrido.

— ¿Por qué te pones de su parte? — refunfuño enfadada.

— Ponte en su lugar, *queen*. Tú fuiste la que huyó de su casa.

— Y él me dijo cosas terribles.

— Sí... de eso no hay duda cuchita, pero te

aconsejo que le llames por teléfono. No dejes para *tomorrow* lo que puedas hacer *today*... recuérdalo. Ese tipo de *macho man*, no se fabrica en los *United States*, y no puedes marcharte sin darte un homenaje al *body*, si el susodicho te lo pide.

Saber que tenía razón era lo que más le jorobaba, pero las duras palabras de él aún resonaban en sus oídos. No… no le llamaría. Sentándose en una silla al lado de la ventana, se encendió un cigarrillo.

—No sé qué me pasó, Tomi. Yo quería quedarme con él y tener una estupenda noche de sexo, pero… pero un extraño miedo me atenazó y… y…

—Y cuando él no te trató como a la divina de Estela Ponce tú…

—No venían a cuento sus comentarios —protestó ella.

—Mira *queen* —suspiró su primo—. Te conozco. Sé que sus palabras no te gustaron, pero también sé que lo que más te molestó fue eso de que había bajado su listón para estar contigo, ¿verdad?

Recordar aquello le hizo sentir insegura. Realmente ella no se podía comparar con Paula. La encargada del parador era exuberante, alta y de grandes pechos. Noelia sabía que su cuerpo era proporcionado y sensual, se lo había currado con gimnasia y dietas, pero no poseía ni su altura ni sus atributos. Siempre se había negado a pasar por el quirófano a pesar de que su padre se lo había sugerido en múltiples ocasiones. Y ahora, por primera vez en su vida, se estaba arrepintiendo.

Tomi, al ver su gesto contrariado sonrió y acercándose a ella murmuró:

—*You are jealous* de la chica del parador?

—¡¿Celosa yo de esa?!

Al ver cómo esta le miraba el joven respondió con gracia:

—*Yes*, hija, *yes*, celos. Eso tan latino y que en las rancheras mexicanas está tan de moda, como por ejemplo «*You* eres mía, y *only* mía» —Noelia

sonrió y su primo prosiguió —: Por cierto, ¿venía a cuento que fueras tan descriptiva en lo maravilloso amante que es Mike?

— Vuelves a tener razón — susurró al recordar el gesto de Juan, cuando le dijo que las relaciones con aquel eran muy satisfactorias.

— A ver cuchi, *look at me*.

Noelia levantando la mirada clavó sus claros ojos en él.

— Tu y yo siempre hemos hablado claro de cosas como sexo, lujuria, hombres y desenfreno, *right*?

Si, verdad sonrió al recordar ciertos episodios.

— ¿Y desde cuando Mike es *satisfactory*? Mira... mira que tú me habías dicho que al principio era divertido pero que las últimas veces te resultó un tostón. ¿Desde cuándo es *salisfactory*?

Al escucharle sonrió, y entendió que lo dijo para molestar a Juan. ¿Realmente tanto le gustaba él? Sí... la respuesta era sí. Fue a decir algo pero su primo se le adelantó.

— Ahora contéstame a unas *questions*.

— Vale.

— La primera ¿te gusta ese G.I.Joe español tanto... tanto... tanto?

— Más.

— ¿Hay chispa y atracción entre vosotros?

Ella sonrió y tras resoplar murmuró:

— Sí... hay fuegos artificiales.

— Eso es fenómeno, cuchi... porque mira, *my girl*, si no existiera morbo, chispa o *attraction*, entonces ¡apaga y vámonos! Pero si me dices que existe ¿me puedes explicar por qué te has negado una noche de sexo, y encima del bueno?

— Me gusta Juan, Tomi. Me gusta mucho.

El joven retirándose el flequillo de la cara con glamour respondió divertido:

— Ah… qué cachonda. A mí por gustarme, I *like* Gerard Butler, Matthew Fox o Jason Sthatam pero ni me miran cuando coincidimos con ellos en alguna *party* en Hollywood. Pero ¡*Ay Dios*!, si al mirarme cualquiera de ellos surgieran chispas, morbete o atracción ¡otro gallo cantaría! Con esto quiero decir, que *you and only you* decides con quien quieres tener un affaire o no. Si estamos aquí, en *Spain*, en este lugar, y en este pueblo, es por el G.I.Joe, y lo que no entiendo es ¿qué haces aquí con cara de almeja pudiendo disfrutar de la lujuria y el desenfreno con él?

— ¿Me has escuchado bien Tomi? — repitió ella— . Te he dicho que me gusta; que me gusta mucho y cada segundo que pasa más; que lo veo y siento las maripositas que la abuela nos contó que sintió al conocer al abuelo en el estómago; que cuando estoy con él me siento diferente, no una diva de Hollywood; que no puedo parar de pensar en él; que la otra noche en el cumpleaños del abuelo Goyo, me sentí como llevaba años sin sentirme, y quise pertenecer a esa familia, y yo quise eso porque… yo… yo…

— Por el amor de Dior ¡Huyamos rápidamente de aquí! — gritó Tomi levantándose con rapidez— . *Ay my baby*, tú no puedes decir en serio lo que estás diciendo. Apenas le conoces y tú te mereces algo mejor que…

No le gustó aquel último comentario, tan parecido a los de su padre.

— ¿Qué es eso de que me merezco algo mejor? Juan es maravilloso, trabajador, bueno con su gente. Pero si hasta le hace trencitas en el cabello a su sobrina cuando desayuna leche con galletas — gimió desesperada.

— Uisss ¡qué amorosooooooooo!

— La palabra es acurrucoso —suspiró ella al recordar lo que el abuelo le dijo— Ay, Tomi, mi gran problema, es que creo que me estoy enamorado como una tonta y…

— Lo dicho… ¡huyamos! Salgamos de *Spain* ¡pero ya!

— Pero…

— No hay peros, que te conozco y te pones muy pesadita.

Sin prestar atención a su primo susurró:

— Él es tan auténtico, tan cariñoso, tan familiar, no me hace la pelota y… y…

— El problema, *darling*— cortó aquel— , es que tú eres Estela Ponce, una gran estrella de Hollywood, una diva entre las divas y…

— Pero también soy una mujer, Tomi. Soy una mujer de carne y hueso, que llora, ríe, ama, se enfada y desea que la quieran por como es, no por quien es ¿lo entiendes?

Su primo al mirar sus ojos y sentir su desesperación, sentándose junto a ella, la abrazó.

— Claro que te entiendo bobita. Pero esta *life* es *very* perra a veces, y las cosas que queremos no podemos tenerlas, por ello, has de ser práctica y conformarte con otras *options*.

— ¿Mike Crisman?

— Es una linda y *sexy option* —asintió Tomi ante la cara de mosqueo de su prima.

— Oh, *my God*, Tomi, cómo se ve que no has conocido a Juan. Si le conocieras te aseguro que te enamorarías de él.

— Uis entonces no me lo presentes, que a mí los *spanish* me gustan mucho y no vaya a ser que con mi morbazo de *queen* del glamour te lo vaya a levantar. —Al ver a su prima sonreír concluyó— . Mira mona, porque tengo la varita

mágica en el taller, porque si no... ese G.I.Joe latino me lo agenciaba para mí.

Aquel comentario volvió a hacerla reír. Tomi era fuerza en estado puro. Una positividad bien heredada de su abuela y que ella necesitaba y siempre encontraba en él.

— Recuerdas ese dicho español que la abuela siempre decía cuando nos veía sufrir por amor «La mancha de mora, con otra mora verde se quita». Piénsalo. Quizá lo que necesitas es eso, otra mora para que quite la mancha y definitivamente marcharte de aquí.

Aquella opción era la mejor.

— Sí... creo que lo mejor será que regresemos a Hollywood. Aquí no pintamos nada y necesito regresar a mi realidad.

— Muy bien dicho, *honey*.

Al escuchar su tono de voz Noelia recordó algo y preguntó:

— Oye, ¿y tu *Peterman*?

— Peter. Se marchó ayer para Barcelona. Tiene que dar allí dos conciertos.

— ¿Y?

— Y nada... fue *beautiful* mientras duró. Hemos intercambiado teléfonos, pero ya sabes lo que quiere decir eso de... ya te llamaré. Nunca se llama. — Sin perder un ápice de su humor la miró y dijo— : Qué te parece si tú y yo *tonight*, como despedida del lugar, de *Spain* y del *machoman* latino, nos vamos a cenar al mejor restaurant a comer algo terriblemente prohibitivo para nuestros regímenes y luego de copas.

— ¡Perfecto! Una buena idea ¡Que vivan las calorías!

— ¡Que vivan! Voy a vestirme.

Cuando su primo se levantó y caminó hacia la puerta Noelia le llamó.

— Tomi.

— Ponte algo discreto ¿de acuerdo?

— Yes.

—No quiero que la gente repare en nosotros —insistió ella.

—Ok, me pondré discreto, pero *divine*.

—A ver Tomi... la palabra *divine*, no es algo que un machote suela utilizar.

—Peor para ellos —rio este—. Tranquila. Dejaré mis pantalones *pink* chicle para cuando estemos en casita. Pero tú ponte guapa a rabiar. En un par de horas paso a buscarte.

Una vez sola, Noelia se echó sobre la cama y dejó escapar un suspiro. ¿Realmente deseaba volver a ver a Juan Morán? Lo que sintió al pensar en él se lo confirmó. Y sentándose en la cama se preguntó: Realmente, ¿me estaré enamorando de él?

31

Tras pedirle a Menchu que les preparara la cuenta porque al día siguiente se marchaban, la joven se decepcionó. Pero la ilusión volvió a su rostro cuando Noelia la invitó a cenar con ellos aquella noche. Aconsejados por la recepcionista fueron a cenar a un asador llamado La Secuntina. Un lugar donde disfrutaron de la buena cocina, aunque a la joven actriz se le veía en la cara la pena.

— Esa carita de perrilla apaleada me deja sin habla. *Queen*, alegra el gesto.

— Lo sé Tomi… pero es que me da tanta pena irme que yo…

— Es fácil. Quédate — se mofó Menchu ajena a lo ocurrido.

— Mira, *honey*, el amor es como una paloma, viene, se caga y después se va. ¿Acaso todavía no te has dado cuenta?

Noelia asintió. Desde hacía años su corazón estaba cerrado con una puerta acorazada, pero sin saber por qué Juan había conseguido traspasarla.

— Qué bueno Tomi — rio Menchu—, Nunca había escuchado hablar así sobre el amor.

— Uis pues como se lance, puedes escuchar burradas mil — se mofó Noelia.

Sin prestarles atención el joven rebañó su plato con pan y dijo:

— Menchu eres lo más… pero te odiaré cuando me pese *tomorrow* y vea que he engordado *five* kilos. Por el amor de *my life* ¡qué rico está todo!

— Me alegra saber que os gusta el sitio donde os he traído.

— La salsita del cordero está… ¡increíble! — asintió la joven actriz mojando pan en aquella exquisita salsa.

— Yo me quedo con el asado de cordero y la

sopa castellana ¡qué maravilla! Rio — Tomi.

Menchu encantada por lo mucho que la comida de su tierra les había gustado bajó la voz y levantándose murmuro;

— Voy al baño. Por cierto si os ha gustado la comida, esperad a probar las yemas de Doncel o los bizcochos borrachos ¡son la bomba!

— La bomba de calorías querrás decir — se mofó Tomi al ver al carnero acercarse con el carrito de los postres.

En el mismo restaurante, pero en otro comedor, Carlos Laura, Paula y Juan, también cenaban. Todos reían ante las ocurrencias de Laura pero Juan no tenía la cabeza al cien por cien con ellos. Inexplicablemente no podía dejar de pensar en la joven estrella de Hollywood a pesar de que Paula ya había desplegado sobre él todas sus armas de mujer. Intentó centrase en ella, pero le era imposible. Cada vez que Paula le besaba, aquellos labios se le antojaban vacíos y sin gracia a pesar de que él los aceptaba. Los devoraba deseoso de disfrutarlos como siempre lo había hecho, pero su cuerpo no reaccionaba. No se excitaba y eso le molestó.

De pronto, Juan vio pasar a la recepcionista del parador por el pasillo. ¿Menchu en aquel lugar? Verla allí le alertó y se levantó disculpándose. Con disimulo se asomó a varios de los comedores que el asador tenía hasta que la vio. Ella, la mujer que tenía presente en la mente a cada instante, estaba allí. Un regocijo extraño inundó su cuerpo y su entrepierna reaccionó. Verla sonreír fue suficiente para que se excitara. Feliz por aquel descubrimiento se encaminó a los baños. Esperaría a que Menchu saliera y se haría el encontradizo.

— Hola Menchu.

La joven se sorprendió de que recordara su nombre y le saludé con una radiante sonrisa:

— Hola.

— ¿Cómo tú por aquí?

— Ya ves, cenando con unos amigos.

Sin tiempo que perder él preguntó aun sabiendo la respuesta.

— ¿Esta Noelia aquí?

— Si, estamos haciendo una cena de despedida. Mañana se va.

Al escuchar aquello a Juan se le contrajeron las tripas, ¿cómo que se iba? Pero sin querer manifestar su malestar respondió con una sonrisa.

— Lo sé, me lo dijo y me gustaría despedirme de ella. ¿Iréis a tomar una copa después?

— Sí. Hemos hablado de ir al Croll. Le gustó la otra vez que fuimos y hemos hablado de pasar por allí.

Contento por saber dónde localizar a la joven antes de su marcha, Juan se acercó a Menchu y tras darle un beso en la mejilla, que la hizo ponerse colorada como un tomate, le susurró:

— No le digas que me has visto. Quiero darle una sorpresa.

Dicho esto se alejó y Menchu acalorada por el acercamiento mantenido con aquel hombre regresó a la mesa donde sus nuevos amigos atacaban con primor los postres.

32

Tomi, que no había estado en el Croll, se sorprendió al encontrar un bar repleto de gente guapa y con ganas de pasarlo bien. Durante más de una hora los tres amigos bailaron y disfrutaron de la música. Noelia no quería pensar en Juan, pero igual que le pasaba a él, le era imposible. Cada vez que veía a un hombre alto y moreno su corazón latía a mil por hora. Aunque cuando comprobaba que no era quien en el fondo anhelaba ver, la decepción la superaba. Todo en ella era contradicción. Deseaba verle, pero no quería verle. Quería besarle pero no deseaba besarle. ¿Qué la estaba pasando?

— Uis *my love* — cuchicheó Tomi— . Esta noche aquí hay un meneo de antología, pero siento reconocer que ninguno es como *my Peterman*.

— Vaya *Peterman* ¿te ha *cagado* en el corazón? — se mofó Noelia al recordar lo que él dijo sobre las palomas.

— ¡Perra! — rio aquel al escucharla.

— Eh… hola — saludó de pronto una muchacha acercándose a ellos.

Era Eva, la hermana de Juan, quien tras recibir la llamada de Menchu e informarle que estaría allí, se había animado a acudir al local. Noelia sonrió al verla. Eva era una muchacha muy simpática y lo comprobó el día que la conoció. Con ella era fácil hablar. No como con el borde de su hermano.

Cogiéndola del brazo con familiaridad Noelia se acercó a su primo y dijo:

— Tomi, te presento a Eva. Ella es hermana de Juan — y mirando a la muchacha dijo— : Él es mi primo.

— Encantada — y observándole indicó— . Me encanta la camisa de Gucci que llevas ¡es preciosa!

Contento porque alguien se fijara en aquello, contestó el presumido de su primo.

— Uis… qué *lady* más mona. Pues la camiseta que llevas de *Custo* es una divinidad.

— ¿A que es una monada? — contestó tocándose la camiseta con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡Ideal! — asintió aquel.

Si algo le volvía loco a Tomi era la moda, algo que a Eva le apasionaba. Mientras ellos hablaban de diseñadores, pasarelas y demás, Noelia paseó su mirada por el local, cuando el corazón se le paró de repente. Al fondo de la barra estaba Juan con unos amigos y, muy a su pesar, descubrió que estaba de nuevo con la pechugona del parador, que no paraba de besuquearle por el cuello.

Maldita sea. ¿Por qué hoy ha tenido que venir justamente aquí?

Irritada retiró la mirada. Pero inexplicablemente sus malditas pupilas volvían a buscarle ¡y le encontraban!

No… no… no quiero mirarle pensó enfadada.

Desde su posición Juan se percató de que ella le había visto. Lo supo cuando la vio retirar la mirada con brusquedad con el entrecejo fruncido. Estar con una mujer tan ardiente como Paula, le hacía sentir que controlaba la situación, pero al mismo tiempo se asqueaba porque quien quería que le estuviera tocando o besando estaba al otro lado de la barra. Ofuscado, cogió su cerveza y le dio un buen trago. Lo necesitaba.

— Vale capullo. Ahora entiendo por qué querías venir de nuevo al Croll — murmuró Carlos apoyándose junto a él.

— No me jodas tú ahora ¿vale?

Su amigo sonrió y dijo:

— ¿Pero no me habías dicho que lo tuyo con ella estaba finiquitado?

— Y lo está… — resopló al ver como ella se retiraba un mechón salvaje que había caído sobre su mejilla. Con una sensualidad que lo dejó para el arrastre observó cómo se colocaba aquel mechón tras la oreja dejándole el camino libre para poder admirar la bonita y sensual curvatura de su cuello.

La boca se le resecó y tuvo que beber otro trago de su cerveza. Carlos sonrió, y con cuidado de que no le escuchara ni su mujer ni Paula cuchicheó:

— ¿A qué estás jugando?

— A nada.

— ¿Seguro?

— Seguro — afirmó aquel.

Pero su ceño fruncido y su mandíbula tensa no decían lo mismo.

— ¿Tengo que ir comprándome la pamela para la boda? — preguntó Carlos mofándose.

Al escuchar aquello, Juan con gesto tosco siseó:

— Deja de decir tonterías ¿quieres?

— Joder Juan que ella es…

Sin dejarle terminar la frase el espetó:

— Sé quiénes, por lo tanto, cierra el pico ¿entendido?

— Vale, pero déjame decirte que es impresionantemente guapa y…

Incómodo por la situación fue a responder, pero Paula acercándose de nuevo a él se puso de puntillas y le besó.

Sofocada por la escena, Noelia maldijo. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que sentirse como una quinceañera a la que le habían quitado el noviete cuando ella, solo por ser quien era, podía tener al hombre que quisiera? Acabada su bebida se pidió

otra. Necesitaba refrescar su garganta seca.

Eva que observaba con curiosidad a Noelia, se percató de lo que ocurría cuando al mirar al fondo de la barra vio a su hermano. Eso la hizo sonreír y acercándose a ella cuchicheó:

— Si pasas de él, te aseguro que se interesará más por ti.

— ¿Cómo dices?

— Es mi hermano y le conozco. Pero también es un hombre y chica, todos funcionan igual. Y también te diré que la mujer que está con él no es su tipo.

— ¿Y cómo puedes tú saber eso?

Eva sonrió y contemplando como su hermano se dejaba mimar por aquella murmuró con desgana:

— Paula es una mujer demasiado liberal para él. Y ojo, yo no soy ninguna mojigata. Pero, curiosamente, tengo unos amigos de Madrid que la conocen, y me han comentado y enseñado algunas cosas de ella que yo no creo que Juan sepa. Si él fuera consciente de la clase de vida que suele llevar esa pechugona en Madrid ¡otro gallo cantaría!

— ¿Quizá lo sabe y no le importa? — insistió Noelia quien retiró la mirada de la parejita al ver como aquel sonreía ante algo que aquella le decía,

— No. Te aseguro que mi hermano no lo sabe, pero creo que al final va a acabar enterándose.

Ambas sonrieron por aquel comentario y Noelia, al recordar lo que llevaba en el bolso, dijo para cambiar de tema:

—Recuérdame que luego te dé unos CD de música para que se los des a Juan. Mañana regreso a Los Angeles y los compré para él.

—¿Por qué no se los das tú?

Volvió la cabeza y estuvo a punto de gritar al comprobar que Juan bailaba abrazado a la pechugona. Enfadada, retiró la mirada y respondió con gesto agrio:

—Está demasiado ocupado y no quiero molestar.

Eva, apoyándose en la barra durante unos segundos, observó a su hermano y vio como este miraba con disimulo hacia donde estaban ellas. Tras sonreír miró a la joven morena que con gesto de enfado bebía de su copa y preguntó:

—¿De verdad eres de Asturias?

—Digamos que tengo sangre asturiana.

—Has dicho que mañana regresas a Los Angeles ¿pero no vivías en Londres?

Noelia se percató de cómo estudiaba su rostro y todas sus respuestas, e intentando satisfacer su curiosidad respondió:

—Vivo en Los Angeles. Aunque por motivos de trabajo viajo mucho a Londres y París.

Eso le cuadró más a Eva. El acento que ella y su primo tenían no era londinense. Pero queriendo saber más volvió al ataque y preguntó:

—¿En qué trabajas?

Respondió rápidamente y con convicción.

—Tomi y yo trabajamos en el mundo de la moda.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacéis exactamente? insistió como buena periodista.

Con un aplomo digno de una buena actriz, Noelia bebió un trago de su cerveza y dijo convencida de su mentira:

—Somos *personal shoppers*. Tenemos nuestra propia empresa. Se llama Fashion Victim.

Aquello atrajo totalmente la atención de Eva.

— ¡Qué pasóte! Oye, ¿y qué hacéis aquí en Sigüenza? — al ver su gesto puntualizó —, Vaaaale… lo asumo. Soy como dicen mis hermanos una metomentodo, pero creo que mis estudios de periodismo, me han creado una deformación profesional.

Ambas rieron y Noelia acercándose a ella le cuchicheó en plan cotilleo:

— Hasta ayer estuvo alojado en el parador Peter Fenson, un famoso pianista inglés.

— ¿No me digas? Joder, y yo sin saberlo. Podría haber cubierto la noticia — blasfemó Eva.

Con una angelical mirada Noelia se encogió de hombros:

— Lo siento. Pero nuestro contrato no nos permite hablar de los famosetes a los que aconsejamos.

— Vale… lo entiendo — y al recordar en lo que trabajaban sonrió y silbó —. Uooo… me atrae muchísimo vuestro trabajo. Soy una adicta a las compras.

Divertida por ver que había conseguido desviar el interrogatorio fue a decir algo cuando alguien se acercó a Eva y la saludo. Instantes después le presentó a varios de sus amigos y diez minutos más tarde reía y bailaba con ellos. La semioscuridad del lugar y su perfecto camuflaje le hacía pasar inadvertida. Era magnífico poder mezclarse con la gente sin que nadir la reconociera, ni le pidiera una foto o un autógrafo. Era fantástico ser una más.

Una hora después, acalorada por lo mucho que estaba bailando con los amigos de Eva fue al servicio.

Había perdido de vista a Juan y dedujo que se había marchado con la besucona.

Mejor Así no tengo que ver lo que no quiero pensó mirándose al espejo.

Suspiro de rabia, se echó agua en la nuca y salió del aseo. Pero se quedó petrificada al verlo apostado en la purria.

— Vaya... — susurró.

— Sí... Vaya ¡qué coincidencia! Con todos los pubs que hay en Sigüenza y siempre tenemos que coincidir en el mismo — dijo él en tono amenazador.

Llevaba toda la noche muriéndose de celos por cómo esta reía y bailaba con los amigos de su hermana y, cuando vio que se alejaba de ellos, no lo dudó y fue tras ella.

Con la boca seca por la impresión Noelia fue a responder pero él se le adelantó.

— He oído que mañana te marchas.

— Sí.

— ¿Ya has acabado lo que viniste a hacer aquí?

Nerviosa e incapaz de hilar más de dos sílabas volvió a contestar:

— Sí.

Al escuchar sus escuetas respuestas, Juan apoyó sus manos en la pared a ambos lados de la cabeza de ella, y clavándole sus oscuros y enfadados ojos preguntó en tono desafiante:

— ¿Y?

Sus defensas contra el huracán Juan comenzaban a flaquear.

— ¿Y qué? — balbuceó.

Más próximo a ella de lo que él deseaba estar, le susurró cerca de su tentadora boca:

— ¿Lo pasas bien con los amigos de mi hermana?

— Sí. ¿Y tú con la besucona?

Aquel desdén en sus palabras le hicieron

sonreír y acercándose aún más a ella murmuró:

— No. ¿Y sabes por qué? — Cuando ella negó con la cabeza, él siseó—: Porque no me gusta mirar cuando deseo algo, yo prefiero participar.

Aquella mirada. Aquellos labios. Aquella mujer le volvía loco. Cogiéndola de la mano con posesión la hizo entrar de nuevo en el aseo de señoras y tras cerrar la puerta y quedar los dos a solas dijo con aplomo:

— ¿Sabes *canija*? Yo aún no he terminado lo que vine a hacer aquí.

Y sin más la besó. La poseyó con la boca de una manera que hizo que ella se estremeciera. La música del local pareció desaparecer, ambos olvidaron donde estaban mientras sentían que un atroz deseo se apoderaba de ellos.

— Estás preciosa esta noche.

— Tú más...

Seguir enfadado, con ella entre sus brazos, era imposible. Sonrió y aquel gesto tan varonil calentó todavía más la sangre de la joven, que con voz sensual murmuró;

— Gracias... nunca me habían dicho que estaba preciosa.

Ella también sonrió. Juan, con su seguridad, derribaba todas sus defensas de un plumazo. Una mirada suya podía con ella. Pegándose a él y deseosa de su contacto, sintió que la sangre le quemaba y anheló que la poseyera allí mismo. Un gemido de ansia y deseo escapó de sus labios cuando sintió la mano de él subiendo lentamente por su espalda. Aquella gran mano recorrió su cuerpo con movimientos circulares hasta que llegó a su pecho, y cuando lo tocó a través de la tela del vestido, sus pezones respondieron a la llamada del sexo haciéndola respirar con agitación.

—Me vuelves loco, *canija* —susurró con voz áspera—. Es verte y olvido todas las señales que me alertan para que no me acerque a ti. Es tocarte y querer poner en práctica contigo todas las fantasías húmedas que me provocas.

Con la respiración entrecortada, Noelia le escuchaba excitada. Después se lamió los mojados labios, aún calientes por sus besos y susurró:

—Atrévete.

Con una sonrisa peligrosa Juan posó las manos en el trasero de ella con posesión y la alzó en volandas. La apoyó contra la puerta del aseo y ella le rodeó la cintura con las piernas. Excitado por aquel *atrévete*, metió sus manos bajo el vestido y mirándola a los ojos con morbo se lo subió. Ella se estremeció y gimió.

Juan comprobó con deleite que las medias que ella llevaba solo llegaban hasta los muslos y eso le volvió loco. Sin contemplaciones tiró del tanga y lo rompió, hasta que por fin sus grandes manos tocaron el terciopelo húmedo que tanto deseaba.

—¿Quieres que continúe? —susurró él mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Ella no pudo decir nada, tan solo asintió. Sabía que aquel lugar, un baño público, no era el más apropiado. Si la prensa se enteraba de aquello sería un tremendo escándalo, pero no le importó. Le pudo más el deseo y dispuesta a todo murmuró:

—Sigue…

Su tono ronco y excitado estremeció a Juan y sin dejar de mirarla los ojos y deseoso de arrancarle mil jadeos más de placer, le introdujo entre los húmedos pliegues de su sexo uno de sus dedos mientras le susurraba:

—Mírame…

Hechizada por aquel momento le obedeció. Fijó

su mirada en él y cuando sintió que Juan metía dos dedos y jugaba con su sexo, se chupó los labios y exigió:

— Bésame... bésame.

Juan tomó posesión de aquellos tentadores labios y, entre gemidos, sintió su sexo duro dispuesto para entrar en acción. Entre jadeos, y sin perder un segundo, Noelia le desabrochó el cinturón de cuero y después la cremallera del vaquero. Cuando este resbaló entre sus piernas ella suspiró. Metió su mano bajo el bóxer negro y tocó con mimo su pene. Incapaz de continuar aquel juego de toqueteos, Juan le retiró la mano y cogiendo su duro y terso pene lo colocó entre las piernas de ella y de una certera estocada la penetró mientras la tenía en volandas contra la puerta. Ambos jadearon por la intensidad del momento y la situación y Juan, enloquecido, la besó robándole el aliento mientras animado por como ella lo recibía entraba y salía de su interior una y otra vez.

Cuando el calor comenzó a humedecer sus frentes y parecía que ambos iban a explotar, Noelia arqueándose entre sus brazos gritó satisfecha al sentir un maravilloso y devastador orgasmo que endureció aún más a Juan. Sentir la humedad alrededor de su pene, ver su gesto sensual y notar como los músculos internos de ella se aferraban a su miembro, le hizo perder el control y tras varias estocadas más, el atlético cuerpo del policía finalmente se tensó y tras soltar un varonil gruñido de satisfacción se liberó.

Apoyados el uno contra el otro, agolados y exhaustos por la intensidad de lo ocurrido, acompasaron sus respiraciones mientras sentían que la tensión vivida en aquel baño público se relajaba. Había ocurrido lo inevitable. Lo que ambos habían deseado y ya no había vuelta atrás. Irguiéndose todavía más entre sus brazos, Noelia le miró. Se le veía cansado y sin resuello, sin embargo, clavó su oscura mirada en ella y dijo con seguridad:

— Vayamos a mi casa.

No lo dudó. Salió del baño sin importarle las caras de sorpresa de las mujeres que golpeaban la puerta, y en especial la de Paula, la pechugona, que con gesto de enfado les seguía con la mirada. Feliz por ir cogida de la mano de Juan, y dispuesta a repetir lo que acababa de pasar instantes antes en el baño, pasó junto a Tomi, Eva y Menchu, les guiñó un ojo y se marchó.

33

La sesión de sexo entre dos amantes cuando se desean es fructífera e interminable, y eso fue lo que ocurrió. Guando llegaron a casa de él, su erótico juego de seducción continuó durante horas con grandes dosis de morbo, seducción y pasión. Sobre las cinco de la madrugada, agotados y felices, bajaron a la cocina para reponer fuerzas. Estaban hambrientos.

— ¿Qué te apetece? — preguntó él abriendo la nevera solo vestido con unos bóxer negros—. ¿Quieres que preparemos algo o prefieres leche con algún dulce?

La palabra dulce le hizo suspirar y acercándose provocativamente a él susurró mientras tocaba su duro abdomen y su sensual tatuaje del brazo.

— Mmm para dulce ya te tengo a ti.

Juan sonrió y besándola la izó sobre la encimera de la cocina e indicó:

— Si sigues mirándome así con esos preciosos ojos y diciéndome esas cosas, creo que al final me voy a decidir por comerte a ti. Por cierto, ¿te he dicho que tienes los ojos más azules que he visto en mi vida?

— No… pero acabas de decírmelo.

Él soltó una risotada y hechizado por su pícaro gestó la besó y segundos después la camisa que ella llevaba cayó sobre la encimera.

— Juan… — rio al ver como rápidamente se animaba—. Comamos algo antes de que caigamos desfallecidos.

Divertido, la soltó y ella volvió a colocarse la camisa sobre los hombros. Una camisa que, por cierto, olía muy bien a él. Juan sacó de la nevera huevos y embutido, y de un armario, pan de molde y una caja con bollos.

— ¿Quieres cocinar? — pregunto mirándola.

— ¡¿Yo?! —respondió sorprendida. Pero sin querer dar más explicaciones preguntó—: ¿Tienes mayonesa?

— Sí.

— ¿Pavo?

— Sí.

— ¿Y lechuga?

— También.

— ¡Genial! Estoy hambrienta sonrió ella al ver la mesa repleta de comida.

— Come *canija*... come —rio divertido al verla animada abrir el bote de mayonesa.

Cinco minutos después, sorprendido, observó como ella engullía con un apetito voraz un sándwich de tres pisos con mayonesa, pavo y lechuga. Una vez acabó con aquello, mientras charlaban la vio dudar, pero finalmente cogió un paquete de galletas Oreo. Lo abrió con cuidado, sacó una de las oscuras y redondas galletas y acercándosela a la nariz murmuró:

— Mmm... ¡qué rico! Me encanta el dulce y las Oreo son mi debilidad.

Juan preguntó sorprendido:

— ¿Y por qué en casa de mi padre comiste tan poca tarta en el cumpleaños del abuelo? Si mal no recuerdo dijiste que no le gustaba el dulce.

Sonriendo como una chiquilla asintió y tras morder la galleta reveló:

— Adoro el dulce. ¡Me vuelvo loca por el dulce! Pero no puedo permitírmelo. Ya sabes, he de mantener la línea para mi público. Cuando firmo un contrato, no puedo incumplirlo y eso significa no engordar más de cien gramos. Pero es que es ver estas galletas ¡y volverme loca!

Aquello a él le hizo gracia, pero calló. Era evidente que Noelia era de complexión delgada y estaba seguro de que por mucho que comiera, poco engordaría.

— ¿Qué tal se te presentan las Navidades? — preguntó Juan con curiosidad.

— Uf... pues como todos los años. Mi padre organizara una de sus grandes fiestas en la casa de Beverly Hills, y bueno, aunque no es lo que más me divierte asistiré y luego ya veré... — sin querer pensar en ello le miró y preguntó— ¿Y las tuyas?

Juan al pensar en ellas sonrió. Su familia para eso era muy tradicional.

— Familiares y llenas de regalitos como siempre. Además, este año libro todas las fiestas, por lo que no podré escaparme del acoso de mis hermanas — sonrió al decir aquello— . Cenamos y comemos durante todas las fiestas, ya sabes, Navidad, Nochevieja y Reyes en casa de mi padre. Es una tradición y, como tal, la respetamos. Pero vamos, no han comenzado y ya estoy deseando que llegue el día seis de enero para que mi vida vuelva a su normalidad y yo vuelva a recuperar mi independencia.

— Vaya... pues sí que lo celebráis — sonrió encantada con lo que oía.

— Demasiado — asintió él— . Mamá era una persona muy familiar y nos acostumbró a todos a reunimos en esas fechas. Y aunque ella ya no está, lo seguimos haciendo por papá y el abuelo. Bueno, la verdad, y aunque no lo confesaré nunca

delante de mis hermanas, me gusta disfrutar de todos ellos en estas fiestas.

—Tienes suerte, mucha suerte —asintió al escucharle—. Yo no recuerdo haber tenido nunca unas Navidades tan familiares. Ni siquiera cuando mi madre vivía.

Juan no quiso preguntar sobre aquello. Recordó haber leído que la madre de Noelia murió cuando ella era pequeña. Pero finalmente y tras un tenso silencio la joven mordisqueó con cuidado su galleta y murmuró:

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años. No pudo soportar más la falta de atención de mi padre hacia ella y sin pensar en mí... se suicidó.

—Lo siento —susurró sin querer ahondar en el tema.

—Y yo —asintió con tristeza—. Yo lo sentiré toda mi vida.

—Debió ser terrible. Eras una niña y...

—Lo fue —cortó ella. No le gustaba hablar de aquello—. ¿Pero sabes? A otros niños una desgracia así los marraría toda la vida, pero a mi me hizo ser fuerte y entender que la vida hay que vivirla y disfrutarla al máximo. Mi abuela me enseñó a no desaprovechar los momentos.

—¿Y tu padre? —preguntó al recordar al imponente hombre que apareció años atrás en Las Vegas.

—Él y su magnifica mujer, Samantha, prefirieron sus fiestas y sus amigos a prestar atención a una niña. Mi padre se limitó a hacer conmigo lo que hizo anteriormente con mi madre... nada. Siempre me considero un problema —recalcó aquella palabra—, y prefirió seguir viviendo su glamurosa vida en Los Angeles a cuidar de unos niños. Y cuando digo niños incluyo también a Tomi. Mi tía se subió al carro de la fama de mi padre y bueno..., —al ver que una extraña

tristeza la embargaba se retiró el pelo de la cara y asintió con decisión—. Sinceramente con mi abuela y su cariño, a mi primo y a mí no nos faltó nada. Aunque desde que ella no está, ya nada es igual y…

— Lo siento, canija, lo siento mucho — susurró con cariño al sentir su tristeza. Sabía poco de ella, pero por lo poco que le contaba, sus vidas no podían haber sido más diferentes.

— Bah. No te preocupes. Todo eso ya está superado. Soy adulta e intento vivir la vida lo mejor que puedo — y para desviar el tema dijo animada— : Este año en Navidad, asistiremos a la fiesta que organiza un amigo de Tomi en el Plumber. Estoy segura de que será muy divertido. Por cierto, ¿te gustaría venir con nosotros?

Aquella invitación le pilló a Juan tan de sorpresa que solo pudo decir:

— Me halaga tu invitación, pero mi Navidad esta aquí, con los míos.

Noelia asintió. Le entendía. Si su abuela continuara viva, no se plantearía fallarle nunca. Durante más de veinte minutos hablaron sobre sus distintas familias, hasta que ella recordó algo, cogió su bolso, y lo sacó:

— Toma. Esto es para ti.

— ¿Para mi? ¿Qué es? — y al abrirlo sonrió.

— Eran unos CDs de música. Marvin Gaye, Ray Charles y alguno mas. La joven, al percibir que su regalo le bahía hecho gracia, le quito uno y pregunto;

— ¿Dónde tienes el equipo de música?

— En el salón y en el dormitorio.

Con gesto pícaro cogió un pañuelo de seda de su bolso Loewe, le miró y preguntó:

— ¿Me permites que te enseñe la música que me gusta a mí?

— Por supuesto, pero ya sabes que lo mío es el heavy metal.

Ella le tendió la mano y él, captando la indirecta, se la cogió y la guío hasta el equipo del salón. Una vez allí, sonrió con picardía.

— Voy a taparte los ojos con este pañuelo

— dijo.

— ¡¿Cómo?! — preguntó sorprendido.

— Solo quiero que te centres en lo que vas a oír, no pienses cosas raras ¿vale?

— Me van las cosas raras ¿no lo sabías? — rio atrayéndola para besarla.

— Quita y escucha — sonrió divertida tras besarle.

Sin entender bien lo que iba a hacer se agachó para que ella le tapara los ojos con el suave pañuelo quedándose parado en medio del salón. Una vez le tapó los ojos ella abrió el CD de música y tras sacarlo de su estuche e introducirlo en el equipo, pulso play. Los primeros acordes comenzaron a sonar, y divertido por aquel juego sintió que ella le echaba los brazos al cuello cuando la escuchó susurrar en su oído.

— No hables. Déjate llevar por la melodía y disfrútala.

Sin más, comenzaron a bailar muy pegados en el salón, mientras escuchaban la sugerente voz de Beyoncé cantando aquel lento y sensual R&B.

At Last my love. has come along / Al fin mi amor ha llegado *My lonely days are over* / Mis días solitarios han acabado *And life is like a song* / Y la vida es como una canción *At Last* [... J / Al fin [...]

Aturdido por su cercanía, su suave olor y la letra de la canción, Juan hizo lo que ella decía y se dejó llevar por la música. Aquel ritmo lento y sensual. Aquella voz pausada y llena de emoción y la suavidad de la mujer que tenia entre los brazos le hicieron sentir cosas que hasta ese instante nunca había imaginado. Particularmente nunca había creído en lo que la gente denominaba amor, pero de pronto, una necesidad extraña de protegerla se instaló en su estómago al bailar con ella aquella canción.

[...] *You smile, you smile* / Tú sonríes, tú sonríes *Oh, and then the spell was cast*/ Oh, y me hechizaste *And here we are in heaven* / Y aquí estamos en el cielo *For you are mine at last*/ Porque eres mío, por fin

Mientras duró la canción, ninguno de los dos habló. Simplemente bailaron y disfrutaron de uno de aquellos momentos mágicos que la vida regala con dosificador, donde sobraba todo excepto ellos dos y aquella canción. Con los ojos aún vendados le repartió dulces y calientes besos por el cuello, mientras sentía unos deseos irrefrenables de tumbarla en el suelo y hacerle el amor. Ninguna mujer le había hecho sentirse tan vulnerable y eso le tensó. Noelia, aquella mujer inalcanzable, en pocas horas había conseguido derribar las defensas que durante años ninguna fémina derribó y eso comenzó a preocuparle. Pero dispuesto a disfrutar del momento y de la compañía, simplemente se dejó llevar. Cuando la sensual melodía acabó, Noelia abrió los ojos con el corazón latiéndole a mil y aún entre sus brazos preguntó quitándole con delicadeza el pañuelo de los ojos:

— ¿Te ha gustado la canción?

Sorprendido porque hubiera terminado y estuviera aún sobrecogido por el momento vivido, Juan, abrió los ojos y la miró. ¿Qué había pasado allí? Nunca se había dejado cautivar así por una melodía, ni por una mujer, y ella lo había conseguido con una simple canción. La gran diva del cine americano, aquella que la miraba con sus preciosos ojos azules, con algo tan sencillo como una canción, le estaba desbaratando el corazón. Entonces lo supo, tenía un grave problema, pero intentando aparentar normalidad respondió con voz ronca:

— Me ha encantado.

Aturdida por el efecto causado al bailar, se separó de él unos centímetros intentando poner sus ideas en orden.

— Adoro esta canción.

— Es bonita, *canija*... tan bonita como tú.

Tratando de romper aquel momento mágico, Noelia se desbloqueó y sonrió como si no hubiera ocurrido nada especial entre ellos.

— Yo la utilizo para relajarme. Si estoy tensa por un rodaje me la pongo veinte veces seguidas y me relaja. Recuérdalo. Cuando estés tenso esta canción te destensará. Venga, volvamos a la cocina — animó ella.

Desconcertado por las irrefrenables ganas que sentía de abrazarla y protegerla la siguió. Ya en la cocina, ella, nerviosa, sacó su pitillera del bolso y se encendió un cigarrillo y al ver el gesto de Juan, dijo antes de que él pudiera abrir la boca:

— Me lo voy a fumar, quieras tú o no.

Levantando las manos sonrió y mientras ella fumaba, él se encargó de guardar las sobras de lo que se habían preparado en el frigorífico, mientras intentaba ordenar sus ideas. ¿Qué demonios había pasado en el salón? Recogió la mesa y se sentó frente a ella, turbado:

— ¿ibas a marcharte sin despedirte?

— Sí...

— ¿Por qué?

— No lo creí oportuno.

— Aprecio tu sinceridad.

Al sentir su desconcertada mirada, se retiró el pelo de la cara de aquella manera que a él tanto le gustaba y aclaró:

— ¿Cómo iba a despedirme de ti con lo que nos dijimos el último día que nos vimos? — y con una media sonrisa murmuró—: Y siento que por mi culpa bajaras tu listón en cuanto a tus conquistas.

Escuchar aquel reproche le hizo sonreír y añadió:

— Eso que dije fue una tontería. Créeme.

— Vaya... — susurró al escucharle.

— Tú eres preciosa y lo sabes. Y...

— Pero no exuberante — cortó ella.

— Noelia, tú eres mucho mejor que todo eso. Créeme. Y te pido disculpas por lo que te dije. Fue imperdonable y estaba fuera de lugar — aclaró.

— Perdonado — murmuró deleitándose en su sensual mirada—. Por mi parte, espero que me disculpes por lo que yo también te dije.

— Perdonada.

Su mirada y la dulzura de su sonrisa provocaban que el corazón de Noelia latiera desbocado. Juan era tan natural, tan atento y tan auténtico que era imposible no enamorarse de él. Sin poder evitarlo miró el reloj digital de la cocina. Las seis menos cuarto. En unas horas debería

regresar al parador donde la esperaba su primo. Juan al ver hacia donde enfocaba su mirada y cómo fruncía el ceño preguntó:

— ¿A qué hora sale tu avión?

— A las ocho y media de la tarde — respondió antes de resoplar— . Queremos salir a las cinco y media del parador para llegar con tiempo al aeropuerto.

— ¿Irás en jet privado?

— No. Tomi ha sacado billetes en un avión comercial. Eso sí, en Bussines Class— rio al decir aquello aunque después murmuró— : Estoy segura que ya habrá decenas de periodistas en el aeropuerto esperándome. ¿Cómo se enterarán siempre?

Aquel comentario y, en especial, sus graciosos ojos azules le hicieron sonreír.

— Es su trabajo. Deben estar informados para poder dar la noticia — dijo recordando a su hermana Eva.

— Pero Juan, ¿qué importancia tiene sacarme caminando por el aeropuerto?

Aunque él estaba convencido de que ella tenia razón, sabía que el mundo del papel cuché funcionaba así. Se encogió de hombros y tras una sonrisa maravillosa indicó:

— Eres Estela Ponce. Una de las grandes divas de Hollywood. No lo olvides.

— No lo olvido. Aunque a veces ante las impertinentes preguntas de los periodistas me gustaría gritarles: ¿Y a ti qué te importa?

— Hazlo — sonrio él.

— No puedo. Bueno más bien, no debo.

— Ah, no… — se mofó el,

— Pues no. Cualquier mal gesto, cualquier palabra más alta de lo normal, se escudriña en busca de un doble o triple significado ¡si yo te contara! — dijo sonriendo, y él le correspondió con otra sonrisa— . A veces me gustaría simplemente ser Noelia. Solo Noelia — susurró.

Juan se levantó de su silla, se acercó hasta ella y poniéndose en cuclillas murmuró:

— Nos queda poco tiempo. Apenas unas horas para estar juntos.

— Si.

Se miraron y durante unos segundos ninguno habló.

— Es una pena que tengas que marcharte — dijo finalmente Juan rompiendo el silencio.

Noelia asintió.

— He de regresar. Creo… creo que lo mejor es que ambos retomemos nuestras vidas cuanto antes.

Perdiéndose en la calidez de sus ojos, Juan lo lamentó. Apenas la conocía, pero lo que ella le había transmitido nada tenía que ver con la feliz y alocada vida que conocía de ella a través de la prensa. Le gustaría conocerla mejor pero solo pensarlo era una locura. Sus vidas eran tan dispares que era imposible pensar en algo más. Dispuesto a hacerla sonreír el tiempo que estuvieran juntos, por sorpresa, la aupó entre sus brazos.

— ¡Ehhh! — gritó ella divertida.

Subiendo las escaleras con ella entre sus brazos un encantado y natural Juan, tras besarla

en la nariz murmuró aún excitado por lo ocurrido minutos antes en el salón:

— Tengo más hambre y como me he dado cuenta que hoy eres mi debilidad, he decidido comerte a ti.

Subieron entre risas a la planta de arriba y, sobre la enorme cama de la habitación de Juan, hicieron apasionadamente el amor.

34

Con tristeza, hastío y desgana, Juan la llevó al parador a las ocho y diez de la mañana mientras escuchaban Aerosmith en el coche. El día era oscuro y gris y amenazaba con lluvia. A las nueve tenía que estar en la base de Guadalajara para dar una clase teórica sobre armamento a un grupo de geos. Por primera vez desde que entró en aquel cuerpo de élite Juan deseó poder olvidarse del trabajo. Pero no, no podía hacerlo. Muchos hombres y en especial muchas vidas dependían de que él cumpliera con lo estipulado.

En el interior del coche los dos se besaban incapaces de despedirse cuando el CD se acabó y se escuchó en la radio.

Gorrioncito que melancolía.
En tus ojos muere el día ya [...] yo sin ti... moriré.

Sin saber por qué los dos se miraron y supieron que estaban retrasando la despedida. Finalmente Juan suspiró.

— Me ha encantado volver a verte, a pesar de que al principio pensé que serías una auténtica molestia — dijo.

— Lo sé, me lo hiciste saber, en especial cuando te perseguía haciendo footing por el campo — murmuró haciéndole reír.

— Te pido disculpas por ello. A veces soy algo...

— ¿Rudo? ¿Descortés? ¿Grosero? — preguntó divertida.

— Canija, si sigues diciéndome esas cosas tan amables, te juro que te volveré a tapar la boca con lo que tú ya sabes.

Recordar aquel momento y, en especial, la

cinta americana les hizo sonreír.

— ¿Sabes?

— ¿Que?

— Me encanta que me llames *canija*... me gusta mucho.

— *Estrellita* me quedo claro que no — se mofó él mientras la voz de Sergio Dalma inundaba el interior del coche— . Por cierto, gracias por los CD de música, creo que van a gustarme mucho.

— Vaya... me alegra saberlo...

Ambos sonrieron, pero la tensión acumulada por el momento se percibía en sus rostros. Finalmente, la joven intentando desviar el tema dijo;

— Por cierto, despídeme de tu familia — abriendo su bolso, sacó una agenda y de ella una foto suya en la que escribió algo y se la entregó— : Toma, dásela a Carlos para su mujer. Se lo prometí.

Juan asintió. Pensó en pedirle una para él, pero finalmente desistió. Mejor no.

— ... y dile a tu padre y al abuelo Goyo que siento lo de la fabada. Aunque casi es mejor no haberles hecho pasar por esa terrible experiencia — se mofó.

— Se lo diré — rio él— . Pero conociéndolos sentirán mucho no haber podido despedirse personalmente de ti. En especial el abuelo. En ti había encontrado una aliada para fumar.

Emocionada asintió y dándole vueltas a las gafas que tenía en sus manos murmuró:

— No les digas la verdad de quién soy. Creo que les decepcionaría y…

— Nunca les decepcionarías. Pero, tranquila, nuestro secreto seguirá siendo nuestro. Te lo prometo. Aunque sé que mis hermanas me someterán al tercer grado durante algún tiempo preguntándome por ti.

Pensar en aquellas personas que la habían tratado como a una más de la familia sin apenas conocerla, la emocionó. Y, sin poder evitarlo, los ojos se le encharcaron de lágrimas.

— Juan, tienes una familia increíble. Cuídales mucho.

Al ver sus vidriosos ojos la atrajo hacia sí y la abrazó. Aquella mujer a pesar de vivir rodeada de lujo y glamour, debía sentirse muy sola… demasiado sola. Conmovido por el momento la besó en la cabeza y susurró:

— Eh… canija. ¿Desde cuándo una diva del cine llora?

Secándose rápidamente las lágrimas de sus azulados ojos, sonrió y dijo a modo de disculpa:

— Soy una sensiblera. Tenías que haberme visto cuando gané el Globo de Oro. Estuve llorando un mes. Es más, cada vez que veo la estatuilla sobre la chimenea de mi habitación, aún lloro.

— Pues estás nominada a los Oscar. ¿Qué harás si ganas? — bromeó él.

— Llorar a mares.

— Te propongo algo mejor — rio el— . Cuando sientas que estás a punto de llorar y no quieras hacerlo, piensa en algo o alguien divertido y eso te hará sonreír. Pruébalo. Es efectivo.

— Vale… lo recordaré.

Sin poder evitarlo volvió a besarla. Iba a echar de menos aquella dulzura y, en especial, su chispa para hacerle sonreír. Algo que pocas mujeres

conseguían. Cuando se separó de ella murmuró mirándola a los ojos:

— Volver a verte ha sido lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo. Lo mejor — insistió —. Y, por mucho que me gustaría que te quedaras, es mejor que te marches porque, sinceramente Noelia, yo no tengo nada que ofrecerte. Nada.

El nudo de emociones que pugnaba por salir de su garganta solo le permitió asentir. Él tenía razón. Era mejor acabar cuanto antes con aquello. Las despedidas nunca le habían gustado y aquella no estaba siendo nada fácil. Tantos sentimientos pululando a su antojo estaban empezando desquiciarla.

Juan, intentando mantener su autocontrol y disciplina, algo para lo que estaba muy preparado por su trabajo, con una candorosa sonrisa indicó:

— Si vuelves a venir a España, ya sea por la promoción de alguna película o simplemente porque te apetezca volver a comer en mi cocina un sándwich de pavo, lechuga y mayonesa, por favor, házmelo saber ¿de acuerdo?

— Por supuesto — asintió con una triste sonrisa.

No quería apartar sus ojos de él. Quería retener todos y cada uno de los detalles de aquel hombre. Deseaba grabar su perfume, su sonrisa… todo, pero los minutos en el reloj pasaban y él tenía que marcharse, Noelia decidió terminar con aquella agonía. Él lo había dejado muy claro, no tenía nada que ofrecerle. Abrió la puerta del coche, y le dio un rápido beso en los labios.

— Juan… es mejor que me vaya, si no al final llegarás tarde a trabajar, y entonces sí que pensarás que he sido una molestia — él sonrió — Mira, no te voy a decir adiós, porque nunca me ha gustado esa palabra, mejor lo dejamos en un hasta pronto. ¿De acuerdo?

— Hasta pronto, *estrellita* — respondió él con

voz ronca.

Con una teatral sonrisa en los labios, Noelia cerró la puerta del coche y una vez fuera movió la mano a modo de despedida. Durante unos segundos la observó. Necesitaba tanto como ella recordar todos y cada uno sus preciosos rasgos. Pero, finalmente, al verla caminar hacia el interior del parador, quitó la radio y aquella triste canción y pulsó *play* en el reproductor del coche. La música cañera de Metallica le hizo despertar. Pisó el acelerador y se marchó. El mundo debía de continuar incluso sin ella.

35

Las horas en la base de los geo pasaban lentamente y el humor del inspector Juan Morán iba de mal en peor. Tras dar por la mañana la clase teórica a un grupo de los geos, salió a correr varios kilómetros con unos compañeros, pero le fue imposible concentrarse. Solo podía pensar en ella.

Su mente recreaba una y otra vez su sonrisa, sus labios, su dulce mirada, y recordar su modo de decir «vaya…» cuando se sorprendía inexplicablemente le hacia sonreír.

A la hora de la comida, Carlos que se había percatado de la ceñuda mirada de su amigo, cogió su bandeja y se sentó junto a el al fondo del comedor.

— Buena me la liaste anoche, *nenaza*. Ni te cuento como se puso la fiera de Paula al ver que te marchabas con otra.

Sorprendido por aquello Juan levantó la vista de su plato.

— ¿Paula os la lió? Pero si ella y yo sabemos lo que existe entre nosotros.

— Lo sé tío, lo sé. Pero el rechazo en vivo y en directo ante todo el mundo jode, y anoche a Paula la jodiste pero bien.

— ¿Cómo se te ocurrió hacerlo tan descarado? Si tenías claro que en el Croll iba a estar E.P. ¿Por qué no despachaste a Paula y luego fuiste al Croll?

Comprendía el reproche de su amigo. Lo había hecho mal. Muy mal.

— Luego la llamaré y le pediré disculpas.

— Harás bien. Porque como tú has dicho Paula es una tía que tiene las cosas tan claras como tú, pero eso no quita que le moleste si le hacen una jugada como la de ayer.

Juan volvió a asentir. No quería pensar en Paula, bastante tenía con Noelia. durante unos minutos ambos comieron en silencio, hasta que al recordar algo, se metió la mano en el bolsillo derecho de la camisa del uniforme y puso algo sobre la mesa.

— Toma. Ella me ha dado esto para ti.

Carlos, al ver el papel, lo cogió y al darle la vuelta vio una foto de la actriz y leyó en voz alta:

— «Con todo mi cariño y admiración para Laura. Espero que algún día pueda llegar a conocerte. Un beso, Estela Ponce».

— ¡Joder! Mi *churrita* va a flipar cuando vea esto.

— No lo dudo — gruñó Juan sin parar de comer.

Carlos se guardó la foto satisfecho y preguntó a su taciturno amigo:

— Bueno qué... ¿Cuándo pensabas contarme lo que está ocurriendo? ¿Cómo apareció en tu vida? ¿Desde cuándo os veis?

Soltando el tenedor de mala gana sobre el plato, Juan contestó:

— Apareció hace unos días. Me preguntó si yo era el policía que la había salvado en el Ritzy... — soltó una risotada— , yo la eché literalmente de mi casa.

— ¿Echaste a E.P. de tu casa?

— Sí.

Sorprendido por aquello Carlos cuchicheó:

— Tío sabía que eras tonto, pero no tanto.

— Luego ella me persiguió cada mañana por el campo mientras hacíamos footing y yo la rechacé.

— Joder, me estás dejando alucinado. Ese bombón, deseado por media humanidad, te perseguía y tú la rechazabas.

— Después la vi en el Croll con Damián y Lucas — continuó sin escucharle —. Al principio no supe que era ella, se había oscureció el pelo y se puso lentillas para pasar desapercibida y yo… yo…

Desesperado se rascó la cabeza ¿verdaderamente había ocurrido lo que contaba?

— A ver, relájate macho que te estoy viendo muy afectado — susurró Carlos mirando a su alrededor. Nadie podía enterarse de aquello o se formaría una buena.

— Esa noche la salve de las garras de Lucas porque estaba borracha, la llevé a mi casa, y no ocurrió nada. Pero desayunamos juntos y empecé a sentir que era algo más que la actriz que vemos en el cine, entonces volví a quedar con ella y…

— ¿Te acostaste con E.P.? Joder tío… eres mi héroe.

Sin contestar, ni prestar atención a lo que su amigo decía Juan continuó.

— Anoche vi a Menchu en el restaurante, y ella me confirmó que se marchaba a Los Angeles y deseé volver a verla. Por eso os propuse ir al Croll. Luego allí, cada vez que ella sonreía y hablaba con otro me sentía enfermo y…

— Eso en mi pueblo se llaman celos — cuchicheó su amigo.

— No. Yo no soy celoso.

— Querrás decir… eras.

— No. No lo soy — afirmó con rotundidad.

— Joder tío, no me seas *nenaza* — rio Carlos —. ¿Estás celoso? Eso que has sentido se llama celos. Esa mujer te gusta y te gusta de verdad. Aunque bueno, lo raro sería que no te gustara, E.P. que es un bombón además de divertida e ingeniosa, anda vez que recuerdo como se metió a

toda tu familia en el bote la otra noche ¡lo flipo!

Al escuchar aquello Juan se paralizó. En su vida había sentido celos por ninguna mujer. Pero realmente la noche anterior, cada vez que veía que Noelia bailaba o reía con alguno de los amigos de su hermana, se ponía enfermo. Sobrecogido por lo que acababa de descubrir, miró a su amigo que con una tonta sonrisa le miraba y preguntó:

— ¿Por qué coño me miras así?

— Tío… estás perdido. Te has colado por tu exmujer, que curiosamente es… E.P. *¡casina!*

— ¡Quieres dejar de llamarla así!

— No… colega. E.P. nadie sabe quién es. Pero si digo su nombre al completo ¿crees que la gente no sospechará?

Carlos tenia razón y tocándose los nudillos fue a hablar cuando aquel prosiguió.

— ¿Has dicho que hoy se marcha?

— Si.

— ¿Regresa a su perfecto mundo?

— Si.

— ¿Te jode que se marche?

— Sí — siseó desesperado.

— Pues entonces ¿qué coño haces aquí sentado sin impedirlo?

Desconcertado, Juan le miró. ¿Qué pretendía su amigo que hiciera? Ella era una estrella del maravilloso y luminoso Hollywood y él simplemente un policía español que nunca iba a poder ofrecerle

nada de lo que ella tenía ahora.

— Pero ¿qué quieres que haga?

— Joder, macho, pues lo normal en estos casos, impedir que se vaya. Si realmente te gusta, haz algo. No te quedes aquí cuajado y con cara de tonto.

— Es imposible Carlos. Ella es…

Sin dejarle terminar su amigo interrumpió:

— Sí. Ella es quién es ¿y qué narices pasa? A ver tío listo ¿Qué probabilidades había de que ella y tú os conocierais? Y menos aún de que volvierais a coincidir. — Al ver que Juan no contestaba prosiguió— . Joder, macho, que estás cosas solo pasan una vez en la vida y a ti te ha pasado dos veces y con la misma persona. ¿No crees que será por algo? Vale… os separan muchas cosas, entre ellas medio mundo, y un montón de ceros en la cuenta corriente, pero no me jodas hombre… si esa mujer te gusta ¡a la mierda el resto! Búscala, vive el momento y mañana que salga el sol por donde tenga que salir. Pero no te quedes con las ganas de saber lo que podría haber pasado.

— Vaya… — susurró Juan y rio como un tonto al darse cuenta que acababa de utilizar la misma expresión de sorpresa que utilizaba ella.

La positividad y empuje de Carlos le hizo reaccionar. Conocer a Noelia era una locura pero le gustaba esa locura. Miró su reloj. Las cinco menos diez.

— Ve a hablar con Sotillo — le animó Carlos— . Cuéntale lo que quieras. Estoy seguro de que no te pondrá ningún impedimento para salir. Te conoce y sabe que tú no te ausentarías de la base si no fuera por algo importante.

Juan se tocó la barbilla ¿debería hacerlo? Pero tras pensar en ella, lo vio claro. Debía intentarlo. Emocionado, Carlos siguió a su amigo hasta el

despacho del superior. Diez minutos después este salía con una grata sonrisa en los labios.

— ¡Perfecto! — aplaudió Carlos, y al verle correr hacia donde tenían aparcados los coches gritó —. ¿Dónde vas así vestido?

Levantando la mano a modo de despedida Juan no contestó. Deseaba llegar cuanto antes al parador. No tenía tiempo para cambiarse de ropa.

36

En la habitación del parador de Sigüenza, la joven estrella de cine miró por última vez por la ventana. Deseaba que aquel paisaje invernal y su paz la acompañasen el resto de su vida. Cerró los ojos y pensó en Juan, en su sonrisa, en su voz, en su mirada cuando le hacia el amor.

— *Oh my God*! ¡Basta de martirizarse! — gritó de pronto.

Abrió los ojos, cogió su bolso y sin pensar en nada más salió de la habitación.

En la recepción del hotel, Paula, con gesto agrio observó salir a Menchu. No entendía la amistad que la unía a aquel mariquita y la joven que lo acompañaba, y que, además, la noche anterior le había privado de Juan. Deseó ir a reprenderla, pero al estar atendiendo a los nuevos huéspedes en el mostrador no pudo y se quedó con las ganas. Sin embargo, cuando vio aparecer a la joven morena, y recordó lo ocurrido la noche anterior, llamó a un compañero para que la sustituyese y salió escopetada tras ella.

— Un momento, señorita.

Noelia, al escuchar aquella voz, se detuvo, y no se sorprendió al ver quien era la que la llamaba. Dejando su gran bolso de Loewe en el suelo, se colocó bien la peluca y esperó a que aquella llegara hasta ella.

— ¿Se marcha ya? — preguntó Paula.

— Sí. En este instante.

Paula pareció intuir que ella sonreía bajo sus gafas oscuras.

— Me alegra saber que se marcha ¡por fin!

— Muy amable — suspiró Noelia.

Acercándose más a ella Paula, murmuró casi en su oído.

— Y en cuanto a lo de anoche, quiero que

sepas, maldita zorra que espero que algún día te hagan lo mismo. Yo era quien estaba con Juan y tu lo engatusaste a saber con que malas artes y te lo llevaste para acostarte con el ¿verdad? pero no lo olvides, quien vive aquí soy yo, y no tú. Tú habrás podido gozar de una noche con él, pero yo disfrutaré de él todas las demás.

Al escuchar aquello, Noelia se tensó. Imaginar a Juan acostándose con aquella pechugona le revolvía el estomago. Pero le gustara o no, ella tenía su parte de razón, aunque no pensaba permitió que la faltara al respeto de aquella manera.

— Oh... Oh. Oh... Disculpe señora —siseó Noelia marcando un espacio—, ¿Desde cuándo usted y yo nos tuteamos?

Paula, que no esperaba aquella reacción, se quedó paralizada y Noelia continuó:

— Que yo sepa usted trabaja aquí y yo aún soy cliente del parador. ¿Lo la olvidado? Por lo tanto, si no le importa, me gustaría que me tratara con respeto y no como acostumbra a tratar a la pobre gente que trabaja con usted. Y en cuanto a mi vida privada, a usted precisamente no tengo que darle ninguna explicación. Pero déjeme decirle que yo no viviré aquí en Sigüenza, pero usted sí que trabaja aquí ¿verdad?

Aquella asintió y Noelia prosiguió:

— Pues entonces no olvide que yo aquí soy el cliente, y si no quiere tener problemas cierre la boca, deje de insultarme y aléjese de mí antes de que decida quéjame a dirección para que la pongan de patitas en la calle ¿me ha entendido?

Paula, a punto de explotar, no tuvo más remedio que recular. La gente les miraba, y le gustara o no, tenía que saber comportarse en su lugar de trabajo, y se había dejado llevar por la pasión, roja como un tomate se dio la vuelta y se marcho. Noelia, enfadada por lo que aquella pechugona había dicho, se agachó, cogió su bolso Loewe y continuó su camino hacia el exterior.

En el aparcamiento del parador, y ajenos a lo ocurrido, Tomi se despedía de una lacrimosa Menchu.

— Te espero en mi casa, *Darling*. No lo olvides ¡Te encantara! cuando vengas a verme le llevaré al Golden y a VaniTy. Te presentaré a los *boys* mas guapos que habrás visto en tu *life* y ya veras lo bien que lo vamos a pasar.

Emocionada por la amabilidad de Tomi, mientras sostenía en la mano la tarjeta con todos sus datos que este le había entregado murmuró:

— Gracias. Si puedo, intentaré ir cuando me den vacaciones.

— Tienes que poder Menchu. Prométemelo.

— Vale… te lo prometo — asintió con cariño.

— Te tomo la palabra *my love*. ¡Uy! Además te llevaré de *shopping* y verás lo guapa y glamurosa que vas a regresar.

Aquellas palabras, y su particular manera de entremezclar el español y el inglés emocionaron a la joven que, contrayendo el gesto, rompió a llorar de nuevo. Ella era de todo menos guapa y glamurosa.

— Por el amor de Dior, Menchu… ¡no llores más! … — murmuró Tomi.

— No puedo remediarlo. Habéis sido tan maravillosos conmigo que…

— Ay… ay… ay ¡Stop! Tú sí que has sido devine con nosotros. Tu discreción nos ha demostrado que eres una *girl* de fiar y eso, tesoro

mío, ni Noelia ni yo lo olvidaremos.

La joven volvió a hipar y Tomi, en un intento por hacerla hacer sonreír cuchicheó:

— Cielo *stop* de lloriqueos, ¿pero tú no sabes que es malísimo para el cutis y salen arrugas?

— No lo sabíaaaaaaaaaa…

Noelia, aún enfurecida por lo ocurrido, se acercó a ellos y, al cruzar una mirada con su primo, comprendió lo que estaba pasando. Por ello, olvidando lo que le rondaba por la cabeza se acercó hasta la joven llorosa y la abrazó.

— Venga… venga Menchu, como dice Tomi *stop* de lloriqueos. Si sigues así conseguirás que se me corra el rímel, porque yo si que soy una buena llorona. Y oye… te espero en mi casa. — Al ver que la joven la miraba y se secaba las lágrimas continuó— : Te he dado mi dirección y mi teléfono directo. Solo tienes que llamarme, decirme cuando vienes y no preocuparte de ningún detalle más. ¿De acuerdo?

La joven conmovida asintió, sin entender aun la suerte que había tenido al conocer de aquella manera tan fortuita a aquellos dos. Tomi, al fijarse en su prima, y ver su entrecejo fruncido preguntó:

— ¿Qué te ocurre reina?

Soltando un suspiro de frustración Noelia se volvió hacia su primo y gruñó enfadada tras quitarse las gafas.

— ¿Te puedes creer que la pechugona artificial, me ha montado un numerito en el hall porque anoche Juan y yo nos fuimos juntos del bar?

— Normal *honey* ¡le levantaste el chulazo! — cuchicheó su primo— . Y mira lo que te digo, si a alguien se le ocurre levantarme a mí semejante adonis delante de mi cara… le arranco los ojos y me hago un collar con ellos.

— ¡¿Paula te ha dicho algo?! — gritó Menchu.

Noelia asintió.

— Sí, hija sí… pero tranquila, ya la he puesto yo en su sitio.

Menchu, sorprendida por lo que Paula hubiera podido decir, fue a comentar algo cuando se escuchó el sonido de un coche entrar con prisa en el parking del parador. Los tres miraron con curiosidad y a Noelia se le cayó el bolso de la impresión. Era él. Era Juan.

Sin tiempo que perder, él salió del coche y suspiró aliviado al comprobar que había llegado a tiempo. Unas turistas que estaban sacando sus maletas del maletero giraron las cabezas al ver pasar a aquel hombre. Era todo un lujo para la vista.

Con una seguridad que les dejó a todos plantificados, él camino hacia su objetivo. Noelia. Sus botas negras y su aplomo a cada paso consiguieron hacer retumbar el corazón de la joven. Mientras ella no podía apartar su incrédula mirada de él. Los pantalones y la camisa de camuflaje que llevaba le hacían sexy, tremendamente sexy, y varonil. Se le resecó la garganta.

— Madre; mía, lo de Juan ¡es de escándalo! — cuchicheó Menchu patidifusa.

— Es lo más… si es más guapo revienta — murmuró Tomi boquiabierto—. Confírmame ahora mismo Noelia, que ose pedazo de macho, latino, y moreno que camina hacia nosotros con sonrisa de peligro y ojos de pasión es el mismo G.I.Joe de anoche o me tiro a sus brazos en este momento y me lo como a besos.

Noelia con el corazón a mil por hora, no pudo articular palabra, tan solo asintió.

— Ahora mismo llamo al taller para que me reparen con urgencia la varita mágica. Yo quiero

un *spanish* así *only* para mí.

Menchú sonrió ante su ocurrencia y sintió un extraño calor por el cuerpo. Ojalá algún día un hombre como aquel la mirara así. Juan llegó hasta ellos, recogió el bolso de Noelia del suelo, se lo entregó y dijo:

— *Canija*, necesito hablar contigo.

— ¿Ahora? — preguntó estupefacta al sentir su aterciopelada voz.

— Sí. Ahora. Ven.

Sin esperar a que ella accediera, Juan la tomó de la mano y con un suave tirón la obligó a moverse, Tomi todavía sobrecogido acercándose a una atónita Menchu cuchicheó:

— ¿La ha llamado *canija*?

— Sí — suspiró la joven.

— *Oh my God* ¡es *divine*! — suspiró al recordar a su abuela— . Además de guapo y sexy.

Mientras seguía con la mirada a aquellos dos, Tomi se abanicó con la mano y preguntó:

— Menchu, sé sincera, ¿Hay más machos latinos como él por estas tierras?

Divertida por aquello, la joven pensó en algunos de los compañeros de Juan y resoplando asintió.

A pocos metros de ellos una atónita y desconcertada Noelia, aún sin creer que Juan estuviera frente a ella, con las gafas en la mano preguntó:

— ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

Con el aplomo de quien sabe perfectamente lo que desea, la atrajo hacia sí y la besó. Eso logró calmarle un poco y, acto seguido, la separó unos centímetros de su cuerpo y con voz profunda murmuró:

— Pasa conmigo la Navidad.

— ¡¿Cómo?!

Convencido de lo que decía, sin soltarla, prosiguió:

— Sé que es una locura, y que si lo descubre la prensa me puede traer infinidad de problemas, pero quédate.

— Vaya… — murmuró ella y él continuó— . Esta mañana cuando me despedí de ti, te dije que no tenía nada que ofrecerte pero estaba equivocado. Quizás lo que yo te ofrezca sea poco para lo que tú estás acostumbrada pero…

Turbada e impaciente le cortó y preguntó:

— ¿Qué me ofreces?

— Veamos… — sonrió al ver su buena disposición. Y sin dejar de sonreír sacó un trozo de cordón negro de su bolsillo, le cogió la mano y dejándola boquiabierta se lo ató alrededor de la muñeca.

— Juan, ¿esto qué es?

— La pulsera de todo incluido. — Al ver su gesto divertido él prosiguió— : Eso quiere decir, alojamiento, comida, cama, sexo, café, música, toneladas de galletas Oreo, leche desnatada, todo lo que tú quieras y yo pueda ofrecerte.

— Tentador — asintió ella al ver a Paula asomarse a la puerta.

— También incluye paseos por el campo con *Senda*, tardes lluviosas y frías, películas con palomitas en el sillón de mi casa, bailes en el salón con tú música y…

— ¡¿Y?'

— … y una familia algo curiosa que celebra la Navidad con unión, regalos, villancicos y tradiciones. — Ella sonrió. Le encantaba.

— Pero no quiero engañarte. No todo lo que te ofrezco es bueno.

— ¿No?

— No. Esta pulsera, incluye días que te

quedarás a solas porque yo tendré que trabajar y excluye compromiso y reproches entre tú y yo.

— Acepto. — Aquel era un buen plan para pasar las Navidades.

Él sonrió y la besó con tal vehemencia que a ella le tembló todo el cuerpo. Mientras tanto, Paula enfadada por lo que acababa de presenciar, entraba en el parador y comenzaba a dar órdenes a diestro y siniestro.

— Tengo tres condiciones — dijo Noelia de pronto.

Juan, feliz por saber que estaría con él un tiempo más, murmuró.

— Estoy abierto a negociar todo lo que tú quieras *canija*.

— La primera condición es que mi primo se quede con nosotros en tu casa. Él ha venido conmigo y también se irá conmigo.

Juan miró al joven que junto a Menchu les observaba, y al ver que este cuchicheaba con la amiga de su hermana sonrió.

— De acuerdo. Siempre y cuando no duerma con nosotros. ¿La segunda?

— Que no te enfades conmigo porque siempre me guste decir la última palabra — se mofó divertida y él se carcajeó.

— Te lo prometo. ¿Y la tercera?

— Que me hagas trencitas en el pelo como a tu sobrina cuando desayune por las mañanas.

La dicha que sintió el geo al escuchar aquello, le hizo reír a mandíbula abierta. Era feliz.

37

La convivencia en la casa de Juan se tornó perfecta. Tomi, desde el primer momento cayó rendido a los pies del geo, y este no paraba de reír por la forma de hablar de aquel y sus alocadas ocurrencias. *Senda*, la perra, al principio no dejaba a Tomi moverse por la casa. Le perseguía y observaba. Pero tras comprobar que no era ninguna amenaza, al revés, que era un continuo suministro de comida, simplemente, le adoró.

Al cuarto día de estar en la casa de Juan, Tomi recibió una llamada de su *Peterman*. Su pianista. Le echaba de menos y quería volver a verle. Sin pensárselo el joven cogió el coche y el GPS y se marchó a Barcelona. Iban a pasar juntos los días que le quedaban en España. Noelia se sentía feliz por su primo. Ambos aprovechaban la felicidad al máximo en cuanto se les presentaba la ocasión.

Los siguientes días para Noelia en la casa de Juan fueron un sueño. Paseaban con *Senda* por el campo, iban juntos a comprar, escuchaban música tirados en el sillón, se besaban, reían por lo mal que ella cocinaba y hacían apasionadamente el amor en cualquier momento.

Noelia se miraba el cordón oscuro que colgaba de su muñera con cariño y sonreía al pensar qué significaba *todo incluido*. Lo que le estaba pasando con aquel hombre era lo más autentico y maravilloso que le había pasado nunca y estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo. No quería pensar en el futuro. Solo quería disfrutar el momento, sin más.

Una noche en la que Juan se tuvo que marchar a la base para trabajar, tras mirar su correo y hablar por teléfono con Max, su representante, decidió llamar a su padre para decirle que no asistiría a su glamurosa fiesta de Navidad. Quien

cogió el teléfono fue la mujer de aquel que, como era de esperar, monto en cólera.

— Samantha, deja de gritar y escúchame — siseó sin querer levantar la voz.

— No… no quiero escucharte. No sé porque eres así con nosotros Estelle. No lo entiendo. Intentamos apoyarte en tu carrera y tú…

— Mira Samantha — cortó con desagrado— . A ti precisamente no te debo nada, y por lo tanto, no tengo porqué darte explicaciones.

— Toda la vida igual. Toda la vida cargando contigo y tus problemas y…

— ¿Cargando conmigo y mis problemas? — voceó Noelia al escucharla— , Pero bueno, si alguien lleva cargando toda la vida contigo soy yo. ¿Pero quién te crees que eres?

— He intentado ser tu madre y…

— ¡¿Mi madre??! Oh… qué bonito que es decirlo ¿verdad? Pero disculpa, esa palabra a ti te queda demasiado grande como para que tú misma hasta te la creas. Vamos, ni por asomo lo has intentado porque si así hubiera sido, al menos yo me habría dado cuenta.

— Eres cruel Estelle, además de una mala hija. ¿Cómo me dices eso?

— Te digo lo que te mereces. Tengo treinta años y nunca he visto en ti un ápice de humanidad ni ternura. No me vengas ahora con cuentos chinos, porque no te lo voy a consentir. Una cosa es lo que mi padre y tú vendáis a la prensa y otra muy diferente la realidad. ¿Entendido?

— Eres terrible… terrible.

— Pues que bien — se mofó al escucharla.

La tristeza que Samantha intentaba hacerle creer que sentía, era tan falsa como ella.

— ¿Cómo te permites no asistir a la fiesta de Navidad que organizamos tu padre y yo? ¡¿Cómo?! — insistió.

— Mira... Samantha, discúlpame, pero a ti ya te he dicho que no tengo porqué darte explicaciones de lo que hago con mi vida y...

Pero la voz de su padre, que arrancó el teléfono literalmente de las manos de su mujer, fue la que habló.

— Te exijo que cojas el primer avión que encuentres y regreses cuanto antes a Los Angeles.

Cansada de discutir, cerró los ojos y suspiró dispuesta a librar un nuevo combate.

— Papá, he dicho que no. No estaré allí para vuestra fiesta.

— Por el amor de Dios, Estelle. ¿Por qué te gusta hacerlo todo tan difícil? ¿Por qué siempre eres un problema?

— Yo no soy ningún problema —gruñó al escuchar aquello.

Durante años aquella odiosa palaba había sido la más utilizada por su padre. La niña es un problema. Estelle es un problema. Todo lo referente a ella suporta un problema para su padre. Por eso cuando Juan le nombraba aquella palabra le molestaba tanto. Odiaba que la considerasen un problema.

— Ya me pareció una locura cuando no regresaste con el equipo a Los Angeles, pero intenté entender tus excentricidades —prosiguió aquel con su ácida voz—. Pero que me digas que no estarás en Navidades con tu madre y conmigo, eso ya no me da la gana entenderlo.

— Te he repetido más de un millón de veces que ella no es mi madre. —Ofendida y malhumorada contó—: ¿Desde cuándo es tan importante para vosotros pasar las Navidades

conmigo? —Al ver que su padre no respondía añadió—: ¿O quizás es importante porque este año estoy nominada a los Oscar?

Al escuchar el gruñido de su padre continuó:

—Te recuerdo que me he pasado toda la vida pasándolas con la abuela y Tomi, alejada de vosotros y siempre os pareció bien.

—Eso quedó en el pasado. Estelle, ahora…

—No papá eso que tú llamas pasado es mi vida. Y tengo muy claro quién me quiere por ser simplemente Noelia y desea estar conmigo en esas fechas tan señaladas, y quien quiere estar conmigo por ser Estela Ponce.

—No digas tonterías Estelle.

—No papá, no las digo. Pero déjame decirte que tú y tu mujer os encargasteis de dejarme muy claro que yo era más un estorbo que una satisfacción y…

—Eras una niña que…

—Una niña quo siempre deseo pasar las Navidades como el resto de los niños. Hubiera querido tener un padre y una madre con los que poner un precioso árbol, hacer galletas de Navidad y cantar villancicos, pero no… yo no tuve eso gracias a ti. Por lo tanto, ahora que soy adulta yo decido sobre mi vida. ¿Me has escuchado papá? ¡Mi vida!

—¿Desde cuándo es tan importante para ti pasar la Navidad en España?

Noelia quiso gritarle lo feliz que era, pero sabía que él, como siempre, no lo entendería. Por ello y dispuesta a no revelarle nada más de su vida privada contestó:

—Vamos a ver papá, Samantha y tú tendréis la casa llena de gente en vuestra fiesta. El que yo esté o no, nadie lo notará y…

— ¿Cómo que nadie lo notará? Eres mi única hija y todo el mundo nos preguntará por ti.

— Pues decid que estoy en Puerto Rico con Tomi y ya está.

— Oh, Estelle, qué difíciles haces las cosas. No hay quien te entienda.

— No pretendo que me entiendas. Solo pretendo vivir mi vida. ¿Cuándo te vas a enterar?

Tras un silencio incómodo por parte de los dos, Steven Rice siseó:

— Estelle, ya metiste una vez la pata con ese hombre español. ¿Qué pretendes hacer de nuevo?

Al escuchar aquello a la joven se le puso la carne de gallina y descolocada por completo por lo que aquel le acababa de revelar muy enfadada gritó:

— ¿Qué has hecho papá?

— Nada que no sea preocuparme por mi hija.

— ¿Me estás espiando? Porque si es así ¡te lo prohíbo! Es mí vida y…

— Eres mi hija, además de una actriz de Hollywood, y él no es nadie.

— No consiento que digas eso. Es un hombre maravilloso que me trata con respeto y con dignidad, algo que tú nunca has hecho.

Pero su padre, centrado únicamente en lo que quería decir y no en escuchara su hija, prosiguió:

— ¿Acaso quieres que la prensa internacional se entere de que mantienes un *affaire* con un policía español? ¿Un don nadie que curiosamente te engañó hace diez años y se casó contigo seguramente para llenar su cuenta corriente?

— Él no me engañó y nunca pretendió lucrarse por lo que pasó. Te prohíbo que hables de algo que no conoces. Y en lo que respecta a mi vida privada, soy una mujer adulta que decide con quien quiere o no quiere estar, ¿te has enterado?

Y ah… sobre la prensa, tranquilo. Tanto él como yo sabemos lo que hacemos. Por lo tanto Feliz Navidad y que lo paséis muy bien.

Dicho esto, colgó furiosa el teléfono y se tumbó en la enorme cama. El aroma a Juan la reconfortó momentáneamente, aunque al pensar en su padre volvió a tensarse. Nunca entendería aquel afán por criticar absolutamente todo lo concerniente a su vida. ¿Acaso no quería verla feliz? No… definitivamente no quería su felicidad.

38

En la base de los geo de Guadalajara se recibió un aviso a las tres menos veinte de la madrugada. Una mujer desesperada había llamado a la policía de Sevilla porque su expareja se había llevado a sus hijos y ellos, al ver la delicada operación, decidieron llamar a los geo. La policía de Sevilla había localizado el piso con los niños y se alarmó al comprobar que en aquel lugar pernoctaban varios narcos colombianos.

Podía haber sido una misión más, si no hubiera sido por la presencia de los niños. Aquello lo convertía en una misión delicada. Ataviados con sus monos negros, pasamontañas, gafas tácticas, guantes y cascos negros, un par de comandos de la sección operativa de los Geo, salió con urgencia hacia Sevilla.

Nunca pensaban en el peligro, sino en la acción. Y mientras observaban las instrucciones que el grupo de apoyo les enviaban a través del portátil grababan a fuego en sus mentes la palabra «positividad».

Juan miró su reloj. Las cuatro y cinco de la madrugada. Durante unos segundos se permitió pensar en algo que no fuera su trabajo y sonrío al imaginar a Noelia dormida y atravesada en su cama.

— ¿A que se debe esa cara de *nenaza* enamorada? — preguntó Carlos al mirarle.

Este no respondió, simplemente se limitó a sonreír.

— Vale... entonces imaginaré que esa sonrisita es por mí — se mofó aquel.

— No me jodas Morán que estás colgado por una mujer, — preguntó Roberto,

Lucas, al escuchar aquello, se echó hacia delante y mirando a Juan dijo alto y claro:

— ¿Sabes que no te voy a perdonar que te llevaras a la morena y menos que ahora la tengas en tu cama? Esa preciosidad era para mí y me la levantaste ante mi jeta.

— ¿Morán te levantó una tía? — se mofó Roberto.

— Un dulce y suave pibón y delante de sus narices — asintió Damián divertido.

— Morán puede tener a la mujer que quiera. ¿Acaso todavía no os habéis dado cuenta? — cuchicheó Carlos con guasa.

Juan no respondió y Lucas, retándole, indicó:

— Lo que él no sabe, es que a la morena ahora se la voy a levantar yo a él.

— ¿En serio? — preguntó Juan.

— Solo dame la oportunidad de estar a solas con ella — rio Lucas—, y esa preciosidad donde dormirá será en mi cama, Concretamente entre mis piernas.

— Joder macho… es que es *pa* darte dos *guantas* — masculló Carlos.

— Tú, *churri*, cállate — indicó Lucas.

Carlos al escuchar aquello se carcajeó y gruñó de buen humor.

— A ver… que mi mujer me llame *churri*, no te da derecho a que tú también me llames así. ¿Entendido?

Todos le miraron y al unísono gritaron:

— ¡Churri cállate!

— Mamonazos — rio aquel divertido—. Esperad que os saque un buen mote que os voy a bombardear el resto de vuestras vidas.

— Uoooooo — se mofaron todos al escucharle y Juan, clavando su inquietante mirada en Lucas, sentenció:

— Aléjate de ella, capullo, si no quieres tener problemas conmigo.

Su gesto. Su mirada. Su rostro al decir aquello hizo que sus compañeros silbaran y rieran. Estaba claro que aquella mujer le gustaba y eso les hizo bromear. Durante parte del trayecto hasta Sevilla, Juan tuvo que soportar todo tipo de comentarios, Sus compañeros, aquellos que se jugaban la vida en cada operativo con él, eran parte de su familia y sabía que aquellas risas y bravuconadas eran una buena manera de paliar la tensión que sentían en los momentos previos a pasar a la acción.

Cuando llegaron a Sevilla se trasladaron inmediatamente hacia el lugar donde debían proceder. Eran las cinco y media de la mañana y, con el máximo silencio posible, desalojaron a los seis asustados vecinos del edificio. A través de la pared del piso colindante comprobaron que no había ninguna actividad en la casa y dedujeron que todos dormían. Así que procedieron a actuar de la manera habitual en aquellos casos, entrar y pillarles por sorpresa.

Tras derribar la puerta y gritar «¡Alto policía!», los valientes policías españoles comandados por Juan, parapetados en sus monos negros y portando en sus manos el subfusil MP5 fueron limpiando habitación por habitación con profesionalidad y disciplina, hasta tener a los narcos neutralizados y a los dos niños en su poder y fuera de peligro.

39

Agotado por la noche de trabajo Juan llegó a casa a las siete de la mañana. Como siempre su fiel *Senda* le hizo uno de sus sonoros recibimientos.

— Hola *Senda*, ¿todo bien por aquí?

La perra, feliz porque su amo hubiera regresado, le dio varios lametazos y a continuación se tumbó en su lugar preferido, detrás de la puerta. Juan, cansado, soltó las llaves sobre el mueble del recibidor, entró en el salón y comprobó que en su contestador automático tenía un mensaje. Bajando el volumen, lo escuchó y sonrió al escuchar a Andrés, el chico que paseaba a *Senda*, despidiéndose porque se iba a Badajoz para pasarlas Navidades.

Con una sonrisa en la boca entró en la cocina. Necesitaba tomarse algo caliente, después se iría a descansar. Como otras muchas mañanas se calentó el café en el microondas, iba a sentarse a ojear el periódico cuando pensó en la mujer que lo esperaba en su cama.

Con una flamante sonrisa, abrió el armario donde guardaba la comida para el desayuno, buscó algo y cuando lo encontró asintió complacido. Después calentó dos cafés, los puso sobre una bandeja y subió con todo ello a su habitación.

Al entrar, la semioscuridad de la habitación y el silencio le hicieron pensar que ella estaba dormida. Con cuidado, dejó la bandeja sobre una de las mesitas y la buscó con la mirada. Sorprendido, observó la cama y finalmente sonrió al notar un bulto bajo el edredón. Con mimo para no despertarla, la destapó y casi suelta una carcajada al ver cómo dormía. En vez de estar con la cabeza sobre la almohada, estaba atravesada y

hecha un ovillo.

Durante unos segundos la observo complacido. Se sintió como un tonto, pero continuó admirando su cabello rubio y revuelto. Verla al natural, sin peluca ni lentillas, le encantaba. Era preciosa. Recordó lo que Lucas dijo en el helicóptero y se sintió molesto. Se sentó en la cama con sigilo y se tumbó a su lado. Deseaba abrazarla y sentir su calor cuando ella abrió los ojos sobresaltada.

— Buenos días *canija* — susurró besándole en la punta de la nariz.

— Eh… hola — balbuceó abriendo los brazos para acurrucarle.

Durante unos segundos permanecieron abrazados hasta que el olor del café llegó hasta las fosas nasales de ella y sin poder remediarlo preguntó:

— ¿De verdad has traído café?

— Si. Pero ya sabes que yo no doy nada sin recibir algo a cambio.

Con los ojos somnolientos se retiró el flequillo de la cara y preguntó:

— ¿Qué quieres a cambio de ese rico y calentito café?

— Mmm… para empezar, ¿qué tal un beso de buenos días?

— ¡Genial!

— Pero no uno cualquiera — insistió él— . Debe ser uno de esos que gusta recibir cuando uno llega destrozado de trabajar y…

Sin darle tiempo a decir nada más, ella saltó de la cama y corrió en dirección al baño dejándole solo. ¿Qué había ocurrido? Boquiabierto se incorporó, fue hasta el baño y la encontró lavándose los dientes.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó sorprendido.

Al escucharle ella levantó un dedo a pidiéndole

que esperara y cuando acabó y se limpió la boca con la toalla dijo sorprendiéndole:

— No pretenderías que te besara con los dientes sucios ¿no?

Dicho esto volvió corriendo de nuevo a la cama, se tumbó como estaba y dijo ante un desconcertado Juan:

— ¿Dónde nos habíamos quedado?

Divertido por las cosas que hacia se tumbó de nuevo junio a ella y acercándose peligrosamente a su boca susurró, al oler el fresco sabor de la pasta de dientes.

— Creo que ibas a besarme.

Dicho y hecho. Noelia le echó los brazos al cuello y tomando su boca con auténtica adoración le besó. Durante unos segundos degustó el sabor salado y masculino de él, mientras notaba cómo aquellas manos grandes subían tentadoramente por el interior de la camiseta negra de Armani con la que dormía.

— Estaba deseando volver a tenerte así, canija — susurró poniéndole la carne de gallina.

Ella suspiró encantada. A sus treinta años había disfrutado del sexo, pero nunca, ningún hombre, había provocado aquella candorosa sensación. De pronto él cerró sus manos alrededor de sus costillas y eso le provocó una sonora carcajada.

— No... cosquillas no, por favorrrrrrrrrrrr.

Cautivado por aquello, en especial al ver como ella se movía desconsoladamente entre sus manos, murmuró haciéndola reír con más fuerza:

— Por el amor de Diorrrrrrrrr — dijo él parodiando a Tomi— . ¿Tienes cosquillas?

Jadeando para tomar aire ella, asintió y él continuó cosquilleando la zona mientras ella se revolvía como una loca y reía a grandes carcajadas. Estuvieron así unos segundos hasta que finalmente y sin poder evitarlo dejó caer su peso sobre e1 de ella y la besó. La camiseta negra

de Armani voló por los aires y la ropa de él, segundos después, siguió el mismo itinerario. Excitados entre beso y beso por el tórrido momento, ella abrió sus piernas y él, sabedor de lo que quería, sacó un preservativo de la masilla, lo abrió y se lo puso. Sin mediar palabra, guió su duro pene hasta el calor que lo enloquecía, y de un empellón que hizo que ambos se estremecieran, lo hundió en Ella.

Enloquecida por el deseo que sentía, clavó sus manos en aquellos poderosos hombros y se arqueó para ir a su encuentro. Meció las caderas borracha de pasión dejándose llevar por el momento. Excitado por la vehemencia en su entrega, Juan se hundió en ella una y otra vez, hasta que la sintió vibrar entre sus manos y escuchó su suspiro de satisfacción al llegar al clímax. Al ver que ella quedaba lasa y satisfecha entre sus brazos, aceleró sus embestidas en busca de su propio placer mientras sentía como a cada segundo, a cada roce, todo su cuerpo se erizaba. Poseerla en su cama y sentirla suya era lo más maravilloso que le había ocurrido nunca y cuando creyó que iba a explotar de placer, cayó sobre ella exhausto y feliz.

Segundos después, aún sobre ella, Juan respiraba con dificultad. Fue a apartarse para no aplastarla pero ella no le dejó.

— No… no te quites por favor.

— Pero te voy a aplastar.

— No. Tú solo abrázame — exigió.

Durante un buen rato descansaron en silencio uno en brazos del otro sumidos en sus propios pensamientos, hasta que finalmente Juan la besó en el cuello y susurró con una dulzona sonrisa:

— Cariño, si por un café he conseguido esto, no quiero ni pensar lo que conseguiré de ti cuando te diga que además del café sobre la bandeja

hay una caja de galletas Oreo que tanto te gustan.

Ella rio a carcajadas. Diez minutos después, los dos desayunaban sentados sobre la cama.

— Come más galletas *canija*, te vendrán bien — animó Juan.

Noelia miró con deleite las Oreo. Se moría por comérselas, pero tras dar un sorbo a su café murmuró con resignación:

— No. Ya me he comido dos y…

Sin darle tiempo a terminar la frase, Juan cogió una de las galletas y metiéndosela en la boca para su sorpresa murmuró:

— Mastica y déjate de tonterías. Tienes que alimentarle.

El sabor dulce y fuerte de la Oreo hizo que se le contrajera el estómago. Cerró los ojos, masticó la galleta y la disfruto.

Veinte minutos después, y animada por Juan para que se comiera otra galleta, terminaron con todo lo que él había subido en la bandeja, pasadas las ocho de la mañana ninguno de los dos tenía sueño' cuando Juan recordó algo de pronto.

— Voy a enseñarte algo que cuando lo veas, te vas a sorprender.

Levantándose desnudo para deleite de ella, abrió el armario del fondo. De la parte superior cogió una caja y la llevó hasta la cama. Una vez allí quitó la tapa sacó varias carpetas y tras rebuscar entre varios papeles sacó un sobre y se lo entregó.

— Ábrelo.

Noelia cogió sobre y obedeció.

— Vaya — murmuró realmente sorprendida.

— Sí vaya — asintió él. Aquella palabra. Aquella cara de sorpresa, aquel gesto tan suyo le volvía loco.

— La licencia de nuestra boda en Las Vegas — rio ella— . ¿Y la Foto?

— Sí.

Boquiabierta, observo lo jóvenes que se les veía a los dos y lo ridículos que estaban con aquellos feos vestidos de boda.

No pudo contener la risa al darse cuenta, por sus caras, de la melopea que llevaban en ese momento.

— El dineral que pagaría la prensa por esta foto.

— ¿En serio? — se mofó él sabiendo que tenía razón.

— Totalmente en serio,

Sorprendiéndola como siempre, le dio un dulce beso en la mejilla y en tono divertido murmuró:

— La seguiré guardando como un perfecto seguro de vida.

Noelia supo al instante que él nunca lo utilizaría como tal. El no veneraba el dinero y el poder como su padre.

— Pero yo recuerdo que rompiste esto y… — añadió ella.

— Si. Lo rompí. Pero cuando me marchaba de aquella preciosa suite, vi los papeles en el suelo, y, si te soy sincero, no sé porque, los cogí y los guardé. Y aquí están,

— Sin poder apartar la mirada de aquella foto, Noelia sonrió:

— Vale, lo confieso. Yo aún conservo las horrorosas alianzas de la boda — confeso ella con un suspiro.

Ahora el sorprendido era él.

— ¿Tienes las alianzas?

Ella asintió y al ver su gesto de incredulidad dijo:

— Están en mi casa de Bel Air en uno de mis joyeros. Son baratas, horrorosas y vulgares con esos dados de juego, pero siempre me dio pena deshacerme de ellas. Además, nunca se sabe. Quizá también en un futuro sean mi seguro de vida.

Le abrazó y, al cabo de unos minutos hicieron de nuevo apasionadamente el amor sobre la foto y la licencia de matrimonio.

40

Dos días después, una mañana en la que descargaba una fuerte tormenta sobre Sigüenza, Juan tuvo que ir a Guadalajara con su padre y su abuelo para arreglar unos asuntos. Él la animó a acompañarles, pero ella se negó. Quería darse un baño relajante y ocuparse un poco de su aspecto. Desde que había llegado a casa de Juan, apenas se había mirado al espejo y ya era hora. Una vez se quedó sola, abrió el grifo de la bañera, y cuando se disponía a darse un maravilloso y relajante baño de espuma sonó el teléfono de la casa. En un principio lo dejó sonar, pero al ver la insistencia lo cogió y escuchó:

— Juan…

La voz de una mujer al otro lado le hizo sentir fatal. ¿Qué hacía ella cogiendo el teléfono? Pero intentando aparentar normalidad respondió:

— No está pero si quieres dejar un mensaje cuando regrese yo se lo daré.

— Oh, Dios… no… no —gimoteó la mujer—. Soy Almudena ¿Quién eres?

Al reconocer ¿la hermana de Juan dijo alarmada:

— Almudena, soy Noelia y…

— Ven a casa de mi padre con urgencia —resopló—. El búho se ha propuesto salir y creo que… , Oh… Dios mío qué dolorrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr.

Noelia respiró alterada.

— A ver Almudena… tranquilízate y…

— Estoy sola —prosiguió aquella—. Papá y el abuelo se marcharon, a Irene no la localizo y Eva salió a comprar y no se llevo el jodido móvil… Ven rápido. Te necesito.

La comunicación se cortó y la joven actriz se quedó con el auricular en la nano. De pronto un trueno la hizo regresar a la realidad. ¡La

necesitaba! Subió a la habitación romo un rayo, se cambió de ropa, cerró el grifo de la bañera y dos minutos después salió de la casa.

— Maldita sea… y yo sin coche — cuchicheó bajo el paraguas.

Comenzó a andar por las callejuelas de Sigüenza con paso acelerado. La lluvia la calaba entera pero debía de llegar hasta la casa de Manuel cuanto antes. Quince minutos después empapada y con barro hasta en las orejas consiguió llegar. Llamó al portero automático, pero nadie abrió la puerta. Sin tiempo que perder, saltó una pequeña valla y al asomarse por una de las ventanas, vio a Almudena tumbada y respirando con dificultad sobre el sillón.

Con el corazón a mil por hora llamó a Juan a su móvil pero estaba «Apagado o Fuera de cobertura».

Piensa… piensa maldita sea Noelia, pensó temblorosa.

De pronto vio una piedra en el suelo y lo supo. Debía romper el cristal de la puerta para entrar. La cogió sin dudarlo y cuando iba a golpear escuchó.

— Si haces eso se lo diré a mi padre.

Volviéndose para mirar, suspiró al ver a Eva llegar cargada con unas bolsas y tiró el cascote apremiándola.

— Corre… Almudena está de parto.

Dos segundos después las dos estaban rodeando a la futura madre que chorreaba de sudor.

— Joder… ¿Por qué has tardado tanto en venir Eva? — gruñó la parturienta.

Temblando como una hoja la joven hermana la miró y al ver como su cara se contraía de dolor suspiró en busca de una rápida solución.

—¿Llamo a una ambulancia? Verás como en breve estarán aquí. —Y mirando a Noelia preguntó histérica—: ¿Cuál es el número de urgencias?

—No sé —gimió asustada. Ella no sabía los números en España.

Almudena al escucharlas, tomó aire y gritó descompuesta.

—Uno, uno, dos ¡joder! Que la que esta de parlo soy yo, no vosotras.

El dolor debía de ser tremendo. La cara de Almudena se contraía mientras Eva hablaba por teléfono y cuando colgó dijo para tranquilizar a su hermana:

—Ya está. Ya vienen…

—¿Qué vienen? —gritó la parturienta con la frente perlada de sudor—. El que viene es el búhooooooooooo ¡joderrrrrrrrrr qué dolorrrrrrrrrrrr!

Noelia, aturdida, intentó mantener la calma. Ordenó a Eva traer toallas limpias y agua. Al fin y al cabo eso se pedía siempre en las películas. Con delicadeza, tumbó a Almudena sobre la alfombra y le quitó como pudo el pantalón. Chorreaba por todos lados. Pero al encontrarse lo que se encontró murmuró:

—Oh, *my God* ¡esto es horrible! —pero levantando la voz para que Almudena la escuchara dijo—, Va todo genial, cielo. Va todo muy bien. La ambulancia llegará de un momento a otro y tendrás un bebé precioso.

Eva llegó con las toallas. Ninguna de las dos podía apartar la vista de entre las piernas de aquella. Horrorizadas observaban lo dilatada que estaba y cómo empezaba a asomar la cabeza.

—Ay, copón que me voy a desmayar —murmuró Eva sentándose en el suelo.

—Ni se te ocurra —exigió Noelia asustada y con las pulsaciones a mil.

— ¿Pero tú has visto eso? —gimió Eva horrorizada—, Pero… pero si parece un volcán a punto de entrar en erupción.

— Es que va a entrar en erupción —cuchicheó la joven actriz. Pero mantén la calma o tu hermana se pondrá histérica y será ella la que entre en erupción.

— Noelia se levantó y fue al baño. Se lavó las manos y deseó quitarse la peluca, pero no podía, si hacía eso todo se liaría aun mas. Se echó un poco de agua por la cara para tranquilizarse. Almudena necesitaba ayuda y ella la ayudaría. Antes de salir cogió más toallas limpias que vio sobre un mueble, seguro que las necesitaría. Regreso al salón y tras hacer que la parturienta levantara el pompis y lo pusiera sobre varias de las toallas, se posicionó entre sus piernas, y tras suspirar y ver como la pobre se retorcía de dolor preguntó a una descolorida Eva:

— ¿Crees que debemos animarla a que empuje?

Pero no hizo falta proponérselo. De pronto Almudena con una fuerza descomunal comenzó a empujar ante ellas.

— Ay, Dios mío. ¡Ay, Dios mío que sale algo por ahí! — gritó Eva.

Noelia, tragando saliva con dificultad, agarró la mano de Almudena que empujaba como una loca cuando Eva, blanca como la cera, volvió a gritar.

— ¿Qué es eso? Joder… joder… ¿qué sale de ahí?

— Agua… quiero beber agua —suplicó Almudena agotada.

Noelia intentando no gritar a pesar de como la parturienta le retorcía la mano respondió.

— Eso debe ser la cabeza del bebé.

— ¿Esa cosa pegajosa? — gritó Eva fuera de sí.

— ¿Le estás llamando cosa pegajosa a mi búho? — gruñó la parturienta. Noelia miró a la blanquecina hermana y tras darle un golpe para hacerla reaccionar sugirió:

— Eva, dale agua a Almudena y refréscala.

Pero la joven estaba tan trastocada, tan fuera de sí por lo que estaba viendo, que el vaso de agua en vez de acercárselo a su hermana se lo bebió ella del tirón.

— Por Diosssssss… Por Dios… mañana mismo voy al ginecólogo y que me lo cosa. No volveré a dejar que ningún tío se acerque a mí por mucho morbo que me dé. Pero… pero… ¿pero tú has visto como se pone esooooooooooooo?

Almudena, incapaz de escuchar un segundo más a su desconcertada hermana, la asió con fuerza de la mano y gritó fuera de sí:

— Como no te calles, la que te va a coser la boca voy a ser yooooooooo… ¡Me estás asustando! Ahhhhh que me viene otra contracción.

Durante unos segundos que a las tres se les hizo interminables Almudena empujó y empujó mientras Las tres gritaban asustadas.

— ¿Dónde están los del puto Samur cuando se los necesita? — preguntó Eva. y al fijarse con atención entre las piernas de su hermana gritó de nuevo— : ¡Ay Dios mío que ahora sale algo baboso!

— No es algo baboso es mi búho — aulló la parturienta acalorada.

Incapaz de estarse quieta, Noelia soltó la mano de Almudena.

— Cógele de las manos con fuerza — le ordenó a Eva— . Y tú, Almudena, ¡empuja!. ¡Empuja! que el búho ya está aquí.

Como si la vida le fuera en ello la joven y futura mamá chilló junto a su asustada hermana y tras

tres empujones que parecieron llevarse su vida, el bebé salió. Noelia lo cogió con manos resbaladizas e instantes después el bebé comenzó a llorar. Aquel lloro hizo que las tres jóvenes se miraran y comenzaran a reír entre sollozos. Eva, emocionada, abrazó a su hermana y Noelia con lágrimas en los ojos susurró:

— Vaya...

— ¿Está bien? ¿Está bien mi bebé? — gimió Almudena.

— Creo... creo que sí...

— ¿Qué es? — preguntó sin resuello la madre.

Con una sonrisa triunfal por haberlo conseguido, Noelia la miró y enseñándole al bebé dijo llena de satisfacción:

— Es un niño. El búho es un precioso y guapísimo niño.

— Además de pegajoso — añadió Eva abrazando a su hermana.

Instantes después los médicos del Samur entraron en el salón y apartando a las dos jóvenes hacia un lado, se encargaron de la mamá y el bebé, mientras Noelia y Eva se abrazaban emocionadas.

41

Aquella noche, cuando regresaron del hospital, donde todos se felicitaron por el nacimiento del bebé de Almudena, en la cocina de la casa de Juan, Noelia hablaba con un tal Max por teléfono. Él preparaba unos filetes de pollo a la plancha y derretía mantequilla en un cazo con leche. Intentaba concentrarse en lo que hacía, pero se le hacía difícil al escuchar a la joven que estaba sentada sobre la mesa de la cocina divertida y muerta de risa.

Noelia, por su parte, tampoco podía prestar total atención a Max Nixon, su representante. No podía dejar de observar a Juan. Ver cómo cocinaba y se movía con seguridad por la cocina, era una de las cosas más sexys que había visto en su vida. Su ceño fruncido al salar el pollo y su concentración al ponerlo en la sartén le hizo sonreír. Diez minutos después cerró su móvil, se bajó de la mesa de un salto, le dio un manotazo en el trasero para llamar su atención y preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo? Eso sí... facilito porque ya sabes que la cocina no es lo mío.

Él sonrió, quiso preguntarle quién era ese tal Max, pero calló y sugirió:

—¿Qué tal si preparas el puré de patatas?

—¡Perfecto!

Ver su entusiasmo ante cualquier cosa cotidiana, era algo que a Juan le dejaba K.O., y sacando del armarito de arriba la caja de puré instantáneo se lo entregó y dijo:

—En el segundo cajón, a tu derecha, encontrarás cucharas de madera para mover los copos en la leche hasta que espese.

Durante unos minutos ambos se mantuvieron en silencio hasta que de pronto ella dijo.

—Qué fácil ha sido preparar el puré. ¡Es

facilísimo!

—Me alegra saberlo —sonrió Juan dando la vuelta al pollo mientras ella se sentaba en una de las sillas de la cocina.

Mirándola por el rabillo del ojo observó que se miraba las uñas y preguntó.

—¿Buenas noticias?

—Era Max. Mi representante. He recibido dos estupendas ofertas por dos películas y está contentísimo. —Al ver que él sonreía murmuró—: Y sí... lo reconozco, yo también estoy contenta. Rodar con Morgan Freeman y Denzel Washington me apetece mucho. Son excelentes actores y profesionales y sé que con ellos tendré un buen rodaje.

Al ver que él no decía nada, ni la miraba, continuó:

—Por cierto, cuando regrese y le diga a mi nutricionista todo lo que he comido estos días ¡me va a matar!

Limpiándose las manos en el pequeño delantal oscuro que llevaba Juan atado a la cintura, la miró, y preguntó.

—¿Tienes nutricionista?

—Oh, sí ¿acaso lo dudabas? —Él no respondió—. Necesito controlar las calorías si quiero mantenerme en este peso. Como ya te dije, mi público espera de mí que no cambie durante muchooooooooo tiempo.

—Increíble —se mofó él apagando la vitrocerámica.

Una vez colocó las porciones de pollo en dos platos, cogió el cazo donde ella había hecho el puré y al no poder sacar la cuchara, la miró y preguntó:

— ¿Cuánto puré has echado?

— Un sobre entero. ¿Me he pasado?

Juan se dio la vuelta divertido e intentando sacar la cuchara del cazo dijo con una sonrisa:

— Creo que sí. Ha espesado tanto, que esto vale como cemento para la construcción.

Levantándose de la silla Noelia miró aquella pasta dura e hizo un gesto que le provocó una carcajada a Juan.

— ¿Lo ves? Lo mio no es la rocina.

Media hora después. Tras cenar el pollo con una improvisada ensalada que el preparó los dos se encaminaron hacia el sofá del salón con una copa de vino para ver una película, mientras Juan continuaba riéndose de ella por lo del puré.

— Si alguna vez decides buscar otro oficio, recuerda, como obrera de la construcción preparando cemento no tienes precio.

Con una sonrisa en los labios se sentó en el sofá justo en el momento en que le sonó el móvil.

— Hola Anthony, ¿cómo estás, cielo? — saludó consiguiendo que Juan la mirara ceñudo.

Durante veinte minutos ella rio y habló con un tal Anthony mientras Juan, tirado en el sillón, cambiaba de canal en busca de algo que le entretuviera y su humor se oscurecía por momentos. Oírla reír y hacer planes con aquel para cuando regresara a Los Angeles, no le estaba gustando absolutamente nada.

Guando la conversación acabó y ella se despidió, para su gusto, demasiado cariñosa, su humor había cambiado, pero intentó disimularlo. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso una de las condiciones que él mismo había exigido no era aquello de «Sin reproches»? Noelia, sin ser consciente de lo que pensaba, con una sonrisa de oreja a oreja se acurrucó junto a él para ver la televisión.

— ¿Qué ves?

— Aún nada. Estoy cambiando a la espera de encontrar algo bueno.

— Esta película me gusta mucho — exclamó ella de pronto señalando el televisor.

— ¿Cuál?

— Siete días y siete noches. Harry está estupendo y…

— ¡¿Harry?! — preguntó él mirándola.

— Harrison Ford. ¿No le conoces?

— Ah… el actor — dijo Juan encogiéndose de hombros.

— Es un cielo de hombre. Hace unos meses estuve con él y unos amigos dando un paseo en su avioneta y lo pasamos muy bien.

— No me gusta Harrison Ford como actor — mintió él, cambiando de canal.

— Pero si es buenísimo — insistió ella.

— Pues a mi no me gusta — zanjó el tema él.

Durante unos segundos ambos permanecieron callados hasta que ella volvió a decir.

— Oh, Dios ¿has visto esta serie alguna vez?

— ¿House?

— Sí… es que no sabía si se llamaba igual en España. Bueno… bueno, el papel que hace Hugh de doctor antipático y sarcástico me encanta. Lo que me puedo reír con él cuando me cuenta sus peripecias. Cada vez que coincidimos en alguna fiesta nos morimos de risa los dos.

Juan volvió a cambiar de canal sin comentar nada y ella de pronto gritó.

— ¡¡Alatriste!! Uooo, qué guapo que sale Viggo Mortensen en esta película. De verdad, tendrías que conocerle. Es un tipo maravilloso y muy simpático. Ni te cuento la que se lió con mis fans cuando fuimos a…

— Joder, ¿es que conoces a todos los hombres que salen en las películas? — cortó Juan.

Sorprendida por aquel tono de voz, y en especial por aquella ridícula pregunta, ella se encogió de hombros y respondió:

— Muchos han trabajado conmigo y son amigos desde hace años. Son actores como yo. Y en la industria cinematográfica, al menos en la americana, casi todos nos conocemos.

— Qué bien. ¡Qué emoción!

Al ver en él un gesto que hasta el momento no había visto nunca preguntó.

— Oye ¿qué te pasa? Parece que te moleste que conozca a…

— ¿Tuviste algo con tu guapo y simpático Viggo?

Sorprendida por aquella pregunta y el cariz que estaba tomando aquella conversación, le miró y frunciendo el ceño preguntó:

— ¿Que es lo que me estás preguntando exactamente?

Molesto por haber dicho aquello sin pensar, se irguió en el sillón. Se toco la cabeza y sintió que estaba perdiendo su trabajado autocontrol.

— Bah… déjalo. Olvídalo — dijo.

— De eso nada. Tú has empezado y ahora yo quiero seguir — siseó molesta—. Es más, como bien me dijiste una vez, somos adultos para poder charlar.

— Mejor dejémoslo — insistió él.

— No.

— Sí.

— ¡No!

Al ver la terquedad de ella la miró y en actitud chulesca cruzó los brazos tras la cabeza, estiró las piernas y preguntó con voz grave.

— ¿Tienes ganas de discutir y decir la última palabra *canija*?

Aquella absurda pregunta, y más cuando él había comenzado toda con la discusión le quemó la sangre, y levantándose del sillón gritó:

— ¡No… no quiero discutir, pero tú sí! Yo solo he comentado que conocía a esas personas, porque soy actriz como ellos, cuando tú has preguntado una cosa terrible. ¿Qué pasa? ¿Que todo lo que sale en la prensa crees que es verdad? Porque si es así, entonces creerás que he tenido líos con todos los hombres que comparten plano conmigo en mis películas y…

— ¿Con Mike Crisman no has tenido un lío?

Al ver su gesto torcido y la chulería en su cara, Noelia resopló y señalándole con el dedo siseó:

— Pero bueno. ¿Y a ti que te importa?

— Vaya… veo que a mí si me dices lo que a la prensa no te atreves a decir — se mofó enfadado.

— Te recuerdo que la pulsera del todo incluido — gritó señalándose la muñeca— excluye reproches y preguntas incómodas. ¿Has olvidado que tú mismo lo pediste?

— No — mintió malhumorado. ¿Qué hacía él preguntando aquello?

— ¿Acaso yo te he preguntado con cuantas mujeres te has acostado?

— No.

— Entonces ¿por qué tú me lo prefinías a mi?

Con la sangre hirviéndole y tan fuera de si como ella gritó enfadado consigo mismo por lo que estaba haciendo:

— Porque he visto fotos tuyas muy acaramelada con él, con Crisman, y…

— ¿Que has visto fotos mías?

— Sí. En la prensa.

— Vaya…

— He visto fotos tuyas con Crisman y con muchos otros prosiguió él—. He visto películas tuyas donde te besas apasionadamente y…

— ¡¿Y?!

Con la sensación de haber metido la pata hasta el fondo, pero incapaz de frenar respondió.

— Y nada. Soy un gilipollas por haber preguntado algo que en el fondo no me interesa. Y aunque no quiero pensarlo, si que me imagino que si la prensa descubre que estás aquí, conmigo, solo tendría problemas.

— Si quieres me voy. Nunca me ha gustado ser el *problema* de nadie.

Aquello le dolió. Estaba siendo injusto y al ver su mirada miento modular su tono de su voz, se acercó a ella y sin tocarla susurró.

— Yo no he dicho que te vayas.

— Sí… sí que lo has dicho.

Dolorida se apartó de él, cogió su pitillera que estaba sobre la mesa y con un enfado monumental decidió irse a la cocina. Se conocía, y en aquel preciso momento lo mejor era alejarse o continuaría discutiendo con él.

Al verse solo en el salón maldijo en silencio. Su perra, *Senda* le miró y como si entendiera lo ocurrido se levantó de su sitio y se fue tras Noelia. ¿Qué había hecho? Lo que menos le apetecía era aquella situación de enfado. Ella nunca había

preguntado ni exigido nada. Había aceptado sus exigencias y no podía entender por qué de pronto a él se le hacían difíciles de cumplir.

Miro la televisión y vió a Viggo Mortensen caminar con su capa de capitán Alatriste hacia un barco y sonrió. Al final el capullo de Carlos iba a tener razón y los celos por primera vez estaban llamando a su puerta. Aunque más que llamar, derribaban la puerta. Durante un rato esperó a que ella regresara al salón. Nunca había ido tras una mujer. Nunca lo había necesitado. Pero al ver que los minutos pasaban y ella no regresaba comenzó a sentirse inquieto. Aquella situación era nueva para él y tras suspirar y convencerse de que era un imbécil y todo lo había propiciado él decidió actuar.

En la cocina, Noelia se fumó un cigarrillo y una vez lo apagó, sin poder evitarlo abrió el mueble de los bollos y se cogió unas Oreo. Eso calmaría las ganas que tenía de salir corriendo de allí. ¿Qué había pasado? Solo estaba hablando de sus amigos y compañeros de trabajo, como él en ocasiones había hablado de Lucas, Carlos O Damián. Enfadada por lo ocurrido mordisqueaba la galleta apoyada en la puerta del patio mirando como llovía, cuando escuchó la música proveniente del salón. Era la canción At Last de Beyoncé. Su canción.

— Cierra los ojos y relájate. Esta canción sé que te ayuda a relajarte ¿verdad? — escuchó de pronto la voz ronca de Juan en su oído.

Incapaz de no entrar en su juego, asintió y le hizo caso. Juan conseguía que ella explotara de furia pero también tenía el poder de calmarla solo con su voz. Instantes después se dejó abrazar y comenzó a bailar con él aquella dulce y sensual canción en la cocina. Cundo la canción terminó Juan la miró a los ojos y le preguntó

— ¿Me perdonas?

¿Cómo no perdonarte? pensó ella, le besó y esbozó una sonrisa.

42

Superada aquella absurda discusión, días después, Eva, Juan y Noelia fueron al Hospital Universitario de Guadalajara para recoger a Almudena. Tanto la madre como el bebé estaban de maravilla, pero Almudena llevaba dos días sin parar de llorar. Cualquier cosa que le dijeras le hacía berrear una y otra vez y aunque todos se preocuparon, los médicos les calmaron indicándoles que aquello era normal. Las hormonas de la nueva mamá aún estaban revolucionadas y por eso lloraba continuamente. Cuando dejaron el coche en el parking y se dirigían al hospital se cruzaron con dos hombres vestidos de policía.

— Mmmm… cómo me ponen los uniformes — suspiró Eva al verlos pasar y mirando a la joven que caminaba junto a su hermano preguntó—: ¿No te ponen los tíos así vestidos? ¿No te parecen terriblemente varoniles?

— Definitivamente sí — rio Noelia tras mirar a Juan—. Cada vez que tu hermano aparece vestido de cucaracho ¡me vuelve loca!

Juan se carcajeó ¿cuando había aprendido ella aquella palabra?

— Normal hija… normal… cuando se visten de negro desprenden sensualidad y morbo por todos sus poros ~y al recordar a Damián, el sexy compañero de su hermano, suspiro—. Uf… ya te digo, hay cada uno…

Juan, al ver aquel gesto, le dio un empujoncito.

— Hermanita, disimula. Se nota a la legua que te vuelve loca algún que otro compañero de la base.

— Uf… es que allí hay material de primera — suspiró esta—. Por cierto Noelia, cuando quieras vamos a hacerle una visitilla a mi hermano

a la base. Almudena y yo de vez en cuando vamos y nos damos un alegrón a la vista. Te aseguro que merece la pena.

—Vale... encantada.

—Chicas... no me jorobéis —las reprendió Juan.

Lo que menos le apetecía era ver a Noelia en la base, rodeada por los depredadores de su unidad y menos junto a la lianta de su hermana. Definitivamente no era buena idea.

—Anda... ahora que lo pienso —dijo Eva— Quizá a Almudena le vendría de lujo darse un homenaje visual para que deje de llorar por el simple hecho de existir.

—Tranquila. Se le pasará —aseguró Juan divertido.

—Mira, hermanito no es por nada. Pero tú podías tirarte el rollo un poquito ¿no crees?

Sorprendido por aquello la miró y preguntó:

—¿Tirarme el rollo? ¿En qué?

—En proporcionarle a tu llorosa y lacrimosa hermana Almudena un poco de felicidad visual y de paso también a nosotras. Tampoco es tanto pedir, ¿no?

—Oh, sí... sería un bonito detalle —asintió Noelia y divertida le enseñó la pulsera que llevaba y le susurró al oído—: Te recuerdo que yo tengo un todo incluido.

—Sería un detallado, además de un morbazo —prosiguió Eva sin percatarse de cómo aquel fruncía el ceño.

Juan finalmente sonrió por sus ocurrencias y tras cogerlas por la cintura murmuró:

—Ni la base, ni mis compañeros por muy guapos que os parezcan son para divertirse.

—Y para chinchar a su hermana cuchicheó—. Además, a ti, señorita metomentodo te da lo mismo un poli de verdad que un *boy* vestido

p a r a l a o c a s i ó n ¿ v e r d a d ?

— Pues tienes razón. Me da igual. Soy una conformista nata —asintió divertida—. Por lo menos del *boy* sé lo que espero. Por lo tanto, y si no quieres que aparezcamos por la base con nuestra hermana la llorica, ya sabes lo que tienes que hacer para alegramos el alma, la vista y alguna que otra cosa más.

Parapetada tras su disfraz, Noelia disfrutaba de aquel momento familiar mientras se cruzaba con personas que en traban y salían del hospital. Aquella libertad le encamaba y sonrió satisfecha de su anonimato. Aquello era maravilloso.

Tras subir en el ascensor a la tercera planta entraron en la habitación. Allí estaban Manuel y el abuelo Goyo haciendo monadas al pequeño Joel.

— ¡Oh… mis salvadoras! Sin vosotras todo hubiera sido un desastre —gimió Almudena al verlas aparecer llevándose un pañuelo a la cara.

— ¿Seguimos en plan drama? —se mofó Eva al ver a su hermana.

— Seguimos… seguimos —asintió Manuel tras suspirar.

— Ay, hermosa… no lo sabes tú bien —contestó el abuelo Goyo poniendo los ojos en blanco.

— Pero no llores mujer, que tienes un bebé precioso. — Noelia corrió a abrazarla.

Juan miró a su padre y a su abuelo, quienes se encogieron de hombros y para hacer sonreír a su hermana dijo:

— Aquí te traigo a las enfermeras más dicharacheras de todo Guadalajara, Almudena. Estoy segura que en este hospital tomarán en cuenta su inestimable experiencia como matronas.

Divertida por aquello, Eva se acercó a la cama y le dio un beso a su hermana. Se la veía bien aunque con la nariz hinchada como un tomate y los ojos rojos y vidriosos. La besó y le limpió los ojos con un kleenex.

— Que sepas mona, que gracias a tu búho y a ti he decidido privar a este mundo de la existencia de mi descendencia. Y por supuesto, y muy importante, no volveré a quedarme a solas con ningún hombre por muy guapo e irresistible que sea.

— No me digas eso. No quiero sentirme culpable por no tener mas sobrinosssssssssssssss — lloriqueó aquella.

— Ni caso, Almudena — la consoló Juan— , Se acaba de cruzar con unos tipos con uniforme y te aseguro que por su linda boquita ha salido de todo menos la abstinencia.

— Y he pensado en ti eh… Almu. Le he dicho a nuestro hermanito que sería algo tremendamente recomendable para ti que te alegrarse la vista con unas buenas tabletas de chocolate y unos estupendos oblicuos bien trabajados — apostillo Eva consiguiendo que aquella por primera vez sonriera.

— Qué jodía es esta muchacha — sonrió el abuelo Goyo.

Todos sonrieron. En especial Juan, al que se le veía pletórico y feliz. Al principio, ninguno quiso pensar que Noelia era la causa de su felicidad, pero todos lo deducían. Se le notaba relajado desde que aquella joven había aparecido en su vida y eso les gustaba.

Tras un rato en el que consiguieron hacer reír a la llorona, Noelia se acercó a la cunita del recién nacido y murmuró:

— Es precioso. Es el bebé más bonito que he visto en mi vida.

Aquel comentario hizo que Manuel mirara a su hijo y le guiñara el ojo. Este al ver aquello junto las cejas y su padre sonrió. No era para menos.

— Un nuevo gorrioncillo al que mimar — asintió el abuelo Goyo encantado.

La puerta se abrió y una enfermera morena y de mediana edad entró. Tras saludarles a todos con una tímida sonrisa preguntó:

— ¿Todo bien por aquí?

Almudena fue a responder pero su padre se le adelantó.

— Magníficamente.

Aquella extraña se agachó y tras mirar al pequeño Joel que dormía plácidamente en su cunita murmuró:

— Es un niño muy guapo.

— Y hermoso. Casi cuatro kilos que ha pesado el mu ladrón — asintió el abuelo Goyo satisfecho.

La enfermera tras sonreír por el comentario del anciano, cruzó una mirada con Manuel y dijo:

— Se parece mucho al abuelo.

— Gracias — sonrió Manuel, mientras Juan, Eva y Almudena cruzaban sus miradas sorprendidos. ¿Qué estaba pasando allí?

La enfermera, tras suspirar, se recompuso y dijo:

— Vengo a llevarme al niño. Tenemos que hacerle unas pruebas.

— ¡¿Pruebas?! Aisss, Dios mío. ¿Qué le pasa? — gimió Almudena comenzando a llorar.

Manuel, acercándose a la enfermera le preguntó en tono preocupado:

— ¿Le ocurre algo al niño?

— No… Manuel, no te preocupes — sonrió la mujer mientras cogía al bebé— , Las pruebas que le vamos a hacer se las hacen a todos los bebés cuando nacen antes de marcharse del hospital.

— ¿Estás segura? — preguntó aquel ante la expectación de todos.

— Si — asintió aquella con una dulce sonrisa.

— ¿Qué le van a hacer? — preguntó Almudena.

— Le vamos a pinchar en el talón y…

— Ay pobrecito mío… ya comienza a sufrir — gimió la sensible madre comenzando a llorar de nuevo.

La enfermera tras mirar a la joven y sonreír, se acercó a ella y cogiéndole con la mano el óvalo de la cara para que la mirara murmuró.

— Son pruebas rutinarias, no te preocupes. ¿Vale Almudena?

— Vale… si nos lo dices tú, me quedo tranquilo — asintió Manuel con un dulce tono de voz.

Aquel tono de voz de su padre hizo que los hermanos se miraran los unos a otros. ¿A qué se debía aquella sonrisa? Y sobre todo, ¿por qué aquella mujer sabía el nombre de su padre?

La enfermera sonrió de nuevo, pero cuando se dio la vuelta para salir, el abuelo Goyo se plantó delante y dijo en tono poco conciliador:

— Yo le acompaño. No hago más que ver en la televisión que roban niños, y este es tan hermoso y rollizo que no puedo dejarlo marchar sin mi vigilancia. ¿Quién nos asegura que no nos lo van a robar?

— ¡Abuelo! — protestó Juan, mientras Noelia sonreía.

— Ni abuelo, ni leches. El gorrioncillo es una hermosura y no va a ningún lado si no voy yo.

Juan divertido por cómo su abuelo se aceleraba en décimas de segundos, se acercó a él y en tono tranquilizador dijo:

No te preocupes. Estoy seguro que esta enfermera lo cuidará y enseguida lo traerá para que podamos irnos.

— ¡Que no! — insistió el anciano—. Que de aquí no sale el muchacho sin su bisabuelo detrás.

— Goyo… no te preocupes — dijo Manuel con seguridad—. Quédate con los muchachos mientras yo acompaño a Maite. Me aseguraré que nuestro Joel regrese junto a su mamá.

— Si papá acompáñale — gimió Almudena.

Dos minutos después, la enfermera y su padre desaparecieron tras la puerta y Eva miranda a su hermana susurró:

— ¡¿Maite?! Es mi impresión o papá y esa enfermera…

— ¿Papá ligando? — preguntó Almudena secándose las lágrimas.

— No comencéis a cotorrear que es conozco — se mofó Juan.

Noelia sonrió y Eva sorprendida por lo que había visto minutos antes dijo:

— ¿Pero habéis visto como se ha puesto de melosón papá y como miraba a esa mujer, a Maite? Vaya… vaya con papá, si al final va a ser más ligón que tú.

— A ver señorita metomentodo — rio Juan—. Papá es papá y yo… soy yo.

Aquel comentario de Eva, hizo que Noelia frunciera el ceño, pero finalmente sonrió. Escuchar las cosas que aquellos decían ante la cara de guasa del abuelo Goyo, no tenía precio. Ver aquella familia tan unida y con sus bromas… Eso era lo que siempre había anhelado tener y, de pronto, aquellas personas se lo estaban dando todo.

Cinco minutos después el abuelo Goyo miró en dirección a Noelia.

— Gorrioncillo, ¿vamos a tomar un café?

— Oh, sí… ahora mismo — asintió Noelia.

— ¡Abuelo Goyo que no puedes fumar! — le recordó Eva sonriendo.

El anciano al escuchar aquello, levantó el bastón y gruño.

— Mecagoentoloquesemenea. ¿Quién ha dicho que voy a fumar?

Noelia se tapó la boca para no sonreír. Estaba claro lo que el anciano quería y Juan, suspirando, indico:

— Vamos, abuelo… yo le acompañaré.

— Juanito, hermoso, no te ofendas. Pero me gusta más la compañía femenina. — Pero al ver como este le miraba dio un taconazo en el suelo y dijo— : De acuerdo, vayamos a la cafetería.

— Buena idea abuelo… buena idea —sonrió Juan, que antes de salir por la puerta dijo en broma— : Portaos bien chicas.

Una vez se quedaron solas Almudena, ya más tranquila, dijo:

— Qué fuerte lo de papá con la enfermera. ¿Maite? ¿Quién es Maite?

— Está visto que los uniformes nos ponen a todos los de la familia — se mofó Eva haciendo reír a carcajadas a Noelia— . Yo creo que aquí hay tomate. ¿Has visto como se miraban?

Noelia, sintiéndose una más entre aquellas, añadió:

— Quizá no deba de decir esto, pero vuestro padre es un hombre joven, solo y creo que se merece ser feliz ¿no creéis?

— Te doy toda la razón, pero ¡uf! verás cuando Irene se entere — susurró Almudena.

— Calla… y no me lo recuerdes —suspiró Eva— . Que como aquí haya tomate nuestra santa Irene, estoy segura de que la va a liar y parda.

Sobre las seis de la tarde todos estaban en la casa de Manuel en Sigüenza. Como era de esperar, Almudena lloró al entrar con su hijo, cuando entró en su habitación, cuando se miró al espejo, cuando el bebé hizo caquita y en todas las

ocasiones habidas y por haber. Una hora después los hombres agotados de tanta lágrima decidieron ir a comprar provisiones a la tienda de Charo, mientras las chicas se quedaban en casa. Poco después llegó Irene con sus hijos para achuchar al pequeño Joel, que plácidamente dormía en su cunita.

— Ay qué bonitooooooooo — susurró Rocío al ver a su pequeño primo.

— Si… es muy lindo — gimió la joven madre emocionada.

— Tita Almu ¿puedo cogerlo? — preguntó la pequeña Ruth.

— Ahora no *cielo*, esta dormidito dormidito. Pero cuando se despierte te prometo que serás la primera en cogerlo.

Javi, que como siempre andaba con su balón bajo el brazo, tras ver a su tita continuamente llorando dijo acercándose a la cuna:

— Vale mamá ya lo he visto ¿puedo irme a casa de Jesusín a jugar?

Su madre asintió.

— Sí, hijo si puedes irte a jugar. Pero de allí no te muevas hasta que yo vaya a buscarte. ¿Entendido? — una vez el pequeño salió murmuró divertida— : Es un futuro hombre y le quiero con locura, pero tiene menos sensibilidad que un calamar.

Durante un rato las mujeres estuvieron hablando del bebé, de sus ojitos, sus morritos y lo precioso y gordito que estaba hasta que la pequeña Ruth para llamar la atención dijo:

— Me duele la tripita.

— Ay mi niña ¿Que te pasa? — se alarmó Almudena.

— Tendrá hambre — replicó su madre con tranquilidad— Ve a la cocina y coge un yogur del frigorífico del abuelo.

— Yo quiero una palmera de chocolate — exigió la niña mimosona.

— Ruth, no sé si el abuelo tiene palmeras en casa. Ha ido a comprar y…

— Pues yo quiero una palmera. La quiero ahora — insistió.

Aquel tono de voz y en especial como la cría se

hacía notar hizo que las hermanas se miraran y Eva en tono de guasa dijera:

— Vayaaaaaaaaaa... me parece que hoy no hemos barrido bien y tenemos la casa llena de pelusilla.

Consciente de la carita de le pequeña, Noelia sonrió y asiéndola del brazo le preguntó:

— ¿Quieres que vayamos a la cocina y miremos lo que tiene el abuelo?

— Sí — sonrió la pequeña al ver que había conseguido la atención de alguien.

Segundos después llegaron a la cocina. Noelia no sabia dónde guardaba las cosas Manuel, por lo que dejo que la pequeña se lo indicara. Su felicidad fue total cuando encontró lo que ella ansiaba. El abuelo, como siempre, tenía palmeras de chocolate para ella.

Cuando regresaban al salón sonó la puerta de la calle y una amiguita la reclamó para jugar. Irene dio su consentimiento y la niña si marchó a casa de Úrsula, una vecina.

— Mamá, ¿iremos de compras a Madrid? — preguntó Rocío.

— No lo sé. ¿Porqué?

La joven al ver que su madre no la miraba insistió.

— Mamá quiero que me compres el abrigo de cuero que te dije en la tienda de JLo ¿no lo recuerdas'?

Irene suspiró y mirando a su hija respondió.

— Sé que te vas a enfadar, pero tengo que decirte que lo que me pides es imposible, *cielo*. Tu padre necesita una nueva radio para el camión y el sueldo de él no da para mucho. Por lo tanto, y aun a riesgo de que no me hables el resto del año, tengo que decirte que no te puedo comprar el abrigo de cuero que quieres.

— Jolines, mamá ¡me lo prometiste!

— Lo sé cielo, pero tenemos un límite para los gastos y no contaba con la increíble factura de la calefacción y el seguro del hogar.

— ¿Qué abrigo de cuero quieres? — preguntó con curiosidad Noelia.

Conocía toda la ropa de su amiga JLo y quizás ella pudiera hacer algo.

— Pues uno que cuesta un riñón y parte del otro — se quejó Irene.

— El nuevo de la colección de Jennifer López — suspiró Rocío . Uno que ella luce en su nuevo catálogo. Es que me encanta ¡es precioso!

Noelia asintió. Tendría que mirar el último catálogo de su amiga para saberle qué abrigo se trataba. Irene, entristecida por tener que darle aquella noticia a su hija prosiguió.

— El problema es que si te compro ese abrigo de regalo de Reyes, el resto de la familia se quedaría sin regalos. ¿Crees que eso seria justo para ellos?

— Vale mamá… lo entiendo.

Sorprendida por aquella contestación Irene miró a su bija y murmuró boquiabierta.

— ¿De verdad, cielo que lo entiendes?

— Que sí, mamá — suspiró sabedora de que su madre tenía razón. El sueldo de su padre no daba para mucho y tener un abrigo tan caro era un sueño imposible. Además, no quería enfadarla. Había quedado con unos amigos un par de horas

después para ir a tomar algo al pueblo de al lado y mejor contentarla a que le prohibiera salir.

Olvidado el incidente del abrigo, todas siguieron adorando al pequeño hasta que Eva dijo:

— Es precioso… ¿Pero es solo cosa mía o se parece a él?

— Sí. Es clavadito a él — asintió Rocío muy segura de lo que decía.

Noelia no entendió aquel acertijo hasta que Almudena mirando a su bebé asintió y como era de esperar gimoteó llevándose el kleenex a la boca:

— Es idéntico a su padreeeee.

— Por Dios, Almu, pareces un bulldog con tanta baba — se mofó Eva a! verla.

Irene al escuchar aquello le dio un pescozón y consoló a la llorona abrazándola.

— Venga… venga… ya está, cielo… ya está.

Diez minutos después y tras conseguir que Almudena dejara de llorar, miró a su precioso hijo y dijo más tranquila:

— Si le viera Saúl se quedaría de piedra. Es idéntico a él.

— Por cierto y hablando de piedras — dijo Eva para cambiar de tema— . Irene, ¿a que no sabes quién es un ligón de tomo y lomo?

Noelia y Almudena se miraron sorprendidas. Sabían lo que iba a decir y centraron toda su atención en Irene que con gesto dulce miraba al pequeñito.

— ¿Quién es un ligón? — se interesó Rocío tras mirar su móvil.

— Tu abuelo, vamos, mi padre.

— ¡¿El abuelo?!

— ¡Ajá!

— ¡¿Mi abuelo?! — confirmó Rocío sorprendida.

— El mismo que viste y calza. Ya ves… tenemos otro *latín lover* en la familia además de nuestro guapo Juan — asintió Eva esperando la reacción de su hermana mayor que no se hizo esperar.

Irene levantó el rostro y tras clavar la mirada primero en su hija y después en sus hermanas, dijo en un tono de voz nada sorprendido:

— Pues hace muy bien. Papá es un hombre joven y se merece ser feliz. ¿No creéis?

— Palabrita del niño Jesús, que a ti no hay quien te entienda — se mofó Eva al escucharla.

— ¡Mamáaaaaaaa! Pero ¿has oído lo que han dicho las titas?

— Sí cariño, claro que lo he oído. Y repito. Me parece muy bien que el abuelo salga con alguien. La abuela murió hace años, para nuestro pesar y el suyo, y necesita compañía.

— ¡Qué fuerte! Contigo una no sabe cómo acertar — murmuró Eva mirando a Noelia.

— Y que lo digas — asintió Almudena.

Sorprendidas como nunca en su vida, Eva y Almudena se acercaron a su hermana y poniéndole la mano en la frente murmuró Eva.

— Llamad a una ambulancia con urgencia.

— Irene ¿estás bien? — preguntó Almudena.

Esta tras sonreír a Noelia que las estaba observando apartada, se sentó junto a la cuna del pequeño Joel y dijo:

— Yo estoy perfectamente. ¿Y vosotras?

— Pero… pero… yo pensé que ibas a montar en cólera — cuchicheó Eva.

— Aisss Eva María. Qué exagerada eres — rio Irene.

— Pero vamos a ver ¿con quién sale el abuelo? — preguntó Rocio.

Irene, Tras tapar con la toquillita al bebé las miró y contesto con una sonrisa:

— Con una señora encantadora desde hace al menos año y medio.

— ¡¿Cómo?! — gritaron sorprendidas Eva y Almudena.

— Relajaos, mujeres modernas — se mofó Irene tras soltar su noticia—. ¿A qué viene tanto aspaviento? Ni que estuviera saliendo con una pütingui.

— ¡¿Pilingui?! ¿Qué es eso? — preguntó sorprendida Noelia.

Rocío respondió divertida:

— Una pütingui es una guarrona, una mujer sueltecita de bragas.

— Ah... vale — se carcajeó Noelia.

Las hermanas, ante la defensa de Irene de aquella desconocida corrieron a sentarse a su lado.

— Comienza a hablar si no quieres que te torturemos — dijo Almudena tras ponerse un flotador bajo el culo.

Irene, suspiró y pasó a relatarles cómo su padre, hacía cosa de dos años, le comentó una tarde que había conocido a una mujer en uno de los chequeos del abuelo Goyo en el hospital Universitario de Guadalajara. En un principio no quiso hacer caso a sus sentimientos, hasta que un día el abuelo Goyo, al ver a la joven enfermera en la cafetería del hospital, ni corto ni perezoso se empeñó en desayunar con ella. Aquel primer contacto hizo que el abuelo Goyo confirmara sus dudas. Se había dado cuenta de cómo su yerno, que había estado felizmente casado con su hija, evitaba mirar a la simpática enfermera que se deshacía en atenciones hacia ellos.

— Así que el abuelo Goyo hizo de celestina — sonrió Eva.

— Ya te digo — asintió Irene—. Es más, el abuelo fue el que consiguió el teléfono de Maite, la enfermera, y se lo dio a papá para que la llamara. Entonces papá me llamó un día a casa y me contó lo que pasaba. Sabia que vosotras y Juan aplaudiríais su decisión, pero también sabía que yo no lo haría, y decidió contarme lo que ocurría antes de que yo me enterara por otro canal y me pudiera enfadar.

— Ay qué lindo que es papá — gimoteó Almudena de nuevo.

— El caso es que cuando papá me lo dijo — prosiguió Irene—, al principio me quedé sin saber que decirle. El que esa mujer formara parte de su vida, me hizo pensar que ya se había olvidado de mama. Yo me enfadé con él y le dije cosas que luego me arrepentí y decidió olvidarse de ella. Papá antepuso nuestra felicidad a la suya propia. Una semana después, el abuelo Goyo se enteró de lo ocurrido, vino a verme a casa y me hizo entender, bastón en alto — rio emocionada al recordar aquello—, que papá se merecía volver a ser feliz.

— Ay qué remono que es el abuelo Goyo — volvió a suspirar Almudena justo en el momento en que Noelia le pasaba un nuevo kleenex que ella aceptó encantada.

— Y tú qué bruta, Irene — siseó Eva mirando a su hermana.

— Lo sé y por eso cambié de opinión. El abuelo Goyo me hizo entender que papá hubiera dado la vida por mamá y que la querría toda la vida, pero que él estaba vivo y se merecía tener una nueva ilusión. En definitiva, hablé con papá y le obligué a llamar a Maite delante de mí. Desde entonces siempre que él va a Guadalajara queda con ella y

se ven. Incluso ha venido a casa un par de veces, pero como las dos estabais viviendo en Madrid no os enterasteis y Juan, por su trabajo, tampoco. Papá me dijo que no dijera nada porque quería ser él quien os diera la noticia si lo de ellos continuaba hacía delante. Y ahora, vamos a ver ¿cómo os habéis enterado?

— En el hospital. Esta mañana ha entrado una enfermera, Maite, a la habitación a por Joel, y…

— ¿Qué os ha parecido Maite? — preguntó emocionada Irene ¿A que es una mujer encantadora? Oh, Dios… a mí me cae fenomenal y siempre que voy a Guadalajara hago como papá, la llamo y me tomo un cafetín con ella.

Almudena y Eva se miraron y divertida esta última respondió:

— Pues… no hemos hablado con ella y…

El timbre de la puerta sonó y Rocío se levantó para ir a abrir. Dos segundos después la joven entraba en el salón seguida de dos impresionantes policías municipales.

— Mamá… estos… estos señores preguntan por…

— ¿Pero qué ven mis ojos? gritó Eva sorprendiéndolas a todas,

— Dos policías — respondió Almudena sin entenderla.

— ¡Uoooool! ¡Adelante! — gritó Eva al ver a aquellos musculosos y atractivos hombres vestidos de policía. Noelia, al ver aquello, se quedó boquiabierta, pero Eva se levantó y llegando hasta donde estaban le dio un cachete en el trasero al más alto y dijo dejando a sus hermanas sin palabras— : Mmmm… me encanta este trasero redondo. Lo bien que te queda el uniforme y… la porra que llevas en la cintura.

— ¡Eva María! — gritó Irene sorprendida por aquel descaro.

El poli miró a la joven que sonreía a su lado y tras cruzar una mirada con su compañero dijo:

— Me alegra saberlo, señora.

— ¡Señorita! — recalcó divertida.

— Señorita — repitió el municipal.

— Vaya… vaya… veo que mi hermanito por fin se ha dado cuenta de que necesitamos un alegrón para el cuerpo y la vista.

— No me lo puedo creer — murmuró Noelia sorprendida. ¿Juan había enviado a unos *boys* para alegrarles la tarde?

— Créetelo nena — rio Eva al escucharla—. Este Juan es el mejor.

Irene y Almudena, patidifusas, miraban a su hermana pequeña revolotear alrededor de aquellos policías cuando la escucharon decir:

— Vamos, nenes, poned la musiquita y comenzad el espectáculo. Somos todas ojos ¡guapos! — Y mirando a su hermana Almudena le cuchicheó—: Le dije a Juan que un numerito de estos te vendría bien ¡y aquí están!

— Uoooo — rio Almudena complacida—, ¿En serio?

— Ya te digo.

— Uff… con esto me va a subir la leche.

— No importa, Almu… disfrútalo.

— Entonces… vamos nenes. Enseñad lo que sabéis hacer que acabo de ser madre, estoy sin pareja y desesperada por ver un musculado cuerpo serrano — aplaudió Almudena divertida cambiando radicalmente su tono de voz.

Noelia al escuchar aquello se tapó la boca con las manos. Aquello era lo más surrealista y divertido que había vivido nunca y no pudo evitar carcajearse, mientras pensaba en el detallazo que Juan había tenido al enviarles aquella diversión.

Los policías, sin saber realmente de qué hablaba, se miraron y el más alto, tras clavar su

mirada en las jóvenes alocadas, en especial en la que estaba junto a la cunita del bebé, dijo:

— Preguntamos por…

— Por Eva, Almudena, Noelia, Irene y Rocío ¿verdad? — susurró Eva.

— No precisamente — respondió el poli divertido.

— Venga guapetones, no os hagáis de rogar — cuchicheó Almudena.

Avergonzada por sus hermanas, Irene se acercó a su hija y tapándole los ojos dijo:

— Tú no mires, cielo… a tus titas se les ha ido la cabeza.

— Quita mamá — protestó Rocío que no quería perderse nada.

— Vamos, nenes, poned la música y comenzad a quitaros cositas — suspiró Eva sentándose junto a Noelia que se retorcía de risa.

— Eva María ¿te has vuelto loca? — protestó Irene al escucharla.

— No cielo… loca te vas a volver tú cuando veas el cuerpazo que se gasta ese moreno, con más morbo que el mismísimo Hugh Jackman en Australia.

— Miren señoritas, no sé a que se refieren — respondió el poli más alto levantando la voz— . Tanto mi compañero como yo les agradecemos los piropos que nos han dicho, aunque siento decirles que por mucho que ustedes nos digan, la denuncia que acaba de poner su vecina, Asunción Castañedo, a Javier López Morán por haberle roto el cristal de su puerta, no se la vamos a quitar.

Como si se hubieran caído de un quinto piso todas se quedaron calladas e Irene torciendo la cabeza al más puro estilo de la niña del exorcista gritó.

— ¡¿Que la sinvergüenza de la Asunción, la Chumina, le ha pueblo una denuncia a mi niño?! ¡¿A mi Javi!?

— Sí, señora. Me alegra saber que por fin nos entendemos — asintió el poli alto aun sonriendo.

Como un cohete a propulsión la madre de la criatura corrió al exterior y antes de que ninguno pudiera llegar donde estaba ella se comenzaron a escuchar gritos.

— Ay madre ¡la que se va a liar! — gritó Eva y mirando a su hermana dijo antes de salir— : Almu, quédate aquí con Joel que tú no estás para líos.

Dos segundos después las jóvenes discutían con Asunción y las hijas de esta, cuando la susodicha se abalanzó sobre Irene y, como si de una batalla campal se tratara, todas las mujeres comenzaron a gritar y a empujarse. Noelia en un principio intentó mantenerse a un lado. No estaba acostumbrada a aquel tipo de problemas, ni contactos. Pero al ver como dos agarraban a Eva, no se lo pensó dos veces y se metió por medio. Al pensar en su peluca intentó por todos los medios que nadie la agarrara del pelo, pero era imposible, había manos por todos los lados.

Almudena que observaba todo aquello dando gritos desde la ventana, al ver el lio, no se lo pensó y dos segundos después estaba metida en todo aquel embrollo en camisón. Los policías, ojipláticos por la que se había armado en décimas de segundo, se metieron por medio para separarlas pero era misión imposible. Eran muchas mujeres para ellos dos.

En ese momento llegó un coche. Juan junto a su padre y su abuelo al ver aquello y reconocer a

sus hermanas y a Noelia en aquel lío se acercaron rápidamente y entre todos consiguieron separarlas.

— Pero ¿qué os pasa? — preguntó Juan tras comprobar que todas, en especial Noelia, estaban bien a pesar de que respiraban con dificultad.

— ¡La greñosa de la Asunción! — gritó Irene— , ¿Pues no ha denunciado a Javi porque dice que le ha roto los cristales? Cuando Javi está jugando en casa de Jesusín.

— ¡Tu *jodio* muchacho me ha roto el cristal de la puerta de un balonazo! — gritó esta como una verdulera,

— ¡Imposible! — voceó Almudena— El niño no ha podido ser.

— ¡Ha sido ese sinvergüenza con cara de delincuente! ¡Lo he visto con mis propios ojos! — gritó una de las hijas de la otra.

— Será gorrinona la Chumina — gruñó el abuelo Goyo con el bastón el alto.

— ¡Gorrinón usted viejo verde! — gritó la ofendida.

— Ya quisieras tú que yo te tocara ¡so fea! — se mofó— . Vamos, ni con un palo y a distancia te tocaba yo.

— Asqueroso… baboso. Cierra esa boca sin dientes.

— Mira guapa — gritó Noelia encendida— . Como vuelvas a insultar a este hombre te las va a ver conmigo, porque tú sí que te quedarás sin dientes cuando yo te los arranque y me haga un collar con ellos ¿te parece?

Juan, sorprendido, la miró y el abuelo gritó:

— Olé mi chica ¡con un par de huevos!

— Eso abuelo, tú anímala — gruñó Juan deseoso de acabar con aquello.

— ¿Y tú quién eres? — gritó una de las hijas de la ofendida— . ¿La que se pasa por la piedra ahora al poli?

— ¡Señoras! — gritó el municipal incapaz de parar aquello.

Manuel fue a responder a aquella ofensa pero Noelia se le adelantó.

— ¡Yo soy la que te va a arrancar los dientes como sigas diciendo tonterías! — gritó haciendo carcajearse a Almudena.

— Asunción — protestó Manuel enfadado— . Diles a tus muchachas que no falten a mis chicas o…

— ¿O qué? ¿Acaso nos vais a pegar?

— ¡So *perraca*. Si es que *tos* los de la familia de las Chuminas sois unos delincuentes — gritó el abuelo Goyo levantando el bastón— . Asunción, eres más perra que…

— ¡Abuelo! — gritó Juan para hacerle retroceder.

Por todos era bien conocida la enemistad de aquellas dos familias vecinas, las Chuminas y los Morán desde hacía años, por unas tierras.

— Su *jodio* nieto nos ha roto los cristales de la puerta — protestó Asunción mirando a Manuel que estaba horrorizado por todo aquello.

— Imposible — gritó la madre del niño— . He repetido mil veces que él no ha podido ser. Estoy segura de que te estás equivocando y tú lo sabes.

— Oh… dijo su santa madre — se mofó aquella— . Tú qué sabrás si estabas zorreando con tus hermanas en casa.

— ¡Zorreando! — gritó Almudena muerta de risa.

— ¡¿Zorreando?! — repitió Eva— . Aquí la única que zorrea eres tú ¡so guarra!

— Chicas… chicas… no entréis en su juego — protestó Juan al ver aquello,

— Señoras tranquilícense y acabemos con esto

— insistió el municipal intentando no sonreír ni mirar a Almudena.

— ¿Dónde está Javi? — preguntó el abuelo del crío intentando poner paz.

— En casa de Jesusín, el de la Eulalia — informó Eva muy enfadada.

— Ve a buscarle ahora mismo y aclaremos esto de una vez — insistió Juan al ver como su hermana mayor comenzaba a encenderse de nuevo.

Sin perder tiempo, Juan se presentó a aquellos dos policías y rápidamente comenzaron a hablar entre ellos de lo ocurrido.

Cinco minutos después, Javi, junto a Jesusín y la madre de este llegaban al lugar de los hechos donde se aclaró que los niños no habían salido de la casa en toda la tarde. Rompieron la denuncia allí mismo y cuando Juan obligó a sus hermanas a entrar en casa, el poli alto, antes de montarse en el coche patrulla, se acercó hasta Noelia, Almudena y Eva y dijo para su sorpresa:

— Cuando queráis, acabamos el numerito, nenas.

Almudena soltó una carcajada mientras las otras dos se ponían rojas como tomates. Finalmente se encaminaron hacía el interior de la casa muertas de risa, mientras Juan sin entender nada preguntaba:

— ¿A qué se refería el municipal?

— Mejor no preguntes — se mofo Almudena, quien no volvió a llorar más.

43

Aquella tarde, tras la trifulca con los vecinos, Noelia y Juan regresaron caminando a la casa de este. Pararon en la plaza donde se tomaron unas cervecitas y se comieron unas bravas, que a Noelia le apasionaron, y luego continuaron su camino. Aquel paseo tranquilo, agarrados de la mano, Noelia lo disfrutó de una manera increíble. Cosas tan básicas como pasear por la calle, ir a comprar a una tienda o tomar algo en una terraza, ella las disfrutaba de una manera que a Juan le hacía sonreír.

Durante el camino hablaron sobre sus vidas. Ella le contó curiosidades de rodajes y divertidas anécdotas que le habían ocurrido y él la escuchaba encantado. Aunque cuando hablaron sobre las escenas de sexo que ella interpretaba o los supuestos besos a los galanes, a Juan ya no le hacía tanta gracia.

— No me seas antiguo. Los actores interpretamos ¿tan difícil es de entender?

Juan se paró para responder.

— Mira Noelia… no pongo en duda que interpretéis, pero a ver, ¿cuando rodáis una escena de sexo y estáis desnudos en la cama, no os excitáis?

Con gesto pícaro murmuró:

— Pues depende.

— ¡¿Depende?!

— Si — respondió ella echando a andar de nuevo.

Incapaz de creer una respuesta tan sincera la cogió de la mano y haciendo que se detuviera, preguntó:

— ¿Te le has excitado alguna vez ante la cámara?

Le miro con seguridad y asintió.

— Interpretar una buena escena es dejarte llevar y…

— No quiero escuchar mas — dijo Juan levantando las manos.

Aquel gesto a Noelia le hizo sonreír y acercándose a él murmuró:

— Juan, los actores sabemos interpretar muy bien, no pienses cosas raras.

— Pero si me acabas de afirmar que te has excitado — replicó enfadado.

— Pues sí. Pero mira, yo por norma cuando interpreto una escena de sexo, bloqueo mi mente y visiono lo que yo quiero para que sea más realista. El que tenga a un actor sobre mí besándome no significa que me guste. Además, tú en el cine ves solo la escena final montada, y déjame decirte que una escena tiene muchas tomas. Y en esas tomas lo que menos haces es excitarte de la manera que estás pensando.

— Oh… ¿y los besos? — se interesó Juan— . ¿Me vas a decir que los besos que os dais no son reales?

Encogiéndose de hombros la joven suspiró.

— Sí… Juan, nos besamos. En ocasiones más pasionalmente porque lo exige el guion, pero te puedo asegurar que es solo un beso, nada más. — Y dejándole planchado le agarró y dijo acercando su boca a la de él— : Ahora te voy a dar un beso de los que a mí me gustan, vamos para que me entiendas, de los nuestros.

Sin dejarle hablar tomó sus labios y con una sensualidad que a Juan le puso la carne de gallina le besó. Enredó su lengua con la de él y se la succionó primero lenta y pausadamente para instantes después devorarle con pasión. Tras conseguir que él respondiera a aquel apasionado beso, la joven lo finalizó dándole un pequeño tirón en el labio inferior.

— Ves… eso ha sido un maravilloso y excitante beso — y sin dejarle hablar añadió— . Y ahora, voy a bloquear mi mente, no pensar que eres tú, y te voy a dar un beso típico de toma de cine.

Sin más volvió a tomar sus labios, aunque sin la misma emoción de minutos antes. Metió su lengua en la boca de aquel, pero no la movió. Simplemente restregó sus labios contra los de él. Una vez se separó, ante su cara de incredulidad por la diferencia del beso la joven pregunto:

— ¿Has notado la diferencia?

Como si mirara a una vaca con manchas azules Juan asintió. Claro que había notado la diferencia. Pero sin querer darle la razón murmuró comenzando a andar.

— Sinceramente, no me gustaría que la mujer que estuviera conmigo hiciera esas cosas. No soportaría verla desnuda en la pantalla y menos refregándose con otro que no sea yo.

— Vaya… es bueno saberlo — se mofó divertida.

Tras unos segundos en silencio, al ver que ella sonreía, la agarró por la cintura e intentando ser más suave murmuró.

— En serio, Noelia. Yo entiendo tu trabajo, pero no lo apruebo.

— Vale… eso es un principio — asintió optimista.

— De todas formas — añadió él comenzando a andar— , lo que ambos hagamos una vez te hayas ido, no es de la incumbencia del otro ¿verdad?

Dolorida y decepcionada por aquello, pero consciente de que él siempre le había dejado claro aquello, le besó y murmuró:

— Por supuesto.

Cuando llegaron a casa, *Senda* les saludó con su acostumbrado chorreo de lametazos y saltitos Juan comenzó a preparar la cena y Noelia subió a darse una ducha. Veinte minutos después bajó sin

peluca y sin lentillas. Su rubio cabello relucía cayendo en cascada sobre sus hombros y él, al verla aparecer, silbó. Estaba preciosa. Feliz por aquel recibimiento se acercó y al ver que estaba cocinando algo en el horno preguntó:

— ¿Qué celebramos?

Tras besarla él sonrió y aclaró:

— Que es miércoles.

— Genial ¡Que vivan los miércoles!

Entre risas y confidencias, degustaron una exquisita dorada a la sal. Cuando terminaron de cenar ella se ofreció a recoger la cocina. Mientras él se estaba duchando sonó el teléfono. Nuria, sin dudarlo, descolgó.

— Hola, soy Roció ¿esta mi tito?

— Esta duchándose, cielo ¿Te puedo yo ayudar?

— Realmente quería hablar contigo, no con él.

— Vaya… pues aquí me tienes —asintió sonriente sentándose en el sillón.

— Tengo un pequeñito problema. Son las diez menos cinco y a las diez en punto tengo que estar en casa. Pero estoy a una hora de distancia y he pensado llamar a mi madre y decirle que estoy contigo tomando algo por el pueblo. Si le digo eso, sé que no se enfadará y…

— ¿Pretendes que yo le mienta a tu madre?

— Lo sé, Noelia… lo sé —suspiró la joven—. Pero es que si le digo que estoy con Fran en una fiesta se va a enfadar. Solo sería una pequeña mentira. Como diría ella, una mentira piadosa. Lo justo como para que me dé tiempo a llegar sobre las once a casa. Si te lo digo es porque sé que mi madre lo pondrá en duda y seguramente os llamará para confirmarlo.

Noelia al notar el tono de voz de Rocío suspiró. Ella también había tenido dieciséis años y había suspirado por algún joven. Al final resopló.

— De acuerdo. Por esta vez te cubro las espaldas, pero no me gusta que me metas en estos jaleos. Imagínate que te pasa algo. ¿Qué le podría decir yo después?

— Tranquila, no pasará, y te prometo estar en casa a las once.

— Más te vale — asintió divertida.

— Y, por favor, si mi madre llama que el tito le diga que tú estás conmigo ¿vale?

— Okay. Pero lo dicho… a las once. No más tarde.

Dicho esto la comunicación entre ellas se cortó y Noelia sonrió. Le agradaba ayudar a aquella jovencita. Era una niña bastante buena con los típicos problemas de la adolescencia. En ese momento, Juan entró vestido únicamente con una toalla negra alrededor de sus caderas. Al verle esta vez fue ella la que silbó y él sonrió.

— ¿Quién ha llamado?

— Rocío.

— ¿Y qué quería?

Sonrió y bajo la atenta mirada de este contestó.

— Sé que lo que te voy a decir quizás no te guste, pero he prometido ayudarla. Está en el pueblo de al lado con unos amigos — omitió el nombre de Fran—, y llegará un poco más Tarde de lo que su madre le dijo… y va a llamar a su madre para decirle que está conmigo Tomándose algo en el pueblo, así no la regañará. Y tú, si su madre llama, se lo tienes que confirmar.

Boquiabierto por aquella artimaña, gruñó.

— ¿Pero a qué hora piensa llegar esa mocosa a casa? Deben ser casi las diez de la noche.

— En una horita más o menos.

— ¿A las once?

— Sí.

— ¿Pero en qué estás pensando para ayudarla en algo así? Es una cría.

— No me regañes. Necesita ese tiempo para llegar del pueblo de al lado —al ver su gesto ceñudo murmuró—: Venga no le enfades ni con ella, ni conmigo. Es una jovencita y está en la edad de querer llegar un poquito más tarde a su casa.

— No me gustan estas cosas, Noelia. Hoy en día hay mucho loco suelto y Rocío aún es una menor. No deberías haber dejado que te engatusara porque…

— Lo sé… lo sé… soy una blanda y tienes toda la razón —sonrío ella—. Pero es que he sido incapaz de decirle que no.

Verla ante él con aquella sonrisa picara en los labios fue lo máximo que Juan resistió y acorralándola contra el sofá se tumbó encima de ella y posando sus manos sobre sus caderas murmuró quitándole la camiseta.

— Esto lo vas a pagar, muy… muy caro.

— Biennnnnnnnn… Me gusta lo caro —se mofó haciéndole sonreír.

Sin decir nada más Juan la besó. Comenzó devorándole los labios para después bajar lenta, muy lentamente su boca hasta su cuello. En aquel pequeño recorrido, cientos de dulces besos acompañados de delicadas caricias hicieron que a Noelia se le pusiera la carne de gallina y tirara de la toalla que aquel tenia enrollada en la cintura hasta hacerla caer al suelo.

Tener a Juan desnudo sobre ella era sensual, morboso y altamente excitante. Con delicadeza recorrió con las uñas la piel de su espalda. Su olor varonil y cómo la miraba la hacían vibrar sin que ni siquiera la tocara. Juan, incapaz de seguir un segundo más sobre ella sin cumplir su objetivo, se incorporó y, por el camino, le arrancó los pitillos elásticos negros que ella llevaba, quedando ante él desnuda y solo con un bonito tanga rosa.

— *Canija*... me vuelves loco — susurró excitado mientras metía su mano dentro de la diminuta prenda que ocultaba lo que él deseaba poseer y comprobaba lo húmeda que estaba.

Incapaz de decir nada ella asintió. Juan era un excelente amante y se lo demostraba cada vez que le hacía el amor. Deseosa de sus caricias le besó. Atrajo su boca hasta la de ella y se la devoró justo en el momento en que él le abría las piernas con las suyas. Aquello la excitó más, y todavía más cuando vio la intensidad de su mirada y lo que se proponía. Excitada, sintió como él recorría su cuerpo con la punta de la lengua lentamente hasta llegar a su sexo y le quitaba el tanga. Después le separó los muslos y tras sonreír bajó su boca hasta los pliegues de su sexo y lo besó.

Aquel simple contacto le arrancó un gemido mientras sentía que todo su cuerpo se abría para él. Deseoso por saborear lo que tenía ante él, Juan exploró pausadamente aquella feminidad mientras ella con los labios entreabiertos dejaba escapar dulces y sensuales gemidos. Cuando su boca llegó al clítoris lo rodeo con su lengua y lo lamió con deleite para después succionar con suavidad. La agarró de las caderas con posesión y levantándoselas del sillón le devoró con tal pasión su rosada feminidad que ella gritó.

— ¡Oh... sí!

Excitada, complacida y deseosa de más, le

agarró del pelo y gimió mientras un devastador orgasmo la hacía temblar ante él, que endurecido como una piedra, posicionó su ardiente miembro entre sus piernas y la penetró. Tumbándose sobre ella, le agarró las muñecas y tras besárselas Se las sujeto por encima de la cabeza y comenzó a moverse con un ritmo cautivador y regular.

Entregada totalmente a él, arqueó la espalda en busca de que profundizara más mientras apretaba las piernas alrededor de su cintura. Quiso gritarle que siguiera, que no parara nunca, pero era incapaz. Oleadas de placer explotaban en su interior a cada nueva embestida. Ver el placer que le proporcionaba, excitó aún más a Juan, por ello aumento la velocidad de sus penetraciones hasta que la sintió gemir extasiada, entonces y, solo entonces, él se permitió dejarse llevar por un abrasador orgasmo que le hizo soltar un gruñido varonil.

Agotados y con las respiraciones alteradas Juan la miró y antes de levantarse la besó en los labios y le susurró.

— Me gusta mirarte a la cara cuando hacemos el amor. Estas preciosa.

Ella no respondió. Apenas tenía resuello para respirar y cuando escuchó aquello sintió una nueva oleada de placer que la hizo suspirar.

Segundos después ambos se levantaron del sillón. Juan cogió la toalla negra que descansaba en el suelo y se la anudó de nuevo a la cintura. Noelia miró hacia una botella de agua junto a la mesa del comedor y levantándose se acercó hasta ella y tras llenar un vaso de agua bebió. Estaba seca. Juan incapaz de quitarle los ojos de encima a aquella mujer, recorrió con deleite su cuerpo desnudo y

acercándose a ella volvió a besarla mientras susurraba:

— Tú y yo esta noche tenemos muchas cosas que hacer. Muchas.

Encantados por la magnífica noche de sexo que tenían por delante disfrutaban del momento entre besos y abrazos sin ser conscientes de que alguien les observaba desde el exterior del chalet.

Irene, enfadada por la llamada de su hija, quiso saber la verdad. Y en vez de llamar a su hermano por teléfono se presento en casa de este para ver si Noelia estaba allí o no. Pero tras aparcar frente a la casa se quedó de piedra. Podía ver desde la calle y a través de la ventana corno su hermano se besaba apasionadamente con una mujer rubia. ¿Quien era aquella?

¿Y por qué su hermano se la jugaba estando Noelia a punto de llegar?

Encendida, indignada e incapaz de marcharse sin hacerle saber al descerebrado de su hermano lo que había visto, se dirigió hacia la casa y pegó el dedo al portero automático. Juan vio desde el interior que se trataba de su hermana, abrió la cancela de inmediato e Irene entró como un miura en el jardín.

Juan ordenó a Noelia esconderse. Irene no podía encontrarla allí. No solo porque no llevaba la peluca ni las lentillas, sino también porque se suponía que estaba con su sobrina Rocío. Cuando Juan abrió la puerta de su casa solo vestido con la toalla alrededor de la cintura, su hermana le miró y con gesto agrio dijo:

— ¿Te parece bonito lo que estás haciendo? ¡So cochino!

Desconcertado, y sin entender a qué se refería le preguntó:

— ¿Qué estoy haciendo?

— Eres como todos. ¡Un insensible! Tienes

menos sensibilidad que un chipirón y me avergüenzo de ser tu hermana. Yo… yo pensé que por Noelia sentías algo especial. Creí verlo en tu mirada, la manera como la tratabas, pero noooooooooo… ¡Me equivoqué! Eres un tío más que solo piensa con la punta del pito y… y aquí estás retozando con esa pilingui rubia sin importarte lo que otra mujer sienta por ti. ¡Qué horror! Y encima con una… una rubia de bote que estoy segura que no le llega a la maravillosa Noelia ni a la punta del dedo meñique. ¡Merluzo! Eres un soberano merluzo y terminarás más solo que la una por ser eso ¡un merluzo guaperas que se cree más listo que nadie! Pero bueno, ¿acaso no has pensado que Noelia está caer? ¿Qué pretendes? ¿Qué te pille ella con esa guarra? Oh, Dios… cómo sois los hombres…

Juan no habló. No podía sacarla de su error. Se limitó a escuchar aquella reprimenda mientras ella proseguía.

— Ahora me alegro que mi Rocío esté con Noelia Tomando se algo en el pueblo. Mira que me mosqueé cuando me llamo, pero ahora soy feliz al saber que al menos esos dos angelitos se islán dividiendo.

— Lo de angelillos me ha llegado al corazón — se mofó Juan y su hermana, al escucharle, le dio un bolsazo.

— Pues sí, imbécil, más que tú sí que lo son. Por lo menos no están engañando a nadie, cosa que no se puede decir de ti. Ojalá se lo pasen bien y disfruten, porque lo que es contigo. Tras el sobeteo que te estás metiendo con esa… esa pilingui rubia, fuerzas te faltarán. Esto Juan… no me lo esperaba de ti.

Sin más se dio la vuelta con cajas destempladas y comenzó a andar pero antes de llegar a la puerta del jardín se volvió y gritó.

— Haz el favor de sacar a esa guarra de tu casa y cambiar las sabanas. No querrás que cuando llegue Noelia, la pille aquí.

Dicho esto cerró de un portazo la puerta del jardín y desapareció. Juan todavía boquiabierto por aquel arranque de furia de su hermana cerró la puerta de su casa y al volverse se encontró con la divertida mirada de la supuesta rubia que muerta de risa murmuró:

— ¿¡Pilingui?... tu hermana me ha llamado pilingui y a ti merluzo.

— Sí, angelillo —suspiró boquiabierto—. Y esto es solo culpa luya. La mentira que tú y Rocío habéis tramado ha traído sus consecuencias.

— Venga, no seas tan negativo y saca el lado positivo de ello.

— ¿Lado positivo? ¿Dónde está lo positivo?

Con una picara sonrisa Noelia corrió hacia las escaleras y antes de comenzar a subirlas con *Senda* detrás dijo:

— Que tu hermana me quiere y que por fin ha descubierto que eres un merluzo.

Al sentir su guasa, sonrió y corriendo tras ella escaleras arriba gritó:

— Prepárale *canija*, porque esto lo vas a pagar muy... muy caro.

44

Días después, Eva sentada ante su viejo y anticuado PC respondía los emails de sus colegas y amigos y se divertía un rato en facebook. Tras hablar con varios compañeros envió su currículum a varias agencias con la esperanza de que le saliera algún trabajo. No era momento fácil con la crisis pero aun así ella no se rendía y se empeñaba en encontrar algo.

— Cariño ¿vienes a desayunar? — preguntó Manuel golpeando con los nudillos en la puerta de la habitación de su hija.

— Papá, dame unos minutos. Este puñetero ordenador es leeeeentooooo. En cuanto termine lo que estoy haciendo, bajo.

— Tu hermana y el bebé ya están en la cocina. No tardes.

— Vale papá.

Ataviada con un pijama de Pucca abrió el navegador de Google. Tenía una curiosidad y tecleó Fashion Victim, el nombre de la empresa que Noelia le había dado. Buscó entre los cientos de enlaces existentes que encontró con aquel nombre, pero no encontró nada concerniente a ellos. Qué raro.

Una empresa joven y que no esté en la red pensó sorprendida.

Finalmente desistió y cuando iba a cerrar su correo personal, comprobó que había recibido un mensaje de su amiga Yolanda Grecia. Una periodista como ella pero que trabajaba para la agencia EFE.

Hola Eva. ¿Cómo va todo? Me imagino que mal. Ya me enteré que te habían echado del curro. Por aquí jorobados como siempre. Han despedido a Núñez y dicen que van a despedir a más gente ¿me tocará esta vez?

Te cuento: Hace unos días llegó un rumor a la redacción. Por lo visto Estela Ponce, la actriz de Hollywood, nominada este año al Oscar como Mejor Actriz, esta en España. Según cuenta alguien de su equipo, esta de incógnito. Ni que decir que todas las redacciones matarían por saber dónde está y en especial con quién. Si encuentras algo dímelo, ya sabes que con un bombazo así nos aseguraríamos un buen pellizco y seguramente más de un trabajo. Un besito.

Yoli.

Sorprendida por la noticia pinchó en el enlace que le ponía su amiga. En ella se veían las últimas noticias de Estela Ponce. Su nominación a los Oscar, su supuesto romance con Mike Grisman, su promoción de Brigada 42 por Europa y lo ocurrido en el hotel Ritz de Madrid. Observó con curiosidad a la glamurosa mujer rubia que aparecía en las fotos. En especial en las que aparecía junto al guapísimo Mike Crisman. Pero al llegar a las fotos: del suceso ocurrido en el hotel Ritz, algo llamó su atención.

Durante unos segundos observó una de las fotos. En ella se veía a Estela Ponce de pie hablando con el actor Mike Grisman y alguien más a su lado de quien solo se le veía la mano y un sello de oro en el dedo anular.

— ¿Dónde he visto yo ese anillo? — murmuró al observarlo.

Al continuar con la revisión de las fotos comprobó que en una de ellas se veía a varios hombres de espaldas, y por su indumentaria, especialmente por el casco negro parecían ¿geos? Al ver aquello recordó el rescate y sorprendida se preguntó si su hermano habría estado allí. Tendría que preguntárselo.

— Gorrioncillo, si no bajas se te quedará la leche congelaíta, hermosa. Y mira lo que te digo,

el que no coge consejos no llega a viejo — escuchó de pronto la voz de su abuelo Goyo.

— ¡Vale abuelo lo he pillado! ¡En seguida voy! — exclamó sonriendo.

— El *en seguida* voy no me convence — insistió aquel tras la puerta— . Piensa que cuando tú vas a por harina, yo ya hice setecientas barras de pan y me las comí.

— De acuerdo… voy… voy.

Sorprendida por lo que habla descubierto en la foto dejó el portátil abierto, más tarde seguiría mirándolas. Encontrar alguna pista de aquella diva del cine podía ser una buena carta de presentación para volver a encontrar trabajo o al menos para sacarse un dinero extra. Finalmente abrió la puerta de su habitación y cogiendo a su entrañable abuelo del brazo dijo.

— No se hable más abuelo Goyo ¡a desayunar!

45

Faltaban pocos días para la cena de Nochebuena e Irene ya les había cotorreado a sus hermanas lo que había descubierto en casa de Juan aquella noche. Continuaba muy enfadada. ¿Como podía su hermano ser tan insensible?

Almudena y Eva no daban crédito a que su hermano hubiera metido a otra mujer en casa teniendo a Noelia como invitada. No se lo podían creer. Pero era tal la vehemencia con la que Irene lo afirmaba, que no tuvieron más remedio que creerla. Intentaron hablar del tema con Juan, pero este tras escuchar con paciencia la sarta de quejas y reproches de sus hermanas, lo único que pudo decir fue que se preocupasen por sus vidas y que se olvidaran de la suya.

Tomi regresó. Su viaje a Barcelona para estar con Peterman había sido un acierto y volvió pletórico y feliz. Durante todos aquellos días Juan no volvió a mencionar la palabra «problema». Si algo no quería Noelia era ser una molestia. Solo quería disfrutar aquellos días con él y atesorarlos para siempre.

Una mañana, tras una maravillosa noche de pasión, Noelia obligó a Juan a llevarles de compras en su día libre. Él al principio se resistió. Las compras no eran algo que le apasionara, pero al final cedió ante la insistencia de ella y el loco de su primo.

Ataviados con ropa de sport el joven policía les llevó hasta centro de Madrid. Ellos querían ir de shopping y él les llevó hasta la calle Serrano y alrededores. Sabía que aquellas calles y, en especial sus tiendas, les gustarían. Como era de esperar Tomi, al ver aquel jubileo de gente y glamour aplaudió emocionado.

—Oh, si... si... si. ¡Esto es vida! *I love*

shopping. Quiero husmear un ratito a mi manera. Así vosotros podéis estar a solas, que una cosa es sujetar la vela y otra el velón.

Juan divertido como siempre cuando Tomi hablaba, murmuró:

— Tomi, a mí no me molestas y…

— Lo sé, rey… eres *divine*. Pero *I need* mis ratitos de soledad y de *compreteo*.

— Tomi, necesito que vengas conmigo — aclaró la joven— . Si pago yo con mi tarjeta todo el mundo sabrá quién soy, ¿no lo entiendes?

— Por el amor de Dior ¡es verdad! — murmuró al darse cuenta de ello— . Menos mal que eres una cabeza pensante además de una actriz divina.

— Puedo pagar yo — se ofreció Juan,

Al escuchar aquello ella sonrió y le plantó un beso.

— Lo sé. Pero prefiero pagar yo. Son mis regalos y el gasto también es mío.

Tomi al entender que ella se iba a gastar una barbaridad, asintió y dijo cogiendo a Juan con comicidad del brazo:

— Okay, quien. Vayamos de compras y enseñemos a este *divine* lo que es comprar con glamour. Eso sí, una vez terminemos con tus compras, necesito que me dejes un par de horitas para las mías ¿de acuerdo?

Durante más de cuatro horas Tomi y Noelia volvieron medio loco a Juan. Entraban en las tiendas más caras y se gastaban ante él ingentes cantidades de dinero que lo dejaban boquiabierto. ¿Cómo podían gastar así con la crisis que había? En un par de ocasiones intentó protestar, pero fue inútil, no le hicieron ni caso. Acabadas las compras y con multitud de bolsas en las manos Tomi preguntó:

— Bueno ¿puedo comenzar mi shopping?

— Pero ¿vas a comprar más? — preguntó Juan agotado.

— Oh, *my love*, pero si esto no ha hecho más que comenzar — respondió aquel haciendo reír a su prima. Tras escuchar cómo Juan resoplaba, Noelia salió a su rescate, muerta de risa.

— Venga, ve. Nosotros tomaremos algo en esta cafetería mientras tú fundes tu Visa *gold*. Nos vemos aquí dentro de una hora. ¿Te parece?

— Mejor dos. Las prisas me vuelven *crazy. Ciao bellos*.

Un par de segundos después, Tomi se alejó dispuesto a disfrutar de las tiendas. Desde su posición, Juan le observó marcharse y al ver que volvía a entrar en una de las tiendas donde ya habían estado no pudo dejar de preguntar:

— ¿Pero todavía le queda algo que comprar en esa tienda?

— ¿En Loewe? Uf... solo te diré que es una de nuestras tiendas favoritas. — Noelia le besó y le cogió del brazo para ir a tomar algo.

Corno una pareja más de enamorados, se encaminaron a una bonita cafetería. Una vez allí soltaron las bolsas y de pronto un camarero cayó a los pies de Juan con una bandeja llena de cafés. El ruido fue atronador y todo el mundo les miró. Rápidamente Juan se agachó a ayudar al muchacho que avergonzado por lo ocurrido no paraba de disculparse.

— Discúlpenme señores. Lo siento... lo siento ¿les he manchado?

Noelia negó con la cabeza y Juan miró sus vaqueros. Algunas gotas de café habían caído encima, pero sin darle ninguna importancia, leyó el nombre del camarero en la chapa que llevaba en la solapa y se dirigió a él:

— No te preocupes por eso, Wilson. ¿Tú estás

bien?

El muchacho asustado por lo que su jefe pudiera decir por aquello asintió. Noelia observaba como Juan ayudaba a aquel pobre muchacho a recoger aquel estropicio, cuando un señor mayor se les acercó:

— Disculpen. Soy Damián Ruárez, dueño de la cafetería. Pidan lo que quieran que están invitados. — Y clavando la mirada en el chaval continuó— : Wilson, recoge todo rápidamente y pídele disculpas al señor.

Al escuchar aquel tono de superioridad, Juan intervino:

— Muchas gracias señor Ruárez por su invitación pero no hace falla. En cuanto a Wilson, un error lo comete cualquiera. ya me ha pedido disculpas y no hace falta que le hable así.

Sin despegar los labios, Noelia fue testigo de la situación y pocos minutos después tanto el muchacho como su jefe se marcharon y les dejaron a solas,

— Me pone enfermo ver cómo la gente utiliza su poder para humillar al más débil. No lo soporto — protestó Juan. Pero al ver el gesto de ella sonrió y dijo— : Venga, tomemos algo.

Se sentaron en una de las mesas, otro camarero se les acercó y pidieron un par de cafés.

— Por cierto, mis hermanas están deseando que yo desaparezca de casa para pillarte a solas y cotillear. Así que te aviso. Ten cuidado con ellas, y más tras lo que ocurrió la otra noche con Irene. Que por cierto, sigue ofendidísima conmigo. Ni me habla.

— Se le pasará — sonrió al recordar como Irene se había defendido.

— Lo sé — asintió él— . Pero no me gusta que saquen conclusiones erróneas, y este caso no puedo subsanar el error o te descubrirían.

— Bah… no te preocupes, son encantadoras.

— Vaya, creo que han conseguido engañarte — rio al recordar lo que sus hermanas le dijeron— . Dales tiempo y terminarás huyendo de ellas. Solo recuerda lo que ocurrió el otro día con los policías y las vecinas.

Al recordar aquello Noelia sonrió.

— ¿Pero qué ocurre realmente con tus vecinos? ¿Por qué esa enemistad?

— Todo comenzó hará unos noventa años — contó él— . El padre del abuelo Goyo compró las tierras que tenemos y quiso hacerse con unas hectáreas más. Pero el dinero no le llegó y no pudo ser. La finca que está junto a la nuestra es fantástica. Tiene bastantes hectáreas y yo particularmente a veces me doy el lujo de soñar que algún día si me toca la lotería levantaré mi hogar allí — ambos sonrieron y él prosiguió — . Por esas tierras corre un pequeño arroyo que nos vendría muy bien para regar los campos que tenemos pero el dueño pide un precio desorbitado que no estoy dispuesto a pagar. Durante años, tanto mi familia como la familia de las Chuminas…

— ¡¿Chuminas?!

— Es el mote que tienen esos vecinos en el pueblo, pero no me preguntes por qué, porque no lo sé — ella asintió— . Como te decía, durante años mi familia y la de las Chuminas, han intentado adquirir esas tierras pero nadie lo ha conseguido debido a su precio. Y de ahí viene nuestra tonta enemistad, todo por unas tierras que ninguno tiene y que hasta el momento solo nos han ocasionado problemas y disputas.

— Vaya… — murmuró Noelia.

— Y en cuanto a lo de los policías, ¿de verdad creías que yo os iba a mandar a unos *boys* a casa?

— Yo qué sé Juan — se carcajeó al pensar en

aquello—. Todo fue una confusión que…

—Lo dicho, *canija*… cuidado con mis hermanitas que son especialistas en meterse en problemas— se mofó.

—De eso nada. Las tres son estupendas. ¿Cómo puedes pensar eso?

Inclinándose sobre la mesa para acortar distancia entre ellos, el joven policía murmuró:

—Porque soy su hermano y las llevo padeciendo para bien o para mal toooooooda mi vida.

Una vez dijo eso la besó. Fue un beso leve, corto, pero lleno de erotismo. Cuando él regresó a su posición Noelia suspiró y murmuró anonadada:

—Me encantas.

—¡Genial! Yo también he conseguido engañarte— se mofó el.

—En serio —insistió—. Todo lo haces tan especial, tan natural, que es imposible no pasarlo bien contigo, tus besos son estupendos. Tú eres maravilloso y yo…

Sin terminar la frase esta vez fue ella la que se inclinó sobre la mesa y le besó. Aquel beso lento y profundo y el recuerdo de la anterior noche de pasión, hizo que a Juan se le calentara todo, absolutamente todo.

—Me parece que tú y yo nos vamos a ir ahora mismo a un hotel a sofocar el calentón que me estás haciendo sentir en estos momentos. Si sigues así te aseguro que…

—¿Te he dicho que me encanta España? —le cortó ella haciéndole reír—. Es un país lleno de belleza y donde estoy descubriendo muchas cosas… que me apasionan.

Juan sentía un persistente latido en su entrepierna causado por lo que oía y veía, lo que le provocó un suspiro de frustración. El camarero llegó y dejó los cafés sobre la mesa mientras

ambos se miraban con vehemencia. ¿Era posible acariciarse con la mirada? Juan, excitado, llegó a la conclusión de que sí.

Juan cogió el sobrecito de azúcar ante la atenta mirada de ella. Lo abrió y antes de volcarlo en su café sonrió como solo él sabía y dijo:

— Me alegra saber que de España te apasionan muchas cosas.

— Muchas —insistió ella hechizada por su mirada.

— ¿Sabes *canija*? —murmuró con voz ronca apoyando los codos sobre la mesa para acercarse a ella —. No veo el momento de llegar a casa, desnudarte y hacerte el amor mirando esos preciosos ojos azules que ocultas tras esas lentillas.

— Vaya… —rio ella enloqueciéndole más.

— En este instante, te relataría punto por punto todo, absolutamente todo, lo que quiero hacerte, pero creo que si sigo pensando en ello, no voy a ser capaz de contener mis instintos más primitivos y debo recordar que estamos en un local público, soy un agente de la autoridad y en mi ficha no vendría nada bien que constara que me han detenido por escándalo público con Estela Ponce. Por lo tanto —dijo recostándose en la silla—, me tomaré el café; retendré mis impulsos y mis ganas de ti y seré un buen chico hasta que llegue a la intimidad de mí habitación.

Excitada por como él le hacía el amor con la mirada en medio de aquella cafetería, la diva del cine tragó el nudo de emociones atascado en su garganta.

— ¿Sabes qué es lo que más me gusta de España? —Mizo una pausa—: Sin lugar a dudas tú.

— Vaya… —bromeó él.

Ambos sonrieron y para enfriar el momento Noelia soltó:

— También me tiene maravillada poder estar sentada aquí contigo en esta cafetería, pasar

desapercibida y sentirme una persona completamente normal corriente.

Dicho esto ella se levantó de su asiento y, sin dudarlo, se sentó sobre sus piernas. Por primera vez en su vida podía ser natural y espontánea, y sin importarle lo que la gente pudiera pensar a su alrededor, le besó con adoración y le susurró a escasos centímetros de su boca:

— Gracias.

— ¿Por qué cielo? ¿Por traerte de shopping? ¿Por desearte como te deseo? — preguntó divertido y excitado.

Consciente de que estaba totalmente colada por él dejó escapar un suspiró.

— Por ser como eres y por invitarme a pasar las Navidades contigo — dijo.

46

Aquella noche cansados por el día de compras en Madrid, tras una cena maravillosa ya en casa de Juan, Tomi les contó sus locas peripecias con Peterman por Barcelona.

Un par de horas después, los tortolitos al fin se quedaron solos y decidieron dedicarse a lo que más les gustaba. Besarse apasionadamente en el sofá. Todo apuntaba a pasar una nueva noche de tórrida pasión, cuando sonó el timbre de la casa. Eva, Irene, Laura, Almudena y Menchu habían decidido salir a tomar algo y querían llevarse a Noelia. Era la primera noche que Almudena salía tras ser mamá. El pequeño Joel se quedaba con los abuelos y querían celebrarlo. A ninguno de los dos les gustó aquella intromisión. Tenían planes y ellas con sus risas y su buen humor se los habían estropeado.

— Venga vamos ¡que la noche es joven! Ya os rebozaréis en la cama otro día — gritó Eva divertida al ver el gesto ceñudo de su hermano.

— Hoy, por fin, soy una madre liberada — gritó Almudena deseosa de pasarlo bien.

Noelia miró a Juan deseosa de ver en su mirada una señal para rechazar la oferta, pero él se limitó a sonreír.

— Venga Noelia, ¡vámonos! — intervino Irene y mirando a su hermano concluyó — . Es noche de chicas y ten por seguro que lo vamos a pasar bien. ¡Muy bien! En Sigüenza hay muchos hombres guapísimos y quiero que Noelia los conozca.

Juan miró a su hermana. En seguida pilló por dónde iba aquel comentario tan sarcástico, y apoyándose en el quicio de la puerta asintió resignado.

— Si te apetece, ve con ellas. Seguro que lo pasaréis bien.

Acto seguido Noelia corrió escaleras arriba para cambiarse de ropa. En ese momento, Juan cambio el gesto y mirando a su hermana mayor indicó.

— Cuidadito dónde metéis a Noelia, ¿enterada?

— Piensa el ladrón que todos son de su condición — contestó esta y al ver su ceño fruncido aclaró— : Mira merluzo, te aseguro que esta noche ella va a disfrutar de lo lindo. Tanto como tú la otra noche.

Fue a responder cuando escuchó decir a Laura:

— Mi churri ha dicho que ahora te llamaba. Dice que llevará a Sergio a casa de mis padres y así vosotros podéis quedar y salir a tomar algo también. ¿Te apetece?

— Bueno… — suspiró resignado.

Sin querer escuchar las barbaridades que sus hermanas decían subió a la habitación donde Noelia se arreglaba a toda prisa.

— ¿Regresarás muy tarde?

Sorprendida por aquella pregunta le miró y encogiéndose de hombros respondió:

— Pues no lo sé, Juan ¡es noche de chicas!

Quiso pedirle que no se marchara, que se quedara con él, pero algo se lo impedía. No debía hacer aquello. La exclusividad no era buena y si ahora la exigía, tarde o temprano ella se la podría exigir a él. Por ello observando cómo se maquillaba los ojos preguntó:

— ¿Qué hacemos con Tomi? ¿Vas a decírselo?

— No. Está durmiendo ya.

— Estoy seguro que él estaría encantado de salir con vosotras — insistió de nuevo.

Noelia, molesta porque no le pidiera que se quedara con él, le miró, y con una fantástica sonrisa de lo más estudiada dijo tras pensar en su primo:

— Sé que le encantaría una reunión de mujeres. Peeeeroooooooo… cuando le duele la cabeza es mejor que duerma. Además, se ha tomado dos pastillitas para dormir y cuando lo hace, cae como un tronco en la cama.

Inquieto por lo que sus hermanas podían tener tramado pero sin querer manifestarlo, se sentó en la cama mientras recorría lentamente aquel cuerpo con la mirada. Ella se ha había puesto unos vaqueros, una camiseta azul ajustada y sus botas altas. Estaba guapísima. Pero ¿cuándo no estaba preciosa?, se preguntó mientras intentaba contener las ganas de desnudarla.

— Yo saldré a tomar una copa con Carlos y los chicos.

— ¡Perfecto! — asintió ella con vivacidad.

Una vez se pintó los labios y comprobó que su peluca estaba perfecta y en su sitio, se volvió hacia él que la miraba con gesto indescifrable y tras darle un rápido beso en los labios murmuró sin querer pensar en nada más:

— Pásalo bien con tus amigos. Hasta luego.

Dicho esto se dio la vuelta y desapareció. Boquiabierto miró la puerta que se cerró tras ella ¿se había ido? Sorprendido por lo enfurecido que estaba porque se hubiera marchado se levantó y se asomó a la ventana. Desde allí vio al grupo de locas montarse todas en el todo terreno de Irene y ponerse en marcha. Durante unos segundos se quedo mirando las luces del coche que se alejaban. Aquel silencio de pronto se le torno incómodo. Le apetecía escuchar el bullicio de la risa de Noelia y eso le incomodó. ¿Que le estaba ocurriendo? ¿Desde cuándo la presencia de una

mujer a su lado le había sido tan necesaria? Finalmente sacó su móvil y llamó a Carlos.

— A ver, churri ¿Dónde habéis quedado?

47

Las chicas cenaron en un restaurante italiano entre risas y alboroto. Almudena contó por decimoctava vez lo ocurrido el día del parto y todas se morían de risa con aquel relato. Cuando terminaron la cena decidieron ir a tomar unas copas al bar de Quique, un amigo de Menchu.

—¡La madre del cordero! —rio Eva—. Almu, ¿ese de allí no es el municipal que fue el otro día a casa?

Tolas las mujeres se volvieron para mirar. Almu, tras hacerle un escáner y ver que este las miraba asintió.

—Correcto, hermanita. Allí tenemos al supuesto *boy* que resultó que no lo era.

—Ay Virgencita qué vergüenza ¡qué vergüenza! —murmuró Irene al ver como se acercaba hasta ellas.

—¿Vergüenza por qué? —preguntó Eva haciendo sonreír a Noelia—. Un tonto error lo tiene cualquiera.

—Pues claro que sí —asintió Menchu divertida.

Segundos después aquel alto y atractivo hombre llegó hasta ellas y tras clavar su mirada en Almudena dijo:

—Qué grata sorpresa.

—Además que sí —asintió Eva encantada.

Los siguientes instantes Irene los dedicó a disculparse mientras las demás, a excepción de Eva que sacó toda su artillería sexual, miraban hacia otro lado. Pero pasados diez minutos Eva claudicó cuando el hombre se marchó y asumió que solo tenia ojos para Almudena.

—Has ligado —susurró Noelia divertida.

—¡¿Yo?!

—Si, tu —asintió Eva—. Ese poli note ha quitado la vista de encima. ¿No le has dado

cuenta?

Sorprendida. Almudena miro hacia el poli y comprobó que aquelaun la miraba.

— Pero ¿cómo voy a ligar yo con la pinta que tengo? Joder… pero si no tengo cintura y debo de oler a leche agria.

— Será por las tetorras que tienes — se mofó Menchu.

— Pues si es por eso lo lleva claro — se mofó Almudena— Menuda decepción se llevará el hombre cuando vea que las pierdo según pasan los días.

— Mujer… ¿y qué? — insistió Noelia— . Aprovecha el momento y pásalo bien.

— Tú sí que tienes que aprovechar el momento, cielo — propuso Irene, y tras mirar a sus hermanas preguntó— . ¿Has visto algún guaperas que te guste?

Sorprendida por aquella pregunta pero intuyendo el porqué, la miró y dijo:

— Pues no. La verdad es que no.

— Vamos a ver Noe mira y observa, porque yo estoy viendo mucho material de primera — se mofó Eva.

— ¿Qué te parece el amigo del poli? El que lleva el polo naranja — insistió Irene.

Noelia volvió la cabeza para mirarle y al ver que le sonreía, le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros para deleite de todas.

— Como diría alguien que conozco ¡es *divine!*

Las tres hermanas aplaudieron. Laura las miró alucinada. No entendía por qué las hermanas de Juan la animaban a ligar con otro. Aquello no estaba bien. Fue a decir algo cuando Almudena se le adelantó.

— Vale, el divino de naranja para ti y el poli alto para mí.

— Vamos a ver, alma de cántaro — intervino de nuevo Irene—. Te recuerdo que has tenido un bebé hace menos de quince días y en lo que menos tienes que pensar ahora es en lo que estás pensado. ¿Te has vuelto loca?

Todas rieron ante la reacción de aquella.

— Tranquila, Irene. Tengo muy claro lo que puedo o no puedo hacer ahora. Pero oye… que te miren con deseo cuando estás como el muñeco reventón de Michelin, a una le sube la moral — dijo Almudena, finalmente.

Dos horas después, el poli ya le había entrado a Almudena y habían conseguido que Noelia hablara animadamente con el del polo naranja. Decidieron cambiar de local y, como era de esperar, los hombres decidieron acompañarlas.

Ya en el Loop Irene, que todo lo controlaba, se fijó en que su hermano y sus amigos estaban al fondo del local, pero no dijo nada. Quería que Juan viera a Noelia divertirse con el del polo naranja para que probara de su propia medicina y así ocurrió. En una de las ocasiones en que Juan regresaba del baño, las vio y se quedó sin palabras al ver a Noelia bailar y reír con aquel individuo. ¿Quién era ese tío?

Regresó hasta donde estaban sus amigos pero ya no pudo disfrutar más con ellos. Estaba incómodo. Saber que Noelia estaba cerca y no precisamente con él, comenzó a martirizarle, aunque trató de aguantar el tirón. En especial

cuando cruzó una mirada con su hermana Irene y vio su sonrisita perversa.

Cuando llevaban en el pub cerca de una hora y todos lo estaban pasando bien, Menchu que se había dado una vuelta por el local, regresó con el resto del grupo e informó:

— Pero si hay más guaperas al fondo.

Con curiosidad todas miraron hacia donde Menchu señalaba y Laura susurró:

— Pero si allí están mi churri y sus compañeros.

— Uooo… los dicharachos— se mofó Eva.

— No les llames así que no les gusta — protestó Almudena muerta de risa.

Al fondo del local un grupo de hombres jugaba ruidosamente a los dardos. En cuanto aparecían aquel grupo de enormes y musculados hombres, las chicas perdían los papeles. Algo a lo que ellos ya estaban acostumbrados y de lo que solían sacar el mayor partido. Rápidamente Noelia localizó a juan y sonrió, aunque la sonrisa se le heló al ver a varias jovencitas pasarlo bien con ellos.

— Joder, pero si está el bombonazo de Damián — aplaudió Eva al ver al objeto de su deseo.

Irene que sabia lo mucho que le gustaba a su hermana aquel hombre, la agarro del brazo y le susurro ni oído.

— Eva María. Haz el favor de comportarte como una señorita.

— No lo dudes — pero dos segundos después, al ver cómo una de aquellas jóvenes se acercaba más de la cuenta a su Damián rectificó— . Bueno… mejor comienza a dudarlo.

Con varias cervezas sobre la mesa Juan, junto a Carlos y algunos hombres más, reían mientras las muchachas revoloteaban a su alrededor intentando llamar su atención.

— No me jodas, macho — rio Lucas— , Que

t e n g o q u e ir a p a s a r la I T V a n t e s d e u n m e s .

— Pues lo siento, pero mi prima ha dicho que no piensa ponértelo fácil —rio Damián—. Tú sabrás qué has hecho, pero que sepas que la tienes muy cabreada.

— Joder con tu prima —se mofó.

— Eso te pasa por mamonazo y por jugar con fuego —se burló Carlos.

Juan, divertido por lo que escuchaba, sintió que una de aquellas jóvenes, la del top azul, se sentaba en el brazo del sillón donde estaba sentado. La miró pero no dijo nada. Estaba claro que ella quería algo que en otras ocasiones habría estado dispuesto a darle, pero que aquella noche no se iba a dar el caso. ¿O sí?

— Pero qué pequeño es el mundo, por Dios. Siempre tenemos que acabar en los mismos bares —dijo Eva de pronto acercándose a ellos.

Damián al escuchar la voz de esta se volvió y tras pasear su mirada por ella sonrió y dijo:

— ... la hermanita de Morán. ¿Tú por aquí?

— ¿Algo que objetar, *cucaracho*?— respondió aquella.

Damián resopló con resignación, agarró su cerveza y a la pelirroja que hablaba con él y se alejó. Después de lo que había pasado entre Eva y él una noche loca meses atrás, estaba claro que no podían verse sin discutir. Aquella descarada y él nunca iban a poder llevarse bien a pesar de lo mucho que se atraían.

— Será capullo el tío —se quejo Eva ron media sonrisa al ver que se alejaba con la pelirroja.

Al escuchar el comentario de su hermana, Juan miró hacia la derecha y por fin conectó con la gélida mirada de Noelia. Sin levantarse del sillón la observó acercarse pero no llegó hasta él, Lucas la interceptó en el camino.

— Hola preciosa, ¿qué tal?

— Bien... ¿Y tú? —respondió con una

maravillosa sonrisa mientras en su interior deseaba levantar a la mujer que estaba sentada tan cerca de Juan.

Lucas, sin necesidad de mirar, sabía que Juan les observaba y aunque intuía que no tenía nada que hacer con ella, decidió vengarse de lo ocurrido días atrás. Y, apoyando su mano sobre la cintura de Noelia, preguntó en tono cautivador:

— ¿Bailas? Todavía recuerdo lo mucho que te gusta bailar.

Noelia quiso decirle que no, pero al ver que Juan continuaba su animada charla con aquella muchacha, que ahora le estaba tocando el cuello con las yemas de los dedos dijo:

— ¿Por qué no?

Lucas cruzó una mirada con Carlos quien le pidió prudencia y este sonrió. Si algo detestaba Lucas era la prudencia. Cogió a Noelia de la mano y se encaminó hacia la pista de baile. Una vez allí la agarró de la cintura y comenzó a bailar con ella al compás de la música.

Carlos al ver aquello a miró en dirección a su amigo y, al acercarse, pudo ver las arrugas que se le formaban en la frente y como se le tensaba la mandíbula por momentos.

— Cambia esa cara, *nenaza*. Lucas solo lo está haciendo para tocarte los cojones ¿no lo ves?

Juan les miró con gesto hosco. Conocía perfectamente a Lucas. Pero el que tuviera a Noelia entre sus brazos le molestaba igualmente. Le fastidió tanto que tras controlar al del polo naranja al fondo del local, preguntó enarcando la ceja: ¿Estás seguro?

Carlos sonrió.

— Conozco a ese mamonazo y solo quiere jugar.

Ambos rieron aunque a Juan no se le pasó por alto la sonrisa de Noelia. ¿Que hacia sonriendo así al guaperas de Lucas? Después cruzó una mirada con su hermana Irene y al ver la guasa en sus ojos y cómo disfrutaba de su incomodidad resopló.

Aquellos bailaron varias canciones y eso a Juan le quemó por dentro, pero incapaz de montar un numerito delante de sus hombres, esperó pacientemente. Diez minutos después, cuando dejaron de bailar, el del polo naranja se acercó a ella y la llevó de nuevo a la pista. El enfado de Juan creció y más cuando vio que ella ni le miró. Cuando por fin la canción acabó y dejaron de bailar en lugar de acercarse a él, Noelia regresó junto al grupo con el que había comenzado la noche. Juan, desde la distancia, observaba sus movimientos junto a su amigo Carlos.

— ¿Sabes Morán? Cuando me la lleve a mi cama esta noche, te aseguro que escucharás sus dulces gemidos de placer desde tu casa. Ah… y por el idiota del polo naranja no te preocupes, si alguien disfrutará de ella esta noche, seré yo — dijo Lucas, acercándose a ellos.

Carlos, sorprendido por aquel comentario, respondió:

— Lucas… ¿Por qué tienes que ser tan capullo?

La carcajada de Juan no le dejó escuchar su contestación.

— Mira Lucas, si vuelves a ponerle la mano encima o a divagar delante de mí sobre algo que nunca, nunca, sucederá, el que va a escuchar tus gemidos de angustia por la paliza que te voy a dar, seré yo. Por lo tanto, aleja tus calientes pensamientos de ella si no quieres problemas conmigo.

Lucas, divertido por la contestación, y por lo

que aquella manifestación de posesión daba a entender, soltó una risotada.

— ¿Son celos lo que intuyo?

— No — respondió Juan.

Carlos miró hacia el otro lado. Estaba claro que su amigo se negaba a aceptar algo que cada día era más palpable. Lucas, asombrado, le dio un golpe en el hombro a Juan.

— No me jodas Morán que te has pillado por la morena — le espetó.

— No.

— ¿Seguro capullin?

— Seguro — zanjó Juan.

Tras cruzar una mirada con Carlos, Lucas soltó una risotada.

— Me alegra saberlo, Morán. Ya sabes que soy de los que piensa que para qué vas a tener solo una, cuando se pueden tener varias. Y nosotros podemos tener la que queramos.

Aquella machada tan de hombres hizo saltar a Carlos.

— Eso lo dices porque todavía no ha llegado la que te robe el corazón, y sientas que solo quieres estar con ella y…

— No sigas *churri*… eso nunca pasará — corrigió Lucas alejándose entre carcajadas.

Aún entre risas, Carlos cogió dos de las cervezas que llevaba el camarero en una bandeja y le ofreció una a Juan.

— A mí no me engañas. Te gusta Noelia y…

— No pretendo engañarte y se acabó hablar del tema — gruñó este.

Carlos dio un trago a su bebida y loa dejó sobre la mesa.

— Bebe y deja de mirarla, la vas a desgastar.

Juan bebió como un autómata, pero no podía dejar de mirarla. ¿Qué le ocurría? ¿Tanto se le notaba? ¿Qué hacía ella con aquellos hombres y por qué no estaba con él? Finalmente no pudo más. Se levantó y se encaminó hacia donde estaba. La agarró con posesión por la cintura ante la mirada atónita del tipo del polo naranja y atrayéndola hacia sí la besó en el cuello, para dejar claro que ella estaba con él y con nadie más.

Sus hermanas al ver aquello sonrieron y se miraron con complicidad. Su hermano había picado y estaba probando por primera vez en su vida de su propia medicina. Aquel arranque de posesión no lo había tenido Juan en su vida y eso solo podía significar una cosa. Esa chica le gustaba y mucho.

Por su parte, Noelia, incapaz de no dejarse llevar por aquel arrebato pasional, disfrutó del contacto entre ellos hasta que le escuchó susurrarle al oído:

— ¿Divirtiéndote con otros hombres *canija*?

— Tanto como tu con otras mujeres — respondió levantando el mentón.

Al ver que ella intentaba separarse de él, la agarró con más fuerza y volvió al ataque.

— Te he visto muy compenetrada bailando con Lucas y luego con el idiota este de naranja. ¿Debo pensar que deseas tener algo con ellos?

Boquiabierta se dio la vuelta para encarársele y tras cruzar una mirada con Lucas que sonreía con guasa desde la barra, dijo en tono nada conciliador.

— ¿Debo pensar que tú buscabas algo con la chica del top azul?

Su contestación y su mohín de enfado le hizo sonreír. Aquella mirada furiosa, y como ella se estiraba para parecer más alta le puso duro en

décimas de segundo, y no se lo pensó. Dejó la cerveza que llevaba en la mano sobre la mesa, rodeó a Noelia con sus fuertes brazos y tras mirar a sus desconcertadas hermanas, a los hombres que las acompañaban y a sus compañeros, gritó divertido encaminándose hacia la puerta del local:

— Allí os quedáis todos. Yo tengo que resolver ciertas cosas con esta preciosidad.

Lucas, Carlos y el resto de los compañeros al ver aquello vocearon cosas que consiguieron asustar a Irene. ¿Pero qué decían aquellos descerebrados?

Fuera del local, Noelia que todavía estaba entre sus brazos, le soltó:

— ¡Suéltame!

— No — respondió él caminando hacia el coche.

— Suéltame, maldita sea — gritó ella.

En lugar de parar, él continuó su camino y suspirando con frustración ella preguntó:

— ¿Se puede saber adonde me llevas?

Al llegar junto al coche, Juan lo abrió con el mando a distancia y tras sentarla en el asiento, la besó, clavó sus oscuros ojos en ella y con voz ronca murmuró:

— A mi cama, *canija*, de donde no tenía que haberte dejado salir.

48

A la mañana siguiente, tras haber pasado una tórrida noche de pasión, cuando Juan se marchó a la base, sonó el portero automático de la casa. Noelia, que estaba sentada mirando un correo en su portátil que su representante Max le había enviado de la Paramount Pictures, se levantó y al abrir la puerta, las hermanas de Juan entraron como una tromba en la casa. Al verlas sonrió. Él tenía razón. Ya estaban allí.

Menos mal que llevo la peluca y todo lo demás pensó al verlas.

— Hija de mi vida, anoche nos dejasteis preocupadas. Ese hermano mío a veces se comporta como un cromañón — murmuró Irene mientras le plantaba un par de besazos en la cara.

— Hola guapa — saludó Almudena y después Eva que la besuquearon una tras otra.

Entraron directamente en el salón, se quitaron los abrigos que dejaron sobre una de las sillas mientras Noelia buscaba rápidamente con la mirada las gafas y se las ponía.

— ¿Qué tal? ¿Todo bien? — preguntó Irene con una gran sonrisa.

— Sí bien… — respondió Noelia.

Almudena sentándose con su bebé en los brazos, miró a la joven morena y sin darle tiempo a pensar sonrió abiertamente,

— ¿De verdad que todo va bien entre Juan y tú?

— Si.

— ¿Pero Todo… todo? — insistió Eva.

Noelia volvió a «asentir.

— Pues si.

— Uff… ¡Cuanto me alegro! — aprobó Irene cogiéndola de la mano para sentarla a su lado — . Anoche cuando os vimos a los dos discutir pensamos ¡Oh… oh… la que se va liar! Parecíais

muy enfadados. Pero vamos, por lo que vemos habéis hecho las paces ¿verdad?

Al recordar aquel momento Noelia sonrió y entendió el porqué de las preguntas.

— Sí. Tranquilas. Ya está todo solucionado.

— Ay, benditas reconciliaciones. Aún recuerdo yo cuando mi Lolo y yo nos reconciliábamos tras una de nuestras tontas trifulcas. Su manera de mirarme y como luego me sonreía, me volvía loquita perdida.

Eva, divertida por el chorreo de palabras de su hermana mayor, miró a Noelia y le guiñó el ojo. Ambas sonrieron.

— Por cierto — dijo Almudena sacándose un pecho para dar de mamar al bebé— . Nos ha dicho Eva que eres personal shopper. Qué trabajo más alucinante, ¿no?

Vaya… como vuelan las noticias pensó Noelia.

— Joder, Almu… ¿tienes que sacarte la teta en cualquier lado? Ayer igual. Estábamos en el médico y ¡zas!, teta fuera.

— ¿Qué quieres que haga si le toca comer ahora? — se defendió Almudena— . Piensa que ahora soy como una central lechera. Produzco y debo suministrar si no quiero explotar, y no me apetecía sacarme la leche con la máquina infernal que me regalasteis — rio al recordar el sacaleches que utilizaba para dejar comida a su bebé cuando salía.

Irene sonrió ante las ocurrencias de sus hermanas y trató de reconducir el tema.

— Ay, hija, yo porque me explicó Almudena qué era eso, porque no tenía ni idea de que existiera un trabajo así. ¿En serio que trabajas yendo de compras?

— Sí.

Con gesto indescifrable la curiosa hermana de Juan volvió al ataque.

— ¿De verdad que otros te pagan para que tú les vistas y les aconsejes sobre qué es lo que mejor les queda?

— Sí.

— Se lo dije, pero no me creyó —cuchicheó Eva, observando con curiosidad el portátil color blanco de última generación que había abierto sobre la mesa.

— Es que me parece tan ridículo pagar a otros para que te vistan que ¿cómo iba a creerte?

Noelia, al percatarse de hacia dónde se dirigía la mirada de Eva, y recordar que tenía abierto el email de Max, su agente, donde le hablaba sobre la película de la Paramount, se levantó con rapidez, se apoyó en el portátil y, disimuladamente, lo cerró.

— No me seas paleta Irene —protestó Almudena—. Igual que tú pagas a Ulche, la chica rumana para que te limpie la cocina una vez al mes, otros pagan a personas como Noelia para que les aconseje sobre qué deben llevar.

— Pero pagar a alguien para que te ayude en la casa es más normal que pagar a alguien para que te diga qué te tienes que poner. Y oye… no te pases ni un pelo que yo de paleta tengo lo mismo que tú de santa ¿eh?

— Vale… vale… —rio Almudena besando a su bebé.

Eva, divertida por la conversación entre ambas, asintió y dijo:

— A ver, Irene. Esto es como todo en la vida. Es la ley de la oferta y la demanda. Hay quien busca personal doméstico para ayuda en el hogar y otro tipo de gente, digamos un poco más adinerada que no tiene tiempo para compras, contrata a un

personal shopper como Noelia. Entiendo que a ti te parezca ridículo pagar para que alguien te diga lo que has de ponerte, pero para ciertas personas no lo es.

— Tienes toda la razón — asintió Noelia al pensar en Clive Olsen, su asistente.

— Pero vamos a ver — insistió Irene—, ¿De verdad me estás diciendo que tu trabajo es ir de compras con quien te contrate?

— Si — asintió odiando tener que mentir.

— ¡Qué maravilla! — se carcajeó Almudena.

— Entonces — cotilleó Irene—, el famoso pianista que nos dijo Eva que estuvo en el parador, ¿te contrató para comprar aquí en Sigüenza?

— A ver como te lo explico — suspiro Noelia mientras ideaba una mentira creíble—. Ese pianista tuvo un par de conciertos en Madrid y allí fue donde hicimos las compras. Después vinimos a conocer el parador, él se marchó y yo me quedé unos días.

— Será muy moderno lo que cuentas, pero me parece ridículo ¡muy ridículo! — suspiró Irene.

— Te entiendo Irene, pero el mundo funciona así.

Al ver como su hermana Eva la miraba para que callara, volvió a decir para arreglarlo.

— A ver Noelia… no me parece ridículo tu trabajo. Todo el mundo tiene derecho a trabajar, pero…

Consciente de que el mundo en el que se movía Irene nada tenia que ver con el suyo, Noelia la cortó y dijo:

— Escucha Irene. Mi trabajo consiste en estar siempre al tanto de las tendencias de la moda y saber recomendar. Me ocupo de la imagen de mis clientes, y en el caso de algunas mujeres, de su maquillaje, peinado o complementos. Incluso a

veces si mi cliente no tiene tiempo para ir de tiendas, estudio su perfil, y soy yo quien compra lo que luego él, o ella, se vaya a poner.

Durante un rato las cuatro mantuvieron una animada conversación sobre aquel trabajo, cuando de pronto se escuchó:

— Jujuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu... *My love*, el divino George Clooney al celular. ¡Quiere hablar contigo! ¿Querrá hacerte una proposición indecente?

Las mujeres miraron hacia la puerta del salón donde apareció un Tomi recién salido de la ducha, vestido con un albornoz de Juan, una toalla enrollada en la cabeza perfectamente colocada y el móvil en la mano. Sorprendidas por aquella inesperada aparición Irene y Almudena miraron a Noelia que levantándose rápidamente para ponerse junto a aquel dijo:

— Os presento a mi primo Tomaso Anthony — y mirando a la hermana menor indicó— : Eva, tú ya le conoces, ¿verdad?

— Sí. Hello, guapetón — sonrió esta divertida mirando a sus hermanas.

— *Nena*, qué mona has venido hoy — saludó.

Al ver como aquellas miraban las pintas de su primo, Noelia intervino con rapidez.

— Él y yo trabajamos juntos de personal shopper y fuimos los encargados de comprar y aconsejar al pianista.

Sin perder un segundo, le quitó el teléfono de la mano, con la esperanza de que ninguna hubiera reparado en el nombre de George Clooney. Antes de desaparecer por el pasillo dijo:

— En seguida vuelvo.

Tomi al quedar a solas con aquellas desconocidas que le miraban como a un bicho raro, suspiró e intentando parecer natural, se acercó a Eva, la besó y luego mirando a las otras dos mujeres dijo:

— Podéis llamarme Tomi, me gusta mucho más.

Irene, boquiabierta, por ver a aquel hombre casi

en paños menores ante ellas, apartó la vista, pero al ver que aquel se agachaba para besarle en la cara, tuvo que corresponderle.

— Tomi, la que te mira con cara de susto es mi hermana mayor, Irene — indicó Eva muerta de risa. Sabía que cuando su hermana le conociera se quedaría sin palabras.

— Sí... sí soy la mayor. ¿Conoces a Juan verdad?

Tomi, poniendo los ojos en blanco y mordiéndose el labio inferior, murmuró:

— Oh, sí querida... le conozco. *I love* Juan. Le deseo locamente y todo lo que se te pueda ocurrir. Digamos que es el rey de mis pensamientos más oscuros y perversos. — Al ver como se le desencajaba la mandíbula finalizó —: En fin él es *very... very divine*.

— Yo soy Almudena, otra hermana de Juan.

— Encantado *ladies* — Y clavando su mirada en el bebé dijo —: Por el amor de Dior. ¿Qué es eso que te chupa un pecho?

— Mi búho particular — respondió divertida.

Inmediatamente ambos se enzarzaron en una conversación sobré embarazos, estrías y cremas reafirmantes, mientras Irene se recuperaba de la impresión. Cinco minutos después cuando Noelia regreso al salón tras hablar con su amigo George escuchó a su primo decir:

— Dejadme que os diga que tenéis un *brother* sexy y estupendo.

— ¿Un qué? — preguntó Irene todavía patidifusa por la forma de hablar y de moverse de aquel. Nunca había conocido a nadie tan peculiar.

— Un hermano — aclaró Eva.

Las hermanas de Juan al ver entrar en el salón a Noelia cruzaron una mirada con ella y Eva preguntó con curiosidad y guasa.

— ¿Hablabas de verdad con George Clooney?

Noelia agarrando a su primo del brazo le obligó a sentarse y respondió con naturalidad:

— ¡Ojalá! Ya me gustaría a mi conocerle.

Tomi reaccionando con rapidez murmuró:

— Y a mí... y a mí, pero no. Es un amigo que es tan *divine* que le hemos bautizado como el Clooney.

— Es guapísimo — apostilló con énfasis Noelia.

— Mucho. Muy divinón — finalizó Tomi.

Tras escuchar aquello, Eva les miró extrañada. Ella había estado buscado por Internet la página web de la empresa que regentaban aquellos dos, y por más que buscó no encontró fashion Victim. Iba a comentarlo cuando Almudena atacó:

— ¿Entonces los dos trabajáis juntos?

Los primos se miraron.

— Sí. Desde hace años se puede decir que somos inseparables — respondió Noelia.

Irene, escaneando de arriba abajo a Tomi preguntó boquiabierta:

— ¿Tu también aconsejas sobre moda?

— Oh, sí querida ¡me encanta! En cierto modo me considero un *fashion victim*.

— ¿Qué es eso? — volvió a preguntar Irene.

Tomi, quitándose la toalla mojada del pelo, sacó un peine de púas dorado del bolsillo del albornoz y mientras se peinaba su pelo color pistacho indicó:

— A ver, para que me entiendas. No soy fiel a ningún diseñador. Me vuelve *crazy* comprarme de todo y a veces compró más de lo que necesito. Me encanta que todo el mundo sepa que llevo lo último de Gucci, y lo próximo de Dior. Oh *my God*

¡adoro la moda!

Al ver que Eva sonreía, pero ninguna de las otras decía nada clavó su mirada de nuevo en la mujer que le había preguntado y dijo antes de que Noelia le pudiera frenar:

—Por cierto, y esto te lo digo en confianza. Ese peinado que llevas te hace *very… very* mayor. Ese ahuecado no se lleva desde hace lustros, y si me dejaras aconsejarte podría conseguir que parecieras por lo menos diez años más joven, simplemente cambiando tu look. Por cierto, ¿dónde compras los trapuchos tan terriblemente feos que llevas?

La cara de Irene era todo un poema. ¿Quién era aquel tipo tan desagradable? Noelia al ver aquello, acercándose a su primo siseó:

—Tomi, cierra tu boquita ¡ya! ¿Alguien te ha pedido opinión?

Almudena, divertida por todo lo que escuchaba, soltó una risotada y mirando a su hermana que aún estaba boquiabierta indicó:

—¿Lo ves? Te lo dijimos Eva y yo hace tiempo.

—Ese peinado no te favorece nada, Irene —señaló Eva—. Te hace mayor, vamos, muy marujil y…

—No me interesa vuestra opinión —cortó aquella.

Pero Almudena, sin darse por vencida, prosiguió tras dejar a su bebé sobre el sillón. Conocía cosas de la vida de su hermana, e intuía que desde hacía bastante tiempo le faltaba emoción.

— ¿Recuerdas lo que hablamos el otro día con Noelia en la cocina de papá sobre renovarse o morir? Pues creo que ha llegado el momento de renovarse querida hermanita. Y si podemos contar con la ayuda de Noelia y Tomi, pues mejor que mejor ¿no crees?

Irene reaccionó, la miró y con gesto de enfado gruñó:

— Soy una madre de familia respetable, no una modernucha como vosotras. Para mi edad estoy estupenda, y no quiero cambiar. Mi vida está muy bien romo esta.

— Y una porra —gruñó Almudena—. Si hemos venido aquí es para que Noelia te aconseje y ahora no te echas para atrás.

— ¿Que yo la aconseje? —preguntó Noelia.

— Sí —asintió Eva con seguridad—. Irene necesita un cambio. Su vida últimamente no es la mejor del mundo y necesita avivar la chispita en Lolo.

— ¿Os habéis vuelto locas? ¿Desde cuándo aireamos los trapos sucios fuera de casa? —gritó indignada la mencionada.

— No estoy aireando nada. Solo he dicho que necesitas avivar la chispita de tu matrimonio o… — dijo Eva.

— Te he dicho que no necesito esa ayuda. Yo estoy muy bien como estoy y no necesito aparentar lo que no soy. Pero ¿por qué queréis que cambie?

Sin darle tregua Almudena le espetó:

— Porque lo necesitas, porque eres una persona joven y, en cambio no lo aparentas.

Noelia y Tomi sorprendidos por aquella trifulca entre hermanas se miraron y este último preguntó con curiosidad:

— Pero bueno, querida ¿cuántos años tienes?

Al escuchar aquello Irene pensó en no

contestar, pero finalmente carraspeó y cuchicheó:

— Cuarenta y dos, y a mucha honra.

Como si le hubieran dicho ciento veinte, Tomi se llevó las manos a la cara y gritó ante el desconcierto de su prima:

— Por-el-amor-de-*my life*. Pero si yo te echaba veinte más. Oh no… eso no puede ser, *Darling*, un poco de *glamour in your life* no te vendría mal.

Noelia fue a parar aquello cuando Irene gritó mirando a sus hermanas:

— ¡¿Qué pretendéis ricas?! ¿Que parezca una actorucha de Hollywood con vida pecaminosa e irreal? —aquello sorprendió a Noelia—, ¿O acaso pretendéis que me ponga un pendiente en el ombligo cómo llevas tú?

— Ahora no lo llevo —se defendió Almudena, pero en cuanto mi cuerpo vuelva a ser lo que fue, me lo volveré a poner. ¿Y sabes por qué? Porque me gusta y porque me gusta gustar, ¿has oído bien?

— Ya te vale, rica. La sarta de tonterías que tengo que escuchar, ahora que eres madre —protestó su hermana mayor.

— Vale. Soy madre soltera pero no tonta. Me gusta el sexo, me gustan los hombres y me gusta gustar. Y eso, querida hermanita, me seguirá gustando siendo madre o no. ¿Te enteras?

— Sí… si ya te vi cómo tonteabas con el municipalese —le recriminó.

— Enfádate todo lo que quieras, pero creo que a Lolo un cambio en tu apariencia le encantaría. Joder Irene… que es un hombre —insistió Eva—. Tú imagen es antigua y por lo visto no soy la única que lo piensa.

— ¿Y tú qué tienes que hablar de mi marido Eva María?

— Yo nada —suspiró su hermana—. Solo que Lolo es un hombre y estoy segura de que le gustaría verte guapa y diferente. Chica, un poquito de morbito y atracción no os vendría mal. Además, no me digas que no te gustaría que te ocurriera algo emocionante y altamente estimulante con él, en cualquier lugar, y…

— Yo no soy una libertina como tú o ella. Yo soy…

Almudena molesta por aquel comentario, escudriñó a su hermana y siseó:

— Sí… tú eres la santa de la familia ¡Santa Irene! Y te vamos a canonizar cuando la palmes. Oh Dios. ¿Por qué tendrás que siempre tan negativa? Necesitas un cambio y punto, o dentro de poco tu bigote será más largo que el del tío Jacinto.

— Oh… las cosas que tengo que escuchar —refunfuñó aquella, mientras se tocaba el labio superior. ¿Tanto bigote tenía?

— Vamos a ver, Irene —protestó Eva—. Te pasas media vida quejándote porque Lolo no te mira, y ahora que te proponemos que te actualices exteriormente como mujer, y le enseñes tu potencial ¿también protestas? Joer chica, a ti no hay quien te entienda.

Esto es un desastre pensó Noelia al ver como aquellas se enfadaban, pero fue a hablar cuando su primo se le adelantó.

— Stop… Stop… Stop… —exigió Tomi y mirando a la malhumorada hermana mayor indico: — Querida, para estar divina y actual ¡no hay edad! Puedes ser una mamá respetuosa y un bombón de mujer. Puedes ser una *woman* respetable y una mujer divina.

— Pero…

— No hay peros, ni excusas. Soy un profesional y tú necesitas un extreme *makover*.

— ¿Un qué? — preguntó Irene.

— Un cambio radical — asintió aquel— . Si no he oído mal tus *sisters* creen que necesitas un cambio *in your life* y fíjate *my love*, yo no te conozco, pero solo con verte pienso como ellas. Eres muy joven querida para parecer la abuela de cualquiera de ellas. Pero ¿no lo ves *lady*? Puedes ser una *woman* espectacular. ¿Por qué te lo niegas?

Irene metiéndose la mano en el bolsillo de su chaqueta granate, sacó un pañuelo y se lo llevó a la nariz. Pensar en Lolo, su marido, le hacía llorar. Desde que tuvieron a la pequeña Ruth, apenas la miraba. Prefería irse al bar a echar la partidita con sus amigos a pasear con ella o ir simplemente al cine, como hacían antes. Tras sonarse y secarse las lagrimillas de los ojos, miró a aquel desconocido y preguntó:

— ¿Por qué hablas tan raro?

— ¡¿Yo?! Oh *my God* si yo hablo divinamente el *spanish*.

— Pues metes cada patada al diccionario que me dejas sin palabras.

Ahora el desconcertado era Tomi. Noelia al ver la cara de Tomi, respondió adelantándose:

— Es que mi primo tiene una particular manera de hablar. Digamos que habla *espanglish*. Mezcla el español con el inglés, y eso se debe a nuestro trabajo. Y aunque creas que somos unos entrometidos, si quieres nuestra ayuda para cambiar en algo, aprovéchate del momento. Aquí nos tienes.

Irene, tras cruzar una mirada con sus hermanas sonrió, y mirándoles murmuró:

— De acuerdo. Quiero volver a ser guapa y

sorprender a mi Lolo. ¿Podéis ayudarme?

— Sí — dijeron al unísono los implicados.

— ¡Genial! — aplaudió Eva.

— Copón ¡ya era hora! — rio Almudena llamar mi amiga y le diré que iremos a visitarla. Ya veréis que cosas más chulas tiene en su tienda de ropa y a unos precios impresionantes.

Durante un rato hablaron sobre compras, trapos, cremas y Eva, al fijarse de nuevo en el reloj que Noelia llevaba, dijo:

— Me encanta ese reloj. Te lo dije ya una vez, pero es que es precioso.

Noelia sonrió y Tomi saltó:

— Es un glamuroso Limelight de la marca Piaget inspirado en la alta costura con diamantes talla grande engastados. ¿Como no va a ser precioso?

— ¿Lo dirás en broma no? — insistió Eva al escucharle.

— Pues no, reina. Ese reloj es magnifico, además de un símbolo del glamour.

Eva, sorprendida por lo que le decía, y en especial por lo que esos relojes costaban se acercó aún más y mirándolo de cerca preguntó:

— ¿De verdad que es un Piaget de pata negra?

Noelia al darse cuenta de su error, pellizcó a su primo para que se callara y actuando como solo ella sabía hacer sonrió y dijo:

— No, mujer. Es una estupenda imitación, pero ¿a que parece auténtico?

Eva aún sorprendida asintió y cuando fue a responder su hermana Almudena preguntó:

— Por cierto, vuestra empresa de personal shoppers ¿cómo se llama?

Noelia y Tomi se miraron, y este último rápidamente y sin pensar contestó.

— *Crazy Life*, vamos para que nos entendamos, Vida loca.

Todos sonrieron, excepto Eva. No recordaba que Noelia le hubiera dicho aquel nombre. Pero

decidió olvidarlo y centrarse en planear junto al grupo el maravilloso día de compras que les esperaba en unos días. Tenían mucho que hacer.

El 24 y 25 de diciembre lodos se reunieron para cenar y comer en la casa familiar y la reunión fue todo un éxito. Noelia convenció a Tomi para que les acompañara, aunque tuvo que pelear con él para que se pusiera algo discreto, mientras Juan como siempre sonreía ante la locura y el excentricismo de aquel. Antes de salir hacia la casa de Manuel, Noelia le recordó a su primo aquello que su abuela siempre le decía: «Sé tú mismo, pero no asustes a los demás». Por lo que Tomi intentó ser moderado en sus actos.

Manuel estaba encantado de que fueran más invitados de los que esperaba y se emocionó al tener a Noelia de nuevo entre ellos. El abuelo Goyo se quedó sin palabras tras conocer a Tomi. No le quitó el ojo de encima en toda la noche. Aquello no pasó desapercibido para nadie y todos temían que el abuelo, de un momento a otro, soltara alguna de las suyas, Pero no, sorprendiéndoles a todos no lo hizo. Fue discreto, aunque todos sabían lo que pensaba, incluido el observado.

Aquella noche tras una divertida y exquisita cena en la que lo pasaron a lo grande, Tomi se marchó de juerga con Eva. Ambos tenían ganas de tomarse una cervecitas y bailar. Noelia y Juan regresaron solos a casa. Tras saludar a una efusiva *Senda*, Juan cogió una botella fresca de champán de la nevera, dos copas y entre risas y besos subieron a la habitación. Una vez allí, el joven dejó lo que llevaba en las manos sobre la mesilla y abriendo un cajón sacó algo y dijo:

— Toma *canija*. Papá Noel, ya sabes, ese señor gordo vestido de rojo que baja por las chimeneas, ha debido de pensar que has sido buena y dejó algo para ti.

Con una deslumbrante sonrisa ella lo cogió y abriendo su *trolley*, que estaba en un lateral de la habitación, sacó otro paquete y se lo entregó.

— Vaya que casualidad. El mismo señor gordo pensó que habías sido bueno y dejó esto para ti.

Ambos sonrieron y se sentaron con sus respectivos regalos sobre la cama.

— Las señoritas primero — insistió Juan con galantería.

Divertida, y emocionada porque él hubiera tenido tiempo de comprarle algo a pesar de los horarios de su trabajo comenzó a abrirlo. Lo primero que vio fue un perfume de Loewe, una cajita de la misma marca y un CD de música.

— Sergio Dalma — susurró encantada.

— Sí. He visto que lo escuchas muy a menudo, y como veo que te gusta más que AC/DC o Metálica te lo compré para que lo escuches en tu casa — al ver que ella sonreía el prosiguió— . En cuanto a los otros regalos, recuerdo que el día que fuimos de compras dijiste que una de tus tiendas preferidas era Loewe, ¿verdad?

Feliz asintió y al abrir la pequeña cajita se quedó sin habla hasta que él dijo.

— Vale… no es un súper regalo de esos a los que estás acostumbrada, pero es algo que yo me puedo permitir.

— No digas tonterías Juan por favor.

Al ver su ceño fruncido la besó y susurró.

— Me he vuelto loco pensando qué regalarte. Al principio pensé un Porsche rojo, pero luego imagine que una *estrellita* como tú ya tendrías alguno.

— Dos. Rojo y azul antracita — asintió sorprendiéndole.

— ¿Lo ves? — sonrió encantado— . Sabía que lo tendrías. Por ello al final pensé que un llavero de Loewe con las llaves de mi casa podría

gustarte —y mirándola a los ojos murmuró—: Espero que mi casa y mi compañía te gusten tanto como tu marca preferida.

Emocionada asintió sin poder hablar. No esperaba un regalo así. En especial porque aquello le sonó a declaración de amor. Juan al ver su mirada turbada prosiguió. Necesitaba hablar con ella y aquel era un momento ideal.

— A ver... Noelia. Quizá no venga a cuento lo que te voy a decir, y sea una metedura de pata tremenda...

Con el corazón a mil ella murmuró:

— Qué... qué pasa.

Durante unos segundos se miraron a los ojos y finalmente Juan a escasos centímetros de su boca susurró:

— Soy consciente de que eres un gran, grandísimo problema para mí...

— No lo pretendo — cortó ella torciendo el gesto.

— Me guste o no, cielo — prosiguió él— , lo eres y más cuando no puedo dejar de pensar en ti. — Al escuchar aquello el corazón a Noelia se le revolucionó— . Sé que tenemos unas normas que ninguno va a incumplir, al igual que sé que tu vida no está aquí conmigo, ni yo soy hombre para ti. Pero quiero que cuando regreses a tu hogar, te lleves este llavero de tu marca favorita con estas llaves y sepas que aquí, en España, en Sigüenza, tienes tu casa para cuando quieras. ¿De acuerdo?

Acalorada, emocionada y sorprendida por sus palabras, y en especial, por lo que había sentido al escucharlo, le besó.

— Muchas gracias — murmuró en un hilo de voz.

Al ver que él la miraba cómo esperando algo, sonrió y dijo:

— Juan, te prometí cumplir tus normas, pero tengo que decir que me gustas mucho, demasiado y creo que...

De pronto él se agobió. ¿Qué iba a decir? y le tapó la boca con las manos, al tiempo que le

decía:

—Tú también me gustas mucho, cielo. Eres maravillosa, divertida, preciosa y estoy encantado de que estés aquí conmigo, pero seamos realistas y no digamos cosas que dentro de unos días puedan hacernos daño. ¿Vale, *canija*?

—Pero...

—No Noelia, no sigas con ello.

—Pero yo intento vivir el presente y...

—Lo estamos haciendo y lo estamos pasando bien —cortó Juan—. Ahora lo que no tienes que olvidar es nuestro trato y que esto es el mundo real y no una de tus románticas películas. ¿De acuerdo, cielo?

Decepcionada por no poder manifestar libremente lo que sentía por él, asintió e intentando guardar su desilusión, sonrió como buena actriz y dijo:

—Tienes razón. Venga, ahora abre tu regalo.

Con una radiante sonrisa, tras la que escondía su malestar por lo que acababa de decir, Juan rasgó el papel de regalo cuando ella murmuró:

—Te compré este marco de fotos porque pensé que si tenías la foto de nuestra primera boda a la vista, encima de algún mueble, te acordarías de mí y querrías verme otra vez a pesar de que soy un gran, grandísimo problema para ti.

Desconcertado, Juan clavó sus oscuros ojos en ella.

— ¿Qué estamos haciendo Noelia?

Consciente de que aquella pregunta revelaba, en cierto modo, lo que él sentía por ella le quitó el marco de fotos de las manos y dejándolo a un lado de la cama, se abalanzó sobre y le besó.

— Conocemos. ¿Te parece poco?

Juan la abrazó y la besó. A partir de ese momento sobraron las palabras. Solo deseaban hacer apasionadamente el amor.

50

El veintisiete de diciembre Noelia y Tomi quedaron con las hermanas de Juan para ir de compras. En esta ocasión, Manuel, el orgulloso abuelo, volvió a hacer de niñero con Joel, Se quedó con su nieto e infinidad de biberones de leche. Divertidas y felices visitaron la tienda de la amiga de Almudena en Guadalajara. Una pequeña tienda de una joven diseñadora donde, sorprendido, Tomi tocó las telas, gustoso y encantado.

— Por el amor de *my life* ¡pero que ideal que es esto! — gritó al ver un fular a juego con una blusa azul.

— Pues todo lo que ves lo diseña y lo cose ella — rio Almudena cogiendo del brazo a su amiga.

— Alicia Domínguez. Te auguro una exitosa carrera — asintió Noelia mirando a su alrededor.

Aquella muchacha, en su pequeña tienda, tenía cosas preciosas y originales. Moda mucho más atractiva que muchas de las cosas que veía en las tiendas de Rodeo Drive.

— Gracias. Me encanta saber que te gustan — contestó emocionada.

Conocía por Almudena que aquellos dos guiris eran personal shoppers que viajaban por el mundo y si recomendaban alguno de sus modelos a alguno de sus dientes podría ser beneficioso para ella y su negocio.

— Oh Dios, soy lo más ¡Que lindo estoy! — gritó Tomi al mirarse en el espejo y verse con uno de aquellos fulares estampados— . Esta noche ligo fijo… fijo.

— ¿Dónde vas esta noche? — preguntó Almudena divertida.

— Salgo de copichuelas con el *divine* de tu *bother* y algunos de sus musculosos compañeros.

¡*oh my god*¡Estoy emocionado. Estaré rodeado por verdaderos *X men only* para mi — Sorprendidas por aquello las tres hermanas se miraron y finalmente Eva murmuró:

— Como diría mi abuelo, ¡que Dios te pille confesado hermoso! Salir con esos machos alfa de copichuelas a veces no es lo más recomendable.

— Sí lo dices porque su ruda y varonil heterosexualidad me puede asustar… Oh no, *queen* no. Yo solito con mi suavidad y mi lengua viperina puedo con cualquiera de ellos. Es más, que tengan cuidado, no les asuste yo a ellos.

— Lo que daría yo por veros esta noche por un agujerito — rio Irene al escucharle. Ver a los rudos compañeros de su hermano con aquel podía ser todo un numerito.

— Por cierto Almu — dijo Alicia tras descolgar una blusa— . El otro día vi a Raúl y me preguntó por ti. ¿Recuerdas a Raúl?

Almudena sonrió, ¿cómo no recordarle? Hacía dos años que no le veía pero pensar en él aún le hacía sonreír, pero al ver la cara de su hermana mayor dijo:

— No me mires así. ¿Quieres?

— Uis nenas, ¿quién es ese Raúl? — preguntó Tomi.

— El chico con el que tenía que haberse casado hace años — cuchicheó Irene.

— Buenoooooo habló doña decencia — rio Eva divertida.

— Ni decencia ni leches Eva María. Esta descerebrada dejó a Raúl para enrollarse con el innombrable del padre de su hijo y… ¡Zas!, ahora se ha quedado sin uno y sin el otro y con un muchacho que alimentar.

— Vamos… traumatizadita que estoy — se mofó Almudena mirando a Noelia.

— Sí… pero ahora estás sola, sola… sola — insistió Irene.

Eva, divertida por los aspavientos de su hermana mayor, añadió:

— Mira Irene, sé que lo que te voy a decir lo vas a considerar una gran vulgaridad, pero los hombres son como los pedos, le los tiras cuando quieres y punto pelota.

— Oh Dios mío, ¡qué vulgaridad! — protestó aquella mirando al cielo.

Aquello provoco una carcajada general de todos menos de Irene y cuando esta zanjó el tema con sus protestas Tomi se acercó a Eva.

— Guapa e inteligente. Uisss reina ¡tú vas a ser alguien en la vida!

Divertida por los comentarios, Noelia cogió una prenda y se la tendió a Irene.

— Ten pruébate este vestido gris y blanco. Estoy segura de que te quedará perfecto.

— ¿No es demasiado moderno para mi?

Al escuchar aquello, todas rieron y Almudena empujando a su hermana murmuró:

— Anda… vamos para el probador que eres más antigua que el hilo negro — pero dos segundos después gritó — : La madre que te parió Irene, ¿cómo puedes llevar aún un sujetador matapasiones?

— Pero si es nuevo — se defendió.

Antes de poder decir nada más la cortina del probador se abrió y todos miraron con curiosidad el sujetador de aquella.

— Joderrrrrrr — murmuró Eva mirándola — , Pero cómo puedes llevar todavía un sujetador con la típica florecita de la abuela entre las tetas.

— Ay que angustia — susurró Tomi mirándola — , ¿Eso te pones diariamente?

— ¡Pero bueno! — gritó Irene ofendida—. Este sujetador es nuevo. ¿No lo veis?

— ¡¿Nuevo?! — preguntaron al unísono Eva y Noelia.

— Sí. Lo compré hace menos de un año en el mercadillo y…

— Por el amor de *my life* — cortó Tomi—. Eso de nuevo tiene lo que yo de ruso. Pero *my love*, ¿has visto donde te asientan las tetillas?

Noelia muerta de risa por los comentarios de todos tiró de su primo y tras cruzar una mirada con Almudena dijo antes de correr la cortina:

— Probaos los vestidos y recordad: tenemos que pasar por una tienda de lencería.

— Con urgencia — insistió Tomi quien de pronto al darse la vuelta y ver un vestido grito—. Oh dios mio *cuchita* ¡mira que divinidad! ¿No te recuerda a uno de tus Armani? El que te regaló Giorgio cuando estuvimos en Italia para su fiesta de cumpleaños.

Noelia, acercándose a la prenda sin percatarse de cómo les miraban Eva y Almu a lo tocó y respondió:

— No… no se parece al Armani, pero tiene un aire al Givenchy que llevé para la fiesta de Arnold, en California. Aunque este me parece mucho más bonito.

— Tienes razón. Es mucho más majestuoso — asintió Tomi tocando las plumas.

Noelia se fijó en el precio que ponía en la etiqueta.

— ¿Cuatrocientos veinticinco euros? — preguntó sorprendida.

— ¡Oh qué escándalo! — gritó Tomi llevándose las manos a la boca.

Aquel vestido en negro y blanco de corte sirena y con plumas a la altura de la cintura y en la parte inferior de la falda, con semejante diseño,

textura y trabajo, en cualquiera de las tiendas donde ellos compraban hubiera costado mucho, pero muchísimo más.

Alicia, la diseñadora, al ver el gesto de aquellos se acercó y respondió casi avergonzada mientras Eva no les quitaba ojo:

— Es una tela muy buena, y las plumas están cosidas una a una, todas a mano — y mirando a Noelia murmuró— , Pero si le gusta, por ser amiga de Almudena, te haré un precio especial.

Confundida por lo que aquella le decía, la actriz sonrió y aclaró:

— Ay Dios, creo que me has entendido mal. Lo del precio lo decía porque me parece tremendamente barato. Este vestido debería costar muchísimo más.

— Niña eres lo más. Cómo mínimo deberías cobrar cinco vires más de lo que pides por él. Este vestido, con el trabajo que lleva, debería tener el mismo precio que el Dior que compraste para la fiesta de Johny Deep, aquel con el que te pusiste las joyas de Chopard aseguro Tomi aun sorprendido por el precio.

La joven diseñadora rio y Eva, sorprendida, preguntó:

— ¿Tienes un Dior en el armario, has ido a una fiesta con Johnny Deep y te has puesto joyas de Chopard?

Rápidamente, Noelia reaccionó:

— Uf... ya quisiera yo. Ni caso, tonterías de Tomi.

El joven, al ver que de nuevo estaba metiendo la pata con sus comentarios, descolgó el impresionante vestido de fiesta y se lo tendió con mimo a su prima.

— Pruébatelo. Tienes que estar divina con él.

Eva, sin decir palabra, les observó intrigada. Aquellos dos habían zanjado el tema con demasiada rapidez y eso le hizo reflexionar. ¿Qué ocultaban?

Durante horas se hicieron los dueños de la

tienda y se probaron todo, absolutamente todo lo que había, incluido Tomi que era el más *fashion*. Noelia se compró finalmente varios conjuntos de pantalón y camisa, un bolso, un vestido de gasa de noche y el glamuroso vestido con plumas. Alicia estaba rebosante de alegría. Nunca había vendido tanto a una sola dienta. Animadas por Noelia, las demás salieron con varias bolsas bajo el brazo. Aquella Nochevieja sería glamurosa y todos irían de punta en blanco para la cena.

Agotadas, felices y con media tienda dentro de sus bolsas, a las tres de la tarde decidieron ir a un restaurante para comer algo. Estaban hambrientos. Tras pedir los primeros platos Noelia, Almudena e Irene fueron al baño, la ex-embarazada se había manchado la camisa de leche, y tenía que cambiársela por otra. Mientras, en la mesa, sonó un móvil, Tomi, al reconocer que era el de su prima, lo sacó del bolso de aquella y gritó encantado:

— Salma, ¿cómo estás *Darling*? — tras escuchar algo contestó— . Oh sí, aún estamos en *Spain. I love Spain* es precioso y su gente estupenda.

Durante un rato Eva escuchó en silencio lo que aquel hablaba y se inquietó al notar que en ocasiones paraba su chorreo de palabras y la observaba. ¿Por qué la miraba así? Pero más se sorprendió al observar con detenimiento las manos de aquel. ¿Dónde había visto aquel anillo?

Finalmente Tomi se levantó de su asiento.

— En seguida vuelvo *my Love*. Voy a llevarle el teléfono a Noelia. Esta llamada es *very* importante.

Al levantarse tan precipitadamente de la mesa tiró un bolso al suelo, pero él ni se inmutó mientras se alejaba enfrascado en su glamurosa y alocada conversación. Eva dejó

escapar un suspiro, se levantó de su silla y se agachó a recoger el bolso. Era el de Noelia y sus pertenencias estaban desparramadas por el suelo. Lo primero que recogió fue su pitillera de oro. Aquella que sacaba cada dos por tres para fumarse uno de sus cigarrillos. Al cogerla se fijó en el grabado y leyó Estelle N. Rice. P. Durante unos segundos se quedó mirando aquello sorprendida. ¿Estelle? Después cogió una pequeña agenda de tono violeta y, de pronto, de ella cayeron varias fotos. Al recogerlas Eva se quedó sin habla. Aquellas fotos eran de la actriz Estela Ponce y, al fijarse en ellas, saltaron las alarmas.

Copón bencito. No puede ser cierto lo que estoy imaginando, pensó nerviosa mientras su cabeza comenzaba a funcionar a toda máquina. ¿Noelia podía ser Estela Ponce?

Con rapidez miró hacia la puerta de los baños. Continuaba cerrada, y sin poder contener su necesidad de curiosear, cogió la cartera Loewe, a juego con el bolso, y estuvo a punto de gritar cuando vio el permiso de conducir americano y leyó «Estela Noelia Rice Ponce. Los Angeles. California».

—Joder... joder ¡Es ella! —murmuró a punto del infarto.

Con las pulsaciones a mil recogió todo. Lo metió dentro del bolso y se sentó de nuevo en su silla. Sacó su Blackberry y dio gracias al cielo al comprobar que había Wifi en el local. Sin perder un segando, entró en su correo y buscó el *email* que le había mandado su amiga Yolanda. Clicó en la foto que buscaba y miro de cerca un detalle. Dos minutos después, sus hermanas llegaban a la mesa, seguidas de Tomi y Noelia con el móvil en la mano. Eva, noqueada, fijó la vista en la mano de Tomi. El anillo era el mismo que se veía en la foto del hotel Ritz.

Uf... Dios mio. Esto es un bombazo informativo ¡que calor! pensó abanicándose con una servilleta. Lo que acababa de descubrir no la dejaba articular palabra.

Frente a ella estaba Estela Ponce. La diva entre las divas de Hollywood tomándose un café, con toda la tranquilidad del mundo parapetada tras una peluca y unas lentillas y ninguna de sus hermanas, ni ella misma, se habían dado cuenta. Pero ¿y su hermano? Le era difícil aceptar que su hermano no lo supiera. Seguro que se habían conocido en el operativo del hotel Ritz y por eso ella estaba allí. Pero algo no le cuadraba. Juan era un profesional

y nunca se pondría a ligotear con nadie en medio de un operativo, y menos con una megaestrella de Hollywood como aquella. Tenia que hablar con él urgentemente.

Intentó comportarse con normalidad, pero le era imposible. Miró con curiosidad las manos Noelia y comprobó lo cuidadas y sedosas que parecían. Las uñas estaban perfectas y hasta las cutículas las tenía impecables. Después observó su reloj Piaget. Aquel que Tomi dijo que tenía diamantes engastados, lo que Noelia negó. Ese reloj debía de costar una millonada, no como el Gucci de imitación que ella se había comprado en el mercadillo de su pueblo. Acalorada posó su mirada en el bolso que minutos antes había recogido y al ver el símbolo de Loewe se convenció que aquello era tan verdadero como que ella se llamaba Eva María Morán. Así estuvo durante un buen rato hasta que Irene, sorprendida por lo callada que estaba, le preguntó:

— A ti que te pasa ¿has visto un fantasma?

Todos la miraron y con una tonta sonrisa se encogió de hombros.

— Sí te dijera que sí ¿pensarías que estoy como un cencerro?

El grupo volvió a reír y el camarero llegó con la cuenta. Noelia se empeñó en pagar pero esta vez fue Almudena la que no la dejó y pagó.

— Inmortalicemos el momento — sugirió Eva saliendo de su letargo con el móvil en la mano.

Necesitaba pruebas. Necesitaba saber si aquella era quien imaginaba y se negaba a darle un tirón de la peluca. No, Noelia no se lo merecía.

Tras salir de allí entraron en una zapatería donde busca ron unas botas para Irene que no encontraron. Al salir Noelia cogió por el brazo a Eva y le preguntó:

—¿Crees que las botas de Loewe color chocolate que se ha probado Irene le gustaban y no se las compra por su precio?

—Sí. Estoy convencida. Pero ese dinero no se lo gasta mi hermana en ella ¡ni loca! Conociéndola se las comprará en el mercadillo —asintió esta y mirando a su hermana mayor dijo—: Irene haznos una foto.

Posaron sonrientes ante la cámara. Noelia se sentía feliz por haber encontrado el regalo de Reyes para Irene. De repente se escucharon los gritos de Tomi:

—Por el amor de Dior *ladys*. ¿Lo que ven mis bellos ojitos almendrados es una tienda de Adolfo Domínguez? —Todas asintieron—. *I need* entrar urgentemente en ella. ¡Vamos! Que esta noche quiero estar espectacular para los *Xmen*.

Todas sonrieron y entraron en la tienda. En el interior del local, Eva, más callada de lo normal, observaba mientras sus hermanas y Noelia, cuchicheaban con Tomi en referencia a un traje de seda azul. Con disimulo, escaneó a la actriz con la mirada y unió las piezas de su virtual rompecabezas. De pronto todo comenzaba a encajar y fue consciente que ella, Noelia, era la rubia de melena por los hombros que Irene había visto noches atrás besando apasionadamente a su hermano a través de la ventana. Veinte minutos después, cuando hubo consultado en su Blackberry cierta información sobre Estela Ponce y su primo Tomaso Anthony Nández Ponce se

dirigió al grupo.

— Noelia, me gustan un montón tus gafas. ¿Dónde te las compraste?

— Son de la última colección de Valentino — murmuró Tómi—. Se las compré en Roma o ¿fue en Londres?

— Roma — respondió la propietaria.

— Bueno qué más da — rio el joven— ¿A que son lo más?

— Preciosas — asintió Eva—. Por cierto, me llama la atención lo mucho que viajáis.

— Nuestro trabajo lo requiere — sonrió Noelia sin prestarle mas atención.

Eva, anotando mentalmente todo lo que aquellos decían, miró directamente a la estrella de Hollywood.

— ¿Me dejas que me pruebe las gafas? Me encantan.

La joven actriz, ensimismada en la charla con Irene, se las quitó y se las pasó. Eva observó detenidamente su rostro sin las gafas. No se notaba nada que aquel pelo no fuera suyo. Era increíble lo bien que hacían las pelucas. Aun así buscó bajo la maquillada ceja derecha la marca que Google le había desvelado que Estela tenía tras sufrir una caída de un caballo en el rodaje de una de sus películas.

Ahí está la puñetera marca, pensó al ver aquella pequeña cicatriz, pero con actitud coqueta buscó un espejo para mirarse y al instante comprobó que aquellas gafas no tenían graduación.

Vaya… vaya… por lo que veo, Estela te escondes muy bien pensó. Y, aprovechándose de que aquella no tenía las gafas puestas, le pasó su Blackberry a su hermana Almudena.

— Almu, haznos una foto — le dijo agarrando a Noelia del brazo.

Su hermana cogió el aparato que le tendía.

— Eva María, qué pesadita estás hoy con las fotos ¿no? Estás peor que cuando a Almudena le da por retratarnos — le reprochó Irene.

Sin darle mayor importancia la joven posó junto a Noelia, y cogiendo el móvil que su hermana le entregaba tras fotografiarlas murmuró entre dientes:

— Me gusta inmortalizar los momentos.

Finalmente se quitó las gafas y se las devolvió a su dueña que encantada reía por las ocurrencias de su primo. Noelia ajena a todo lo que aquella pensaba se las colocó, sin embargo, al sentir su insistente mirada tuvo que preguntar:

— ¿Ocurre algo Eva?

— No… no. — E integrándose en el grupo dijo mirando a Tomi— : Por Dios chico, ese traje te queda *divine*. Ahora si que eres lo más.

— Estoy *pa* comerme, por delante y por detrás, ¿verdad? — se guaseó aquel mirándose en el espejo de la tienda.

El móvil de Noelia sonó de nuevo. Se lo sacó del bolsillo de sus vaqueros, sonrió al ver de quien se trataba y abrió la tapa. Desde hacía días estaba viviendo una luna de miel y pensaba disfrutarla a tope.

— Hola *canija*. ¿Dónde estás?

— De shopping en Guadalajara con tus hermanas.

— ¿Todavía? — preguntó Juan sorprendido.

— Si crees que el otro día Tomi gastó dinero, espera a que lleguemos y veas todo lo que se ha regalado hoy.

Divertido por aquel comentario sonrió, estaba deseoso de verla.

— ¿Tú no has comprado nada?

Mirando los bolsones que se amontonaban a sus pies asintió.

— Bueno… algo he comprado.

— ¿Solo algo? — rio Juan.

— Lo confieso. He comprado mucho. Pero en la tienda de la amiga de Almudena tenían cosas tan

maravillosas, que he estado a punto de comprar la tienda entera.

Feliz por escuchar su voz y por saber que ella estaba bien Juan sonrió. A pocos metros de él estaban sus compañeros preparados para un simulacro y le reclamaban. Antes de colgar indicó:

— Bueno *tesoro*, te dejo. Solo llamaba para saber si estabas bien. Luego te veo en casa ¿vale? Ah, y dile a Tomi que no me iré esta noche sin él.

Noelia sonrió y observando a su primo pavonearse ante el espejo con un bonito traje dijo:

— Que sepas que le vas a hacer el gay más feliz del mundo. No para de hablar de que le vas a presentar a otros *X men* como tú.

Juan se carcajeó.

— Recuerda *cielo*, no hagas planes con nadie a partir de mañana. Libro hasta el día siete de enero y tengo muchos planes contigo.

— ¿Ah si? — rio gustosa.

— Si, preciosa.

— Vaya... me gusta saberlo.

— Más me gusta a mi *canija* — murmuró él antes de colgar. Noelia cerró su móvil y dejó escapar un suspiro. Le gustaba aquella sensación. Le encantaba Juan y se emocionaba al recordar la frase «luego te veo en casa».

51

Aquella noche cuando Juan y Tomi se marcharon para tomar unas copas con los chicos, Noelia aprovechó para hacer sus compras de Navidad en Internet. Tenía muy claro que era lo que quería regalar a cada una de las personas que le alegraban la vida y aquel era el mejor momento.

Sobre las once y veinte de la noche Juan llegó al Loop con un Tomi que sonreía encantado. Era consciente de que sus compañeros reaccionarían de un modo u otro ante su amaneramiento. Era de esperar. Pero también les conocía y sabía que aquello no supondría ningún problema. Una vez traspasaron la puerta del local, Juan señaló hacia el grupo del fondo. Allí estaban sus amigos. Tomi escaneó con la mirada a todos los miembros y esbozó una gran sonrisa, se retiró su glamuroso flequillo de la frente y dijo:

— *Oh my God*. ¡Cuánta barbaridad junta!

Aquel comentario hizo sonreír a Juan. Cruzaron el local y llegaron hasta donde se encontraban sus compañeros que al verle le saludaron, aunque no les pasó desapercibido el joven de mechas color pistacho, al que miraron de arriba abajo extrañados.

— Os presento a Tomi —dijo Juan con tranquilidad— . Él es el primo de Noelia la…

— La morenaza que me levantaste, ¿verdad? — acabó Lucas apoyado en la barra.

— Exacto — asintió Juan.

Tras intercambiar una significativa mirada. Juan continuo presentando a Tomi al resto de hombres.

— ¿Ese Atila con cara de peligro también le tiró los trastos a mi prima?

Juan miro a Lucas y sonrió.

— Por el amor de Diorr ¡que suerte tiene la

puñetera!

Diez minutos después Tomi hablaba animadamente con Carlos y Juan, hasta que reparó en uno de los camareros del local y cuchicheó animado:

— Uis nenes, ese guapo camarero, el de la camisa chocolate de Dolce & Gabbana, y los pantalones Versace de color blanco roto, entiende más yo.

Carlos y Juan miraron hacia la barra.

— Te equivocas. Jesús no… — dijo Juan.

— Ojo de loca no se equivoca — insistió Tomi.

Dos segundos después le pareció escuchar un comentario sobre él que le obligó a darse la vuelta y moviendo las manos con exageración y poniendo pose de diva divina preguntó:

— Perdona rey Midas, ¿qué has dicho?

— ¿Me hablas a mi *palomita*?— preguntó Lucas.

Colocándose el fular beige con glamour sobre los hombros Tomi le clavó la mirada y respondió.

— Te he escuchado decir algo sobre mi, y como veo que te intereso tanto solo me queda decirte una cosa: no tengo novio. ¿Te interesa el puesto?

Los hombres se carcajearon por aquello y Lucas, molesto por la mofa de sus compañeros, apoyándose en la barra preguntó en actitud chulesca:

— ¿Eso es una proposición para mi *palomita*?

— Si primate. En este momento, *only* para ti.

Juan se sentía incomodo ante la escena. Sabía que la presencia de Tomi ocasionaría algún comentario, pero nunca pensó que terminaría en disputa. Por ello, poniéndose en medio de aquellos dos, dijo alto y claro:

— Lucas, estamos aquí para pasar un rato divertido, no para ocasionar problemas. Y tú Tomi… déjalo pasar.

Pero el glamuroso joven no estaba dispuesto a callar.

— Pues va a ser que no *my love*. Esta… *Mariliendre* y sus *heteropetardas* han dicho algo que yo estoy dispuesto a aclarar.

— ¡¿*Mariliendre*?! — se mofaron varios.

— ¡¿*Heteropetardas*?!. — se carcajeó Carlos divertido.

— No me cabreéis más — gruñó Lucas ofendido— . Y tú deja de decir mariconadas o al final tendrás problemas.

— Uis… ¡que salado! — rio Tomi— , Pero déjame decirte que ahora entiendo por qué mi prima eligió al divino antes que a ti. Tú eres demasiado corto de sesera para una *woman* como ella.

Todos volvieron a reír y Lucas siseó.

— Juan, ¿qué tal si te llevas a la nena esta de aquí antes de que tenga problemas? Si sigue por ese camino voy a tener que sobarle los morritos con mis puños.

Juan fue a hablar pero Tomi, acercándose a Lucas, le miró con gesto serio e indicó:

— No me asustan ni tus músculos, ni tus puñitos, ni tu divina cara de machote español. ¿Y sabes por qué? Pues simplemente porque en peores rodeos me he encontrado con tipos como tú y nunca me he callado. Vamos, para que te enteres, soy gay pero si tengo que sacar mis afiladas uñitas de gata siamesa, las saco. ¿Me has oído *Mariliendre*?

Sorprendido por aquella declaración y, sintiéndose humillado al ver que todos se reían Lucas bufó:

— ¿Qué me has vuelto a llamar?

— *Mariliendre* y, por favor, ¿podrías repetir lo

que has dicho hace unos minutos para que podamos acabar ya con esto?

Lucas, al sentir las miradas de todos clavándose en él, se envalentonó.

— Mira *palomita*, no te voy a mentir porque no es mi estilo. Acababa de decir, que tú no habías salido del armario, porque a ti te habían echado a patadas.

Todos se carcajearon, incluso Tomi. Aquel tipo de comentario homófono era muy de machitos.

— ¿Sabes *Mariliendre*? Con lo bueno que estás, pensé que serias más original.

— No me llames *Mariliendre* — protestó aquel. Conocía a sus compañeros y sabía que aquel mote le perseguiría el resto de sus días.

— No me llames tú a mi *palomita*. El que sea gay no significa que tu puedas llamarme como te de la gana. Por lo tanto, si no quieres que yo le llamo Mariliendre, ya sabes ¡llámame Tomi! Y en cuanto a lo del armario ¡*oh my god*! Nunca lo he necesitado ¿Tu si?

Lucas, con una mirada asesina, respondió dispuesto a partirle la cara.

— Me gustan las mujeres más que respirar y…

— Que curioso, a mí me ocurre lo mismo pero con los hombres — gritó Tomi— , Es más, si yo fuera tú, me enamoraría de mí. ¿Y sabes por qué inútil? — al escuchar la risotada de todos continuó— : pues porque soy más hombre que lo que tú podrías llegar a ser, y más mujer de lo que tú nunca serás.

Aquel comentario volvió a hacer reír a todos y Damián le preguntó:

— Tío, ¿sigues vivo?

Lucas miró a Juan, quien le pidió precaución con un gesto. Era consciente que todo aquello lo había provocado él mismo con sus comentarios y solo había una forma de solucionarlo. Con gesto tosco cogió dos cervezas del barril de hielo que había a su lado y, retándole con la mirada, se acercó al joven que se había atrevido a desafiarle. Le tendió una de las cervezas y dijo:

— No soy un completo inútil Tomi. Por lo menos sirvo para dar mal ejemplo. — Y tras chocar su cerveza con la de aquel murmuró—: Te pido disculpas por mi comportamiento. En ocasiones soy un bocazas y esta ha sido una de ellas.

— Ayquemonooooooooo. Esqueesparacomerteeeeeeeeee —gritó Tomi. Y brindando de nuevo con él añadió divertido—: Disculpas aceptadas guapetón.

— Bravo *Mariliendre*. Creo que por primera vez me siento orgulloso de ti —se mofó Carlos sorprendido.

— ¡Capullo! —rio Lucas dándole un puñetazo en el hombro.

— Oh *my God*... cuando habláis con esas terribles palabrotas de machotes ¡me ponéis un montón! ¡Qué sexys!

— No me jodas —soltó Damián. Y todos comenzaron a blasfemar.

— Por el amor de *my life* ¡me acabo de enamorar! — y al ver que todos le miraban de nuevo aclaró inmediatamente—: Se dice el pecado, pero no el pecador. Pero tranquilos macho manes, ya sé que sois heteros de los de verdad, os digo como a mi Juan, si alguna vez queréis probar algo *divine*, llamadme.

— Sigue viviendo en las nubes —sonrió Juan.

— Vivir en las nubes no es lo malo *my love*, lo terrible es bajar —se mofó Tomi haciendo sonreír a todos.

52

Llegó la última noche del año. El 31 de diciembre todos se vistieron con sus mejores galas dispuestos a despedir un año y recibir con buen píe el siguiente. Durante los días anteriores Eva intentó hablar con su hermano, pero le fue imposible. No encontró el momento. Estaba totalmente absorbido por Noelia y no quería interferir en su felicidad. Se sentía culpable por lo que tenía que decirle, pero era necesario.

Sobre las siete de la tarde, hora española, Noelia tras pensarlo con detenimiento, decidió llamar a su padre para desearle a él y a su mujer una feliz noche. Si algo le había enseñado su abuela era a comportarse con educación y decidió poner sus enseñanzas, un vez más, en práctica. Le gustara o no aquel hombre era su padre y así sería hasta que muriera. Como era de esperar, su trato fue frío e impersonal y Samantha, ni siquiera se puso. Cuando colgó, emitió un largo suspiro y besó la cabeza de *Senda* que estaba sentada a su lado encima de la cama.

— Que suerte tienes con tener una excelente familia que vela por ti — le dijo,

Una hora más tarde estaba dándose los últimos toques a su maquillaje cuando Juan abrió la puerta de la habitación y entró. Noelia se quedó sin habla. Aquel hombre, con su porte y su estatura, estaba guapísimo con ese traje oscuro. Él, al verla, silbó. Divertida por aquel gesto tan natural, se dio una vueltecita ante él y posando finalmente las manos en las caderas preguntó con chulería:

— ¿Cómo me ves?

Devorándola con la mirada y deseoso de arrancarle el vestido y hacerle el amor, se acercó a rila y susurro sobre su boca.

— Perfecta.

Y sin decir nada más la besó. Le mordisqueó los labios arrancándole oleadas de placer y cuando ella sintió que él la levantaba del suelo y la llevaba hacia la cama, se deshizo del abrazo y dijo:

— Ah no… llevo una hora arreglándome y ahora tú no vas a estropearlo.

Al escucharla sonrió y con una salvaje mirada murmuró quitándose la americana:

— ¿Seguro *canija*?

Divertida, corrió hacia el otro lado de la cama y levantando un dedo aseveró ante la picara mirada de él:

— Te lo digo en serio. No se te ocurra acercarte a mí. Llevo horas intentando colocar esta maldita peluca para estar presentable en la cena más importante del año en tu casa y…

— Y estás preciosa… — afirmó él. Pero al ver a su perra tumbada plácidamente en la cama protestó —: Por el amor de Dios, Noelia ¿cuántas veces tengo que decirte que no dejes que *Senda* se suba a la cama?

— Aisss es que es tan mona —sonrió acercándose a aquella para besarla en la cabeza— . Mírala ¿a que parece una reina?

Juan no respondió. Se limitó a miraría ¿cómo enfadarse con ella? Verla besuquear a su perra y hablarla con cariño le ablandaba el corazón.

— ¿Sabes *Senda*? Te voy a comprar un collar con brillantes bien relucientes, simplemente porque te lo mereces.

— *Estrellita*… —gruñó él— . No quiero que me amaricones a la perra con collarcitos relucientes.

Aquel comentario consiguió arrancarle una carcajada a ella.

— Ni le escuches *Senda*. Tú eres una mujer como yo y estoy segura de que querrás estar guapa ante los de tu especie ¿verdad? — La perra ladró— . Pues no se hable más. Te comprare un collar de reina para una reina como tú.

Juan la miraba embobado. Por primera vez en su vida, una mujer tenia ocupada las veinticuatro horas del día su cabeza, cuando estaba con ella solo quería besarla, mimarla y hacerla feliz y cuando estaba lejos de ella, solo deseaba regresar a su lado. Aquello le tenía desconcertado como nunca en la vida y comenzaba a preocuparle. Ella le provocaba una ternura hasta ahora desconocida que le estaba comenzando a gustar y eso desencajaba en su día a día. Le encantaba despertarse y acostarse con ella. Le apasionaba bailar en el salón a la luz de las velas, pasear en su compañía por el campo y un extraño nerviosismo se apoderaba de él cuando pensaba que aquellos momentos, tarde o temprano, tendrían que acabarse. Pero consciente que no era momento de pensar en ello, si no de disfrutarla al máximo, le tendió la mano.

— Vale, cómprale a *Senda* lo que quieras, pero ven aquí.

Con una candorosa sonrisa la joven se acercó a él y tras recibir varios besos en el cuello que consiguieron ponerle la piel de gallina él la despegó de su cuerpo y susurró:

— Tranquila, cielo. Por mucho que desee desnudarte no lo voy a hacer. Confía en mi ¿vale?

Decidió creerle, y ambos se acercaron al espejo ovalado de la habitación.

— ¿Se nota que el vestido no es de firma?

Juan, que precisamente se estaba fijando en otra cosa que no era el vestido, respondió tras suspirar de satisfacción:

— No.

— ¿Y que me ha costado muy barato?

Divertido por aquella pregunta, la abrazó por detrás y le susurró al oído mientras ambos se miraban en el espejo:

— No, cielo. Lo único que se nota es que este vestido te sienta muy, pero que muy bien. Estás preciosa.

Complacida por su respuesta y encantada por cómo la abrazaba con posesión suspiró:

— Han… me gusta saberlo.

Tras besarla por el cuello, y dejar en su recorrido cientos de anhelos, con voz ronca y sensual le susurró:

— Cuando te vean mis amigos esta noche en el Croll, van a babear y con razón, porque serás la mujer mas sexy y guapa del local, y yo estaré como loco por regresar a rasa para quitarte este fantástico vestido y disfrutar de ti y de tu maravilloso cuerpo durante horas y demostrarte una vez más que conmigo lo tienes todo incluido.

— Uooo… eso me gusta más — se mofó ella dándose la vuelta para besarle.

Unos golpes en la puerta y la voz de Tomi al otro lado les hicieron regresar a la realidad.

— Parejita feliz, ¿puedo entrar?

— Sí — respondió Juan separándose de Noelia.

La puerta se abrió y ante ellos apareció un Tomi en todo su esplendor. Llevaba un traje de chaqueta, pero si bien el de Juan era negro, él lo llevaba azul y de seda.

— Por el amor de Diorrrrrrrr, de *my life* y de todo lo habido y por haber en este mundo. Eres el hombre de mis sueños más rosas y perversos. ¡Estás divinooooooooo! — gritó mirando a Juan de arriba

abajo.

Noelia, al ver que a ella ni la miraba, se quejó divertida.

— Eh… hola… yo también estoy aquí.

Pero Tomi solo tenía ojos para Juan y al ver la guasa en los ojos de aquel, llevándose las manos a la boca murmuró:

— … pero por qué no conoceré yo a un *spanish* como tú para que me quite las penas y llene mi aburrida *life* de alegrías, gozo, sexo loco y desenfreno. — Al ver que aquel se desternillaba de risa prosiguió—: ¿Estás seguro de que eres hetero?

— Seguro — asintió Juan.

— ¿Muy… muy seguro?

— Totalmente seguro.

Tomi, retirándose un mechón de la cara con coquetería insistió:

— No cabe la más mínima posibilidad de que…

Noelia le tiró un cojín a la cara y grito al más estilo puertorriqueño.

— Tomaso Anthony Nández Ponce ¿quieres levantarme a mi hombre? Porque si es así, mira que tú y yo vamos a tener problemas.

— Uyyy… mira la loba como se pone por su *Xmen*. — En ese momento sonó el timbre de la puerta—. De todas formas ya sabes *divine*, si alguna vez quieres probar algo diferente, no lo dudes soy tu hombre.

Tras aquello Tomi sonrió y dijo antes de salir de la habitación para abrir la puerta:

— Por cierto, *queen* han llamado Wynona, Angelina, Tommy Lee, Penélope, Salma y Jenny para desearnos feliz salida de año. Y me han dicho que les llames o les envíes al menos un email para ponerles al día de *your life*.

— Tomi ¿por qué no me los has pasado? Me hubiera gustado hablar con ellos — protestó ella al

escucharle.

— Porque temía interrumpir un momento sexual lleno de lujuria, morbo y desenfreno hija ¡que todo hay que decirlo! — se mofó aquel antes de desaparecer.

Juan estaba aturdido por la verborrea de Tomi y, en especial, por la lista de nombres que este había citado:

— Las personas que ha nombrado tu primo, ¿son las que yo me imagino? — preguntó cuando se quedaron a solas.

— Sí cielo, son ellos — y encogiéndose de hombros aclaró — : Son mis amigos y simplemente se preocupan por mí.

Impresionado, susurró divertido:

— Vamos… igualito que cuando a mi me llaman el Pirulas, o el Rúcula.

Haciendo caso omiso, Noelia volvió a mofarse de las proposiciones de su primo, hasta que Juan la besó en los labios para callarla.

— Anda… vámonos. Antes de que empiece a planteármelo.

Cuando comenzaron a bajar las escaleras se encontraron a Tomi abrazando a Eva, que había pasado a recogerles con Almudena.

— Estáis guapísimas — rio Juan al ver a sus hermanas con aquellos vestidos.

— No mientas. Aún parezco un tonel — se mofó Almudena con su bebé en brazos.

Todos rieron, y poco después los cinco tomaban algo en el salón de la casa. Eva, en un momento dado, logro aproximarse a su hermano.

— ¿Podemos hablar un segundo?

— ¿Qué ocurre?

Acercándose aún más a él cuchicheó:

— Tengo que hablar de algo contigo, pero a solas.

Aquello atrajo su curiosidad, pero cuando iba a responder, Noelia llegó hasta ellos, se colgó del brazo de Juan y les impidió continuar con la conversación.

Diez minutos después y mientras esperaban a que Almudena saliera del servicio para dirigirse todos juntos a la casa de Manuel, Eva, volvió al ataque.

— Juan tengo que hablar contigo.

— Luego Eva, Luego.

— Pero es que necesito preguntarte algo.

— Luego Eva. ¿No ves que ya vamos para la casa de papá?

— Pero es importante.

— Ahora no pesada — sonrió él— . Luego.

Al ver que era imposible acceder a él, insistió por otra vía:

— Oye ¿sigues teniendo aquí la cazadora vaquera que me dejé hace meses?

— Sí. Está en mi habitación.

— ¿Te importa que suba a por ella?

— ¡¿Ahora?!

— Sí, es que siempre que me la quiero poner nunca la tengo a mano.

— Ya te la daré otro día, Eva. Ahora nos vamos a casa de papá — dijo al ver a su hermana salir del baño y a Noelia y Tómi abrir la puerta de la calle.

— Dime donde está y yo subo a por ella

— insistió aquella— . Será un segundo.

— Vale pesada, sube. Está en el lado derecho

del armario de mi habitación.

Eva esperó a que su hermana se pusiera el abrigo y saliera de la casa junto a los demás. Se encaminó hacia la habitación, entro, entorno la puerta y recorrió el espacio con la mirada. Vio ropa de Noelia sobre una silla y sonrió al ver algo parecido a una camiseta sobresalir por debajo de la almohada. Sin perder mi segundo, busco el trolhy de Noelia y lo localizó en un lateral de la habitación.

— Louis Vuitton, ¿cómo no? — susurró para sí al verlo de cerca. Sin pararse a pensar lo abrió y tras rebuscar unos segundos, encontró una especie de cartera pequeña, la abrió y encontró lo que buscaba: su pasaporte, otra peluca de repuesto y varios juegos de lentillas.

Confirmado. Eres tú, pensó al corroborar sus suposiciones.

Cerró el equipaje tratando de dejarlo todo como lo había encontrado. Y, cuando se disponía a salir, sus ojos se fijaron en algo que había sobre una de las librerías. Sin poder evitarlo, se acercó hasta ese objeto. Su corazón comenzó a bombear con celeridad cuando vio la fotografía que había dentro de aquel marco en tono gris. Alucinada, comprobó que las dos personas que se besaban, mostrando unas alianzas y unos trajes de novios desastrosos eran su hermano y la joven que se hacía llamar Noelia.

— Copón bendito, pero esto ¿de cuándo es?

Instintivamente sacó su Blackberry e hizo una foto. Pero al mover el marco para volver a ponerlo en su sitio se cayó un papel. Lo cogió y al leer lo que en él ponía las manos le temblaron. Era una licencia

de matrimonio de Las Vegas donde figuraba el nombre de su hermano y el de la actriz.

Tan ensimismada estaba observando aquello, que no oyó que la puerta de la habitación se cerraba.

— Ya sabía yo que no era la cazadora lo que le interesaba a la señorita metomentodo.

Al volverse se encontró con la imponente presencia de su hermano y su gesto de contrariedad,

— ¿Qué es esto? — preguntó la joven con el papel en la mano.

Sin mediar palabra, él se acercó hasta ella, le arrancó de las manos la licencia y la colocó detrás de la foto.

— Maldita sea, Eva. ¿Desde cuándo te permites cotillear en mi vida?

— Joder Juan, llevo días queriendo hablar contigo, pero eres más inaccesible que el rey de España.

— Muy bien. Sorpréndeme suspiro resignado. ¿De que quieres hablar?

— Tú sabes que ella es Estela Ponce y…

— Si.

— ¿Y?

— ¿Y qué? — gruñó él.

— Joder Juan que…

— Basta Eva — la cortó— , Y por tu bien, no te metas donde tío te llaman.

Pero deseosa de saber, sin escuchar, volvió al ataque y preguntó.

— ¿Estás casado con ella? ¿Estás casado con Estela Ponce?

— No.

— ¿Entonces?

— Estamos divorciados — respondió molesto.

Sorprendida como nunca en su vida, preguntó en un hilo de voz.

— ¿Pero cuando te casaste con ella?

— Mira Eva, eso ocurrió hace mucho tiempo, y si yo no te lo he contado, y ella tampoco lo ha mencionado, es porque no hemos querido. Eso ocurrió hace tiempo y es algo entre ella y yo. Por lo tanto, te rogaría que olvides tu alma de periodista metomentodo, y mantengas tu boquita cerrada para no ocasionarme problemas. ¿Me has entendido?

— Pero Juan, esto… esto es un bombazo informativo.

— ¿Has hecho alguna foto? — preguntó enfadado al verla con el móvil en la mano.

— Sí.

— Bórrala inmediatamente.

— Tranquilo. Nadie las va a ver, además…

— ¡Bórralas! — exigió él.

— Juan estoy segura de que la noticia y las pruebas que tengo me asegurarían unos buenos ingresos. Incluso, si lo gestiono bien, un trabajo en una buena redacción — susurró al darse cuenta de lo que tenía entre las manos.

— Eva, por favor…

— Joder Juan soy periodista igual que tú eres un geo. ¡Es mi trabajo!

— No lo hagas — le rogó.

— ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

— Sí. Lo sé — suspiró— . Ella es importante para mí y si esto se supiera…

— Pero Juan… ella y tú, ella es…

— Sé quien es ella y también sé quién soy yo — dijo con desesperación—. Solo espero que no olvides quién eres tú y pienses, antes de proceder, quién soy yo para ti.

Sin mediar palabra, abrió la puerta y la invitó a salir de la habitación.

— Que sepas que la prensa de todo el mundo la está buscando. Lo sé porque Yoli me mandó hace días un email con la noticia de que Estela Ponce no había abandonado España. Cientos de periodistas la están buscando y, tarde o temprano, llegaran aquí. Te lo aseguro.

— ¡Joder! — maldijo al escuchar aquello.

— Juan sé realista. Esto se va a saber, comenzaran a tirar de la cuerda hasta que…

— Es imposible que nadie nos relacione.

— Leches, Juan… que soy periodista y sé de lo que hablo.

Al comprender que su hermana tenía razón dio un puñetazo contra la pared, lleno de frustración. Apenas quedaban diez días para que Noelia se marchara y no quería tener problemas. No quería problemas, pero tampoco que ella se fuera. Eva pudo adivinar los sentimientos de su hermano en su mirada y trató de consolarle.

— Al menos, vuestro secreto está a salvo conmigo aunque te cueste creerlo — dijo haciéndole sonreír

— Te quiero tanto que soy capaz de renunciar a la pasta gansa que podría ganar por este bombazo informativo. ¿Y sabes por qué? — él la miró—. Porque me gusta ver tu cara de merluzo enamorado. Al mirar a su hermana a los ojos y sentir su franqueza, él sonrió y tras darle un abrazo murmuró

m

i

entras

bajaban

las

escaleras:

— Gracias

s
e
ñ
o
r
i
t
a

m
e
t
o
m
e
n
t
o
d
o
.

53

Cuando llegaron a la casa del padre de Juan, todo fueron risas y diversión. Eva observaba con disimulo a la famosa actriz americana. Estela Ponce ¡estaba allí! Ella parecía feliz con su familia y eso, en cierto modo, le sorprendía. Noelia debía de estar acostumbrada al lujo y glamour y allí estaba, compartiendo canapés de sucedáneo de caviar y sonriendo a su abuelo mientras este cantaba un villancico y rascaba con una cuchara una botella de anís del mono.

Manuel, orgulloso, disfrutaba por tener reunida un año más a su maravillosa familia y sonreía por ver a su hijo tan solícito con aquella mujercita. Desde que Noelia había entrado en su vida sonreía más a menudo, y se le veía más feliz. Una felicidad que Manuel saboreaba de una manera especial.

Irene llegó como una diva de Hollywood. ¡Guapísima! Se había dejado aconsejar en todo y parecía otra mujer, algo que a Lolo, su Lolo, le tenía cautivado. No podía dejar de admirarla. Parecía increíble que la impresionante preciosidad que reía ante él fuera su mujer. Irene, con su nuevo aspecto y, en especial, al escuchar los comentarios de todos, se sentía guapa. Ataviada con un vestido de fiesta negro que realzaba sus curvas, se dejó alisar el pelo por su hija Rocío y estaba impresionante.

Todos lo pasaban bien, pero Juan, tras lo ocurrido en su casa, no podía disfrutar al cien por cien del momento. El hecho de que alguien ya supiera la verdad sobre Noelia, significaba que el engaño comenzaba a hacer aguas y eso le preocupaba. En un par de ocasiones cruzó la mirada con Eva y esta, con ñus gestos y guiños, lo hizo sonreír. Pero ya nada era igual. Saber que la

prensa mundial tenía la certeza de que Noelia estaba en España le inquietaba.

—¿Qué te ocurre hijo? —preguntó Manuel acercándose a él.

—Nada papá, no te preocupes.

Manuel, que había sido testigo de los gestos entre él y Eva sonrió y dijo:

—Vale. No me lo cuentes. Pero las miraditas entre Eva y tú me hacen suponer que ha pasado algo entre vosotros, y…

Al escuchar aquello preguntó.

—¿Qué te ha contado esa metomentodo?

—Absolutamente nada hijo.

—¡Joder!

—Vamos a ver Juan —indicó su padre caminando con él hacia un lateral del salón—, sé que algo te ocurre esta noche porque soy tu padre y te conozco. Con esto no estoy diciendo que me cuentes lo que te pasa, pero recuerda, tú, y la persona a quien tú ames, siempre podréis contar con mi apoyo incondicional. —Y mirando a Noelia que en aquel momento reía con su nieta mayor murmuró—: Esa muchacha es un encanto de mujer.

—Sí papá, lo es.

Y por primera vez en su vida y como si de un tsunami se tratara Juan sintió lo que era el verdadero amor. Adoraba a aquella mujer y ya nada se podía hacer.

Poco después todos se sentaron a la mesa engalanada y comenzaron a cenar. Los pequeños lo pasaban bien y los mayores disfrutaban de la felicidad reinante. En aquella mesa no faltaron langostinos, salmón, ibéricos de la tierra, patés y cordero. Todo ello regado con vinos españoles, risas y canciones. A las once de la noche las mujeres se afanaron por quitar la mesa y preparar las uvas.

— Quédate conmigo — pidió Juan al ver que Noelia se levantaba.

No quería que se moviera de su lado. Deseaba aprovechar los momentos que les quedaban juntos y vivirlos lo más intensamente posible. El tiempo corría inevitablemente en su contra y quiso retenerla con él.

Al escuchar su voz sensual, y sentir su mano sobre su brazo Noelia le miro a los ojos y Juan, la atrajo hacia él y la besó. Le dio igual lo que pensaran. Le dieron igual sus propias y absurdas reticencias en cuanto a ella. Necesitaba besarla y lo hizo. La familia, sorprendida por aquella demostración de afecto, aplaudió y Noelia, aturdida, tras separarse de él contestó:

— Mi abuela me enseñó que cuando se está en familia hay que ayudar. Por lo tanto, ahora vuelvo, que voy a ayudar a tus hermanas. No quiero que piensen que soy una comodona.

Dicho esto cogió varios platos sucios y desapareció tras la puerta de la cocina. El abuelo Goyo sonrió. Aquella demostración de su nieto ante todos le había henchido de orgullo.

— ¿Quién quiere un helado? — preguntó Irene que salió de la cocina con una caja en la mano.

— Yo mami — gritaron Ruth y Javi al escucharla.

Tras darles un par de helados a sus niños, Irene se dirigió a su hija mayor.

— ¿Tú no quieres helado?

— No mamá, que engordan.

— Los helados no engordan. Engorda quien los come — se guaseó el abuelo Goyo haciéndoles reír a todos— . Y tú gorrioncillo mío te lo puedes comer con tranquilidad porque tienes mucho pellejo que rellenar.

— Pero qué dices abuelo Goyo — protestó la cría— . Sí tengo unos muslos con los que se podrían cascar nueces.

— Uisss la puñetera qué cosas tiene. Esta jodía tiene más salidas que la M-30 — se mofó aquel al oírla.

Cinco minutos después mientras las chicas trajinaban en la cocina Tomi que hablaba con Rocío dijo.

— *Oh my God, you are a very beautiful girl*.

— Thanks, Tomi — respondió la muchacha.

El abuelo Goyo que estaba sentado junto a ellos, les miró molesto por no poder entender de qué hablaban.

— En cristiano, por favor.

Irene, al escuchar aquello, se acercó a su abuelo y le susurró con cariño:

— Tomi le habla en ingles a Rocío para que practique el idioma abuelo.

— ¡Me importa un carajo! — gruñó aquel— . Quiero entender de qué hablan.

Tomi, al escuchar la queja, se dirigió al anciano que llevaba toda la noche mirándole con horror.

— Oh lo siento abuelo Goyo… le decía a Rocío que es una chica preciosa — dijo con una encantadora sonrisa.

El hombre, le miró y señaló su atrevido flequillo.

— ¿Por qué llevas ese extraño color en el pelo?

— *Because I…*

— En cristiano, por favor — repitió el anciano.

— Oh lo siento de nuevo. Decía que lo llevo así porque me gusta.

— ¿Te gusta llevar el pelo verde como una rana?

Con la boca abierta, Tomi acarició con mimo su cabello.

— No es verde rana. Es color pistacho triguero. ¿No lo ve? — respondió provocando las risas de todos a excepción del abuelo, que se apresuró a responder.

— Pues no hermoso… no lo veo.

— ¿Seguro?

— Segurísimo — asintió el abuelo.

Tomi cruzó una mirada con Juan, que se encogió de hombros, y comprendiendo que era más que lógico que aquel anciano diera su opinión sobre su pelo, admitió:

— Sabe lo que le digo, que hay que ser elegante en la victoria y en la derrota y creo que esta vez, usted tiene razón. Mi pelo puede parecer de cualquier color menos pistacho triguero.

En el interior de la cocina, las mujeres se afanaban por quitar la cacharrería de en medio mientras charlaban.

— Ruth cariño, mete ese vasito en el lavavajillas — pidió Irene a su hija, y volviéndose hacia su otro hijo gritó — . Javi, como vuelvas a dar otro balonazo como el que acabas de dar a la nevera te juro que te corto las orejas.

Todas sonrieron. Irene era muy exagerada en palabras, pero luego no hacía nada de nada. Era demasiado buena y sus hijos sabían manejarla.

— De acuerdo mamita. Dejaré el balón.

— Ainsss ¡lo que cuesta querer ser un Iniesta! ¿Verdad? — dijo Noelia tocando la cabeza del crío.

— ¡Ya te digo! — rio el niño.

Eva, sorprendida por aquel comentario, la miró, y preguntó con mofa:

— ¿Pero tú sabes quién es Iniesta?

Rocío, que en ese momento entraba por la puerta, cruzó una mirada con Noelia y ambas sonrieron. Almudena llamó a su sobrina mayor para que la ayudara a coger unos platos para las uvas y, en compañía de Irene, salieron al comedor para ponerlos sobre la mesa. Javier, cuando vio que su madre salía por la puerta, comenzó a jugar de nuevo con la pelota. Y los acontecimientos se precipitaron. Noelia se agachó para coger un trozo de pan cuando un balonazo del tocapelotas del niño la desequilibró. El vaso que llevaba en la mano se estrelló contra el suelo y se hizo añicos y ella cayó de bruces, con tan mala suerte que se cortó. El crío se asustó y salió por patas. Eva, que lo había presenciado todo, rodeó la encimera para ayudarla pero la primera en llegar fue la pequeña Ruth.

— ¿Te has hecho pupa? — preguntó la cría.

Resignada a los balonazos del pequeño monstruito, Noelia se miró la mano y a pesar de que la sangre manaba, murmuró tocándose la peluca con premura para comprobar que seguía en su sitio:

— No, cielo… esto no es nada.

La cría de pronto dio un salto hacia atrás y gritó asustada:

— Tita Eva, tita Eva. A Noelia se le ha caído un ojo como a mi osito Sito.

A Noelia le entró pánico, ¿cómo que se le ha caído un ojo? Rápidamente, se palpó la cara, pero lo único que consiguió fue ensuciársela de sangre. Su ojo seguía en su lugar. Eva, asustada, al llegar a su lado comprendió lo que estaba pasando.

— Ve y dile al tito que venga en seguida. ¡Corre!

La cría salió corriendo entre aspavientos.

— Se te ha caído una lentilla — comunicó Eva tratando de localizarla entre los cristales.

— ¡¿Qué?! — preguntó Noelia desconcertada.

Tras rebuscar unos segundos más, al fin la encontró, y entregándole la lente oscura le dijo apremiándola:

— La niña te acaba de ver tu ojo azul. Rápido, lava la lentilla aunque sea con agua y póntela antes de que venga cualquiera de mis hermanas y vea que tus ojos son azules y no negros y tengas que empezar a dar cientos de explicaciones.

— ¿Cómo? — preguntó perpleja.

— Joder Noelia, que sé que eres Estela Ponce pero ahora no hay tiempo para explicarte porqué lo sé. Ponte la jodida lentilla, como sea, si no quieres que todos sepan quién eres.

Sin pensárselo dos veces Noelia se levantó, abrió el grifo del agua, se quitó la sangre de la mano, lavó la lentilla, y se la metió en el ojo justo en el momento en que se abría la puerta y toda la familia entraba asustada. El primero en llegar hasta ellas fue Juan, que con cara de preocupación, miró a Noelia y al ver su mejilla con gotas de sangre y su ojo lloroso e irritado preguntó:

— ¿Qué te ha pasado?

— Nada… nada no te preocupes — respondió quitándole importancia—. Me resbalé, nada más.

— ¿Y la sangre? — gritó Irene histérica.

— No os preocupéis — aclaró Eva—. Se ha cortado con un vaso en la palma de la mano pero nada grave. Vamos… de esta se salva y se come las uvas.

Aquello hizo sonreír a Noelia, incluso cuando vio al pequeño Javi mirarla con gesto asustado. Todos comenzaron a hablar entre sí y Juan

atrayendo de nuevo su mirada preguntó observándola de cerca:

— Dime que estás bien.

Al sentir su preocupación le miró emocionada y susurró:

— Estoy bien, *cielo*.

— ¿Me lo prometes?

— Te lo prometo — susurró deseando besarle.

El abuelo Goyo, abriéndose paso entre todos a bastonazos, llegó hasta la muchacha y la miró con preocupación.

— ¿Estás bien gorrioncillo?

— Sí abuelo Goyo — dijo ella mirándole con cariño—. Ha sido un corte sin importancia en la mano. Sin querer me he tocado la cara y…

La pequeña Ruth metiéndose entre las piernas de todos llegó hasta su tito y dijo para atraer su atención:

— ¿Has visto que a Noelia se le ha caído un ojo como al osito Sito?

Sin entender de qué hablaba Juan la miró, y Noelia, al entender porque la niña decía aquello, sin poder evitarlo dirigió su mirada hacia Eva y ambas sonrieron. De pronto un grito desgarrador se escuchó tras ellos. Tomi al oír lo que la pequeña había dicho, antes de que nadie pudiera hacer nada, cayó redondo ante todos. El susto fue morrocotudo y el caos se reinó de nuevo de la cocina. Segundos después le trasladaron a una pequeña salita y le recostaron en el sofá. Su prima empezó a abanicarle y Tomi, por fin, reaccionó. Abrió los ojos y vió a su adorada Noelia ante él.

— Ay *mi love*, dime que estás enterita y bien.

— Sí Tomi si… no te preocupes. Estoy bien. Ha sido solo un cortecito sin importancia en la palma de la mano.

Pero al ver la sangre seca en su mano este gritó de nuevo horrorizado sacando toda su pluma dramática.

— Por el amor de Dios *cuchita*… estás… estás sangrando. *Please*… *please*… llamen a una ambulancia. Esto es terrible… ¡esto es horrible! Necesitamos con urgencia que el mejor cirujano plástico del país examine su linda mano.

Noelia, al ver que su primo perdía los papeles, se agachó para sisearle en el oído:

— Tomi, maldita sea, quieres cerrar tu bocaza y relajarte. No ha pasado nada, y estás asustando a todo el mundo.

Aquel tono de voz, y en especial, su mirada fue lo que le relajó. Si su prima le miraba así, no podía encontrase muy mal. Así que sacándose un pañuelo del interior de su chaleco celeste, se lo pasó por la cara y preguntó:

— ¿Como lie llegado hasta aquí? Yo estaba en la cocina.

— Juan te cogió m brazos y te trajo basta el sofá — respondió Manuel.

Al escuchar aquello, Tomi, con una media sonrisa, miró al hombre que tanto le gustaba y haciéndole sonreír preguntó con picardía:

— ¿Has tenido que hacerme el boca a boca?

— No. Pero si hubiera hecho falta te lo habría hecho — respondió aquel divertido por sus aspavientos.

— Por el amor de *my life*… mi hombretón preferido, *my divine*, me ha cogido entre sus fuertes y musculosos brazos ¡y yo me lo he perdido!

— Me temo que si — asintió Noelia.

— *Thanks* rey divino — murmuró aquel— . Ahora, además de ser el *macho man* más sexy y perfecto del mundo mundial, también eres mi salvador. Aisss cuanto te *I love you*. Ven aquí que te coma a besos cielito lindo.

El abuelo Goyo, que hasta el momento se había mantenido callado en todo lo que hacía referencia a aquel muchacho no pudo más, y dijo ante todos dejándoles boquiabiertos:

— Este muchacho es más maricón que un palomo cojo — y levantando el bastón gritó— : Pero Juanito, hermoso, que te está tirando los tejos el muy sinvergüenza delante de *tosss*. Que te ha llamado cielito lindo y te quiere comer el morro el muy cochino.

— ¡Abuelo, por favor! — le regañó Almudena, mientras Juan y Noelia se morían de risa.

— ¡Ni abuelo, ni San Leches! — gritó de nuevo el hombre.

— ¿Un palomo cojo? Uisss que comparación más poco glamurosa — se mofó Tomi. Los descalificativos en referencia a su sexualidad eran algo que ya hacía tiempo que habían dejado de afectarle.

Irene se llevó las manos a la cabeza mientras Lolo y Manuel intentaban contener la risa. Todos parecían divertidos excepto las tres hermanas.

— Abuelo cállate. No seas descortés — gruñó Eva horrorizada.

— ¿Qué me calle? — protestó aquel garrote en alto— . Lo que voy es a ¡arrearle! Por sinvergüenza. Pero no habéis visto las cosas que hace y que dice. En mi época ya…

— Tu lo has dicho abuelo, en tu época — cortó juan a ver el cariz que estaba tomando aquello. Después, miró a su padre y a sus hermanas y con la mirada les pidió que les dejaran a solas y se llevaran a los niños.

Cuando se alejaban, Noelia sintió que alguien le tocaba la espalda y al volverse sonrió.

— Lo siento mucho. Yo no quería que…

— Psss, no pasa nada, Javi. No te preocupes. Sé que lo hiciste sin querer y tranquilo, esto quedará entre nosotros.

— Yo no quería que te cortaras, de verdad, no lo quería.

— Lo sé, cielo, no te preocupes.

El crío suspiró aliviado.

— ¿Me perdonas tita?

¡¿Tita?! Escuchar aquella palabra tan familiar le puso los pelos de punta. Ella no tenía hermanos y ningún niño nunca la llamaría así. Por ello y aprovechándose de aquella intimidad entre los dos, Noelia le besó con dulzura.

— Por supuesto que sí, *cielo*. ¿Cómo no te voy a perdonar?

Juan observó la situación y, aunque no podía oír lo que decían, se imaginó lo que había sucedido en la cocina. Dos segundos después, todos se marcharon al comedor dejando a solas en el saloncito al abuelo, Noelia, Juan y a un perjudicado Tomi.

— *I'm sorry* abuelo Goyo, no era mi intención molestarle — se disculpó Tomi al recordar las advertencias de su prima. Ver el gesto crispado de aquel anciano y cómo le miraba, le recordó los consejos que su abuela le había dado antes de morir.

— ¿*Am sorri*? — repitió el anciano— . Ya estamos con tus palabrejas. ¿Qué has querido decir?

— Que lo siento. Siento mucho haberle

incomodado con mi manera de ser —respondió bajando los pies del sofá— No era mi intención. Y si a usted le molesta mi presencia entenderé que quiera que me vaya y…

Noelia fue a hablar. Si su primo tenía que irse, ella se iría con él, pero el abuelo levantando el bastón les ordenó callar. Miro fijamente al muchacho que, de pronto, parecía haber perdido toda su espontaneidad.

— Vamos a ver hermoso. ¿Por qué te vas a ir?

— Mire abuelo Goyo. Sé que a veces soy algo exagerado en todo. Pero no lo puedo remediar, así soy yo. Intento no hablar *espanglish* pero…

— ¿*Espanglis*? ¿Pero qué leches es eso? — repitió el anciano sorprendido.

— Abuelo — aclaró Juan—. El *espanglish* es la mezcla de palabras en español con palabras en inglés. Vamos… su manera de hablar.

— Anda leches… ahora comprendo porque no te entiendo,

— Lo siento.

— Hermoso —sonrió en viejo mirándole—, si quieres que te entienda, o hablas castellano clarito o no te pillaré nada, por que sinceramente de cinco palabras que dices a veces solo entiendo una y malamente.

— Lo intentaré.

— Harás bien, hermoso. Harás bien.

Juan observó a su abuelo con orgullo, quien levantó la mirada indicándole que todo estaba bien.

—Como iba diciéndole, sé que tengo más pluma que un lago lleno de cines rosas y espumosos, a pesar que delante de usted he intentado cuidar mis formas y comportarme. —El anciano sonrió—. Mi abuela, que en paz descanse, siempre me decía: «Tómasete, ten cuidado con lo que demuestras con tus actos y con tus palabras o la gente te juzgará sin saber». Y hoy ¡zas! He demostrado ante usted y su familia que estoy enloquecido por este hombretón. —Juan sonrió—. Ese cuerpo, esa preciosa cara y esas manos me tienen ¡*crazy*!, digo loco. —Al ver que el anciano comenzaba a levantar el bastón aclaró—: Lo que quiero decir es que yo… *I love you*, Juan.

—Qué le *aisloyus* a mi nieto ¿Qué es eso?

—Que le quiero —aclaró aquel—. Pero no del modo en que usted piensa. Le adoro porque es una buena persona. Le quiero por su temple, por su *varonilidad*, por su seguridad, por su saber estar, y le admiro porque me gusta como nos trata a mi prima y a mí, y como cuida de todos ustedes, su familia. Creo que él es un maravilloso hombre digno de admirar, y yo le admiro y le quiero.

—Es que mi Juanito es un chico muy educado. Siempre nos sacó muy buenas notas en el colegio —afirmó el encantado el abuelo haciéndoles sonreír.

—Abuelo Goyo —prosiguió Tomi intentando hablar con claridad para que el anciano le entendiera—. Los gays con plumaje rosado como yo, cuando estamos en familia nos mista mostrarnos tal y como somos, y usted y su familia me han hecho sentir tan bien, que he sacado toda mi artillería gay creo que les he asustado, ¿verdad?

El anciano miró a su nieto Juan, y al ver que este sonreía suspiró. Volvió su mirada hacia el muchacho que había soltado toda aquella parrafada y dijo:

— Criatura, me has asustado. Por un momento he pensado que mi casa se podía convertir en Sodoma y Gomorra y ¡copón! Eso no me hizo ni pizca de gracia. En nuestra familia nunca ha habido un… un… *guy* *o jey* o como leches se diga, y no estoy acostumbrado a tratar con gente como tú.

— Pues somos gente normal se lo aseguro — aseguró Tomi— , lo único que quizá, en mi caso, soy extremadamente escandaloso y amanerado a la hora de manifestar lo que pienso y siento. Si ya me lo dijo Noelia antes de venir: «Tomi, controla esa lengua de víbora, o al final te envenenarás con tu propio veneno».

— ¿Eso le dijiste, gorrioncillo?

— Sí, abuelo Goyo — asintió esta— . Soy la persona que más conoce a Tomi en el mundo y sé que cuando se siente en familia, suelta su lengua hasta límites insospechados. Y aunque ha intentado estar comedido, al final ha explotado.

— Si ya decía yo que eras demasiado fino moviéndote. Lo *aberrunté* el primer momento que te vi hace días — sonrió el anciano— . Y cuando esta noche te he visto aparecer con este traje azul y…

— No es un azul cualquiera… — intervino Tomi de nuevo.

— Ya estamos con los colores — resopló el anciano.

— El iraje que llevo además de ser de la última colección de Valentino, es color azul ozono. ¿No lo ve? Juan fue a hablar. Aquellos dos iban a comenzar de nuevo con sus contradicciones, pero su abuelo adelantándose dijo. — Yo lo veo azul. Simplemente

a z u l.

— Como diría mí abuela —intervino Noelia—, Todo depende del ojo con que se mire.

— Exacto —cuchicheó Tomi—, La vida tiene muchas tonalidades y, en este caso, el color azul tiene muchos matices.

— ¿De que hablas muchacho?

— Veamos abuelo Goyo, el azul tiene tonalidades como el ultramar, antracita, azul grisáceo, azul pastel, lapislázuli, azul humo, azul hielo, aguamarina, azul acero, celeste agua, celeste muerto etc… Solo hay que mirar bien el color para acertar su nombre, y este divino traje de Valentino, siento decirle que no es azul. Es azul ozono.

E1 abuelo examinó de nuevo el traje y encogiéndose de hombros murmuró:

— Me parece muy bien muchacho, pero yo sigo viéndolo azul.

— ¿Cuántos azules conoce? — insistió Tomi.

— Uno. Bueno dos — reconoció el anciano—. El azul claro y el oscuro.

— ¡Genial! Vamos por buen camino. Eso es ampliar miras al futuro. Pues la vida es así, solo hay que fijarse bien en las personas para encontrar su color —sonrió el muchacho ganándose una divertida mueca del anciano.

— De verdad hermoso… que hablar contigo es como abrir una enciclopedia. ¿Te han dicho alguna vez que serías un buen orador?

— No, pero me agrada saberlo.

Viendo que el momento tenso había pasado y que su abuelo y aquel charlaban con cordialidad, Juan cogió del brazo a Noelia y dijo:

— Ahora que veo que empezáis a entenderos, si no os importa iré con Noelia al baño para curarle la mano.

— Sí hijo ve —indicó el anciano—. Tomi y yo tenemos mucho de que hablar.

Tras cruzar una mirada con su primo, Noelia, se dejó guiar.

Una vez llegaron al baño Juan cogió algodón y agua oxigenada, la obligó a sentarse en un taburete, se agachó delante de ella y la besó. Devoró sus labios con dulzura y deseó continuar con aquella salvaje pasión, pero se contuvo. No era lugar.

— Me estas volviendo loco. Es mirarte y deseo besarte.

— Vaya… ¿en serio?

— Sí… muy en serio — suspiró él.

Después de varios sensuales besos, Noelia estaba excitada e incapaz de ocultar lo que necesitaba decirle le miró fijamente y dijo en un susurro:

— Te quiero…

Al escuchar aquello, Juan se separó de ella y frunció el reno.

— ¿Qué has dicho?

— Que te quiero — repitió sin dudar.

Boquiabierto, e incapaz de creer lo que acababa de conferirle, murmuró:

— No… eso no puede ser.

— Pues créeme, lo es — afirmó esta.

Adoraba escuchar aquello, pero no, no podía ser. Y mirándola a los ojos preguntó:

— ¿Cómo puedes quererme si apenas me conoces?

Sabía que tenía razón. Pero ella era una mujer que vivía al día, sin pensar mucho en el mañana y necesitaba decirle lo que sentía. Así que, encogiéndose de hombros, añadió:

— Lo que conozco de ti me hace quererte. Es más, me haces tan feliz que a veces creo que voy a explotar. Me gusta estar contigo, pasear, jugar a la Wii, ver la televisión. Me encanta como me tratas, como me mimas, como me miras, como me haces el amor. Adoro a tu familia, a tus amigos, a tu perra… No sé cómo ha pasado, Juan pero tengo que decirte que te quiero…

— No sabes lo que dices… — cortó molesto.

— Si… si se lo que digo.

— Lo que yo creo es que has visto demasiadas películas románticas, o mejor dicho, has hecho demasiadas escenas románticas, y te crees que esto es una escena más — se mofo él haciéndola reír,

— Me encantan las películas románticas. ¿A ti no?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque la realidad del día a día no es tan bonita como el final de cualquiera de esas películas. Yo no creo en el amor, Creo en el deseo sexual, en la necesidad de tener a alguien u tu lado. Pero en esa romántica palabra llamada amor que a las mujeres os vuelve locas, sinceramente no.

Durante unos segundos ella le observó. Por su manera de mirarla y de cuidar de ella, sabía que él también sentía algo muy especial por ella. Pero era tan cabezón que nunca daría su brazo a torcer. Por ello, sin querer darse por vencida, levantó su mano derecha y mostrándole la muñeca murmuró:

— Llevó tu pulsera de todo incluido. ¿Acaso no

puede incluir el amor?

— No *canija*, esa pulsera no lo incluye — siseó.

— Te quiero, Juan — cortó de nuevo ella tapándole con su mano la boca —, y aunque tú no me quieras, yo no puedo dominar mis sentimientos hacia ti, a pesar de nuestro trato, Una vez te dije que mi abuela me enseñó a vivir el presente y a eso es lo que hago. Quererte. Me encantaría que me dijeras que sientes lo mismo por mi, pero…

Sintiendo que un fuego abrasador le quemaba por dentro, pero incapaz de hablar de sus sentimientos, la atrajo hacía él y la besó. Deseó decirle muchas, pero se contuvo. No era buena idea. No tenían futuro. Interrumpió el beso y la desconcertó dándole un dulce beso en la punta de la nariz para empezar a curarle la mano. Durante un rato ambos es tuvieron en silencio hasta que ella murmuró:

— Eva sabe quién soy.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes?

— Sí.

— ¿Esto te ocasiona algún problema?

— No — respondió ceñudo.

Apenas si podía dejar de pensar en las palabras que minutos antes ella había pronunciado: «Te quiero». Le quería. Aquella mujer que tenía delante, que se dejaba cuidar y mimar por él, y por la que suspiraban millones de personas en el mundo, le acababa de confesar su amor, y él era incapaz de hacer lo mismo.

— ¿Crees que dirá algo a la prensa?

Juan, concentrado en lo que estaba haciendo, murmuró:

— Tranquila. Nuestro secreto sigue a salvo, pero he de decirte que la prensa ya sabe que tú sigues en España.

— ¡¿Cómo?!

— Me lo ha dicho Eva.

Confundida fue a responder cuando la puerta del baño se abrió y apareció la pequeña Ruth.

— ¿Te duele la pupa?

— No, cielo, no me duele nada.

— La tita es muy valiente —sonrió la niña abrazando a Noelia.

— ¡¿Tita?! — preguntó Juan.

— Ruth cariño, yo no soy tu tita —increpó la joven al ver la cara de aquel.

— Sí... sí lo eres. Javi me ha dicho que lo eres.

— ¡¿Javi?! — volvió a preguntar confundido.

— Sí, él ha dicho que eres la tita, porque eres muy buena y nos quieres.

Abochornada, la joven cerró los ojos para evitar ver el gesto descolocado de Juan, cuando la pequeña, ajena a lo que aquellos pensaban, abrió un cajón del mueble del baño, sacó una cajita y dijo:

— Toma tito ponle una tirita de Dora la Exploradora en la mano a la tita. El yayo dice que son mágicas y que quitan el dolor muy rápido.

Divertido por las ocurrencias de su sobrina, cogió una de las tiritas y tras cruzar una mirada cómplice con una acalorada Noelia, la abrió y se la puso en la palma de la mano.

— ¿A que ya duele menos? — preguntó la cría.

— Uis, pues es cierto, Ruth —asintió Noelia— . De pronto se me ha quitado el pequeño dolor que sentía.

Juan, incapaz de no sonreír ante aquel teatrillo, las miró alternativamente y suspiró. La cría, encantada de haber ayudado a mitigar su dolor, se acercó a Noelia y examinándola los ojos con

detenimiento, cuchicheó:

— Que suerte que encontraste tu ojo. Guando se le cayó ni osito Sito, lo busque y lo busqué pero no lo encontré.

Noelia, pasándose la mano por el ojo, asintió y Juan por fin comprendió lo que había ocurrido. Eso le provocó una carcajada que apaciguó los nervios entre ellos. Una vez concluyó su misión de enfermero, guardó el algodón, cogió a la pequeña en brazos y tras ayudar a Noelia a levantarse dijo:

— Vamos, regresemos al salón.

Diez minutos después, una peculiar familia miraba con adoración el televisor mientras bromeaba con los cuartos, hasta que Irene gritó y todos comenzaron a comer las uvas entre risas y jaleo. Cuando sonó la última campanada, y se metieron la última uva en la boca, todos prorrumpieron en aplausos y comenzaron a besuquearse. Juan, tras tragar sus uvas, asió de la mano a Noelia y la atrajo hacia él. Lo que ella le había confesado aun le tenía bloqueado, pero encantado por tenerla junto a él, murmuró:

— Feliz año nuevo *estrellita*.

— Feliz año *cucaracho*.

Ambos sonrieron y se dieron un corto beso en los labios, mientras, el abuelo Goyo le daba un codazo a Tomi para llamar su atención sobre el beso, y ambos sonreían complacidos.

54

Sobre las tres de la mañana, tras jugar con los abuelos en casa al bingo, los más jóvenes se marcharon de fiesta al Croll. El dueño había contratado a una banda de salsa y todo el mundo bailaba a su son divertido. Si algo le gustaba bailar a Noelia era la salsa y Juan se quedó muerto cuando la vio menear las caderas con su primo. Se notaba que habían bailado mucho aquella música, no solo por lo bien que bailaban, si no también por la sincronización de sus movimientos.

— Uooo. ¿De dónde te has sacado a esa jamba? Madre mía que culito más sabrosón que tiene — rio el Pirulas acercándose a Juan, quien sonrió al comprobar que este no la relacionaba con la jovencita que conoció años atrás en Las Vegas.

— Es una amiga muy especial, por lo tanto ahórrate tus comentarios — respondió este sin quitarle ojo. Todavía no se había repuesto de la declaración en toda regla que Noelia le había hecho en el cuarto de baño de la casa de su padre. ¿Le quería? ¿Ella estaba enamorada de él?

El Pirulas, al ver como su colega miraba a la joven, clavó dio un largo trago a su cubata y silbó.

— Joder macho, eres mi héroe. Yo de mayor quiero ser como tú. Te tiras a Paula, Rebeca o Azucena cuando quieres y ninguna se enfada contigo. ¿Cómo lo haces?

Durante un buen rato los dos amigos mantuvieron una animada charla sobre mujeres, donde al Pirulas, como siempre, nada le quedó claro. Poco después llegaron el Rúculas, Lucas, Damián y varios amigos más.

Media hora después, Juan constató que el Pirulas visitaba el baño con demasiada frecuencia y al ver sus ojos cargados, le pillo del hombro y le

susurro en confianza:

— Controla tío, que los ojos le delatan.

Al escuchar aquello, el Pirulas sonrió y sacó un botecito del bolsillo del pantalón.

— Pero si solo he fumado maría —y tras echarse una gotitas en los ojos aclaró—. Eso sí, de cosecha propia. Yo no fumo cualquier mierda. Por cierto, tengo en casa unos cogollitos buenos… buenos.

En ese momento llegaron Carlos y Laura, acompañados por un grupo de amigos entre los que estaba Paula vestida con un sexy y atractivo vestido rojo pasión.

— Uf… como me pone esta burraca —cuchicheó el Pirulas al mirarla y ver su contoneo de caderas—. ¿Te molesta si la entro?

— No —respondió Juan, divertido tras cruzar una mirada con Lucas e Damián.

— Vale. Porque viene vestida para matar. Por cierto ¿crees que me hará caso?

Juan, con una sonrisa, miró a su amigo y respondió seguro de lo que decía.

— Eso se lo tienes que preguntar a ella.

Paula que, en el mismo instante que había entrado en el Croll había localizado a Juan, se acercó a él sin dudarlo. Deseaba pasar la noche en su compañía y, sin importarle la mirada de aguilucho del Pirulas, le pasó la mano por la cintura, apoyó la cabeza en su hombro y le susurró en tono melosote:

— Hola forastero. Cuánto tiempo sin verte. —Y acercando sus labios al cuello de Juan susurró—: Últimamente no me llamas y te echo de menos.

Lucas, que estaba al lado de Juan, reaccionó al escuchar aquello.

— Paulita… Paulita… cuando quieras un hombre de verdad ¡llámame!

— Cierra el pico *Mariliendre* —se mofó Damián

g a n á n d o s e la m ira d a jo c o s a d e l o fe n d id o .

En la pista, Noelia bailaba salsa con Tomi. La banda contratada era muy buena, y cuando comenzó a sonar la canción *O tú o nadie* de su amigo Marc Anthony, no pudieron contenerse y disfrutaron a tope del tema, hasta que ella se fijó en quien estaba hablando Juan. Sin apartar la vista de su objetivo, vio como aquella odiosa mujer se acercaba a su posesión más de lo normal, y él no hacía nada para retirarse. Su enfado fue creciendo por segundos, y cuando vio que ella le echaba los brazos al cuello quiso gritar. Aquella escena le calentó la sangre y Tomi al intuirlo y ver lo que ocurría la cogió de la mano para tranquilizarla.

— Ni se te ocurra hacer lo que me estoy temiendo, *lady*.

— Oh… tranquilo. No pienso hacer nada. — Pero sin poder remediarlo confesó en un arrebato de sinceridad—: Hoy he cometido un terrible error; le he dicho que le quiero.

— ¡¿Qué le qué?! —gritó su primo al escucharla.

— Lo que has oído.

— *Oh my God* vamos derechitos al desastre. — Y quedándose quieto en medio de la pista preguntó—: ¿Y que te ha dicho el *Xmen*?

Tirando de él para que volviera a moverse, la joven gruñó:

— Nada.

— ¡¿Nada?!

— El *Xmen*, no me dice que me quiere ni por equivocación.

Durante unos minutos más continuaron bailando, pero la tranquilidad de segundos antes se había acabado. Tomi, observando cómo Paula se contoneaba delante de Juan sin poder remediarlo siseó:

— Esa no es una mujer. ¡Es una víbora!

Noelia no contestó. Desde su posición vio que Carlos y Laura se acercaban a ellos y todos parecían mantener una animada charla. De pronto la música paró, las luces bajaron de intensidad y sonó música para enamorados. Malhumorada, pero armada con todo el aplomo que pudo reunir, la joven se encaminó hacia donde estaba el grupo, cuando de pronto, Tomi gritó al ver a Lucas junto a Juan.

— ¡Por el amor de *my life*, de tu *life* y de la *life* de todos! Pero si está aquí mi *Batman* preferido y yo no me había dado cuenta.

Noelia, sonrió al unirse al grupo, aunque a Paula la había taladrado con la mirada. Incomoda por como todos la observaban fue a decir algo, cuando Tomi cuchicheó:

— Mírale… pero si está cuadrado.

Juan viendo que Noelia mantenía las distancias, se dirigió a Tomi y, divertido, preguntó:

— Eh… ¿ya no soy tu preferido?

Tomi, acercándose con descaro, se interpuso entre Paula y él, y, tras conseguir apartarla, sonrió ampliamente y murmuró con complicidad:

— Tú eres lo más. Pero contigo no tengo futuro y con él todavía no se sabe.

Aquello provocó una carcajada general.

— Lo siento Tomi, pero ya te dije que a mi me van las mujeres. Nuestro amor… es imposible — dijo Lucas. Y se llevó la mano al pecho con comicidad soltando un lánguido suspiro.

— Que sepas osito mío, que me acabas de partir mi lindo y bello corazoncito en millones de pedacitos — respondió Tomi, resignado.

Carlos dio un pescozón a Lucas y cuando este miró indicó divertido:

— Desde luego *Mariliendre*, ya te vale.

Mientras todos se lo pasaban en grande con los graciosos comentarios, Paula y Noelia se miraban con dureza a los ojos, Juan, en cierto modo, era un trofeo y ninguna de las dos estaba dispuesta a perderlo. Finalmente, Noelia con tono desafiante dio un paso adelante.

— Vaya… vaya… mira a quién tenemos por aquí.

Aquel tono de voz hizo que Juan la mirara extrañado. ¿Qué le ocurría? Paula sonrió y poniéndose las manos en la cintura siseó:

— Me alegra volver a verte mona. En especial porque aquí no trabajo y te puedo decir todo lo que me venga en gana sin miedo a represalias.

— Esto se pone interesante. Pelea de gatas — se mofó el Pirulas.

— ¿Represalias? — preguntó curiosa Laura, la mujer de Carlos.

Aprovechando el impacto de aquella palabra, Paula, en actitud sumisa, soltó delante do todos.

— Sí. Esta mujer se hospedaba en el parador y allí me dijo cosas muy desagradables. Incluso amenazó con hablar con mis superiores para que me despidieran si volvía a acercarme a Juan.

— Vaya… — susurró Noelia sorprendida bajo la atenta mirada de este.

— Perra y mentirosa. ¿Hay algo peor? — se mofó Tomi al escucharla.

Noelia fue a defenderse, cuando Juan, inflexible, dio un paso al frente y preguntó con el ceño fruncido:

— ¿Es cierto lo que dice Paula?

— Pues no, no es cierto. Y me parece de muy mal gusto que precisamente tú me lo preguntes. — Volviéndose hacia la mujer prosiguió muy enfadada— : Sí mal no recuerdo, tú me insultaste, concretamente me llamaste zorra por haberme

marchado aquella noche con Juan. Yo solo me limité a recordarte que era un huésped del parador. Nada más.

Paula sonrió. Aprovechando lo cerca que se encontraba de Juan, empujó a Tomi para quitarle de en medio, y con un descaro que dejó a todos patidifusos, posó su mano sobre la cintura de Juan.

— ¿Acaso es mejor que yo en la cama? — Juan no respondió— . Porque nunca me has tenido tan abandonada como me tienes desde que ella apareció.

— Uoooooo — susurró el Pirulas incrédulo.

Lucas, Damián y todos en general pasaban su mirada de la una a la otra, mientras la mujer de Carlos las observaba boquiabierta. Laura conocía muy bien a Paula y sabía hasta donde era capaz de llegar para conseguir sus propósitos. Aquel juego sucio no le estaba gustando nada. Juan siempre había sido claro con ella y no le debía ninguna explicación. ¿Por qué comportarse así? Enfadada, fue a intervenir, pero Noelia se le adelantó.

— Como respondas a la grosería que esta petarda te ha preguntado, le juro que me voy y no me vuelves a ver jamás.

— Uiss… no caerá esa breva se molo Paula.

Cada vez más molesta por la presencia de aquella mujer, Noelia, apretando los puños hasta clavarse las uñas en las palmas siseó:

— Eres odiosa ¿lo sabías?

— Mira *mona* ¡piérdete! — respondió Paula con soberbia.

Molesto por la escenita, se quitó de encima las manos de Paula, y acercándose a Noelia que lo miraba con gesto duro gritó:

— Pero bueno, ¿qué clase de hombre crees que soy?

— No lo sé, según tú, no te conozco — respondió furiosa.

Aquel golpe bajo le dolió, pero consciente de cómo se habría puesto él si la escena si hubiera sido al revés, miró a Paula y, enfadado, dijo:

— Qué te parece si te marchas a engatusar a otro hombre y tenemos la fiesta en paz.

Molesta por aquel desprecio, Paula taladró con la mirada a la joven que le robaba toda la atención de Juan y se marchó con un gran enfado. Lucas, para tranquilizar a su amigo, le dio un golpe en la espalda y mirando a Tomi dijo para atraer su atención:

— Vamos colega... te invito a una copa.

— Sí... vamos a pedir algo — asintió Damián.

Tomi, tras mirar a su prima y pedirle calma con la mirada, se colocó el flequillo y, caminando junto a aquellos dos hombres impresionantes, murmuró:

— Con vosotros, guapetones, voy al fin del mundo.

El Pirulas, al ver a Paula alejarse de aquella manera, fue tras ella. Quizá aquella noche tenía posibilidades. Carlos asió a su mujer por la cintura y también desaparecieron, dejando a Noelia y a Juan solos en medio del bullicio del local. De repente, sonó por los altavoces:

Gorrioncito que melancolía... .
En tus ojos muere el día y a...
Excusa si la culpa ha sido mía...

Durante unos segundos se miraron con el desafío instala do en sus ojos. Ella estaba indignada y necesitaba un respiro, pero aquella canción...

Juan, por su parle, deseoso de arreglar cuanto

antes el desafortunado incidente extendió su mano en un gesto conciliador.

— Ven, *canija*.

— No —respondió retirándose el flequillo de la cara—. Cuando estoy enfadada, necesito mi tiempo. Déjame en paz.

— De acuerdo —asintió pacientemente mientras la voz de Sergio Dalma seguía cantando:

Yo sin ti... moriré
Yo sin ti... sufriré
Yo sin ti... quemare,
todo el sueño mío...

Juan recorrió lenta y pausadamente su bonito cuerpo mientras daba un trago a su bebida. Pasados quince segundos, ni uno más, él preguntó:

— ¿Ya has tenido suficiente tiempo *gorrioncito*?

Aquella palabra. Aquella canción. Aquella sonrisa, sus ojos y su voz, la hicieron sonreír y finalmente se rindió y fue a su encuentro. Sin necesidad de salir a la pista donde varios amigos bailaban acaramelados con sus parejas, comenzaron a moverse al ritmo de la música. Con los ojos cerrados, se

dejaron llevar por la melodía mientras aspiraban su olor y sentían cómo la excitación creía entre ellos.

— Olvida a Paula. Ella nunca ha sido significado nada para mí.

— Vale… pero ella parece no saberlo.

Conmovido por lo que sentía al tenerla entre sus brazos le susurró al oído:

— A mí solo me gustas tú.

— Sí… pero no me quieres.

Aquel reproche, le aguijoneó el corazón:

— Noelia, no compliques las cosas por favor, Tú y yo sabemos que es imposible — dijo mirándola a los ojos.

Sabía que estaba metiendo la pata por momentos con sus ridículos sentimientos y para hacerle sonreír, la joven levanto el brazo y lo sacudió.

— Aun llevo la pulsera todo incluido, así que cierra el pico y mímame.

Juan sonrió. Sonreír con ella era lo más fácil del mundo y cuando vio que ella hacía lo mismo preguntó:

— ¿Sabes que voy a tener que cambiar de táctica contigo *canija*?

— ¿Por qué?

— Porque me vuelves loco y te estoy comenzando a… querer.

Escuchar aquello para Noelia fue, como diría Tomi, «lo más». Aquel impresionante hombre que la miraba con sus preciosos ojos oscuros le acababa de decir que la quería.

— Vayaaaaa… por fin he conseguido que me dijeras algo de película — susurró con una boba sonrisa.

— Mira… no compliquemos más las cosas. Olvida lo que he dicho en este último minuto.

— Ni lo pienses — sonrió ella— . Has dicho que

me quieres y eso no lo voy a olvidar.

Sobre las seis de la mañana la fiesta estaba en todo su apogeo. Todos se divertían y Paula, no había vuelto a acercarse a ellos. Lucas y Damián comprobaron lo buen amigo que podía ser Tomi. Aquel, con todo su plumaje y gracia, les había ayudado a conocer a unas chicas encantadoras con las que la noche pintaba muy bien.

Eva, en la pista con Menchu, contoneaba las caderas al ritmo de Shakira y tarareaba «Rabiosaaaaaaaaaa» con furia al ver a Damián ligotear. No es que hubiera algo entre ellos, solo una noche, meses atrás, que habían decidido olvidar. Sin embargo, verle allí, sonriendo como un imbécil a aquella chica le sacaba de sus casillas.

Paula, desde su posición en el pub, observaba con malestar al hombre con el que deseaba pasar la noche y a la mujer que sonreía con él. Al ver que la batalla, al menos aquella noche, la tenía perdida decidió centrarse en el Pirulas. Quería sexo y diversión y aquel estúpido estaba dispuesto a dárselo.

Al rato, Menchu y Eva decidieron visitar el baño. Noelia, al ver donde iban, también se apuntó. Gracias a Dios no había nadie más en aquel reducido espacio, por extraño que pudiera parecer.

—¡Averiado! —leyó Menchu en la puerta de uno de los dos lavabos—. ¿Por qué los baños tienen que estropearse cuando una más los necesita?

—Son como los hombres reina, ¡inoportunos! —se mofó Eva al mirar el cartel.

Mientras Menchu entraba con rapidez al aseo libre, las otras dos aprovecharon para recomponerse observándose en el espejo, Eva, al quedar a solas con Noelia la miró y comentó:

—Lo de mi sobrina Ruth esta noche ha sido

buenísimo. Te juro que porque ya sabía quién eras, porque si no, me hubiera dado un buen susto pensando que se te había caído un ojo como al osito Sito.

Al recordar aquello, Noelia esbozó una sonrisa y, convencida de que nadie las escuchaba, contestó:

—Siento mucho haberos mentido a todos. Me siento fatal, pero no puedo ir contándole a la gente quien soy realmente o…

—No te preocupes por nada —cortó Eva—, Comprendo perfectamente lo que dices, pero tienes que entender que cuando mis hermanas o mi padre se enteren tu verdadera identidad, probablemente se sentirán dolidos porque no hayas confiado en ellos y les hayas dicho la verdad.

—Lo sé y eso me duele muchísimo.

—Pero vamos —prosiguió Eva sacando la barra de labios del bolso—, ni te preocupes. Cuando te vayas, Juan y yo se lo explicaremos. Estoy segura de que lo entenderán.

Aquellas palabras «cuando te vayas» le provocaron un pinchazo en el corazón, pero dispuesta a no amargarse la noche la miró y preguntó:

—¿Cómo lo has descubierto?

—Soy periodista ¿lo has olvidado? —pero al ver que aquella sonreía indicó—: Me escribió un *email* Yolanda Grecia, una amiga también periodista, para decirme que había llegado la noticia a todas las redacciones de que tú, aún continuabas en España. Y ya sabes, esta vida es muy perra y hace unos días vi algo que me alerto y comencé a sospechar. Ni que decir tiene que me quedé ojiplática cuando descubrí que tú realmente eras ¡Estela Ponce! —ambas sonrieron—. Después investigué un poco y con mi Blackberry, que siempre la llevo en mi bolso, capté imágenes tuyas que me sirvieran de prueba para poder demostrar quién eres tú. —Al ver que aquella abría los ojo» desmesuradamente, rápidamente

aclaró— : Pero tranqui, no las utilizaré porque se lo he prometido a Juan y si yo prometo algo, lo cumplo. Pero que sepas que tengo más pruebas, el bombazo del año fotografiado en mi móvil gracias a algo que encontré en la habitación de mi hermano. — Noelia asintió y aquella gritó— : Joder, que eres ¡Estela Ponce!

En ese momento, Menchu salió del aseo bajándose su vestido negro.

— ¿Desde cuándo lo sabes?

Eva, sorprendida por la naturalidad con la que aquella reaccionaba al escuchar el verdadero nombre de Noelia, le respondió con otra pregunta:

— Y tú pedazo de mal amiga ¿desde cuándo lo sabes?

La joven actriz, al ver la cara de sorpresa de Eva y de horror de Menchu, salió en defensa de la joven recepcionista.

— Yo le pedí que, por favor, no lo dijera. No te enfades con ella.

— La madre que te parió Menchu — gritó Eva descolocada— . Sabiendo el bombazo que podía ser esta noticia para mí, ¿me lo has ocultado? Joder Menchu, que una noticia así me soluciona el mes. Que digo el mes ¡el año!

Su amiga suspiró y, lavándose las manos, murmuró con una media sonrisa:

— Lo siento Eva, pero en mi contrato con el parador lo pone bien clarito, confidencialidad absoluta. Y lo siento, pero necesito ese trabajo.

— La madre que la parió — volvió a repetir incrédula.

— ¿Lo sabe Juan? — Quiso saber Menchu.

Ambas asintieron. Eva, para desviar la conversación, preguntó mirándola: — Oye, ¿no te pica la cabeza de llevar tanto tiempo esa peluca?

— Pues depende del día. Hable con Penélope y ella, como es de Madrid me aconsejó dónde comprar pelucas de calidad y…

— Cuándo hablas de Penélope, ¿te refieres a Penélope Cruz?

— Sí. Es muy amiga mía.

— Ay, Dios ¡qué fuerte! — volvió a gritar una alucinada Eva— . Si consiguiera una entrevista con ella y con Bardem ahora que han sido padres ¡me forraba! Y si a eso le sumo una entrevista a Estela Ponce… uff… ¡Me compro a tocateja un adosado en Sigüenza!

— Deja el cuento de la lechera para otro momento — rio Menchu.

Noelia, entre risas, entró presurosa al aseo mientras las otras dos continuaban parloteando.

— Por cierto Noelia, me encantan tus películas.

— Me alegro — respondió aquella desde el aseo.

— Oye, ahora que nos conocemos — prosiguió Eva— , si alguna vez voy por el glamuroso Hollywood, espero que me presentes a varios actores que me tienen enloquecida. Porque tengo unos cuantos en el punto de mira desde hace tiempo. ¿Conoces a Gerad Butler?

— Sí.

— Ay Dios ¿me lo podrás presentar si voy?

— Claro.

— Y a mí — se apuntó Menchu.

— Por supuesto. Es un tipo muy simpático. Cuando vengáis le llamo y salimos alguna noche a cenar.

— Madre mía… madre mía — aplaudió Eva— Cuando les enseñe las fotos a mis locas amigas de facebook van a flipar. Ese pedazo de hombre es el objeto de deseo de muchas… ¡Muchas! Y finalmente podré gritar a los cuatro vientos: ¡Gery es mío!

Noelia salió del aseó y fue el turno de Eva.

— Pues le prometo que cuando regreses tus amigas, como dices tú, fliparan.

Tres minutos después abandonaron el baño felices y contentas, Cuando quedó vacío, la puerta del aseo «Averiado» se abrió y de él salieron Paula y un atontado Pirulas. Con una pérfida sonrisa que no deparaba nada bueno, ella arrancó el cartel de la puerta y, mientras se bajaba el vestido rojo, miró al atocinado que se subía la bragueta y dijo:

— A ver Pirulas, tienes que hacerme un favorcito, cielo.

— Tú dirás Paulita — sonrió aquel.

Con la maldad reflejada en sus ojos le besó, ya casi podía padalear su triunfo...

55

El dos de enero, a las siete y veinte de la mañana, el sonido de su móvil despertó a Juan. Él se movió y notó la presencia de Noelia a su lado dormida, sonrió y la abrazó. Cogió el móvil de la mesilla y, al ver que era su padre, contestó:

— Dime, papá.

— Hijo tenemos que hablar urgentemente.

— ¿Qué pasa? — preguntó alarmado.

De pronto, el timbre de la puerta comenzó a sonar insistentemente, y el teléfono de casa también. Aquel sonido hizo que la joven actriz pegara un bote sobresaltada y, con el pelo revuelto, miró a Juan asustada.

— ¿Qué pasa?

— Nada, *cielo* no te preocupes. Duerme — respondió conmovido al ver que aún estaba medio dormida.

Noelia volvió a tumbarse, atravesándose en la cama como solía hacer siempre, se tapo con el nórdico y volvió a dormirse.

— Juan ¿sigues ahí?

— Sí papá — dijo levantándose— . Pero espera que han llamado a la puerta.

— Es la prensa. No abras y escúchame. ¿Qué es eso de que has estado casado con Estela Ponce? Vamos, con Noelia.

— Qué — susurró saliendo de la habitación en calzoncillos blancos.

Aquella noticia, los ladridos de *Senda* y el maldito ruido de la puerta le estaban bloqueando como pocas veces en su vida. Lo primero que pensó fue en su hermana ¡la mataría!, pero segundos después desechó la idea. Su padre continuaba al otro lado de la línea.

— Una foto tuya y de Noelia sale en el periódico. En primera plana. Pero ¿cuando te has

casado ron ella?

— ¡¿Cómo?!

— Te leo el titular — prosiguió su padre—: «Geo español casado con la gran diva del cine americano». ¿Qué quiere decir esto Juan?

— Joder... joder... — resopló al intuir todo lo que se le venía encima—. Papá, eso es algo que ni tú ni nadie debería saber. Ocurrió hace tiempo, es algo sin importancia y...

— ¿Sin importancia? ¿Pero cómo puedes pensar que para mi no tiene importancia tu boda? Juan, por Dios, que eres mi hijo.

— Mira papá, luego te llamo —contestó antes de cerrar el móvil.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación de invitados y apareció Tomi con su pijama color rosa chicle.

— Todos los días amanezco hermoso, pero lo de hoy es una exageración —dijo con coquetería.

Juan le miró, pero ni siquiera pudo oír lo que decía. Estaba bloqueado. Tomi, al verle de aquella guisa, medio desnudo con aquellos bóxer blanco susurró:

— Por el amor de *my life*... genéticamente eres lo más. Por cierto ¿sigo dormido? Porque si es así aprovecho y te doy un *kisssssss* de tornillo.

Al ver que aquel no sonreía, se extrañó.

— ¿Qué ocurre *divine*?

— La prensa.

Al escuchar aquello a Tomi se le borró la sonrisa de la cara, se llevó las manos a la cabeza y gritó:

— Oh *my God*. ¡Esto es un desastre! — y rápidamente añadió— : Tenemos que salir de aquí cuanto antes. No pueden verla. Si la ven confirmarán que es ella y…

— *Senda* — voceó Juan a la perra— . ¡Basta ya!

Los ladridos cesaron, pero el incómodo pitido del portero automático continuaba. Sin poder contener un segundo más su mal humor, Juan bajó los escalones de dos en dos. Pero, de repente, el pitido cesó y dos segundos después la puerta de su casa se abrió y ante él aparecieron sus hermanas Irene y Eva.

— Madre del amor hermoso Juan, la que hay liada ante tu puerta con la prensa — dijo Irene acalorada.

— Oh sí, cielo. La prensa es horrible, y te lo digo con conocimiento de causa — asintió Tomi que había bajado tras Juan vestido con el pijama.

Más blanca que la cera Eva miró a su hermano y antes de que este preguntara aclaró:

— Juan, yo no he sido. Te lo prometo.

Irene aún sorprendida por la noticia, le enseñó el periódico a Juan y mientras entraban en la cocina preguntó:

— ¿Estás casado con Estela Ponce? — al ver que aquel no la miraba, volvió sus ojos hacia Tomi— , Pero de verdad que la chica que ha estado estos días con nosotros es ella. ¿Es Estela Ponce?

— Sí querida, es ella. Ya de nada sirve decir lo contrario — asintió Tomi preparándose un café.

Juan, sin apartar los ojos de su hermana Eva,

le arrancó el periódico de las manos a Irene.

— Sí tú no has sido, me puedes explicar cómo coño han llegado estas fotos aquí.

— No lo sé — gimió Eva desconcertada.

Ella no había sido y su móvil estaba en su bolso, como siempre, a buen recaudo. ¿Cómo podían haber llegado aquellas fotos a la agencia EFE? Cuando su amiga Yolanda la llamó para darle la enhorabuena por la noticia, al principio no sabía a qué se refería hasta que aquella se lo aclaró. Durante horas, intentó que las fotos no salieran publicadas, pero sus intentos fueron en vano. Aquello era un bombazo informativo imposible de parar.

— Me lo prometiste y creí en ti — siseó enfadado— , ¿Cómo has podido hacerlo? Sabes lo que esto significa. ¡Me has vendido!

— Te estoy diciendo que yo no he sido — se defendió.

— ¿Y cómo quieres que te crea? Estas fotos solo las tienes tú en tu maldito móvil — siseó señalando el periódico.

— Pues tienes que hacerlo. Nunca te vendería. Nunca — gritó descompuesta.

— Venga no os peleéis intercedió Irene . Vosotros siempre lo habéis solucionado todo hablando.

Tomi intentó echar una mano a la hermana mayor.

— Vuestra hermana tiene razón. Atora necesitamos una solución al *problem*, no más problemas, porque cuando Noelia se levante y lo sepa… *Oh my God*. Se va a disgustar y mucho.

— Joder Eva — gritó Juan desencajado— . ¿Entonces quien ha sido? Te repito que estas fotos solo las tenías tú. Te dije que las borraras. ¡Te lo dije!

— Lo sé… lo sé…

— Pero no… —continuó malhumorado— la señorita metomentodo no las borró y ahora míralas, aquí están. En primera plana, en todos lados para ocasionarme problemas. ¡Joder!

— A ver love… el problema también será para mi chica. No lo olvides —susurró Tomi.

Pero Juan no le escuchaba. Estaba cegado por la ira y Eva, plantándose ante él, gritó:

— Juan, escúchame. Esto tiene que tener una explicación, y te aseguro que la encontraré, pero créeme, yo no he sido. Te lo juro por mamá. Por favor, créeme.

El timbre de la puerta volvió a sonar e Irene fue a contestar. Dos segundos después el abuelo Goyo, Manuel y Almudena con el bebé en brazos entraron. Juan, a punto de explotar, deseó gritar. De pronto, casi toda su familia se había plantado en su casa a la espera de una explicación. Todos hablaban a la vez y estaban volviéndole loco. Entonces apareció Noelia en la puerta de la cocina con gesto adormilado.

— ¿Qué os pasa?

La familia al completo se quedó contemplando aquella aparición:

— Copón bendito, ¿te has desteñido gorrioncillo? — le preguntó el abuelo Goyo.

— ¡La rubia! — murmuró Irene.

Noelia se despertó de golpe. Estaba tan dormida y sorprendida por el jaleo que no había reparado en su aspecto.

— Joder, es cierto —gritó Almudena—. ¡Eres Estela Ponce!

— Y la rubia que vi esa noche con juan — insistió Irene, ojiplática.

Fue a contestar, cuando reparó en las fotos de la portada del periódico que el padre de Juan llevaba en la mano. Con un rápido movimiento se lo arrebató.

— Oh no… oh no… ¡oh no!

— Oh sí *my love*… oh sí — asintió Tomi antes de que Juan pudiera ni gesticular.

Todos fueron testigos de cómo el gesto dormido de Noelia se transformaba en otro devastador. Tan devastador que incluso Juan se asustó cuando vio cómo Noelia paseaba sus claros ojos por la habitación y los clavaba en su hermana Eva. De pronto, una frialdad arrolladora se instaló en su mirada y levantando la barbilla al más estilo hollywoodiense se acercó a aquella y dijo:

— Felicidades Eva. Has conseguido tu gran noticia.

— No… yo no…

— Espero que esto te reporte muchas ganancias y un buen trabajo. Siempre quisiste una buena noticia y cuando la has tenido no la has desaprovechado, ¿verdad?

— Noelia yo no he sido. Te lo prometo.

Con una fría sonrisa cabeceó y torciendo el gesto siseó:

— ¿Acaso pretendes que te crea?

— Sí — suplicó aquella—. Tienes que creerme yo…

— ¿Crees que soy tan tonta como para no entender que una periodista como tú simplemente ha optado por vender a su propio hermano con tal de ganar fama y dinero? ¿Acaso crees que eres la primera persona que me vende?

— Entiendo que no me creas —insistió Eva sollozando—, pero yo no he vendido nada. Te lo prometo.

Su padre, tan sorprendido como el resto del giro que habían dado los acontecimientos, al ver el estado en el que estaba a su hija se acercó y la abrazó con cariño.

— Papá te juro por lo que tú más quieras que yo no he sido, le lo juro.

Con gesto devastador, Noelia siseó llena de ira:

— Él es tu padre y puede creer lo que quiera, pero yo no. ¡No te creo!

Con la mente funcionando a mil por hora joven estrella del cine calibró la situación. Debía de salir cuanto antes de aquella casa.

— Sí mi hermana dice que no ha sido, debes creerla.

— Sí claro… no lo dudo — se mofó Noelia.

Enfadado y con ganas de hacer una locura, Juan agarró a la joven a la que tanto deseaba por el codo y, atrayendo su fría mirada, se reafirmó.

— Te repito, que si mi hermana dice que ella no ha sido, no ha sido. No ocasiones más problemas.

— ¿Problemas? ¿Yo ocasiono problemas? — gritó ella fuera de control— . Yo no soy ningún problema. Maldita sea, ¿por qué todo el mundo se empeña en llamarme así?

— Basta ya… Noelia. Basta ya — siseó malhumorado.

Oír su dura voz y ver su mirada fuera de si la hizo reaccionar. Durante unos segundos se miraron a los ojos con desesperación. Sus miradas hablaban por si solas y al final Noelia, retirándose su rubio pelo de la cara, dijo en un tono más conciliador:

— De acuerdo. Eva, te pido disculpas por lo que te he dicho. Pero estoy tan acostumbrada a que la gente me traicione por dinero, que es en lo primero que he pensado.

La muchacha al escucharla cabeceó abrazada a su padre, cuando el móvil de Juan sonó.

— Gorrioncillo, la base de toda buena familia es la confianza y el amor. Dinero no tendremos mucho, pero confianza y amor a raudales. Por cierto, ¿de cuantos rombos haces las películas?

— quiso saber el abuelo Goyo.

Aquello la hizo sonreír y tras mirar a su primo y ver lo emocionado y calladito que estaba, entendió lo inevitable, se tenía que despedir de aquella maravillosa gente.

Al fondo del salón, Juan parecía discutir con alguien a través del móvil.

— No me toques más las narices, Fernández — le oyó gritar— . Eso que tú has visto no es nada por lo que yo deba de dar explicaciones. Es impensable lo que estás diciendo, impensable.

Impensable pensó con dolor Noelia al escucharle, le gustara o no él tenía razón. Que pudiera haber algo más entre ellos era, como la propia palabra resumía, impensable.

Durante un rato le observó. Su gesto preocupado y sus aspavientos al hablar le pusieron los pelos de punta. Todo lo que habían vivido durante aquel último mes había sido maravilloso, pero con un gran dolor en el corazón supo que aquello tenía que acabar.

Tomando aire, miró a todas aquellas personas que tanto cariño le habían dado en los últimos días e intentando responder a sus preguntas dijo:

— Me llamo Estela Noelia Rice Ponce. Efectivamente soy Estela Ponce, la actriz de Hollywood, pero también soy Noelia, la mujer que habéis conocido estos días — y mirando a Irene murmuró— : Y sí. Soy la rubia pilingui que viste aquella noche con Juan.

— Ay Noelia, no digas eso — negó avergonzada aquella.

— Como habréis comprobado ni soy morena, ni tengo los ojos oscuros, pero si quería pasar desapercibida entre la gente y ser una persona de a pie, necesitaba ocultar mi verdadera imagen, y por eso quiero pediros perdón. Nunca me ha gustado engañar a nadie, y menos a vosotros, que

m e h a b é i s d a d o t a n t o c a r i ñ o .

El padre de Juan, al verla tan agobiada, dio un paso al frente y dijo:

— No tienes que pedir disculpas y hablo en nombre de todos. Te entendemos perfectamente y para nosotros siempre seguirás siendo Noelia. ¿Está claro?

— Gracias Manuel. Muchas gracias por abrirme las puertas de tu casa y…

— Estarán abiertas para ti y para Tomi siempre que queráis — insistió aquel acercándose a ella para abrazarla.

Ahora entendía el agobio de su hijo en muchas de las ocasiones en las que se habían reunido. Por fin comprendía qué era aquello que preocupaba a Juan de manera constante y que no había querido revelarle.

— Que fuerte maja. ¡Eres Estela Ponce! — murmuró Almudena con su bebe en brazos.

— Sí, y es divina ¿verdad? — asintió Tomi sonriendo.

— Para mi es tan divina como siempre — se mofó el abuelo Goyo — , El gorrioncillo sigue siendo el mismo pero con otro pelaje diferente y mi cariño por ella no ha cambiado ni un ápice. Si ayer la tenía cariño, hoy le tengo el mismo porque para mi es Noelia, no la actriz esa de *joügusssss* que vosotros decís.

— Gracias abuelo Goyo — murmuró emocionada.

— Por cierto hermosa — rio el anciano — . Tienes unos ojos que parecen dos luceros, no me extraña que mi nieto esté así.

Todos miraron al fondo del pasillo donde estaba Juan. Él, a diferencia del resto, no sonreía, discutía con alguien. Desde el primer instante que supo que la noticia había saltado a la prensa, sabía que aquello le acarrearía problemas con alguno de sus mandos. Pero algo en él se rebeló.

Era su vida y pensaba luchar como nunca por ella. Por Noelia. No quería perderla y se enfrentaría a quien tuviera que hacerlo, como lo estaba haciendo en aquel momento.

La tensión se palpaba en el ambiente y Eva para arrancarles una sonrisa cuchicheó:

— Fíjate tú que te veo más guapa al natural — y con gesto divertido prosiguió —: Ahora entendéis, al ver sus ojos, porqué la pequeña Ruth creyó que se le había caído un ojo como al osito Sito el día de la cena de Nochevieja.

Todos miraron en dirección a Noelia.

— Cuando me caí en la cocina, se me saltó una lentilla. La pobre Ruth fue la primera en auxiliarme y al ver mi ojo do otro color se asustó.

La familia rio al conocer el verdadero significado de lo que la niña dijo aquella noche, pero a Noelia se le cortó la sonrisa al mirar a Juan y verle tan agobiado. Se sintió culpable por aquella situación y decidió que debía marcharse cuanto antes o él terminaría odiándola.

— Uisss y yo que recuerdo que te dije que tu pelo me parecía natural — rio Irene para atraer su atención —. Madre mía ¡que ojo tengo! Por cierto, cuando la lianta de mi Rocio se entere de quien eres ¡le va a dar algo! Veras cuando se lo cuente a sus compañeros de instituto. Su tito saliendo con Estela Ponce ¡la actriz! Va a ser la envidia de todos en el pueblo.

— Y cuando lo sepa Laura, la mujer de Carlos. Ella que te adora — apostilló Almudena —. ¡Verás! ¡Verás!

— ¿Saldremos en el HOLA? — se guaseó Irene divertida.

El timbre del portero automático de la casa no dejaba de sonar. Aquello era una locura. La prensa estaba allí y quería información. Sonó el móvil de Eva, contestó y fue a abrir la puerta.

Menchu había llegado. Al entrar y ver a Noelia con gesto confuso, la abrazó y esta se lo agradeció.

— Oye… ¿y que vais a hacer ahora mi hermano y tú? — preguntó Irene.

— Nada.

— ¡¿Cómo que nada?! — gritaron las hermanas al unísono.

— Sé lo que pensáis pero esto es imposible — aclaró la actriz—. Él vive aquí y su trabajo requiere algo que yo no le puedo dar. Además, es imposible que esto salga bien. Imposible.

— Pero ¿por qué? — preguntó Almudena dejando con mimo a su bebé en el sillón— No os entiendo. Si Penélope Cruz que es española y Tom Cruise se pudieron enamorar. ¿Por qué vosotros no?

— Uiss Penélope ¡qué divina! Y el Cruise ¡que bombón! — afirmó Tomi encantado, pero al ver el gesto de su prima, calló.

Tras unos segundos de silencio, Almudena insistió.

— Si en la película Notting Hill el amor ente una actriz y un librero inglés se hizo realidad, ¿Por qué no puede ser real entre' vosotros?

Al escuchar aquello, Noelia sonrió. Eso era un amor de película. Justo lo que ella buscaba y en lo que Juan no creía.

— Notting Hill es una película preciosa, Almudena pero esto es el mundo real.

— Vamos a ver, Noelia — volvió al ataque Almudena. Conocía a su hermano y por cómo se había comportado con ella sabía que aquello para él no era una simple aventura— Creo que el hecho de que tú seas una superestrella de Hollywood no quila que puedas enamorarte de alguien que no lo sea. Además, ¿que pasa? ¿las actrices solo se pueden enamorar de actores? Vamos… es como si me dijeras que los zapateros solo se pueden enamorar de zapateras y los cajeros de cajeras.

Aquella comparación la hizo sonreír. Ella más que nadie deseaba aquel vínculo, aquel amor, pero tras mirar de reojo a Juan y verle tan enfadado murmuró:

— Almudena, créeme, es imposible.

— ¿Y vuestra boda? — preguntó Manuel.

— Eso gorrioncito. A mi me interesa la boda. ¿Qué es eso de que mi nieto y tú os casasteis y que yo no lo supiera? — replicó el abuelo Goyo.

— Pero ¿cómo es que os casasteis y no dijisteis nada? — insistió Irene.

Aturullada por el montón de preguntas quiso contestar, pero fue incapaz. Solo con mirar a Juan y ver lo enfadado que estaba se le partía el corazón.

— Pero si os queréis y ya habéis estado casados. ¿Dónde está el problema? — preguntó Almudena sorprendiéndola—. Solo tenéis que hablar, llegar a un entendimiento y…

— ¿Queréis dejar de agobiarla por favor? — se quejó Eva, La situación no era fácil y ninguna de sus hermanas parecía darse cuenta.

Finalmente Manuel, que llevaba rato observando tanto a su hijo como a la joven, dijo:

— Creo que Eva tiene razón. Dejemos que ellos decidan,

— Pero papá, si ya estuvieron casados y…

— protestó Irene.

— Ellos mejor que nadie sabrán qué tienen que hacer — insistió aquel.

Noelia le agradeció aquello con la mirada y el abuelo Goyo, acercándose a ella, le tomó la mano.

— Mi madre, que en paz descanse, siempre decía: «Al tiempo, le pido tiempo y el tiempo me lo da». Piensa en ello ¿vale tesoro?

Las palabras del abuelo Goyo siempre conseguían llegar al corazón de Noelia. Cuánto se parecía su manera de razonar y de expresarse a la de su abuela. El cosquilleo de las lágrimas en sus ojos cada vez era mas fuerte, pero no quería llorar. No debía. Y sacando a flote su faceta más fría, aquella que su padre le había encargado de enseñarle muy bien, dijo:

— Escuchadme por favor. Quiero que sepáis que para mí el tiempo que he estado aquí con vosotros ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y que nunca lo olvidaré. Pero he de regresar a mi vida. Mi sitio no está aquí. En cuanto a la boda entre Juan y yo, él mejor que nadie os lo puede explicar. Yo solo os diré que fue algo que pasó hace mucho tiempo. Un error que se solucionó sin ningún problema.

— ¡¿Error?! — cuchicheó el abuelo Goyo—. Nadie se casa por error, hermosa.

— Nosotros si, nosotros sí — susurró la joven observando a Juan que continuaba discutiendo a través del móvil.

— Mira Noelia — dijo Manuel— Todos aceptaremos lo que vosotros decidáis hacer, pero déjame decirte que la vida pasa rápido y lo más importante que hay es el amor. Como bien sabes, yo perdí a mi mujer hace años y nunca pensé que volvería a encontrar a alguien que me hiciera latir con fuerza el corazón. Cuando Maite, una mujer maravillosa, apareció en mi vida, yo me negué a dar una oportunidad a mi felicidad. Pero el abuelo Goyo fue quien me empujó a darme cuenta de que las oportunidades para ser feliz no se presentan todos los días. Hoy por hoy me alegro de haberle escuchado. — Al ver como sus hijas pequeñas le miraban aclaró—. Ya hablaré con vosotras en referencia a Maite ¿vale?

— Tranquilo papá. Lo que tú decidas, bien

estará — apostillo Eva sonriéndole.

Durante unos segundos todos permanecieron callados. Noelia quiso decirle a Manuel que pensaba como él. Ella quería vivir el presente, disfrutar de la vida con Juan, pero él se negaba. Finalmente el abuelo Goyo añadió:

— Gorrioncillo en esta vida todo lo que merece la pena cuesta conseguirlo ¡piénsalo! No te conformes con lo que te ha tocado vivir, busca lo que tú quieres, tu felicidad, aquello que tu deseas. Y así, el día de mañana, cuando el tiempo haya pasado, nunca podrás reprocharle aquello de: Qué hubiera pasado si...

— Ay, abuelo Goyo — aplaudió Tomi emocionado por todo lo que escuchaba—, ¡Qué bien habla!

— Gracias hermoso — y acercándose a él dijo—: Y tú espero que vengas a verme de vez en cuando. Me gusta hablar contigo de las diferentes tonalidades de la vida. Eres un buen conversador, algo escandaloso en formas y en actos, pero un buen muchacho al que me ha agradado mucho conocer y que no quiero perder de vista.

Un gemido lastimero y emocionado escapó de la garganta de Tomi, y sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre el anciano y le abrazó.

— *I love you* abuelo Goyo. *You are the best.*

El anciano, conmovido, le devolvió el abrazo.

— El *aisloyu* lo he entendido. Pero luego ¿me has llamado bestia?

— No — sonrió la joven actriz—. *You are the best*. Ha dicho que eres el mejor.

Aquel pequeño episodio hizo que todos sonrieran y Noelia, haciendo acopio de fuerzas, dijo consciente de lo que debía hacer:

— Ahora voy a salir para hablar con la prensa y, por el bien de Juan y el mío propio, por favor, permitidme que hable solo yo.

Dicho esto, se puso un abrigo largo de cuero negro de Juan sobre el pijama, se miró en el espejo para colocarse su rubio cabello ante la mirada de todos, tomó aire y, tras levantar el mentón e instalar en su rostro una deslumbrante sonrisa, abrió la puerta de la calle y salió. Juan, al ver aquello, cerró su móvil de inmediato.

— ¿Dónde va? ¿Se ha vuelto loca? — preguntó caminando hacia la puerta enfurecido.

Tomi, interponiéndose entre él y la puerta le detuvo y dijo mientras el resto de la familia escuchaba lo que ocurría a través de la puerta:

— Hace lo que tiene que hacer. Nada más.

En el exterior, el viento frío de enero azotaba con dureza las mejillas de Noelia que, con el abrigo de Juan y el pelo al viento, contestaba todo lo amablemente que podía a las preguntas que los centenares de periodistas le hacían.

— ¿Qué hay de cierto sobre su boda con el geo español?

— Eso fue algo que ocurrió hace años y que ambos solucionamos en su momento — respondió con una sonrisa.

— ¿Qué hace aquí, en Sigüenza ,en casa de su exmarido, Juan Morán? ¿Sigue siendo su ex o hay algo más?

— Mantenemos una cordial amistad desde nuestra juventud. El que nos separáramos no quita que podamos ser amigos. ¿O hay algo que lo impide? Juan es una estupenda persona a la que le deseo mucha suerte en su vida, pero entre él y yo no existe nada más.

Los reporteros sonrieron, pero otro periodista insistió:

— ¿Solo amigos? Según mis informaciones su ex es un hombre muy solicitado por las féminas del lugar y…

— Normal — cortó ella— . Juan es un hombre

soltero, muy atractivo y que, por suerte, puede estar con la mujer que quiera.

— ¿Usted por ejemplo?

— No. Conmigo solo puede haber una buena amistad,

— Pero ¿podría haber una reconciliación?

— No. Eso nunca ocurrirá.

— ¿Por qué nunca ocurrirá? — insistió de nuevo el periodista.

— Su mundo y el mío son tan dispares que intentar que haya algo entre nosotros sería una auténtica locura.

— Entonces ¿se lo han planteado?

Las preguntas de los reporteros la agotaban. Aquello era un tira y afloja continuo pero dispuesta a no claudicar se carcajeó como buena actriz. Cuando se disponía a responder, la puerta de la casa se abrió y el abuelo Goyo gritó con el garrote en alto:

— ¡Y a ti que te importa! *Jodio* por culo.

Sus nietas, tras mirar a la Noelia, le agarraron como pudieron y le metieron dentro de la casa, momento en el que la actriz dijo tras aspirar el aroma de Juan de su abrigo:

— La respuesta a su pregunta es que es impensable, y ahora, si me disculpan, he de coger un avión y regresar a Los Angeles. En unos días viajo a Tokio para continuar con la promoción de la película que presenté en España. Buenos días.

Tras despedirse con la mejor de sus sonrisas, se dio la vuelta y entró en la casa. Al cerrar la puerta se apoyó en ella con los ojos cerrados y al abrirlos se encontró frente a ella a toda la familia con cara desencajada y a un furioso Juan.

— ¡¿Impensable?! — dijo él.

— Sí... impensable — asintió ella—. Y no me tires de la lengua porque tú, y solo tú, sabes porqué lo digo.

Si algo odiaba Juan eran los numeritos y menos delante de su familia, por lo que tras blasfemar en voz baja murmuró clavando la vista en su padre:

— Tengo que ir a la base. Mis superiores quieren verme.

— Vaya hijo, lo siento.

Noelia, aun con el corazón a mil, sintió la frialdad en su mirada. Juan estaba muy enfadado y por primera vez desde que su historia comenzó, sintió el peso de aquella maldita palabra: «Problema». Por ello, y para acabar cuanto antes con aquella situación miró a su primo y dijo quitándose el abrigo de Juan:

— Tomi, llama al aeropuerto y reserva dos pasajes lo antes posible. Salimos para Los Angeles en cuanto esté lista.

Aquella rotundidad cortó la respiración de Juan. ¿Cómo que se iba? Pero sin querer manifestar sus miedos no dijo nada y se tensó aún más.

— Gorrioncillo, ¿entonces te vas? — preguntó el anciano tras cruzar una mirada con su nieto.

— Sí. Es lo mejor para todos.

Y sin decir nada más, corrió escaleras arriba. No quería que la vieran llorar y ella era una persona de lágrima fácil. Juan, al ver como su familia le miraba, a la espera de que hiciera algo blasfemó de nuevo. Y, tras pasarse con desesperación las manos por su oscuro cabello, subió tras ella las escaleras.

Después de contar hasta diez entró en la habitación cerró la puerta. Tenía que hablar con ella muy en serio y necesitaba que le entendiera. Ella le escuchó entrar pero no se volvió a mirarle. Se limitó a coger su trolley, ponerlo sobre la cama y abrirlo.

Ese gesto indescifrable no gustaba en absoluto a Juan, pero aun así preguntó:

— ¿Por qué has dicho a la prensa que lo nuestro es impensable?

— Porque es la verdad.

— Te equivocas. Creo que…

— Tú no crees nada — cortó callándole— . ¿Qué pretendes que diga? ¿Qué creí amar a un hombre que no me quiere? — chilló enfadada— . Oh no… Juan. Ya ha sido bastante humillante darme cuenta yo sólita.

— ¿Creías? — preguntó descolocado.

— Sí, creía. Hoy, con lo que ha ocurrido, me he dado cuenta de la realidad de todo lo que nos rodea. Lo nuestro no puede ser.

Sorprendido por aquel cambio de actitud, se movió por la habitación.

— Escúchame Noelia. Tú me gustas mucho, pero no puedo decir las palabras que quieres escuchar porque no sé si lo que siento es lo que tú sientes por mi. Solo sé que quiero estar contigo, que me gustas y que me joroba en exceso esta absurda situación.

— ¿Absurda? — dolida caminó hacia él— . Lo absurdo es lo que yo hice el otro día. Te abrí mi corazón y tú te limitaste a sonreír. ¿Cómo crees que me sentí? Se supone que la diva fría e inalcanzable soy yo, pero no, aquí el inalcanzable eres tu. Para ti sigo siendo el mismo problema de hace un mes o

diez años ¿no lo ves?

— Pero que quieres que haga, joder — gritó desesperado.

— Nada. No quiero que hagas absolutamente nada.

— Noelia, no puedo dejar mi vida para ir tras de ti y vivir a costa tuya como si fuera un chulo. Un mantenido. Me gusta mi trabajo, mi hogar, mi vida. Me gusta donde vivo. ¿Qué podría hacer yo siguiéndote?

— Quererme e Intentar ser feliz ¿Te parece poco?

— Mira Noelia, no digas tonterías que esto es la vida real y no una de las románticas películas que haces. Esto es…

— Oh Dios… no comencemos con eso. Me agotas — murmuró.

— Sé realista ¡joder! Yo en tu mundo no pintaría nada. Yo no tengo yates, ni mansiones, no puedo costearme un nutricionista, ni un *personal trainer*, yo solo soy un poli, un simple policía. ¿Cuándo vas a darte cuenta?

— ¿Y cuándo vas a darte cuenta tú que eso a mi no me importa?

— Noelia, eres Estela Ponce.

— Sí… soy ella, y como Estela Ponce tengo una vida muy glamurosa, éxito en la pantalla, aplausos y cenas de gala. Pero siempre estoy sola ¡sola! ¿Cuándo te vas enterar de que yo contigo solo quiero ser Noelia? Nada más — gritó fuera de sí— . Me gusta todo lo que te rodea, esta casa, sus ruidos, las risas, tu familia, por gustar me gustan hasta nuestras discusiones. Pero tú te empeñas en poner obstáculos en nuestra relación porque eres incapaz de ver más allá y entender que yo ante todo soy Noelia. Una mujer.

Ceñudo, la miró. Ella tenía razón. Desde el principio él siempre había puesto las normas y ella

siempre las había acatado. Pero algo le impedía terminar de abrir su corazón y ella prosiguió:

— ¿Sabes lo que me dijo el abuelo Goyo? — él la miró— . Que la vida se compone de momentos y para mí cada momento contigo ha sido tan auténtico que los atesoro con verdadero amor. ¿Tú también puedes decir eso?

Pero Juan estaba fuera de sí. Lo que no conseguía un operativo policial con la mayor tensión del mundo, lo estaba consiguiendo ella con sus palabras. Incapaz de pensar o razonar con cordura se pasó de nuevo la mano por el pelo y murmuró:

— Solo puedo decir, que has puesto mi vida patas arriba. Que tú eres Estela Ponce, la gran diva del cine americano y yo solo soy Juan Moran, un policía español.

Desesperada por la frialdad de sus palabras se dio la vuelta y continuó haciendo su equipaje. No pensaba decirle nada más. No quería discutir. Ya estaba todo dicho. Como un tigre encerrado en una jaula Juan caminó de un lado a otro de la habitación y cuando sintió que podía hablar en un tono más calmado pre gimió:

— ¿Qué es eso de que te vas tan pronto estés lista?

Al ver que no respondía, se acercó a ella y cogiéndola del brazo la obligó a mirarle. Una mueca de ella le hizo ver lo molesta que estaba y soltándola añadió:

— Canija, creo que…

Como una escopeta cargada le miró deseosa de gritar. No quería volver a escuchar la palabra problema. Ella era una mujer poderosa en el mundo del cine, pero para él, para un simple hombre, era un problema y decidió actuar como tal. A partir de ese momento Noelia desaparecía de escena para dar paso a Estela Ponce. La digna

hija de su odioso padre. Algo que Juan parecía demandar.

— Juan cállate. No digas ni una palabra más porque no te quiero escuchar. — Al ver que la miraba prosiguió— . Este jueguecito se nos ha ido de las manos y quiero regresar a mi vida cuanto antes. Necesito que le digas a Eva que borre todas las fotos que tenga mías y lo mismo te digo a ti y a toda tu familia. Borrad las fotos que tengamos juntos antes de que me ocasionen *problemas*. Y en cuanto a esta maldita foto — dijo cogiendo el retrato de la boda— quémala.

Sorprendido por aquella dura voz y mirada fría, apartándose de ella murmuró:

— ¿Crees que yo voy a vender nuestras fotos?

— Lo único que ahora soy capaz de entender es que la prensa está en la puerta de tu casa y yo no la he llamado. A partir de este momento lo que tu pienses o creas, me da igual.

A cada segundo más enfadado por aquella frialdad, dio un paso atrás y exigió:

— Mírame.

— No.

— ¡Mírame! — necesitaba ver su mirada.

Finalmente ella lo hizo y él preguntó

— Dime, exactamente, ¿qué significa lo nuestro para ti?

¿Cómo contestar a aquello tras todo lo que le había dicho? Estaba claro que los hombres estaban hechos de otra pasta porque si no había entendido nada, era imposible continuar. Deseaba estar con él, era lo que más ansiaba en el mundo, pero sabía que las cosas serían complicadas, en especial, por la resistencia de él y respondió:

— ¿Lo nuestro? ¿Qué es lo nuestro? Lo nuestro no es nada. Solo un enamoramiento caprichoso por mi parte y ya está.

— ¿Enamoramiento caprichoso?

— Sí — respondió con el corazón roto. Pero dispuesta a mantenerse fuerte le miró y

respondió—: Aunque me cueste decirlo, es algo que me suele pasar muy a menudo ¡soy muy enamoradiza!

Con la mandíbula tensa, Juan fue a decir algo cuando ella gritó:

—Pero si ni siquiera sabes que mi película preferida es *West Side Story*, ni que odio el brócoli —Al ver que él resoplaba continuó—. Tú siempre has sido más realista que yo. Piénsalo. Pero si hasta cuando hemos hablado de mi trabajo siempre has dicho que nunca, ¡nunca! estarías con una mujer que, como yo, tiene que besar a otros hombres por su trabajo.

—No comencemos con ese absurdo tema —gruñó él.

—De absurdo nada. Soy actriz y como tal actúo ante la cámara. Si la escena requiere un beso, dos o veinte los doy, porque para mi esos besos no significan nada. ¿Acaso debo de pensar que tú eres un asesino porque tienes una pistola?

—No es lo mismo. Cuando hablamos de ese tema me refería a que no me gustaría que mi mujer saliera desnuda en una escena porque… porque ¡joder! No es lo mismo.

—Oh claro… por supuesto que no es lo mismo —se mofó furiosa—. Mira Juan, déjame en paz y acabemos de una voz con esto.

—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó confundido. Minutos antes le estaba hablando de amor y de pronto, aquella frialdad le tenía desconcertado.

—Pues que yo soy Estela Ponce —siseó con frialdad— y tu un simple policía español que nunca entendería mi trabajo, ni podría seguir mi ritmo de vida.

Dolido, deseó gritarle que su indiferencia le había hecho reaccionar. Que estaba dispuesto a que sus vidas encajaran, pero de pronto ella sentenció:

— Lo nuestro no es nada Juan. Nada. Fue algo bonito para recordar, pero nada más — Se quitó la pulsera de cuero que él le ató alrededor de la muñeca el día que le pidió que se quedara, la tiró sobre la cama y dijo— : Gracias a ti he tenido unas vacaciones en la que he conocido a un hombre que me ha hecho muy feliz en la cama, pero creo que el todo incluido se acabó y debo regresar a mi vida. ¿Y sabes por qué? — Él no respondió y ella prosiguió— : Porque me he dado cuenta que mi carrera no la voy a sacrificar ni por ti, ni por nadie.

Aquella rotundidad en sus palabras hizo que el corazón de Juan latiera desbocado. Él no era hombre de manifestar sentimientos pero lo que había vivido con ella había sido tan real que, por primera vez en su vida, al notar el rechazo de ella no supo qué hacer ni decir. Quería que se quedara con él. Deseaba hacer planes con ella, pero la frialdad en sus palabras le obligaron a callar. Estaba claro que ella cambiaba de opinión como una veleta, y nada de lo que le había confesado días antes tenía sentido ya. Nunca le pediría que renunciara a su carrera y a su lujosa vida para vivir con un simple policía español.

— Noelia… — susurró abrazándola.

Con desesperación la besó, demandó su cariño, pero no había que ser muy listo para entender cuando a uno le rechazaban.

— Juan por favor, vete y déjame hacer mis maletas para me pueda marchar de aquí lo antes posible. Quiero irme.

Incapaz de creer que aquello acabara así, la miró a los ojos y deseo tirar el trolley por la ventana, gritar que la quería, que no podía vivir sin

ella, pero calló. Ella había sido clara. Quería marcharse, regresar a su glamurosa vida y poco podía hacer. Al ver la foto de la boda sobre la cama, la cogió y la lanzó en su dirección.

— Quémala tú.

Ella no se movió. No pudo. La crueldad con que la había tratado le había roto el corazón. Juan, dándose la vuelta con gesto hosco, dijo al escuchar sonar el móvil de ella:

— Tengo que ir a la base con urgencia. Procuraré no tardar. Tranquilízate y no te marches sin hablar antes conmigo ¿de acuerdo?

Sin querer mirarle o se pondría a llorar como una loca, la joven se dio la vuelta y cogió el móvil. Con desagrado comprobó que era su padre.

— Hola papá.

— Estella, estarás contenta — gruñó aquel fuera de sí— . ¿Ya has conseguido lo que querías? Esta publicidad será negativa para ti, con lo que hemos luchado.

Noelia vio a Juan salir de la habitación. Desesperada, se sentó en la cama y, limpiándose las lágrimas que corrían descontroladamente por sus mejillas, dijo lo más serena que pudo:

— En unas horas cojo un vuelo papá. Cuando llegue hablamos.

Dicho esto colgó, se tapó la cara con las manos y lloró.

Poco rato después de que Juan se marchara, Noelia apareció en el salón dispuesta a abandonar la casa. No quería volver a verlo y aquella era una buena oportunidad. Manuel intentó retenerla. Sabía que cuando su hijo regresara querría hablar con ella, pero no hubo forma. Se quería marchar sin esperar un segundo más. Tras dolorosas muestras de cariño por parte de aquella familia, se despidió de ellos y desapareció.

Dos horas después, y tras torear a varios periodistas en el aeropuerto de Barajas de Madrid, la actriz Estela Ponce y su primo volaban rumbo a Los Angeles.

Cuando Juan regresó de la base se quedó sin habla. Ella se había marchado. Se había ido sin decirle adiós. Simplemente había recogido sus cosas y había desaparecido tan rápida mente como había aparecido. Aturdido, intentó centrarse. En un principio pensó en coger el coche e ir al aeropuerto en su busca, pero una vez confirmo que el vuelo de ella había despegado blasfemó. Se lo había dejado claro. No quería nada con él.

Por la noche, cuando por fin logró echar a su familia de su casa y tras haber bebido más de la cuenta, en un arranque de furia cogió su móvil. Sabía que a ella le gustaba decir la última palabra y estaba seguro de que le respondería. Marcó su número de teléfono y, a pesar de que saltó el buzón de voz, gritó desesperado:

— Eres dañina. Eres lo peor que he conocido en mi vida y espero no volver a cruzarme contigo nunca más, porque efectivamente, soy un simple policía y no podría seguir tu glamuroso estilo de vida. Entras y sales de la vida de cualquiera a tu antojo porque te crees superior. Te crees que por el hecho de ser Estela Ponce ¡la diva entre las divas! — gritó fuera de sí— , puedes encapricharte de cualquiera ¿verdad? Dices que no entiendo tu mundo ¿pero tú has intentado entender el mío? ¿Acaso crees que para mi sería agradable ver a la mujer con la que estoy posando desnuda ante cualquiera y luego aguantar las mofas y los comentarios mordaces de los demás? No Noelia. No seria agradable — tras un tenso silencio finalizó — . Espero que tu vida sea desastrosa y no consigas ser nunca feliz porque no te lo mereces.

Dicho esto y con la rabia alojada en sus

palabras y en su cuerpo, cerró el teléfono deseoso de que ella escuchara aquel mensaje. Si no le respondía, por una vez, la última palabra sería la suya.

Aquel seis de enero fue el peor día de Reyes que Juan recordaba en toda su vida. Todos intentaron estar felices y animados, pero les fue imposible. Lo ocurrido días antes les tenía desconcertados y tener a la prensa las veinticuatro horas del día apostada en las puertas de sus casas no ayudaba. Tras la comida de Reyes donde se repartieron sus regalos, sonó el timbre de la casa de Manuel, y una empresa de regalos online dejó en casa de este el montón de regalos que Noelia había pedido días antes.

Todos, sorprendidos, se miraron los unos a los otros. ¿Qué debían hacer? Finalmente, Eva tomó riendas en el asunto al ver la mirada perdida de su hermano.

— ¿Qué hacemos?

— Abrirlos — respondió Javi convencido.

— En ese grandote pone Ruth — chilló la pequeña al ver su nombre.

Manuel, que hasta el momento no se había pronunciado, miró a su hijo que observaba aquella pila de regalos y preguntó:

— Hijo… ¿Qué hacemos?

Enfadado con todo su entorno, el joven suspiró profundamente y respondió:

— Cómo ha dicho Javi, abrirlos. Si Noelia los compró para nosotros, que así sea.

Eva sonrió al escucharle y situándose junto a los regalos cogió primero el de Javi y se lo entregó. El niño sonrió de oreja a oreja al descubrir que dentro de aquel enorme paquete había la equitación oficial al completo del Barça, el equipo de sus amores, y una camiseta firmada nada menos que por Iniesta, junio a un estupendo balón.

— Como molaaaaaaaaaaaaa — gritó el pequeño

haciendo reír a todos.

La siguiente en recibir su regalo fue la pequeña Ruth, que al abrir el enorme paquete y ver la casa de muñecas victoriana gritó:

— La que yo quería aaaaaaaaaaaaaa. Le dije a la tita Noe que me gustaba esta casita y ella me la ha pedido a los Reyesssssssssss. Que buena essssssssss.

Irene se acercó a su hija y le susurró:

— Noelia es muy buena, cielo pero no la llames tita ¿vale?

— ¿Por qué?

— Porque no lo es mi amor.

La niña quiso responder, pero al ver el gesto de su tía Almudena pidiéndole silencio calló hasta que Rocío, su hermana mayor, gritó:

— Ay Dios ¡que fuerte! — a punto del infarto sacó el abrigo de cuero de la última colección de Jennifer López y los perfumes de la marca JLo que tanto le gustaban y gritó—: Dios… Dios… Diosssssssss ¡¡¡se ha acordado!!!

Juan, al ver la felicidad de sus sobrinos, sonrió. Verles tan felices con aquellos regalos le alegraba el alma, aunque en cierto modo, también le partía el corazón. Pero consciente de que todos le observaban disimuló todo lo que pudo y continuó sentado ante ellos manteniendo el tipo.

— Estos son es para Carlos, Laura, Sergio y Menchu — dijo Eva retirándolos—. Los guardaré y cuando les vea se los daré ¿de acuerdo?

— Perfecto — asintió Irene sorprendida por los regalazos de sus hijos.

— Toma papá, esta es para ti — dijo Almudena tendiéndole una enorme caja. Tras cogerlo, el hombre leyó en voz alta una notita:

Para que puedas hacer esas maravillosas croquetas que estoy deseando probar.

Todos sonrieron y Manuel, boquiabierto, comprobó que la joven le había comprado una estupenda y reluciente Thermomix.

— Uoooo papá — sonrió Eva—. Ya puedes volver a hacer las croquetas.

— Mmm qué ricas abuelo — aplaudió Javi encantado con su balón en las manos.

E1 hombre asintió conmovido porque ella se hubiera acordado de aquel detalle, y tras asentir murmuró:

— Esta muchacha es un cielo de mujer.

— ¿Para mi que hay? — preguntó el abuelo Goyo ansioso como un niño.

Con delicadeza, Eva le entregó un paquete alargado y el anciano rasgó el envoltorio.

— Un bastón con el pomo de oro. Le dije al gorrioncillo que mi bisabuelo tuvo uno justamente igual que este y ella se acordó. ¡Que lindura de muchacha! — dijo con los ojos encharcados en lágrimas.

Juan no sabía si salir corriendo o qué hacer. Ella, la mujer que le había puesto su vida patas arriba, no estaba físicamente allí, pero con aquellos regalos estaba más presente que nunca.

— ¡Una cámara réflex! — gritó Almudena al abrir su paquete—. Noelia me ha comprado la cámara que un día le dije que me gustaría tener. Oh Diosssssss y mirar lo que le ha comprado a Joel — entre lagrimones abrió todos los paquetes.

—A ver Almudena —sonrió Irene al ver a su hermana con el kleenex en la mano—. Los regalos son un motivo para sonreír, no para llorar, no comencemos ¿vale?

Pero aquellas palabras se las tuvo que tragar cuando vio la nueva radio para el camión de Lolo y, en especial, las botas altas color chocolate a juego con el bolso de Loewe que la joven actriz había comprado para ella.

—¿Quién es la llorona ahora? —preguntó Almudena sonriendo.

Eva deseaba abrir su regalo. Solo quedaban él de ella, el de *Senda* y el de Juan y tras mirar a su hermano y ver su expresión desconcertada murmuro:

—¿Quieres abrir tu regalo?

—No... mejor abre el Luyo —respondió con voz ronca.

Incapaz de aguardar un segundo más, rasgó el papel y aplaudió cuando vio ante ella la caja de un portátil nuevo. Tras abrirlo y gritar a los cuatro vientos que lo necesitaba para su trabajo todos miraron a Juan y este tras resoplar cogió el regalo en el que ponía *Senda* y lo abrió. Un precioso collar de Swarovski para perros apareció ante él e inexplicablemente cerró los ojos al recordar que ella siempre decía «*Senda*... eres como una reina y te mereces un collar que te ilumine aún más»

—¡Como molaaaaaaaaaaaa! —gritó Rocío al ver aquel collar de piedras brillantes.

—¿Eso tan lustroso es para la *jodia* perra? —preguntó el abuelo Goyo sorprendido.

Juan sonrió por primera vez en la noche al escuchar el comentario de su abuelo mientras cogía el regalo que su hermana Eva le tendía. Con la vista de todos clavada en él, abrió la tapa de la

caja y cogió un sobre. Su gesto cambió cuando vio que tenía ante él las escrituras de las tierras por las que su familia estaba enfrentada con las Chuminas. Aquellas hectáreas por las que pasaba un pequeño riachuelo y que tanto habían ansiado poseer. Junto a las escrituras había una nota pegada en la que ponía:

Ya son tuyas. Ahora solo falta que levantes Tu hogar.

Arrancando con furia la nota pegada, para que aquellas palabras solo quedaran para él, les tendió los papeles a su padre y su abuelo para que los vieran. Estos al ver de qué se trataba se quedaron tan sorprendidos como Juan, y a pesar de las ganas que sintieron de saltar de felicidad, simplemente se miraron y no dijeron nada.

— ¿Tito y en la cajita que hay? — preguntó la pequeña y curiosa Ruth.

Todavía bloqueado por la situación y avergonzado por el mensaje que le dejó en el contestador de su móvil la pasada noche y al que ella no había respondido, Juan miró en su interior y sonrió cuando leyó otra nota:

Odio está música, pero tomo tú me gustas, ¡me pondré tapones en los oídos'. Me dijiste que había algunos cd descatalogados de AC/DC que no conseguías. ¡Pues aquí los tienes! Ahora mírame… bésame y dime que soy la mejor ¿te parece buena idea?

Ahora mírame… bésame y dime que soy la mejor pensó Juan con amargura. Estaba claro que ella querría haber estado allí en aquel momento y que él tenía claro que le hubiera gustado sonreírle y decirle que efectivamente era la mejor. Eso le encogió el corazón, pero como siempre calló hasta que escuchó que le preguntaban.

— Bueno cuenta ¿Qué te ha regalado?

Juan sacó un cd de la caja y dijo para saciar la curiosidad de todos.

— Una maravillosa discografía de AC/DC, Metallica e Iron Maiden.

Abiertos los regalos, todos comentaban el

detallazo de Noelia, y una vez más aquella joven actriz les dejó claro que clase de persona era, no por el dineral que se había gastado, si no porque les había regalado a cada uno lo que deseaban. Diez minutos después Juan se marchó. No quería hablar con nadie.

Pasados unos días, la nube de periodistas fue disminuyendo. Pero el calvario de Juan cada vez que salía de su casa era tremendo. Continuas y repetitivas preguntas en referencia a Estela Ponce podían con su humor y su paciencia. Le perseguían allá donde fuera y apenas podía moverse. De pronto, de ser una persona anónima pasó a ser una persona agobiada por la prensa y observado por todos en su pueblo. Sus compañeros de base, a pesar de lo sorprendidos que se quedaron con la noticia de que Estela Ponce era aquella morenita dicharachera y simpática, le ayudaron todo lo que pudieron demostrándole una vez más que eran una prolongación de su familia.

Juan siempre había sabido que sus compañeros estaban hechos de una pasta especial, pero sentir su apoyo y discreción en aquellos momentos fue maravilloso. Pero finalmente, agobiado por todo, tomó una decisión que comunicó a su familia un sábado mientras comían todos juntos un sabroso cocido.

— ¡¿Qué te vas a Irak pasado mañana?! — preguntó su padre al escucharle.

— Sí papá. Hace unos días se solicitaron voluntarios y me presenté.

— ¡¿Cómo?! — murmuró Eva al escucharle.

Durante aquellos días había intentado hablar con él, pero Juan no quería saber nada de lo ocurrido. Era hermético en referencia a sus sentimientos y toda la familia lo estaba pasando fatal.

— Eva, necesito alejarme de todo este circo o me voy a volver loco, Allí, en Irak, nadie me perseguirá.

— Pero Juan, ya estuviste en Argelia el año

pasado — protestó Almudena.

— ¿Y…? — preguntó molesto por tener que dar tantas explicaciones.

— ¡Copón bendito! — gritó el abuelo Goyo al escuchar aquello—. Pero Juanito, hermoso, ¿es que buscas que te maten? Esa zona no es un lugar seguro. En las noticias dicen cosas terribles. ¿Cómo vas a ir allí?

Todos, incluido Juan, sabían que lo que el abuelo decía era cierto. Irak, Afganistán, toda aquella zona, no eran lugares donde uno pudiera relajarse. Pero consciente de lo que iba a hacer aclaró:

— Será poco tiempo. No te preocupes abuelo, estaré bien.

— ¿Pero tú estás loco? — gritó Irene soltando la cuchara—. Allí no te perseguirán periodistas, pero si terroristas y…

— Por favor Juan no vayas — suplicó Almudena temerosa.

Eva, al ver el drama que sus hermanas estaban montando, las miró y aun entendiéndolas apoyó a su hermano.

— Joder… ¿Qué os pasa? Ni que fuera la primera vez que Juan se va por esos mundos. Él sabe cuidarse y no hay de qué preocuparse ¿verdad?

Al escucharla, éste sonrió y asintió.

— Tú lo has dicho. No hay que preocuparse.

Como era de esperar, Irene comenzó a lloriquear. Desde que había pasado lo de la actriz americana su hermano no levantaba cabeza. El enfado y el mal humor se habían apoderado de él, era patente. Manuel, al ver que su otra hija, Almudena, comenzaba a llorar también fue a decir algo pero esta se le adelantó.

— Vale… no me preocuparé. Pero no te enfades conmigo, porque mis hormonas aún

están atorrijadas y no puedo dejar de moquear como un mastín.

Aquello les hizo sonreír a todos, en especial a Juan que se levantó y le dio un beso. Manuel, al ver el detalle de su hijo, intentó, a pesar de su preocupación, tomar las riendas del asunto y aportar positividad al momento.

— Vamos a ver chicas, vuestro hermano es un hombre de acción y siempre nos lo ha demostrado. Creo que estar aquí o en Irak da lo misino. Su trabajo no es algo típico y creo que estará tan alerta por su vida aquí como allí. — Y volviéndose hacia su hijo preguntó — : Por cierto ¿puedes decirnos que vas a hacer allí?

— Estaré junto a otros compañeros protegiendo la embajada española en Irak.

— ¿Y cuánto estarás allí? — preguntó.

— El destino en un complejo diplomático no dura más de dos meses, por lo tanto, cuando os queráis dar cuenta ya estaré de nuevo aquí.

El timbre de la puerta sonó, Rocío se levantó para abrir y dos segundos después Carlos apareció en el comedor. Su gesto era serio y ceñudo y Juan, al verle, supo que se había enterado. Así que cuando hubo saludado a todo el mundo, juan se levantó y, dándole una palmada en la espalda, le instó a salir al patio trasero de la casa. Tenían que hablar.

Una vez a solas, Carlos le miró fijamente y dijo.

— ¿Cómo eres tan capullo? ¿Cuándo pensabas decirme lo de Irak? — Sin dejarle contestar añadió — . Joder Juan, cuando me lo ha dicho Gutiérrez me ha tocado los cojones. ¿Por qué narices no me lo has dicho tú?

— Surgió y acepté. No hay más.

— ¿Cómo que no hay más? — protestó al escucharle — . No me jodas coño ¡claro que hay más! No quieres hablar de ello y yo no quiero presionarte. Pero sé por qué te vas, y no se te ocurra decirme que no, porque ya me has tocado

suficiente los cojones por hoy.

— Vale churri… — asintió con media sonrisa.

Sin mirarle, Carlos levantó los brazos y gruñó:

— Me cago en la leche tío, hablemos ya de una puta vez del lema. Te vas por…

— Me voy porque necesito dejar de tener la presión que tengo con la prensa.

— Pero vamos a ver, el problema en la base ya está resuelto. Tu me dijiste que lo .solucionaste con los mandos y…

— Si esta resuello — asintió juan con resolución— . Mi vida privarla es mía y nadie puede dirigirla excepto yo. Eso ha quedado claro.

— Joder, pues no lo entiendo — insistió su amigo.

— Carlos, para mi no es agradable nada de lo que me está pasando.

— Te vas por ella ¿verdad? Ella es la causa de que ahora vayas a Irak, y no me digas que no, que nos conocemos.

Al ver el gesto con que su amigo le miraba, Juan suspiró y asintió.

— Sí, ella también tiene que ver en todo esto — y sentándose en el balancín prosiguió— : Necesito hacer algo para lo que estoy entrenado y como dice el abuelo Goyo, el trabajo cura la ausencia y el dolor. Por eso me tengo que marchar. Ir a Irak me asegura tener la puta mente ocupada las veinticuatro horas del día para no pensar en ella o al final me volveré loco.

Iras un pequeño pero significativo silencio Carlos volvió al ataque.

— ¿Has vuelto a hablar con Noelia?

— No.

— ¿Pero lo has intentado?

— No.

— Pero vamos a ver. ¿Por qué no lo haces? Tienes su número de móvil, su correo electrónico. Puedes incluso intentarlo a través de Tomi. ¿Por qué cojones no lo haces?

— Ella y yo no tenemos nada que ver. Lo que pasó, pasó y…

— No me jodas hombre. Por fin llega una tía que te gusta, que encima es guapa, simpática, se lleva a tu familia de calle, ¿y tú sigues con el freno de mano echado? joder Juan… ¿cuándo vas a soltar el freno y disfrutar de la vida? ¿Cuándo cojones te vas a dar cuenta que, por nuestro trabajo, tienes que dejarte de gilipolleces y disfrutar el momento? Que la vida son dos días y que hay que vivirla y ser feliz.

Al escuchar aquello pensó en algo que ella le dijo él dijo que se fue algo así como «la vida se compone de momentos y los que he vivido contigo los atesoro en mi corazón» pero borrando aquello de su mente respondió con frialdad:

— No es tan fácil como tú lo ves Carlos. Ella vive m un mundo que nada tiene que ver con el mío, y yo un puedo darle nada de lo que…

— Lo que tienes se llama miedo ¿verdad? Estás acojonado.

— ¡¿Cómo?!

— Estás cagado tío, y no me lo puedo creer. Mi amigo Juan Moran, el inspector, el instructor de los geo, el valiente superhéroe para sus sobrinos ¡por fin tiene miedo de algo!

— No digas gilipolleces, *churri*. No me jodas.

Pero su amigo, dispuesto a decirle todo lo que llevaba en su interior, sin importarle las consecuencias continuó:

— Lo que te ha ocurrido es que esa tía te ha tocado la patata ¿verdad? — Juan no respondió— . Ha llegado ella y con su normalidad, a pesar de su glamuroso mundo, te ha desbaratado la vida y te ha demostrado lo que sería tu puta vida si vivieras con ella y te ha gustado. No lo niegues. Te conozco y he visto lo feliz y motivado que has estado mientras ella ha estado aquí contigo. Pero ¿no ves que estáis hechos el uno para el otro? ¿No te das cuenta que estás enamorado de ella hasta las trancas?

— ¿Por qué eres tan jodidamente *marujón*? — protestó Juan— , Cada día me recuerdas más a tu mujer.

— Uis… eso me pone — se mofó aquel— , Y si te parezco *marujón*, ni te cuento lo que pensarías si escucharas a *Mariliendre* y las *heteropetardas* de la base opinar.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio hasta que Juan dijo:

— Ella se marchó sin despedirse — omitió su terrible llamada posterior— . Me dijo cosas terribles y…

— Y tú, el inspector Morán, ¿te quedaste escuchando sin más?

— Sí.

— ¿Porqué?

Juan, con los ojos cargados de furia, se acercó a su amigo y en un susurro que solo él pudo escuchar siseó:

— Porque ella se quería ir. Quería desaparecer. No me quiso escuchar. Descubrió que lo nuestro bahía sido un estupendo calentón y nada mas. Joder macho, que cuando llegué a la base me enfrenté a todo el mundo por ella. Era mi prioridad deseaba afianzar lo nuestro, algo casi imposible, pero me falló. Ella decidió marcharse sin decirme adiós y zanjar el tema. ¿Qué coño quieres que

h a g a ?

— Serás *nenaza* —protestó Carlos—, ¿Desde cuándo no dices tú la última palabra? Que yo sepa eres un tío que lucha por lo que quiere. El problema es que nunca has tenido que luchar por amor y no tienes ni puta idea de cómo hacerlo ¿verdad?

Aquello les hizo sonreír.

— Mira Juan, lo que te voy a decir ya lo sabes, pero te lo voy a repetir quieras o no. Hace ya algún tiempo, una preciosa mujer llamada Laura me tocó la patata —aquel sonrió—. Soy de los que cuando llego a casa, me gusta encontrarme con una preciosa sonrisa esperándome, y aunque a veces me queje de que mi Laura me vuelve loco, o me esconda la música de AC/DC, no la cambio por nadie en el mundo porque la quiero, me quiere y mi vida con ella y con el pequeño Sergio es lo mejor que tengo. Lo nuestro requiere tensión, sacrificio y presión, y cuando uno sale de la base, cuando uno sale de trabajar, necesita desconectar y disfrutar, y desde que te conozco, tú solo has desconectado cuando ella, esa que no te quiso escuchar, estaba en tu vida y en tu casa. —Al ver que aquel le miraba prosiguió—. Vale que ella, es una gran diva de Hollywood. Joder es ¡Estela Ponce! Y que tú solo eres un policía, sin más, que con seguridad gana menos al mes de lo que gasta ella en una sesión de Spa. Pero macho, piensa, utiliza la cabeza para algo más que trazar operativos, y date cuenta de dos cosas. La primera que las tías son muy raras y en situaciones limite quieren que les grites que no puedes vivir sin ellas, y la segunda, que lo vuestro funcionaba y funcionaba muy bien y…

— *Churri*, si no te callas, juro que te arrancaré hasta la última muela —protestó Juan harto de escucharle.

Estaba enfadado, molesto, cabreado y cada

vez más. Todo lo que su amigo decía era verdad. Se había dado cuenta que estaba enamorado de ella, pero no quería aceptarlo. No debía.

Carlos intuyendo lo que su amigo pensaba, se sentó con resignación en el balancín junto a su amigo. Al mirar hacia la derecha se encontró con Eva que, oculta tras la puerta, lo había escuchado todo. Ella, con lágrimas en los ojos, levantó el pulgar para mostrarle su conformidad con todo lo que él le había dicho. Por fin alguien había sido capaz de decirle al cabezón de su hermano la verdad. Carlos, al verla, sonrió y asintió. Después miró de nuevo a su cabizbajo amigo.

— Vale, No hablarse más de ella. Pero joder tío, me preocupa que te vayas a la puta zona roja de Irak sin mí. Reconócelo *nenaza*, tú sin mí no eres nadie.

Ambos prorrumpieron en una carcajada. Una hora después los dos amigos se marcharon a tomar unas copas. Lo necesitaban.

Los días pasaron y Juan se marchó. Su partida, como siempre, dejó muy preocupados a sus familiares y amigos. Los conflictos que existían en Irak no eran fáciles de digerir y que Juan tuviera que lidiar con ellos les quitaba el sueño. Conocían suficientemente al geo para saber que se entregaba al cien por cien en su trabajo y que era muy buen profesional. Pero eso no restaba que algo pudiera ocurrir en un abrir y cerrar de ojos, cuando él menos se lo esperara.

Menchu, durante todo aquel tiempo mantuvo el contacto con Noelia. Eva también. Solo habían hablado un par de veces por teléfono, pues ella se marchó a Tokio para continuar con la promoción de su película, pero los emails entre ellas eran casi diarios.

El día que Noelia supo que Juan se marchaba a Irak, su corazón empezó a palpitar desbocado. ¿Dónde iba aquel loco? Pensó en regresar a España e impedírselo, pero tras recordarlas cosas que él dejó grabado en el contestador de su móvil, decidió que no sería buena idea. Aquella era la vida de Juan, plagada de peligros, él así lo había decidido. Pero a partir de aquel día, Noelia fue una más de las que constantemente buscaba noticias sobre Irak. Necesitaba saber que estaba bien. Necesitaba leer que no le había pasado nada.

Eva aún recordaba petrificada el momento en el que su amiga Yoli le enseñó el número de móvil desde donde llegaron las fotografías y la información de dónde se encontraba Estela Ponce. ¡Era su móvil! Y todo había sido enviado la madrugada del día uno de enero. Justo cuando estaban celebrando la llegada del nuevo año. Su exjefe, el mismo que días antes la había despedido quiso contratarla de nuevo. Aquella

joven reportera, supuestamente, podía ser la cuñada de la actriz Estela Ponce y tenerla en su equipo le daba prestigio.

Pero Eva no aceptó y comenzó a estudiar otras propuestas que había recibido. Al fin y al cabo, la vida continuaba.

Sentadas en el Croll una noche, Eva y Menchu charlaban sobre lo ocurrido.

— Te juro que cada vez lo entiendo menos. Yo no envié esas fotos, pero el teléfono desde el que se mandaron es el mío ¿Cómo puede ser cierto?

— Quizás le diste a un botoncito sin darte cuenta y lo enviaste. Ya sabes que la tecnología es muy buena para muchas cosas y algo indiscreta para otras — susurró Menchu.

Molesta, Eva dio un trago a su cerveza.

— No digas tonterías, joder. Para enviar esas malditas fotos lo primero que tengo que hacer es seleccionarlas, buscar a Yoli entre mis contactos y enviarlas. Y eso no se hace sin querer.

— Tienes razón. Discúlpame y no te enfades conmigo.

Al ver la cara de su amiga Eva le tocó en la mano y murmuró:

— Joder Menchu perdona. No quiero pagar contigo los platos rotos, pero es que de verdad soy incapaz de entender todo esto y…

— Pero que hacen estos dos monumentos solos en medio de esta jungla — gritó el Pirulas acercándose a ellas junto al Rúcula — . Por cierto, buenas noches preciosas ¿os he dicho que hoy estáis especialmente atractivas?

Divertidas, se miraron y Eva respondió en todo cansino:

— Valeeee Pirulas te invitamos a un cervecita.

Al escuchar aquello, él levantó la mano y dijo sorprendiéndolas:

— De eso nada bellezones. Aquí el que invita esta noche soy yo y mirando al camarero dijo —: Todo lo que tomen estas preciosidades me lo apuntas en mi cuenta.

— A mí ponme otro *gin tonic* — pidió el Rúcula.

Menchu y Eva se miraron convencidas de que el camarero le mandaría a freír espárragos, pero se sorprendieron al ver que aquel asentía y les ponía dos nuevas cervezas. En ese momento llegaron Carlos y Laura a quienes, tras saludar a todos rápidamente se integraron en la conversación.

Cuando el Pirulas sacó a bailar a la mujer de Carlos y el Rúcula a Menchu, Carlos y Eva se quedaron a solas.

— Gracias por lo que le dijiste al cabezón de mi hermano antes de que se marchara a Irak. Creo que has sido el único capaz de decirle lo que todos pensamos.

— No fue fácil, no creas — sonrió aquel.

Tras un pequeño silenció la joven añadió:

— Sigo en contacto con Noelia y Tomi por email.

— ¿En serio?

— Sí.

— ¿Qué tal está ella?

— Según ella bien. Según Tomi mal.

Carlos cabeceó y tras beber de su cerveza susurró:

— Vale. Creeremos a Tomi.

— He intentado hacerla razonar — prosiguió Eva — pero es imposible.

— Es tan cabezota como tu hermano. Como dice el dicho «Dios los cría y ellos se juntan».

Ambos sonrieron y Eva prosiguió:

— Vamos a ver. Se quieren. Solo hay que mirar

al merluzo de mi hermano para darse uro cuenta de que está enamorado de ella, y leer los emails de Noelia para percatarse de que a ella le pasa lo mismo. ¿Porqué narices no hacen algo por estar juntos?

— Muy fácil. Ella es Estela Ponce. Una gran diva del cine y tu hermano es simplemente Juan, un geo. Un policía español que nunca ganará lo que ella gasta cuando va a comprarse esmalte de uñas — respondió Carlos.

— Pero ¿qué chorrada estás diciendo?

— La verdad.

— Pues disculpa —siseó Eva— Pero tu verdad no me convence. Yo adoro a mi hermano y por él como se dice últimamente ¡MA-TO! Pero creo que en esta ocasión se está equivocando. No está haciendo nada, al revés, se marcha a Irak con el consiguiente peligro de que le pase algo y nos amargue a todos la existencia. — Carlos fue a decir algo pero esta no le dejó— . Por cierto, hablas de Noelia romo si hiera una mujer a la que solo le gusta aparentar y su clase social, cuando creo que en el tiempo que ha estado con nosotros, se ha comportado como una chica más, sin ningún ataque de divismo por ser quien era y…

— ¿Tengo que recordarte que le dijo cosas terribles y se fue sin despedirse de él? — la cortó aquel— Tu hermano ha tenido que soportar la mofa de mucha gente, el verse en la prensa diariamente y el que se entrometieran en su vida, cuando ya le conoces y sabes cómo es. ¿Acaso crees que para él ha sido agradable tener que dar explicaciones o soportar lo que ha soportado? Mira Eva, Juan dio la cara por ella ante todos los mandos de la base. Les recordó que fuera del trabajo, él era dueño de su vida, y cuando regresó a casa para arreglarlo como fuera con ella, nuestra querida *estrellita* de Hollywood se había ido. Se

había pirado sin ni siquiera despedirse de él. ¿Eso lo hace una chica normal o una diva?

Boquiabierta por aquella revelación Eva le miró fijamente y susurró:

— Según Noelia, ella se marchó para no perjudicar más a Juan. En un email me confesó que se marchó sin despedirse de él porque temía que la echara tras regresar de la base.

— Pero ¿qué chorrada dices?

— Ay Dios, que ahora todo comienza a encajar — susurró Eva— Mira Carlos, Noelia nos ha dicho a Menchu y a mi que Juan siempre le dijo que si alguien descubría quien era ella todo serían problemas. Y que aquel día, al verle discutir por teléfono, se dio cuenta que realmente Juan llevaba razón y…

Sorprendido por aquella revelación, Carlos dejó su botellín sobre la barra.

— ¿Me estás diciendo que estos dos gilipollas, por no decir más burro, se han separado por un jodido malentendido?

— Si.

— ¡Joder! — resoplo Carlos.

Tan emocionada como desconcertada por haber descubierto por fin porque aquellos dos habían procedido así, cogió su cerveza y sentenció.

— Esto lo tienen que saber ellos. Tú encárgate de mi hermano y yo me encargo de Noelia. Si realmente se quieren, tienen que saberlo.

Tras chocar los botellines ambos rieron y Carlos, al imaginar la reacción de su amigo, susurró:

— Que Dios me coja confesado cuando le suelte esto al *nenaza* de tu hermano.

Sobre las dos de la madrugada, una sexy y provocativa Paula, que se había mantenido alejada de ellos, se acercó y sin ningún rodeo, preguntó a Carlos:

— ¿Qué sabes de Juan?

Al oír su voz, todos la miraron de arriba abajo y Carlos, tras echar un vistazo al tipo que la esperaba al otro lado de la barra, respondió:

— Poca cosa. Pero no te preocupes, está bien.

Eva sonrió.

— ¿Sabes cuándo regresará? — insistió Paula.

— ¿Y a ti qué te importa? — gruñó Eva. Nunca le había gustado aquella mujer, y cuando se enteró de los problemas que había tenido con Menchu y con Noelia todavía menos.

Paula la miró con un desagradable gesto.

— Bonita, no hablaba contigo — y mirando a Menchu dijo— . Y tú fea ¿qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Aquello calentó la sangre de Eva, que se levantó de su asiento como un resorte.

— Lo de fea se lo vas a decir a tu madre.

Menchu, al intuir las ganas de bronca que traía aquella, cogió a su amiga de la mano y se colocó a su lado.

— Paula, Paula, Paula, no ofende quien quiere sino quien puede y tú, no puedes. Y, por cierto, ya no trabajo en el parador gracias a ti, por lo tanto, ten cuidadito conmigo, porque tengo un derechazo que *oh my God*!, te puede dejar K.O.

— ¿Me amenazas? Vaya… veo que aprendiste algo de tu amiguita, la Ponce.

— Con la Ponce no te metas — gruñó Laura, la mujer de Carlos.

— Para hablar de la Ponce, so petarda — espetó Eva— , te tienes que lavar la boca mil veces y aun así la seguirías teniendo llena de mugre.

— ¿Por qué la defiendes tanto guapa? Esa estúpida se marchó dejando a tu hermano colgado con la prensa. ¿Todavía no te has dado cuenta?

Carlos, temiendo la que se podía liar, se interpuso entre ellas e intentó zanjar el tema.

— Paula ¡basta! En cuanto a Juan, aún no se sabe cuándo regresará.

El Pirulas que había estado presente, se acercó hasta ella y cogiéndola de la cintura murmuró:

— Hola Paulita, qué pasa ¿ya no te hablas con los amigos?

La joven, echándose hacia atrás, se lo quitó de encima y con gesto agrio respondió:

— Quítame las zarpas de encima si no quieres problemas.

— Uoooooo— se mofó aquel al escucharla— . Qué pasa ¿ya no quieres nada conmigo? ¿O es que solo te intereso cuando te hago trabajitos? Por cierto, tenemos que hablar.

Todos les observaron intrigados. ¿Qué negocios serían aquellos?

— Cierra el pico Pirulas — protestó aquella, e instantes después desapareció.

— Será asquerosa — gruñó Menchu.

— Asquerosa es poco — siseó Eva y mirando a Laura dijo— : Mira, sé que es tu amiga pero a esta tipa es que no la trago.

— Te entiendo y no, no es mi amiga — asintió Laura.

Desde hacía tiempo apenas se veían y aunque al principio no lo entendía, ahora lo prefería. Paula

no era una buena persona y por fin se había dado cuenta.

— Lo que no sé es porqué mi hermano de vez en cuando sale con ella.

— Sexo fácil, cariño — respondió el Pirulas.

Divertido por aquella contestación, Carlos le cogió por el cuello.

— ¡¿Trabajitos?! ¿Desde cuando le haces tu trabajitos a Paulita?

Incómodo con aquella pregunta el Pirulas se soltó y le dio un trago a su cerveza.

— Ya ves… uno tiene su caché y ahora que Juan no está, de vez en cuando nos vemos y compartimos fluidos.

— ¡Qué asco por Diosssss! — exclamó Eva.

Menchu, molesta por como aquella estúpida mujer les miraba desde el otro lado del local siseó:

— Pues ten cuidado Pirulas. Esa tía solo te puede traer problemas. Y te lo digo yo que por su culpa me he quedado en el paro.

Horas después, antes de abandonar el local, el Pirulas, sorprendiéndoles a todos pagó la cuenta en el Croll. Ciento veinte euros.

— Joder macho ¿te ha tocado la lotería? — rio Carlos.

— No precisamente — murmuró deteniéndose frente a Paula que estaba sobre uno de los sillones dándose el lote del siglo con un desconocido— . Este maldito dinero es el resultado de un trabajito del que no estoy muy orgulloso y que cada día me pesa más.

Ese comentario atrajo la atención de Eva. Aquella noche estaba sacando mucho en claro en referencia a la relación de su hermano y Noelia y sin saber por qué, dejándose llevar por su instinto de periodista, asió al Pirulas del brazo y preguntó para su sorpresa:

— ¿Qué te parece si ahora soy yo la que te invita a tomar algo en el Loop?

— ¡Genial! — rio aquel.

— Ehh… yo me apunto — asintió el Rúcula.

Menchu la miró llena de curiosidad y Eva le guiñó el ojo. Dos segundos después, tras despedirse de Carlos y Laura, se montaron en el coche del Rúcula dispuestos a pasarlo bien.

En el Loop, tras varios whyskies, al Pirulas se le aflojo la lengua y cantó por soleares. Eva, sabedora de cómo llevarle a su terreno comenzó a tirar del hilo y al final descubrió lo que buscaba. Él le había quilado el móvil del bolso la noche de Nochevieja mientras se divertía con los amigos porque Paula así se lo había pedido. Y después de que aquella bruja enviara la información, volvió a dejarlo donde estaba. Un par de días después, cuando el Pirulas fue consciente de lo que había hecho y en el lío que había metido a su amigo Juan con la prensa, fue a pedirle cuentas a Paula muy arrepentido. Esta, para cerrarle la boca, le dio tres mil euros. Un dinero que no compensaba lo que le había hecho a su amigo.

Tras la explicación de aquel, Eva entendió por fin porque las fotos habían llegado desde su móvil al de Yolanda. Aquella bruja estaba en el baño averiado la noche de fin de año y se quedó con la copla de todo lo que dijeron. Después solo tuvo que hacerse con el móvil de ella, trabajito que hizo el Pirulas, y enviar la información a Yolanda Grecia.

Cuando aquella noche Eva se acostó en su cama suspiró aliviada. Por fin conocía la verdad y tuvo claras dos cosas. La primera, que Paula iba a recibir de su misma medicina. La segunda, que su hermano tenía que saberlo.

Una semana después, todo Sigüenza amaneció empapelado con fotos de Paula en una orgía con

tres hombres. Ni que decir tiene que el escándalo en el pueblo fue tremendo y que, avergonzada por como todo el mundo la señalaba por la calle, hizo las maletas y se marchó. Algo que muchas mujeres de la localidad celebraron encantadas, particularmente sus excompañeros del parador.

Cuando regresó a su hogar en Los Angeles, Noelia estaba destrozada. Haber perdido a Juan era lo más dramático que le había ocurrido después de la muerte de su madre y de su abuela y cuando escuchó el mensaje que él le había dejado en su móvil, creyó morir. No quería a salir de su casa. Solo quería llorar y compadecerse de sí misma. Su glamurosa vida la ahogaba y nadie parecía darse cuenta de ello a excepción de Tomi y alguno de sus amigos. Tres días después y mientras preparaba su maleta para viajar a Tokio junto con todo el equipo de la película Brigada 42, aparecieron su padre y su mujer en su casa.

La bronca que mantuvo con ellos fue monumental, histórica. Eran incapaces de tener un ápice de humanidad ante los sentimientos de ella. Se limitaron a reprocharle su inadecuado comportamiento mientras su padre mandaba notas a la prensa para intentar explicar su boda años atrás. Finalmente, cansada de escucharles, Noelia tomó una decisión: les echó de su casa. Lo que menos les importaba a su padre y a aquella odiosa mujer era cómo se encontraba ella. Su padre se marchó muy ofendido. Su hija estaba tan loca como su difunta mujer y su comportamiento, día a día, así lo manifestaba.

Como siempre contó con Tomi, su amiga Salma y pocos más. Aquellos fueron quienes se preocuparon de que comiera, durmiera y se marchara de viaje a Tokio. Un cambio do aires y distracción era lo que necesitaba.

Una de las mañanas, tras haber regresado de su viaje, la joven Estela Ponce, en la preciosa suite de su casa do Bel Air se probaba varios vestidos de noche. La gran gala de los Oscar se acercaba y tenía que decidir que llevaría. Hacia

mes y medio que había regresado do España y su vida aun estaba patas arriba.

— Uis *my love* el vestido de Elie Saab está hecho para ti.

— No me convence — suspiró ella mirándose en el espejo.

Veinte minutos después Tomi volvió a la carga.

— Por el amor de *my life* ese Dolce & Gabbana te queda de infarto.

Noelia se miró al espejo. Aquel vestido de pedrería negra y corte sirena realzaba su figura pero tampoco le emocionaba. Quitándoselo se sentó sobre la cama, cogió una galleta Oreo y su primo murmuró:

— *My love*, tienes que cambiar tu actitud. ¡Para de comer! — gritó quitándole la galleta— . De nada sirve que continúes así. ¿Noves que lo único que haces es sufrir?

— No puedo hacer otra cosa — murmuró arrancándole la galleta con gesto hosco.

— Sí... si puedes, mueve tu lindo trasero y ve a buscar al *X man*.

Durante todo aquel tiempo Noelia había pensado mil veces en coger un avión e ir en busca de la persona que más quería en el mundo, pero el miedo la atenazaba y le recordaba que ella no sería más que un problema para él. Días atrás Eva la había llamado por teléfono y le había explicado lo que Garlos le había relatado y le reveló también la verdad sobre cómo las fotos y la noticia llegaron a todas las redacciones. Escuchar aquel relato consiguió que el corazón le latiera a mil. Saber que Juan aún sentía algo por ella la hizo irremediablemente feliz. Pero tras analizar la situación y darse cuenta de que él no había movido ni un dedo para ir a verla, se desmoralizó. Estaba cansada de ser ella la que siempre fuera tras él. Quizá la quisiera, pero no lo suficiente

como para tragarse su orgullo herido e intentar solucionar el problema.

— Toma, pruébate este Calvin Klein, es precioso.

Como una autómata, Noelia se levantó, dejó la galleta y se probó aquel vestido clorado. Cuando se miró en el espejo ni siquiera veía su reflejo.

— Es bonito, pero no.

Durante más de tres horas se probó más de cincuenta vestidos. Todo eran diseños de Valentino, Vera Wang Louis Vuitton, Dior, Gucci Première, Marchesa, Givenchy y nada, ninguno consiguió emocionarla.

— Por el amor de Diorrrrr —protestó Tomi—. Estoy agotado.

Noelia se sentó en la cama, y vestida con un body de raso gris marengo, se echó hacia atrás y se tumbó. Durante unos segundos cerró los ojos y resopló.

— ¿Y si no voy a los Oscar?

El chillido de horror que escuchó, la hizo dar un salto en la cama.

— ¡Ahhhhhh! Tú estás *crazy*. ¡Loca! ¡Loca! No digas eso. No-te-permito-que-digas-eso.

— Tomi, por Dios ¡qué susto me has dado!

Con la mano en el pecho y gesto desencajado murmuró:

— A ver *my love*, escúchame. Entiendo que no tengas ganas de nada por culpa de ese *man* divino que vive en *Spain*, pero si has decidido continuar con tu *life*, ¡adelante! y si quieres correr hacia él, ¡hazlo!, pero decide lo que quieres hacer.

Noelia le miró.

No podía dejar de pensar en Juan. Si realmente la quería, se había enfrentado a sus mandos e iba a hacerle cara a la prensa, ¿por qué no se había puesto en contacto con ella? ¿Por qué se había ido a Irak?

Sonó el móvil de Noelia. Era Salma, quien tras interesarse por su estado anímico, consiguió

arrancarle una sonrisa. Ella, Tomi, Mike Grisman y Jenny eran los únicos que se preocupaban realmente por ella. Desde que había regresado de España no le habían faltado sus llamadas y eso era de agradecer.

— ¿Vendrás a la cena del día veinticinco?

— No lo sé. La verdad es que no tengo muchas ganas. Mike me ha pedido que vaya con él, pero no sé.

— Vamos a ver. Te lo voy a preguntar y quiero la verdad ¿Estás con Mike? — le preguntó su amiga entre risas.

— No. Solo somos amigos. Pero reconozco que esta muy pendiente de mí desde que llegue.

— La verdad es que Mike es un poco estirado pero simpático. Aunque entre tu y yo, creo que no es tu tipo,

Aquello hizo sonreír a Noelia.

— Salma, ¿por qué crees que es estirado y que no es mi tipo?

— Ay cielito, aún recuerdo cuando hace una semana hice la barbacoa en mi casa. Todos tan de *sport*, con los *jeans* y él tan relindo con su traje beige.

— Sí, me acuerdo perfectamente — sonrió al recordar lo incómodo que estaba aquel con los amigos mexicanos de su amiga.

— Y en cuanto a lo de tu tipo, tú necesitas alguien diferente. Alguien que te mire y Le haga vibrar. Alguien que te despierte con besos de mariposa, recuerde el día de vuestro aniversario y no controle todo lo que comes y eso Mike Crisman, por muy guapo que sea, no lo cumple ¿me equivoco?

— No. No te equivocas. Pero es tan amable conmigo que…

— La amabilidad no es lo que a uno le llena el corazón y aunque suene mal lo que te voy a

preguntar lo haré: ¿que pasa con el guapo español? ¿Le olvidaste ya?

Tras un corto silencio Salma respondió por ella.

— No contestes, ya lo hiciste. Mira *cielo*, piensa qué es lo que quieres. Yo me casé con un hombre que nada tiene que ver con la meca del cine y mírame ¡soy feliz! Me paso media vida viajando de acá para allá, y a veces discuto con él por escenas algo *hot* que tengo que hacer en las películas, pero le quiero, me quiere y me compensa mi vida con él.

— No es el caso Salma, ya te conté.

— Mira cielito, ya déjate de rollos que no me convences. Entre dos personas que se quieren, solo hay que mirarse a los ojos para llegar a un entendimiento. Si tú le quieres, y él le quiere, déjale de orgullos, amárrale bien fuerte y cómete la vida con él.

La positividad de su amiga siempre la hacia sonreír. Pero por mucho que ella lo quisiera, y por mucho que Eva dijera que su hermano la quería, él dejo muy claro en su mensaje de móvil que no quena volver a verla nunca, y ella no quería volver a interferir en su vida. Otra vez no.

Tras hablar un rato con su amiga, y quedar en verse con ella aquella misma noche, miró a su primo que charlaba con el guapísimo jardinero que tenía contratado y dijo:

— Llama a Mike Grisman y dile que iré con el esta noche a la fiesta de Marlene.

— ¿Segura *queen* mía?

Ella asintió, y tras mirar el vestido de Givenchy lo cogió entre sus manos y respondió mirándose en el espejo:

— Tan segura como que me voy a poner este vestido para los Oscar.

Al día siguiente en la prensa mundial se leyó el siguiente titular:

«Estela Ponce y Mike Grisman ¿boda a la vista?»

60

El veinte de febrero, Juan llegó a España procedente de Irak y su padre y el abuelo Goyo fueron a recibirle al aeropuerto. Llegaba en un avión militar junto a otros compañeros y al ver a aquellos dos seres que tanto quería su cara se iluminó. Estaba cansado y agotado y solo deseaba dormir y descansar. Iras fundirse con ellos en un entrañable abrazo, los tres hombres de la familia Morán caminaron hacia el coche de Manuel y entre risas y bromas llegaron a Sigüenza.

Por la tarde, después de comer en casa de su padre con la familia y recoger a una histérica *Senda*, que al verle no paró de saltar y ladrar emocionada, cogió su coche y se marchó a casa. Deseaba llegar a su hogar. Cuando llegó suspiró aliviado al ver que no había ningún periodista, y sonrió al pensar con amargura *la pesadilla acabó*.

Al entrar y cerrar la puerta un extraño y hueco silencio le envolvió. Dejó su petate en el suelo y miró al frente mientras la perra, encantada, husmeaba en el salón. Los recuerdos vividos antes de su marcha inundaron su mente con más fuerza que un devastador *tsunami*. Agobiado, cerró los ojos y susurró:

— De acuerdo. Terminemos con esto de una puta vez.

Cogió su petate y se dirigió hacia el salón y lo recorrió con la mirada. Todo estaba en su lugar. Todo estaba limpio, pero al mismo tiempo vacío. Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina. Una vez allí cogió la cafetera, la llenó de agua, echó café en el filtró y la encendió. Después subió a su habitación y tras tirar el petate sobre la cama se desnudó y entró en el baño. Diez minutos después y con algo de mejor humor salió de la ducha, abrió uno de los cajones de la cómoda y tras secarse

con la toalla vigorosamente se puso unos boxer oscuros. Camino descalzo hasta su armarlo y sin mirar la cama lo abrió.

Cogió unos vaqueros y una sudadera gris y mientras se la ponía sus ojos se fijaron en algo que se había caído sobre el suelo del armario. Se agachó y al cogerlo blasfemó. Allí estaba la pequeña camiseta oscura que ella había usado para dormir.

Sin poder evitarlo se la acercó a la nariz y la olió. Aquel olor era el de ella. Un olor que había añorado todos y cada uno de los segundos de su desorientada existencia y que ahora añoraba todavía más. Con rabia recordó los titulares que había visto en las revistas «Estela y Mike ¿boda a la vista». Ni en Irak había podido alejar de su vista aquellas noticias. Finalmente decidió acabar con aquello y metiendo aquella camiseta en un cajón, directamente bajó a la cocina.

Una vez allí cogió un vaso y sacó un cartón de leche del mueble. Lo abrió y se sirvió. Calentó el café con leche en el microondas e instintivamente abrió el mueblecito de las galletas y las vio. Allí estaba el paquetito azul de las Oreo que tanto le gustaban a ella. Cerró el mueble de golpe y sin coger el café se dirigió de nuevo al salón. Rebuscó entre los CD de música y puso uno en el equipo. Al escuchar los primeros sones de aquella canción se le puso la carne de gallina.

At Last my love has come along / Al fin mi amor ha llegado

My lonely days are over / Mis días solitarios han acabado

And life is like a song / Y la vida es como una canción

At Last [...] / Al fin [...]

Mientras la voz de Beyoncé inundaba el salón se tumbó en el sillón con el mando del equipo en la mano y cerró los ojos.

Ella me dijo que esta música me ayudaría a relajarme. Ella… ella… ella…

Por su mente pasearon sin control momentos vividos con ella. Recordó su cara de sorpresa cuando le tapó la boca con cinta americana aquel día en el campo, su gesto de enfado el día que le tiró barró a la cara, su asustado rostro al entrar por primera vez en casa de su padre, su chispeantes ojos al comer las galletas Oreo sobre la cama, su divertida sonrisa cuando la hacía cosquillas, y su pasión en la mirada cuando le hacia el amor. Añoró su boca, sus ojos, sus manos, su encanto y tuvo que sonreír al recordar lo divertida que era y su maravilloso sentido del humor.

Las horas pasaron. Llegó la noche y Juan continuaba tumbado en el sillón escuchando la misma canción, una y otra vez, mientras revivía recuerdos. Momentos vividos con ella. Instantes que se había obligado a no revivir durante demasiados días. Pero que al llegar a su hogar, en soledad, se lo permitió.

Sonó el timbre de la casa y eso consiguió arrancarle de aquella dulce pero amarga agonía. Arrastrando sin ganas sus piernas hasta la puerta, al abrir sonrió al encontrarse en la puerta a Garlos, Lucas y Damián, junto a otros compañeros.

Entre risas y abrazos todos le saludaron, y cuando hubieron acabado con todas las cervezas frescas que había en el frigorífico, decidieron salir a tomar algo.

Al llegar al Loop, Juan se dio de bruces con el Pirulas, que al verle suspiró, agachó la cabeza y se acercó hasta su amigo dispuesto a lo que fuera.

Juan, al verle acercarse, se tensó. Sabía por Carlos y por Eva cómo llegaron las fotos de Noelia hasta la prensa y deseó partirle la cara, pero era consciente de que todo lo ocurrido fue algo tramado por Paula.

— Tranquilo Pirulas… no pasa nada.

— Joder macho — gimió aquel abrazándole ante todos— Lo siento. Siempre la cago contigo y con ella. Lo siento. Me merezco que me partas la cara ¡lo sé! Y te aseguro que no voy a defenderme. Me lo merezco… me lo merezco.

Durante unos segundos Juan se quedó quieto. Todos sus compañeros le miraban con gestó guasón. Finalmente, tras sentir la pena de aquel, le dio un par de palmadas en la espalda y le susurró al oído:

— Te he dicho que no pasa nada, Pirulas, pero si no dejas de abrazarme creo que si pasará.

Rápidamente, aquel se soltó y entonces Juan, con una sonrisa, volvió a abrazarle con fuerza.

— Ven aquí hombre… yo también me alegro de verle.

Pasados aquellos primeros segundos de tensión, todo se relajó y durante horas el grupo de hombres se divirtió jugando a los dardos, hasta que Lucas se acercó a unas jóvenes y Carlos murmuró:

— Vaya, *Mariliendre* ya está de caza.

Aquel pareció leerle los labios y, con una sonrisa, se acercó hasta ellos y se situó al lado de juan.

— Mi amiguita dice que estás muy bueno ¿quieres levantármela?

— Tranquilo, hoy no estoy de humor — respondió con mofa.

Aquel comentario hizo que Lucas sonriera y, sorprendiendo a aquellos dos, indicó:

— Si yo fuera tú, lo intentaría. Y no me refiero a esa jovencita de falda roja precisamente.

Juan clavó sus oscuros ojos en él y no respondió. Lucas prosiguió:

—Sé que no querrás hablar de ella, pero lo siento capullo, me vas a escuchar, Noelia es una mujer maravillosa, y no porque sea Estela Ponce, que eso te guste o no la hace más atractiva, si no porque ella ha sabido ver en ti algo que no ha visto en mi, y mira que no lo entiendo —se mofó—, porque estoy

infinitamente más bueno que tú. Así que, deja de hacer el gilipollas y llámala.

— ¿Alguien te ha pedido consejo *Mariliendre*? — gruñó Juan.

— No *divine* — sonrió aquel imitando a Tomi— Pero como diría mi abuelo Pepe, el de Cádiz, Camarón que se duerme se lo lleva la corriente. Por lo tanto, ¡espabila!

Dicho esto, levantó las cejas y se fue hacia el grupito de las jovencitas. Cinco minutos después ya tenía en el bote a su presa.

— Joder con Lucas, y parecía tonto — murmuró Carlos sorprendido.

Juan resopló a modo de respuesta. Había regresado a su vida, y de nuevo todo comenzaba a sobrepasarle. Carlos, al ver el gesto de aquel, aprovechó el momento y dijo sin importarle las consecuencias:

— A ver Juan, ella…

— No me jodas *churri*, y no empecemos con lo mismo — protestó con gesto duro.

— Escúchame joder. Ella se fue porque no quería perjudicarte en tu trabajo. Le repetiste tantas veces que era un problema, que al presentarse la prensa en tu casa y ver tu reacción decidió ponértelo fácil. Ella te quiere tío… ¡te quiere!

Al escuchar aquello juan le clavó la mirada.

— ¿Y eso ahora a qué viene?

— Viene a que tienes que saberlo y hacer algo.

Furioso y con rabia contenida siseó:

— ¿Me quiere? Vaya… cuánto me alegra saberlo.

— Sí… te quiere ¿pero en qué idioma hay que decírtelo para que lo entiendas?

— Tú estás tonto, joder — resopló Juan y dio un trago a su cerveza— . Acaso no has visto que ella ha rehecho su vida con Mike Grisman.

— Ese es un blandengue que no tiene media *guantá*. Si tú quisieras le levantabas a Noelia con una mirada.

— No… ella ya ha elegido y yo no voy a hacer nada — y despechado sentenció—: Que se quede con el Grisman.

— ¿Noto cierto retintín en tu voz?

— Déjame en paz, Carlos.

Pero este continuó metiendo el dedo en la llaga.

— Vaya… me gusta saber que lees la prensa del corazón para saber de ella. Eso me hace pensar que todavía te interesa esa mujer, aunque sea Estela Ponce.

— Mira, no tengo porqué hablar de esto y menos contigo —le espetó a su amigo levantándose de la mesa con gesto desencajado.

— Oh sí… claro que lo harás —se levantó su amigo.

Dominando sus ganas de cogerle por el cuello para que callara y le dejara en paz Juan voceó:

— ¿Te he dicho que quiera hablar de ello? ¿Te he preguntado yo por ella acaso?

— No. pero ya me conoces, soy algo marujil y entrometido. Estar casado con mi *churri* es lo que tiene ¡todo se pega!

Aquel comentario le hizo sonreír y Carlos prosiguió:

— Piénsalo. Ella te quiere, tú la quieres ¿Dónde está el problema?

— La llamé…

— ¿La llamaste? ¿Cuándo? — preguntó sorprendido a su amigo.

— La noche que ella volaba hacia Los Angeles. Le dejé un mensaje en el buzón de voz. Le dije que no quería volver a verla en mi vida. Le grité cosas terribles de las que me avergüenzo y sobre las que no quiero volver a pensar.

Dando un empujón a Carlos para apartarle de su camino, Juan, se encaminó hacia la salida del local. No estaba dispuesto a escuchar nada más. Lucas miró a Carlos y este, con un gesto, le indicó que no se preocupara y fue tras él. Una vez fuera del local, Juan se encaró a su amigo.

— Se acabó Carlos, no quiero escuchar nada más. ¿Me has oído?

— Pues lo siento, porque creo que vas a tener que escucharme un poquito más.

Furioso, le dio un empujón acorralándole contra la pared.

— Maldita sea, Carlos. ¿Por qué coño te empeñas en recordarme algo que quiero olvidar?

— Porque como te dije una vez, sigues con el freno de mano echado y ya es hora de que lo bajes y seas feliz ¡joder! Además, tenía ganas de comprarme la pamela para la boda.

Aquel comentario y la sonrisa burlona fueron el detonante. Juan le asestó un puñetazo. Sin calibrar su fuerza, le dio tal golpe en el estómago que Carlos se dobló en dos. Pero este no se quedó quieto y, en cuanto sintió que su amigo aflojaba su fuerza, levantó la pierna y le dio una patada con tanto impulso que Juan acabó espatarrado en el suelo. Enfadado por su cabezonería miró a su amigo y, levantándose del suelo, gritó:

— ¡No te das cuenta de que quiero continuar con mi vida! ¿Por qué te empeñas en hacerme

recordar lo que no debo?

— Porque estás confundido y me parecerá estupendo que olvides, pero solo cuando conozcas la verdad de los hechos, Noelia tuvo miedo a que la echaras de tu vida, por eso fue dura contigo y se fue sin despedirse. No quería sentir tu desprecio. No quería ver cómo su presencia había arruinado tu trabajo. Por eso huyó. ¡Piénsalo!

Boquiabierto por aquella revelación clavó sus oscuros ojos en su amigo.

— ¿Y tú cómo sabes eso?

Con una tonta sonrisa, Carlos se acercó a él.

— *Nenaza*, uno tiene sus fuentes y te aseguro que son totalmente fiables.

Apoyándose en la pared para tomar aire, Juan susurró:

— No voy a dar marcha atrás Carlos…

— Pues harás muy mal pero por lo menos yo, a partir de ahora, podré dormir tranquilo por las noches sabiendo que lo intenté y te dije la verdad. Ahora tú, y solo tú deberás decidir qué quieres hacer. Pero estoy de acuerdo con *Mariliendre*: ¡Espabila!

Dos segundos después, los dos entraban de nuevo en el Loop donde se emborracharon.

61

Los días pasaron. Juan y Noelia conocían la verdad sobre cómo se filtró la información a la prensa y sobre lo mucho que se echaban de menos, pero ninguno movió ficha. El daño que había sufrido en sus corazones era tal que ambos decidieron pasar página y olvidar.

Juan continuó con su vida e intentó disfrutar de los días libres que le quedaban antes de reincorporarse de nuevo a su unidad. Noelia hizo lo mismo y más cuando supo que él había regresado sano y salvo de Irak. Saber que estaba bien era lo único que necesitaba para poder continuar viviendo.

El veinticinco de febrero, la víspera de la gala de la entrega de los Oscar, Noelia cenaba junto a Mike Grisman y varios de los nominados a los premios. Todos se reunieron en el hotel Seminius para disfrutar de una velada entrañable. En su misma mesa se sentó Salma con su marido y aunque no podían hablar en privado porque estaban situadas una enfrente la una de la otra, se entendían con la mirada.

Durante la cena, Noelia comprobó que no muy lejos de su mesa estaba su padre con su mujer. Se saludaron desde la distancia con un movimiento de cabeza. Su relación, tras regresar de España, se tornó inexistente. La discusión que mantuvo con ellos había abierto brechas incurables. Aquel día, Noelia, presa de su pena y su tristeza les pidió comprensión y afecto, algo que ellos decidieron ignorar. Aquella frialdad fue lo que definitivamente le congeló el corazón. Estaba sola y así era cómo debía aprender a vivir.

Un ruido ensordecedor la sacó de sus pensamientos. Al girar la cabeza sobresaltada para ver qué había sucedido, vio a un joven

camarero en el suelo recogiendo la pila de platos que se le habían caído.

— Que torpe eres chico, y eso que solo tienes que llevar y traer platos — se mofó Mikel Crisman a su lado haciendo reír a varios de los comensales.

El muchacho, al escuchar aquello, levantó la vista. En su mirada se reflejaba la rabia por aquel comentario pero calló. Noelia, sin poder evitarlo, se fijó en la chapa que llevaba en la solapa de su chaquetilla blanca. «Josh», leyó. Y levantándose de la mesa dijo mientras ayudaba al chico a recoger la loza rota:

— No le hagas caso Josh. Ya me gustaría verle a él haciendo lo que tú haces.

Boquiabierto, el muchacho la miró y sonrió. Ante él estaba la grandísima Estela Ponce, ayudándole a recoger los platos rotos y levantándole el ánimo.

— Gracias, señorita Ponce — sonrió aquel. Ella le guiñó un ojo.

— De nada, Josh.

Mientras ayudaba al muchacho, recordó el día en que otro camarero cayó a los pies de Juan en la cafetería de Madrid. Su amabilidad y humanidad, nada tenían que ver con la de Mike. Al pensar en ello sonrió, y con los recuerdos dando vueltas por su cabeza, acabó de ayudar al muchacho. Cuando volvió a su asiento junto a Mike, este la recriminó:

— Estelle, ¿qué estabas haciendo?

— Ayudando a Josh — respondió tras guiñar el ojo a su amiga Salma, sentarse y ponerse la servilleta sobre las piernas.

Después de que otro de los camareros les sirviera el segundo plato, Mike insistió acercándose a ella:

— Debes mantener tu posición social. Eres Estela Ponce, no una recogeplatos. ¿Qué

p e n s a r a n l o s d e m á s s o b r e l o q u e h a s h e c h o ?

La joven miró a los comensales que les acompañaban en la mesa y tras sonreír a su amiga respondió con tranquilidad:

— Sinceramente Mike, los que son mis amigos ya me conocen y el resto me importa bien poco lo que piensen — molesta por aquella llamada de atención le siseó— : ¿Qué pasa, tú nunca le has tropezado ¿Nunca has necesitado ayuda?

Incapaz de contestar a aquello el divo del cine miro a su alrededor hasta encontrarse con la mirada de Steven Rice y farfulló malhumorado:

— Con solo mirar a tu padre, sé que piensa como yo.

— Pues ¡qué bien! — se mofó ella.

— Solo hay que ver cómo te ha mirado mientras…

Sin poder aguantar ni un segundo más, Noelia le miró con desdén.

— Lo que píense mi padre de mi, no me interesa. Por lo tanto cierra el pico, si no quieres que te lo cierre yo delante de todos.

Durante unos segundos permanecieron callados mientras escuchaban el discurso que John Foswell ofrecía, hasta que Mike, molesto por como ella le había hablado, volvió al ataque.

— No sé qué clase de tipo sería con el que has estado en España, pero a mi no me hables así — ella le miró fijamente y preguntó:

— ¿Qué estás diciendo Mike?

— No te hagas la tonta porque sé muy bien con quién estuviste. ¿Acaso crees que tu padre no me mantuvo informado? Estuviste con un policía y, por tus recientes modales, presupongo que ni mucha educación ni saber estar debía de tener.

Deseó darle un puñetazo allí mismo y saltarle los dientes, pero no, no debía hacerlo. Primero porque no era lugar y segundo porque la educación debía primar ante todo, aunque aquel le

estuviera demostrando la poca que tenía. Finalmente, cuando comprendió la convenida relación que unía a aquellos contestó con mofa:

— Vaya… me dejas impresionada. Mi padre y tú hablando de mí.

— Tu padre solo quiere que tu carrera no se hunda, y sabe que yo soy un buen poste al que amarrarse.

— ¿Que tú eres qué? — preguntó sorprendida.

— Lo que has oído. Tú eres Estela Ponce, pero yo soy Mike Grisman, no lo olvides. Soy un hombre que puede darte mejor vida que ese poli, además de la fama necesaria parar continuar con tu carrera.

— Vaya… — suspiró Noelia deseosa de haber tenido el garrote de el abuelo Goyo para darle aquel su merecido.

Si algo tenía Juan era clase y saber estar. Mucha más que aquel divo hollywoodiense que se mofaba del pobre chico que se había resbalado con los platos.

Molesto por la guasa que veía en su mirada, Mike se envalentonó y prosiguió.

— Quiero que sepas que he perdonado que te quedaras en España y tuvieras un romance con ese policía, y si te perdoné fue porque tu padre habló conmigo y me hizo ver lo beneficioso de nuestra unión.

Noelia resopló cada vez más sorprendida. Ahora entendía la insistencia de aquel por invitarla a salir una y otra vez. En el fondo todo era marketing. A Mike le convenía que le volvieran a relacionar con ella y a su padre también. Ella era solo un negocio y eso le revolvió el estómago. Mike era como su padre. Siempre lo había sabido, pero ahora lo confirmaba. Simplemente quería usarla igual que la mayoría de los que estaban sentados con ella en aquella cena. Estaban allí en

su propio beneficio, para ganar fama y dinero.

— No me mires así, Estelle — prosiguió aquel— . Darte una nueva oportunidad es algo beneficioso para los dos, para nuestras carreras. Un beneficio que ese vulgar policía no te puede dar. Pero quiero que quede clara una cosa, no voy a consentir que me humilles ni me hables como lo has hecho hoy, ni ahora, ni nunca.

Hasta aquí hemos llegado pedazo de burro pensó malhumorada.

Furiosa, levantó el pie y con toda la fuerza que pudo clavó su fino tacón de Jimmy Choo sobre el zapato de Mike. Al ver que este disimulaba el gesto de dolor ante todos, se aproximó más a él con gesto sonriente.

— Mira, guapo. Con lo que acabas de decir en referencia a mi padre lo has acabado de arreglar. En cuanto a eso de que tu me estas dando una segunda oportunidad, no te lo crees ¡ni loco! Y por último, para hablar del policía español le lavas la boca antes. Ese hombre, ese policía, no es vulgar. Es maravilloso, ingenioso, divertido, cabezón y acurrucoso, y por si fuera poco todo lo bueno que te he dicho, también es mil veces más hombre que tú. Tiene unos valores sobre la vida, la dedicación y la familia que tú nunca conocerás. Y si vuelves a mencionarle en tono despectivo a él o a su familia, o a acercarte a mí para algo más que no sea algo relacionado con el trabajo, te juro que lo vas a lamentar ¿entendido?

Mike asintió asustado y durante el resto de la velada no volvieron a dirigirse la palabra. Notó que estaba muy enfadada y, si algo sabía de ella, era que cuando se enfadaba había que dejarle tiempo para que entrara en razón. Noelia era muy temperamental y necesitaba su tiempo. Tras la cena, y algo más calmado, Mike al verla de nuevo sonreír, se acercó con cautela y asiéndola del codo la apartó del grupo donde estaba.

— Estelle, preciosa. He dicho que te perdono.

— ¿Que me perdonas? — se mofó ella deseando tener a mano la cinta americana para taparle la boca — . Vaya, es todo un detalle.

— Creo que mi comentario ha sido desafortunado y…

Tapándole la boca con la mano, ella, con una espectacular sonrisa murmuró:

— Oh no, Mike. Creo que el comentario sobre lo que es beneficioso para ti y para mi ha sido lo más afortunado que has dicho en tu vida. Gracias a él me he dado cuenta de lo que quiero y lo primero que quiero es no volver a tener nada contigo. A pesar de ser una pésima persona, eres un actor maravilloso, pero lo poco que hubo entre tú y yo se acabó.

— ¡¿Cómo dices?!

El padre de Noelia que los observaba desde hacía rato desde la otra punta del salón, al ver el gesto de su hija y la cara de Mike optó por acercarse a ellos. Desde su tremenda discusión cuando llegó de España no había vuelto a hablar con ella, pero al acercarse y escuchar la última frase pregunto:

— ¿Qué es eso de que lo que hubo entre Mike y tu se acabó?

— Lo que has oído, ni más ni menos — respondió mirando a su padre.

— Estelle, tu relación con Mike es…

— Mi relación con Mike es nula— — cortó la joven. ¿Qué hacia su padre discutiendo con ella sobre su vida?

— Lo siento Steven, pero tu hija hoy no está de humor — añadió el actor con gesto contrariado.

El poderoso cineasta, con el ceño fruncido, asió a su hija que le miraba con desprecio y, llevándosela a un lateral del salón, lejos de ojos indiscretos siseó:

— Estelle haz el favor de comportarte como la mujer que eres. El que Mike y tú estéis juntos pued…

— Cállate papá — respondió con odio— Yo no tengo ninguna relación con Mike, ni la voy a tener porque no le quiero.

— Siempre ocasionando problemas… siempre.

— No papá, yo no te ocasiono nada — respondió con seguridad— . Eres tú el que se empeña en querer controlar mi vida y cuando ves que se escapa de tu férreo control te desesperas. Vamos a ver ¿cuándo te vas a enterar que la única que puede decidir sobre mí misma soy yo?

— Cuando me demuestres que eres capaz de pensar con sensatez y no como tú madre, con el corazón. Esto es la industria del cine y aquí hay unas normas que acatar. Tu actitud y tu negativa a aceptar ciertas cosas me recuerda a ella, y eso solo te perjudicará.

Aquello le dolió. Que mencionara a su madre le revolvió las tripas. Su padre sabía todo lo que ella había sufrido con su muerte. Y cómo si le hubieran metido los dedos en un enchufe Noelia explotó llena de ira.

— Nunca la quisiste a ella y nunca me has querido a mí. Pero la diferencia que hay entre mamá y yo, es que ella no supo ver lo dañino que eras y yo sí. Si tengo algo que agradecerte es la oportunidad que me dio la meca del cine por ser tu hija. ¡Solo eso! Pero mi cuenta está saldada contigo desde lince mucho tiempo y…

— No le consiento que me hables así Estelle. Tu madre era un ser débil que…

— Que le quería maldito imbécil — siseo con

odio— . Mamá era una mujer demasiado buena para ti que solo demandaba un poco de tu valioso tiempo y tu cariño para que la quisieras. Pero solo consiguió pequeñas migajas del gran Steven Rice hasta que no pudo más y tomó aquella terrible decisión. Pero yo no soy ella, no lo olvides. Yo tengo tu fuerza y su bondad. No soy un problema. Aprendí a no querer migajas tuyas desde muy pequeña y te aseguro que a día de hoy soy una mujer de treinta años que sabe muy bien lo que quiere y, sobre todo, que tiene muy claro quién la quiere. Y ni tú, ni la tonta de tu mujer, ni Mike podéis darme lo que yo necesito porque no me queréis. Por lo tanto papá, no vuelvas a decirme con quién he de estar o no porque el poco respeto que te tengo porque eres mi padre y porque la abuela me lo pidió, se puede desvanecer en un segundo y te aseguro que lo vas a lamentar.
— Steven Rice impresionado no podía despegar los labios— . Pero no lamentarás perderme como hija, porque nunca me has tenido, si no porque si la prensa se enterará de tu comportamiento conmigo y eso ocasionará un gran escándalo que tú ¡don poderoso! no se puede permitir. ¿Y sabes por qué? Porque sabes tan bien como yo que la gente, el público, me quiere y te guste o no, Estela Ponce hoy por hoy, es tan fuerte y poderosa como tú en la industria del cine.

— Estelle…

— No papá. No digas nada y ¡escúchame! Nunca más vuelvas a inmiscuirte en mi vida, ¿entendido?

Dicho esto, se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Por fin le había dicho a su padre todo lo que llevaba años guardando en su interior y se sintió liberada. Necesitaba respirar aire fresco y alejarse de allí y de aquel ser que solo miraba por él mismo y por su negocio sin tener en cuenta que

en la vida también existen los sentimientos. En su camino la interceptó Mike quien, con gesto serio, le preguntó:

— ¿Has recapacitado en cuanto a lo nuestro?

Tras soltar un suspiro de frustración la joven actriz lo miró y en un tono más conciliador se acercó a él.

— Vale. Entiendo que eres un hombre y vuestra especie necesita su tiempo para procesar la información. Pero no... lo nuestro no existe porque nunca ha existido Y una vez que te lo he dicho y aclarado, piénsalo y procésalo, porque no te lo voy a volver a repetir ¿Okay?

Sin más, se acercó a su amiga Salma, la besó en la mejilla y quedó en llamarla al día siguiente. Después se marchó. Quería regresar a su casa.

62

El veintisiete de febrero por la noche Juan estaba sentado cómodamente en su salón leyendo un libro cuando sonó el timbre de la puerta de su casa. Sorprendido, miró el reloj. Las doce y cuarto de la noche. Rápidamente se levantó y al coger el telefonillo escuchó:

— Abre Juan, somos nosotras.

Al escuchar aquello blasfemó ¿Qué hacían sus hermanas allí a esas horas? Pero apretando el botón del portero abrió la verja y después la puerta, quedándose de piedra al ver aparecer a sus hermanas, padre, abuelo, a Menchu y cuando creía que no podría ver entrar a más gente entró Carlos con su mujer, Lucas y Damián.

Boquiabierto al verles llegar con bebidas, hielo y bolsas de patatas fritas preguntó:

— ¿Pero qué se supone que estáis haciendo aquí?

— Venir a ver la gala de los Oscar — respondió Eva dejándole patidifuso.

— ¡¿Cómo?! — bramó enfurecido.

Lo último que le apetecía ver en aquel instante era aquel absurdo programa.

— Lo que oyes Juan — replicó Irene— . Lolo se ha quedado con los niños en casa y tú eres el único que tiene Canal Plus, a papá no le funciona.

Juan fue a decir algo cuando su amigo Carlos, tras darle un golpe en la espalda para llamar su atención, dijo:

— Eso te pasa por tener el Plus, *nenaza*.

Divertido por el gesto adusto de Juan, Lucas dijo al padre del anfitrión:

— Toma Manuel, una cervecita fresquita. — Y mirando hacia su enfurecido amigo, le guiñó el ojo y dijo— : en el frigorífico he puesto otra tanda. Creo que la noche va a ser larga.

—Vaya qué considerado —murmuró agriamente Juan.

—Churri —gritó Laura—. Dame una Coca-Cola.

—En seguida, preciosa —contestó Carlos encantado.

Sin entender nada de lo que estaba pasando, Juan, en medio del salón observaba todo aquel jaleo sin dar crédito mientras *Senda*, su perra, parecía encantada de tener a toda aquella gente allí.

—Por cierto —dijo Carlos tras entregarle el refresco a su mujer—, por si no te habías enterado, nuestra amiga Noelia está nominada a los Oscar y esto es como cuando España jugó en el mundial. En vez de todos con la roja, esta noche es ¡todos con Noelia! Nuestra chica tiene que ganar ese Oscar, sí o sí.

—No me jodas, hombre —protestó aquel—. ¿No os podéis ir al bar para verlo?

—Ni lo pienses, guapo —sonrió Almudena tras aparcar el cochecito de su bebé en un lateral del salón—. Pudiendo estar tu casa, ni de coña nos vamos al bar.

El abuelo Goyo, que estaba ansioso por ver aquel programa de televisión, cogió una de las butacas, la puso frente a la tele y gritó:

—El gorrioncito tiene que ganar por guapa y relinda.

Cada vez más alucinado, Juan les vio acomodarse frente al televisor, mientras charlaban y reían como si estuvieran en cualquier sitio menos en su casa. Incluso *Senda* parecía feliz. Jugueteaba con Damián mientras este le daba una patata frita. Quiso gritarles que se fueran, que no quería compañía, que lo último que quería ver era aquel programa cuando su padre, que le llevaba rato observando, le cogió por el hombro derecho y dijo ofreciéndole una cerveza:

— He traído croquetas. No veas lo buenas que salen con la nueva Thermomix.

— Pero papá… — se quejó desesperado.

— Lo sé hijo, lo sé — se disculpó aquel— , pero tus hermanas ya sabes como son y han movilizado a todo el mundo para ver la gala de los Oscar.

— ¿Y no lo podían haber visto en tu casa?

Manuel sonrió, cada vez mas consciente de la necesidad de que Noelia volviera con su hijo, cogió una croqueta de la bandeja, le dio un mordisco, y dijo:

— No hijo. La gracia era verlo en la tuya.

— Joder — murmuró molesto.

Un rato después, tras poner todas las excusas del mundo para echarles de su casa, Juan claudicó. Nadie estaba dispuesto a irse de allí hasta que aquella maldita gala terminara. Pero les dejó claro una cosa. Él no iba a verla. Por ello, muy enfadado, se dirigió a su garaje dispuesto a hacer cualquier cosa menos estar allí sentado con ellos.

Sobre la una de la mañana todos vocearon al ver que por fin conectaban con el evento. Durante un buen rato vieron desfilar entre flashes a infinidad de famosos por aquella preciosa alfombra roja caminando hacia el teatro Kodak.

— Oisss que mona va la Portman — gritó Irene al ver a la actriz ataviada con un vestido granate corte imperio.

— Para mono su *churri* — añadió Laura— . Le conoció en el rodaje de la película Cisne negro ¿la habéis visto?

— Sí… a mi me gustó mucho — asintió Eva.

— Bueno… bueno… bueno… ¡Cómo va de guapa Penélope! — gritó Almudena.

Los ojos de todos se centraron en la actriz española y Lucas, tras beber de su cerveza, murmuró:

— Sí... está tremenda.

— ¿Dónde están el gorrioncillo y Tomi? — preguntó el abuelo Goyo.

— Estarán al llegar — respondió Almudena.

— Por el amor de Diorrrrrrrr — gritó Eva—. Me encanta el vestido plateado que lleva Gwyneth Paltrow. Está guapísima.

— Guapísima... guapísima — corearon los hombres divertidos.

— Oh sí... el vestido es chulísimo. Pero claro, menudo tipazo que tiene ella. Ya quisiera yo — se quejó Almudena.

— *Churrí* — gritó Laura—. Para la boda de mi prima Paz me haré un vestido como ese ¡que lo sepas!

— Genial, preciosa... genial — sonrió aquel tras encogerse de hombros ante la mirada guasona de sus amigos.

— Uoooo ¿y que me decís del vestido que lleva Hilary Swank? — aplaudió Menchu.

— Aisss que bonitooooooooo. Es preciosooooooooo — asintió Irene.

— Precioso... precioso... — volvieron a mofarse los hombres.

Diez minutos después Eva volvió a gritar.

— Joderrrrrrrrrrr ¡pero que bueno que esta el McConaughey! Ay Dios qué guapo está con ese esmoquin. No me digáis que ese tío no es sexy.

El resto de las mujeres asintieron.

— Todo tuyo hija. A mi me gusta más Colin Firth. Es más madurito, vamos como a mi me gustan — murmuró Irene,

Damián, que junto con los hombres se divertía con los comentarios que aquellas hacían, al escuchar a Eva y verla tan emocionada mirando la pantalla dijo:

— Bah… el *macnosequé*, tampoco es para tanto. Por cierto ¿no tiene nombre de hamburguesa?

Al escuchar aquello, la joven le miró y, tras darle un repaso de arriba abajo con un gesto devastador, susurró:

— Ya quisieras tú parecerte a él aun siendo una hamburguesa.

— Perdona guapa, pero ya quisiera él parecerse a mi. Y te recuerdo que yo soy de Ávila, como los chuletones — respondió aquel, ganándose varias palmaditas en la espalda de algunos hombres.

— Si es que es *pá* darle — se quejó Eva al verle sonreír.

— Eva María ¡ni caso! — replicó Irene.

— No empecemos Eva… No empecemos — sonrió Almudena.

— Pero ¿cuándo salen el gorrioncillo y Tomi? — insistió el abuelo Goyo con curiosidad.

Irene le rogó con la mirada a su hermana Eva que no discutiera con Damián, algo prácticamente imposible, pues era verse y chocar como dos trenes a alta velocidad. Después miro en dirección al anciano y 1c respondió.

— Abuelo Goyo, timen que llegar de un momento a otro. No te impacientes.

— ¿Te dijo Tomi o Noe qué vestido llevaría para los Oscar? — preguntó curiosa Almudena— . Seguro que grandes firmas como Calvin Klein, Dior o Marchesa estarían como locos por verla desfilar con su precioso vestido.

—Seguro que se pone un Dior —asintió Menchu—. Noelia tiene cuerpo para ponerse eso y lo que quiera.

—Almu, Tomi no me dijo nada —respondió Eva y, bajando la voz para que Juan no la escuchara, murmuró—: Solo me dijo que intentara que el *Xman* viera la gala.

Al decir aquello todos se miraron entre sí y resoplaron. Juan no lo iba a poner fácil. Mientras tanto aquel, ajeno al plan que urdía el grupo, trasteaba en su garaje mientras escuchaba a los AC/DC.

—¿Y cómo hacemos para que se siente y la vea? —preguntó Irene.

—Tranquilas, preciosas —sonrió Lucas—. Para eso estamos nosotros aquí.

Todas sonrieron cuando de pronto Eva gritó:

—Ahí está Noeliaaaaaaaaaa. ¡Qué guapaaaaaaaaaaaaaaaa!

Desde el garaje, Juan escuchó el grito de su hermana y la herramienta que tenía en sus manos se le escurrió y cayó con gran estrepito al suelo. Durante unos segundos, intentó luchar contra la tentación de asomarse por la puerta y mirar el televisor, pero al final el deseo le venció y se acercó a la puerta para mirar. Allí estaba ella, tan guapa como siempre, con su espléndido pelo rubio recogido en un moño italiano y sus inquietantes ojos azules sonriendo mientras saludaba a otros actores.

—Ay mi gorrioncito que hermoso está. Es la más lustrosa de todas y Tomi, con ese traje rojo o *encarnao* o como él quiera llamarlo va *mu* relindo también —aplaudió el abuelo Goyo encantado de la vida.

Durante un rato, las cámaras de televisión siguieron los pasos de estos dos, en especial los de Estela Ponce que era una de las posibles

premiadas de la noche.

— Ay *churrí* — gritó Laura emocionada— . Esta saludando a Vin Diesel.

— Si *cielo* ya lo veo — sonrió Carlos al escuchar a su histérica mujer.

De pronto, Eva miró a su hermana Almudena y preguntó:

— Pero el vestido que lleva Noelia ¿no es el que se compró en la tienda de Alicia? ¿El de las plumas?

Pero no le dio tiempo a contestar. El móvil de Almudena sonó y una alucinada Alicia gritaba como una posesa que el vestido que llevaba Noelia en la gala de los Oscar había sido diseñado y confeccionado ella.

— ¡Qué fuerte! ¿Se ha puesto el vestido de Alicia? — gritó encantada Irene.

— Como diría Tomi, esta *lady* es lo más — se carcajeó Menchu.

Dos segundos después Noelia, junto a un guapísimo Tomi, se acercaron hasta los reporteros de televisión que les reclamaban, y tras contestar a algunas preguntas en inglés, un reportero le preguntó algo en español y ella contestó:

— Este bonito vestido es un diseño exclusivo de la maravillosa Alicia Domínguez. Una estupenda diseñadora española que tuve el placer de conocer cuando estuve en España, y que estoy segura que pronto dará mucho que hablar. De hecho Annette Bening ya me ha pedido su teléfono.

— Ay madre… Alicia tómate una tilita que la necesitas. Mañana hablamos — susurró Almudena antes de colgar.

Juan, incapaz de dejar de mirar la pantalla, siguió todos los movimientos de Noelia. Le encantaba cómo aquella preciosa mujer sonreía y eso le hizo que el corazón comenzara a latirle con fuerza. Pero cerró los ojos y volvió a lo que estaba haciendo. ¿Qué hacía mirándola? No debía

martirizarse con algo que no podía ser.

Tras más de una hora y media en la que desde la casa de Juan piropearon a todos los actores que entraban en el teatro Kodak, la gala comenzó. Expectantes como nunca en su vida, ninguno quito el ojo de la pantalla, y cuando anunciaron que en unos minutos iban a abrir el sobre que desvelaba el gran secreto que todos esperaban, sin dudarlo Carlos, Lucas y Damián se dirigieron con paso firme al garaje, cogieron a su amigo Juan entre los tres, y sin importarle los puñetazos ni las blasfemias que aquel soltaba le sentaron frente al televisor.

— Queréis soltarme, joder — gruñó aquel.

— Ni lo sueñes — rio Carlos poniéndole unas esposas que lo sujetaban al butacón.

— Juanito, hermoso deja de moverte así o te cepillaras el butacón — dijo el abuelo Goyo con mofa.

Aturdido, explotó malhumorado:

— ¡Os juro que esta me la vais a pagar! Papá — gritó— , haz el favor de decirles a estos idiotas que me suelten.

Manuel, al escuchar aquello, se dio la vuelta, cogió el plato de croquetas y preguntó:

— ¿Quién quiere una croqueta?

— ¡Papá! — vociferó incrédulo.

Como si de una comedia absurda se tratara todos gritaron mientras cogían lo que Manuel les ofrecía y cuando por fin callaron Juan gritó:

— Venís a mi casa, os entrometéis en mi vida y encima tengo que soportar que me hagáis esto.

— Anda Juan, cierra el pico — se quejó Eva— , Solo queremos que veas con nosotros si Noelia gana el Oscar o no. Al fin y al cabo la conocimos gracias a ti.

— Lucas, maldito cabrón ¡Suéltame!

— No *divine* —se mofó aquel—. Esta es mi venganza por levantarme a esa preciosidad.

— Pero ¿tú estás tonto? —voceó Juan. Y mirando a Damián insistió—: ¡Suéltame tú!

— Lo siento colega. Si lo hago *Mariliendre* y el *churri* luego no me ajuntaran. —Al decir aquello, Eva le miró divertida y le guiñó un ojo.

— ¡Joder! Esta me la pagáis —soltó Juan desesperado Justo antes de que su hermana Eva le pegara algo en la boca.

Incrédulo, comprobó que un trozo de cinta americana le bloqueaba de pronto la boca. Ya no podía gritar.

— Tomi me dijo que con esto no escucharíamos tus maldiciones —dijo Eva encogiéndose de hombros.

— Psss a callar hermoso que van a decir si nuestra muchacha ha ganado o no —exigió el abuelo Goyo levantando su bastón nuevo.

Convencido de que nada podía hacer rumió sus blasfemias, mientras todos los demás sonreían y cruzaban los dedos a la espera de que abrieran el sobre y dieran el nombre de la ganadora al Oscar como mejor actriz.

De detrás del decorado salieron George Clooney y Sharon Stone y tras dar entrada al video de presentación de las nominadas, George, tan guapo y sonriente como siempre, abrió el sobre, sonrió y se lo pasó a Sharon que dijo:

— *And the winner is*... Estela Ponce.

Al escuchar aquello, la locura reinó en casa de Juan. Todos saltaban, aplaudían y reían como cuando España ganó los mundiales de futbol, mientras Juan esposado en la butaca ni les veía. Solo podía mirar la pantalla de televisión, donde el realizador del programa se centró en la emocionada y llorosa ganadora abrazada a su

primo Tomi. Sin poder demostrar su orgullo, Juan la vio saludar hecha un manojo de nervios a todos los que estaban sentados a su lado. Entre ellos reconoció a su padre, el gran Steven Rice. Ella le dio un rápido beso en la mejilla y este sonrió. Un minuto después, la flamante ganadora del Oscar a la mejor actriz, con su impresionante vestido de plumas negro subió al escenario en busca de su premio.

— ¡Callaos leches! que va a hablar el gorrioncillo.

— Sube el volumen —pidió Manuel y arrancando de un tirón la cinta de la boca de su hijo le dijo— : Juan tradúcenos todo lo que diga.

Durante unos segundos, Noelia habló en inglés y Juan hipnotizado comenzó a traducir. Entre lágrimas y risas Noelia dio las gracias al director de la película por darle le oportunidad de interpretar aquel papel, a sus compañeros, a todo el equipo y a su padre. Las cámaras de televisión enfocaron Steven Rice quien asintió y sonrió tras su fría estampa. Las cámaras volvieron a enfocar a la emocionada ganadora y esta, buscando la que tenia encendido el piloto rojo, la miro y, en perfecto español, dijo sin importarle las personas que estaban a su alrededor:

— Este premio también se lo quiero dedicar a una maravillosa familia que conocí en un encantador pueblecito de España, llamado Sigüenza…

Al escuchar aquellos todos aplaudieron y Almudena divertida soltó:

— Aisss ya no solo conocerán Alcobendas por Penélope. Ahora gracias a nuestra Noelia medio planeta sabe que existe un pueblo en España llamado Sigüenza.

— Psss calla que sigue… — apremió Irene emocionada, mientras Noelia decía.

— Gracias a todos vosotros por ser como sois y haberme demostrado el cariño que me tenéis. Quiero que sepáis que os voy a querer hoy, mañana y siempre a todos — recalcó aquella última palabra con los ojos llorosos mientras la gente aplaudía— . Soy actriz. Me enorgullezco de ser actriz. Me gusta interpretar distintos papeles para hacer llorar, reír, emocionar, en definitiva, hacer soñar. Y aunque suene a utopía lo que voy a decir, me gustaría que alguna vez mi vida tuviera un final de película y ser yo la que soñara. — El público aplaudió y ella mirando a cámara añadió— : Aunque si les soy sincera una vez soñé. Conocí a un hombre especial, maravilloso e inolvidable que con sus miradas y su cariño consiguió que lo irreal se volviera real y que lo impensable, durante un corto espacio de tiempo fuera perfecto, maravilloso y posible. Gracias a él, atesoro en mi corazón bonitos recuerdos que nunca, nunca olvidaré.

Dichas esas palabras, la actriz, tremendamente emocionada dejó de mirar a la cámara, sonrió a todos los presentes del teatro Kodak y desapareció tras el decorado en medio de una clamorosa ovación.

En ese momento, todos, incluida la propia *Senda*, miraron con detenimiento a Juan que continuaba con la mirada fija en el televisor, alucinado y pasmado. Lo que aquella mujer acababa de hacer era la mayor muestra publica de amor que había visto nunca y el protagonista ¡era el!

Vaya… pensó aturdido.

— Juanito hermoso reacciona — gritó el abuelo Goyo— . Que el gorrioncillo te quiere. O como dicen en su tierra *te aisloviu*.

— Ay Dios… que momentazo — suspiró Menchu todavía sorprendida.

— … momentazo pero de los que se recordaran toda la vida — asintió Eva boquiabierta, consciente de que la prensa estaría a las puertas de la casa de su hermano en pocas horas.

— En vivo y en directo ha declaro su amor hacia ti ¡qué bonito! Y qué romántico ooooooo — añadió Irene.

Emocionada por lo que acababan de presenciar Almudena miró a su hermano y dijo.

— Juan, ella te quiere por quien eres. El resto no le importa. Solo le importas tú. ¿No te das cuenta?

Laura abrazándose a su marido Carlos le miró amorosa.

— Ay *churri* ¿tú me quieres tanto?

— Más… tesoro. Yo te quiero más — respondió encantado.

Lucas, que estaba tan sorprendido como el resto, al escuchar los comentarios romanticones de las féminas las miró y dijo:

— Mira que os gustan estas gilipolleces románticas a las mujeres.

— Ni que lo digas — asintió Damián divertido observando la cara de tontorrona de Eva.

La cabeza de Juan no paraba de dar vueltas mientras intentaba centrarse en lo ocurrido. Noelia, su Noelia, le acababa de hacer una declaración de amor en toda regla sin importarle absolutamente nada. Solo él.

— Esta muchacha nunca dejará de sorprenderme — rio Manuel emocionado por lo que aquella jovencita había hecho ante medio mundo y en especial, al ver a su hijo tan bloqueado.

— Joder… ¡pero que suerte tiene este tío feo! — se mofó Lucas— . Si no hubiera sido por ti, estoy casi seguro que ella hubiera hecho eso por mi.

— *Mariliendre* no alucines, que tú no eres él

— se mofó Carlos.

— ¡Soltadme! — consiguió decir Juan.

— Vale — asintió Eva— Pero antes de que la líes parda déjame decirte que lo único que queríamos era que vieras lo que has visto porque tenías que verlo. Ayer cuando hablé con Tomi me dijo que…

— Soltadme ya — repitió lentamente.

— Oye Juan — dijo Irene al ver el gesto de su hermano— . Haz el favor de comportarte y no liarte a guantazos con ninguno de los presentes o te juro…

— ¡Soltadme de una puñetera vez! — insistió con voz grave.

Al escuchar aquel tono de voz, Manuel retiró a sus hijas hacia atrás, se encaró a él y dijo:

— Ahora mismo Juan, pero tranquilito eh…

— Papá estoy muy tranquilito — asintió este.

Lucas, Damián y Carlos se agruparon dispuestos a defenderse de su ataque. Su mirada lo decía todo. Aquella mirada oscura delataba enfado y brutalidad. Entonces Carlos le tiró a Manuel la llave con la que abrir las esposas, y este procedió. Dos segundos después, ya liberado, Juan se levantó, anduvo hacia sus compañeros y dijo con voz áspera:

— Esta os la guardo a los tres.

— ¡Qué emoción! — se guaseó Carlos.

— Uisss ¡qué nervios! — murmuró Damián.

— Acojonado estoy — se mofó Lucas ganándose una seria mirada por parte de todas las mujeres.

— ¿Pero estáis gilipollas o qué? — vociferó aquel al escucharles.

— Ay Juanito no te pongas así, hermoso — murmuró el abuelo Goyo.

— Juan… Juan… — dijo Almudena interponiéndose entre aquellos titanes y su hermano— , no te enfades con ellos porque fuimos nosotras quienes les obligamos a que te cogieran

por la fuerza y te esposaran al butacón.

Al escucharla, la miró y apartándola hacia un lado, se acercó intimidatoriamente a Carlos, que no se movió ni un ápice, y a un palmo de su cara murmuro:

— *Churri*, vete comprando la pamela porque la vas a necesitar.

Carlos, al ver sonreír a su amigo, le abrazó. Por fin había quitado el freno de mano. Todos a su alrededor más relajados comenzaron a reír y Juan con las pulsaciones a mil, miró a su hermana Eva y dijo:

— Necesito dos cosas, urgentemente.

— A sus órdenes. Usted dirá *Xman* — se mofó está cuadrándose delante de él.

— La primera: búscame en tu maravilloso portátil nuevo, un billete de avión para Los Angeles.

Todos aplaudieron.

— ¿Y la segunda? — preguntó Eva emocionada.

— Que me des el teléfono móvil de Tomi. Tengo que hablar con él — y mirándoles a todos sentenció — : Me voy a por Noelia para traerla a su casa.

— ¡Olé por mi nieto! — gritó el abuelo Goyo encantado.

— Así se habla muchacho — aplaudió Manuel mientras todos alborozados sonreían. Juan, por primera vez en varios meses, volvía a sentir que le latía el corazón de emoción.

63

A las nueve y media de la noche del veintiocho de febrero, Juan aterrizó en el aeropuerto internacional de Los Angeles, más conocido como LAX. Una vez recogió su pequeña maleta, usó sus contactos como policía y logró salir por un lateral del aeropuerto para esquivar a la posible prensa. Su hermana ya le había avisado que a las puertas de su casa ya había más de una docena reporteros y en aquel aeropuerto también era muy posible que hubiera prensa. Cansado pero feliz, llamó a Tomi para indicarle dónde podía recogerle. Cuando este por fin llegó, gritó al verle:

— Por el amor de Diorrrrrrrr el *Xman* de mis más morbosos sueños ya está aquí.

Emocionados, se fundieron en un candoroso abrazo:

— Te he echado de menos Tomi.

— ¿Qué me estás contando *divine* mío?

— Lo que oyes — sonrió Juan.

Encantado por aquel comentario, el joven se acercó a él y le guiñó un ojo, arrancándole una carcajada.

— A mi no me digas eso que rápidamente me emociono *my love*. Y mi *crazy* cabecita comienza a pensar en que viniste por mí y no por ella.

— Siento decepcionarte pero…

— Lo sé… lo sé… no seas cruel — río aquel.

Entre bromas se encaminaron hacia el coche con el que Tomi había venido a recogerle.

— Menos mal que has venido para solucionar esto de una vez por todas. Si llegas a tardar más creo que hubiera salido en el New York Times por asesinato — le dijo Tomi colgándose de su brazo.

— ¿Por qué?

— Noelia se ha vuelto loca.

— ¡¿Loca?! — preguntó preocupado.

— No para de comer galletas Oreo, escuchar la horrorosa música que a ti te gusta y encima ha engordado dos kilos. ¡Dos!

— ¿Y eso es malo? —rio Juan divertido al imaginarla escuchando a AC/DC.

— ¡Es terrible! Mi *queen* no debe continuar comiendo así. Y tras ganar ayer el Oscar ¡ya ni te cuento cómo llora!

— No te preocupes, yo haré que deje de llorar.

— ¡¿Cómo no me voy a preocupar?!... ella es mi vida,

— Y la mía Tomi... y la mía —asintió Juan emocionándole.

Sin tiempo que perder, llegaron hasta un reluciente Porsche rojo y tras meter su pequeña maleta en el pequeño maletero Juan murmuró:

— Joder macho ¿este pedazo de cochazo es tuyo?

— Uiss... me encanta lo de macho. Me hace sentir fuerte y poderoso —se mofó y tirándole las llaves aclaró—: En cuanto al coche es de la *queen* y toma, conduce tú.

— Sin problema —asintió encantado y tras montarse murmuró—. Bueno, indícame donde está y vayamos a verla.

Tomi, con cara de circunstancias, le miró, se toco el pelo, después se alisó el pantalón blanco y tras quitarle una pelusilla a Juan de la camisa oscura dijo:

— A ver *my love*, como te explico yo esto sin que parezca terrible. — Juan frunció el ceño y este prosiguió— . Ella ha estado muy triste desde que regresamos primero de *Spain* y luego de Tokio y ¡*oh my God*! solo comía galletas Oreo…

— ¿Dónde está? — exigió Juan al notar como aquel daba rodeos.

— A estas horas, y como anoche ganó el Oscar, debe estar en una fiesta en casa del guapísimo Anthony Wellinford y…

— ¡¿Y?!

— Pues que el bellezón de Anthony bebe los vientos por ella y al aceptar mi *queen* su invitación, estoy seguro de que intentará algo más que una copa y… — al ver que Juan daba un golpe al volante Tomi gritó— . A ver *Xman* ¿qué esperabas? que guardara luto por ti toda su *life*. Además, tú no querías que yo le dijera que venias.

Arrancando el coche, Juan lo miró y dijo en tono tenso:

— Guíame hasta la casa de ese Anthony.

En su alocada carrera por llegar a aquel lugar Tomi no paró de parlotear, pero a excepción de las indicaciones que aquel le daba, Juan no escuchaba más. Solo quería llegar hasta ella, mirarla y saber que todo se podría solucionar. Cuando aparcaron, el coche frente a una preciosa casa en Beverly Hills Juan se bajó y siguió a Tomi hasta la entrada con determinación.

En el interior de aquel lujoso hogar, cientos de personas reían y bailaban al son de la música. Avanzó entre la multitud en busca de ella, pero no la vio. Se cruzó con varias parejas que, sin ningún tipo de pudor, se besaban desaforadamente sobre unos sillones de cuero blanco, eso le preocupó. Imaginarse a Noelia en aquella situación con el tal Anthony hizo que su mandíbula se tensara y maldijera.

Al llegar a un lateral del salón barrió con la mirada la estancia y, cuando la localizó, se le cortó la respiración. Allí estaba ella. Vestida con un sensual vestido rojo, con una abertura lateral que le llegaba hasta su torneado muslo por donde se podía admirar su estilizada y larga pierna. Sin ser consciente de que era observada, Noelia sonrió a un joven moreno y le invitó a bailar. Segundos después, ella movía sus caderas al ritmo de la música.

Tomi, al ver como Juan maldecía y tensaba la mandíbula le agarró del brazo.

—Vamos a ver *Xman*. Ella cree que tú no quieres saber nada de ella. ¿Qué esperabas?

Sin quitarle la vista de encima, Juan suspiró. Tomi tenía razón. Él había sido cruel con ella y era normal que intentara rehacer su vida. Pero una cosa era que lo intentara y otra que él fuera testigo de cómo aquel imbécil con cara niño le besaba el cuello allí mismo sin que él hiciera nada por evitarlo.

Deseó ir hasta ella. Llevársela con premura a algún sitio donde pudieran estar a solas, arrancarle aquel vestido rojo y hacerle con verdadera pasión el amor. Así estuvo cinco minutos hasta que ya no pudo mas y a codazos, se abrió camino hasta ella, que al verle aparecer se quedó paralizada y blanca como la cera. ¿Qué hacía Juan allí?

Sin dejarla decir nada, y a sabiendas de que no debía hacerlo, Juan la atrajo hasta él y la besó reclamando su boca con urgencia y pasión. Aquel beso y su vehemencia dejaron a Noelia sin fuerzas y cuando sintió que él se separaba unos milímetros aprovechó para empujarle y gritar.

—¿Qué estás haciendo? —al ver que él no respondía se puso las manos en las caderas y al ver a su primo gritó—: ¿Por qué le has traído

aquí?

— Aisss *queen* no te enfades. Él me pidió verte y yo no pude decir que noooo.

Bloqueado todavía por lo que había sentido al devorarle la boca, Juan la cogió del brazo y, dando un tirón de ella, dijo:

— Vámonos. Tengo que hablar contigo.

Incrédula, se soltó de su mano y vociferó al sentir que Anthony se acercaba a ella por detrás:

— No… yo no tengo nada que hablar contigo.

Ver como aquel tipo con cara de niño posaba sus manos sobre la cintura de Noelia hizo que a Juan le subiera la rabia hasta el pecho.

— Tú y yo tenemos que hablar. Ven conmigo.

Anthony, al escuchar aquello, se interpuso entre los dos dejando a Noelia a su espalda y encarándose a Juan.

— Esta es mi casa y yo no te he invitado. Por lo tanto, o sales tú solo o haré que te echen.

— Noelia ven conmigo — exigió aquel.

— Ella no va a ir a ningún sitio. Está conmigo y no va a moverse de aquí ¿entendido? — siseó el guaperas acercándose a aquel más de lo normal.

Juan no le escuchó. Intentaba contactar con los ojos de Noelia, algo que ella no le permitía y al sentir sobre su hombro la mano de aquel guaperas, le dio rienda suelta a su furia.

Le lanzó un derechazo y milésimas de segundo después aquel estaba espatarrado en el suelo para sorpresa de todos. Noelia se agacho a ayudar a Anthony y tras comprobar que estaba bien le dio un empujón a Juan y gritó:

— Fuera de aquí. Fuera de mi vida. No quiero saber nada de ti. No me interesan las personas como tú ¿pero tú que te has creído? ¿Que eres indispensable en mi vida? ¿Acaso crees que puedes entrar y salir a tu antojo? — Sentir su oscura mirada se le resecó la boca y finalmente murmuró — : Tú y yo ya no tenemos nada que ver. Todo quedó claro en tu último mensaje. ¡Vete!

Sabía que se merecía aquel golpe bajo pero incapaz de dar su brazo a torcer insistió:

—Tengo que hablar contigo cielo. Dame un segundo, solo un…

—No. No voy a darte ni un segundo más de mi tiempo porque no te lo mereces. —Y, mirando a su aturdido primo, gritó—: Tomi, sácalo de aquí si no quieres que llame a seguridad y se meta en un buen lío.

Juan intentó zafarse de la mano de Tomi, pero al ver que ella se daba la vuelta y comenzaba a atender al joven al que él había golpeado se sintió mal. No solo por lo que había hecho, si no por cómo Noelia le había hablado. Finalmente, al ver como todo el mundo en la fiesta le miraba, decidió desaparecer de allí sin mirar atrás. Lo que no pudo ver fueron los ojos de Noelia plagados de lágrimas.

64

A día siguiente, tras pasar la noche en la bonita casa de Beverly Hills de Tomi, Juan comía algo mientras miraba por la ventana. Eran las cuatro de la tarde, no había pegado ojo y estaba cansado, pero su cabeza no le dejaba descansar. Pensó en coger el primer avión de regreso a España, pero algo en él no le permitía rendirse. Tenía que volver a intentarlo y cuando Tomi entró por la puerta de la calle le miró y preguntó:

— ¿La has visto?

El joven se sirvió un café, se sentó frente a él y resopló.

— Sí... y le he prometido que te metería en el primer avión con destino a *Spain*.

— Sabes que eso no va a ser posible ¿verdad?

Tras dar un sorbo a su café y poner los ojos en blanco Tomi con un gracioso gesto murmuró:

— No esperaba menos de ti *divine*.

Por primera vez desde la noche anterior Juan sonrió.

— Ella está en su *house* viendo por vigésima vez *West Side Story*.

— ¿Viendo qué? — preguntó sorprendido Juan.

— *West Side Story* — y al ver su cara aclaró— : Conoces esa película ¿verdad?

Juan suspiró y negó con la cabeza. No la conocía pero sí recordaba haber oído a Noelia hablar sobre aquella película.

— *Oh my God*. Esto sí que es terrible, mira que no conocer una de las maravillas del cine americano. Imperdonable.

— Lo siento, pero el cine no es lo mío — se disculpó Juan— . ¿Que tiene de especial esa película para que ella la vea tantas voces?

— Es la película que se pone siempre que está triste o deprimida, es la historia de Romeo y Julieta

pero entre estadounidenses de origen irlandés e inmigrantes puertorriqueños. Los Sharks contra los jets. Un amor imposible que termina en tragedia como en el argumento de Willian Skakespeare. ¿De verdad que no sabes de qué hablo?

— Pues no — insistió juan.

Tomi incapaz de creer que no supiera sobre lo que hablaba comenzó a cantar:

I like to be in AMERICA!
Okay by me in AMERICA!
Everything free in AMERICA!
For a small fee in AMERICAAAAAA!

— ¿En serio que nunca has oído *this* canción?

Juan asintió. Si que había oído esa canción. Ya sabía a que película se refería y mirándole preguntó conteniendo el aliento.

— ¿Regresó sola a casa anoche?

— Sí *my love* — Juan respiró— . Según me ha contado mi amigo Lionel que estaba en la fiesta, cuando nos fuimos nosotros ella se también se marchó… sola y *very… very* enfadada. Y yo que vengo de su casa he comprobado que ha dado unos días libres al servicio para poder estar tranquila y llorar por las esquinas sin que nadie la vea. *Oh my God* cuanto sufre mi *queen*.

Aquella información hizo que Juan suspirara aliviado. El saber que había regresado a casa sola, sin aquel guaperas le reconfortó, pero sabedor de que ella no se lo pondría fácil miró al Tomi y añadió:

— Solo dime una cosa más.

— ¿El qué?

— Lo que dijo el otro día en los Oscar ¿es verdad?

Emocionado por recordar aquel momento, Tomi gimió y tras retener el temblor de su barbilla respondió.

— Te quiere más que a su *life*...

Segundos después y guiado por Tomi, un desafiante Juan fue en busca de su vida. De Noelia.

65

En el interior de la preciosa casa de la actriz Estela Ponce, el silencio reinaba y solo era roto por la banda sonora de la película *West Side Story*.

Tumbada en su enorme sofá del salón y vestida con un pijama blanco Noelia, a oscuras, veía aquella maravillosa película mientras comía galletas Oreo y lloraba a moco tendido. Tanto la el tema que Leonard Bernstein creó para esa película como la historia de la misma siempre la habían cautivado.

Sobre la mesita de centro que tenía enfrente había cinco cosas: una caja de Kleenex, su Oscar, una bolsa enorme de galletas Oreo casi vacía, una botella de agua y un vaso. Alargando la mano cogió un Kleenex y se sonó la nariz. Después dio un trago de agua y, finalmente, y ante nuevos sollozos provocados al ver a María, la prota de la película, sufrir, cogió una galleta Oreo la mordisqueó y gimoteó:

— Ay Dios… que ya vas a morir… que vas a morirrrrrrrrrrr.

Tomi y Juan que habían entrado sin hacer mido por la puerta de la cocina, llegaron hasta el salón sin que ella notase su presencia.

— Por el amor de *mi life*. La está viendo otra vez — murmuró Tomi.

Juan apenas miraba la pantalla. Solo quería ver a Noelia, ya que en ese momento solo podía escuchar su voz.

— Yo me voy. Os dejo solos — cuchicheó Tomi y tendiéndole algo dijo — : Toma lo que me pediste y ahora como diría el abuelo Goyo ¡Suerte y al toro!

Tras enseñarle los pulgares de ambas manos en señal de buena suerte, el joven se marchó por

donde había llegado. Durante más de diez minutos Juan estuvo escondido entre las sombras sin saber qué decir, ni qué hacer. Había pensado lanías cosas durante aquellas ultimas horas, que cuando llegó el momento de expresarlas apenas si podía reaccionar. De pronto la observó levantarse y dirigirse hacia una mesa grande de donde cogió un nuevo paquete de galletas. El corazón le comenzó a palpitar con fuerza. Escondido en la oscuridad la vio moverse por el salón a oscuras hasta que se sentó despreocupadamente sobre el respaldo del sillón.

— Oh Dios… no quiero verlo… no quiero verlooooooooo.

Confundido por lo que ella decía y por la intensidad de la música, la vio escurrirse por el respaldo del sillón y en el momento álgido de la película gritar entre sollozos:

— ¿Por qué te tienes que morirrrrrrrr? ¿Por quéeeeeeeee?

Asustado por sus sollozos, Juan salió de las sombras dispuesto a consolarla. Ella al sentir una presencia se asustó, se levantó a oscuras, cogió la botella de cristal y la lanzó contra su oponente. Se escuchó un golpe, una blasfemia y el cristal caer al suelo y hacerse añicos. Sin perder un segundo, la joven lanzó también el vaso y cuando iba a tirar el Oscar escuchó:

— ¡*Canija*… para que soy yo!

Esa palabra. Esa voz, le hicieron parar de golpe. Se agachó y cogió un mando. Presionó un botón y se quedó sin palabras al encenderse la luz y descubrir que quien estaba ante ella empapado de agua era él, tan impresionantemente atractivo como siempre.

Deseo correr hacia él y abrazarle, pero sus pies parecían clavados al suelo. Todavía recordaba lo que había sucedido la noche anterior en casa de

Anthony, y las terribles cosas que él le dejó en el contestador de su móvil y eso no pensaba perdonárselo. Sin dejar de mirarle, agarró el Oscar con

seguridad entre sus manos y se puso tras el sillón para mantener las distancias con él.

— ¿Cómo has entrado?

— Cielo… escúchame.

— ¿Qué haces aquí? Le dije a Tomi que no quería verle ¡Fuera de mi casa! — gritó con gesto hosco.

Juan, que gracias a la luz por fin podía ver el rostro de Noelia, sintió deseos de abrazarla, estaba preciosa con aquel pijama, el pelo desgreñado y la boca sucia de migas de las galletas Oreo. Pero su actitud combativa y la tensión que reflejaban sus movimientos le indicaron cautela.

— Lo primero de todo *cielo*, baja el Oscar y…

— ¡No me llames *cielo*! Ni *canija*… ni nada — vociferó muy enfadada.

— Vale… de acuerdo — asintió acercándose a ella despacio.

— No quiero que estés aquí. No quiero verte. No quiero necesitarte. No quiero quererte. Solo quiero que te vayas y desaparezcas por dónde has venido o te juro que lo vas a lamentar.

— Lo siento, pero no puedo hacer nada de eso, porque he venido a por ti.

— ¿A por mi? ¿Te has vuelto loco?

Juan sonrió y al ver como ella resoplaba asintió y dijo:

— Sí… estoy completamente loco por ti.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Noelia intentó centrarse. Ante ella estaba el hombre al que amaba, pero que también le había partido el corazón con sus palabras, y cambiando el peso de un pie al otro gritó:

— ¡Me dejaste muy claro lo que sentías hacía mi! En tu mensaje me dijiste que me odiabas. Que yo era la peor persona del mundo. Me dijiste que…

— Siento todo lo que dije. Me arrepiento de

haberte enviado ese maldito mensaje cuando lo que realmente tenía que haber dicho era que te quería. Que volvieras conmigo. Que no podía vivir sin ti, que el único problema en nuestra relación era yo con mis continuos miedos hacia ti y tu profesión, —al ver que ella bajaba el Oscar continuó—: Esperé tu llamada. Tu respuesta. Tu enfado. Tú siempre te jactas de decir la última palabra ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no me insultaste? ¿Porqué?

—Porque no quería hacerte más daño del que ya te había hecho Juan —gimió cogiendo un kleenex de la mesa— ... por eso no te llamé.

—Sé que las cosas que me dijiste aquel día no las sentías. Lo hiciste para que yo te odiara y me alejara de ti ¿verdad?

Ella no respondió y el insistió:

—La mujer que yo conocí, nunca me hubiera dicho que yo no podría seguir su ritmo de vida porque nunca ha sido una clasista. La mujer que yo conocí no tenía enamoramientos caprichosos porque ama de verdad y selecciona muy bien a quien querer. Pero tú, como buena actriz, dentro de mi furia aquel día conseguiste engañarme. La mujer que habló y dijo cosas terribles fue Estela Ponce. Escondiste a Noelia y su sensibilidad y me diste lo que yo, en cierto modo, me merecía escuchar ¿verdad *canija*? Y por favor, no me mientas.

Boquiabierta por escuchar aquello murmuró:

—Yo... yo te quería, te adoraba por ser como eras, por mirarme como me mirabas, por reírte conmigo por lo mal que cocino, pero...

—*Canija* ven...

— No.

— Ven cielo…

— No —gruñó ella—. Hemos tenido dos oportunidades para darnos cuenta que lo nuestro no puede funcionar. Somos demasiado diferentes. Nuestros mundos son demasiado dispares y… y… a mí me gusta ser actriz, ¡quiero ser actriz! Tanto como a ti te gusta ser un geo español. Tú no soportas que yo bese a otros por exigencias del guión, y yo no soporto que te juegues la vida cada vez que sales de casa y te diriges a alguno de esos peligrosos operativos. Además, está la prensa y sus continuos cotilleos y…

— ¿Y?

Sorprendida por aquella pregunta y cada vez más aturdida por cómo la miraba, se retiró su rubio pelo de la cara y aclaró:

— Pues que yo no puedo ofrecerte lo que tú necesitas por que mi mundo está plagado de cámaras, fotos, indiscreción, preguntas y…

— Ven *cielo*…

— No… escúchame —exigió ella—. Tú adoras tu anonimato, tu tranquilidad y yo no puedo darte eso. La prensa, ellos…

— Les miraremos y les diremos eso de: ¿Y a ti que te un porta?

Noelia sonrió, pero segundos después cambio su gesto.

— Por favor vete. No lo hagas más difícil.

Pero Juan no se movió y clavando su oscura mirada en ella dijo.

— Vi la entrega de los Oscar y creí entender que sentías algo por mí.

Asombrada porque él hubiera escuchado su breve discurso, tragó el nudo de emociones que tenía atascado en la garganta y cogiendo otro nuevo kleenex se sonó la nariz.

— ¿Vista la entrega de premios? —él asintió y

ella bajando sus defensas cerró los ojos y dijo—: Oh Dios... soy patética ¡patética!

—Mi sueño eres tú —insistió acercándose a ella—, Y voy a luchar por ti, quieras o no. Y si hoy no me crees, mañana te buscaré y volveré a decirte que te quiero para que te des cuenta que soy real y que quiero hacer todos tus sueños realidad. Y si mañana sigues sin creerme, te seguiré como tú hiciste conmigo en Sigüenza hasta que conseguiste que no pudiera vivir sin ti.

—No sé por qué dije aquello... —murmuró confundida por las cosas tan bonitas que Juan le decía—. Estaba tan feliz por haber ganado el Oscar que... que se me fue la lengua como a Tomi y ¡oh Diosss!

Aquel descuido fue el que Juan aprovechó para acercarse a ella, quitarle el Oscar de las manos y abrazarla. Sin tacones aún era más pequeña de lo que recordaba y al aspirar el perfume de su pelo y su piel sonrió. Por primera vez en aquellos duros meses, su cuerpo sintió que estaba donde tenía que estar. Con ella. Durante unos segundos permanecieron callados y abrazados.

—Escúchame, *cielo* —ella le miró—. En España se dice que a la tercera va la vencida y esta vez le prometo que nada nos va a separar. Te quiero, me quieres y juntos vamos a encontrar la mejor opción para que podamos vivir y ser felices desempeñando nuestros trabajos.

—Vaya...

—Si. Vaya. —sonrió mirándola.

Tras darle un rápido beso, se arrodilló ante ella y con un gesto que a la joven no se le olvidaría en su vida, murmuró mientras le ataba en la muñeca una nueva cinta de cuero de todo incluido:

— Sé que he sido un idiota por no darme cuenta que tú siempre has sido Noelia conmigo y con los míos — prosiguió él con seguridad—. Sé que la vida no es de color de rosa como tú en ocasiones te empeñas en pintarla — ella sonrió—. Pero me he dado cuenta que tampoco es de color gris como yo muchas veces me empeño en verla. Nunca he creído en el romanticismo, ni en el amor, ni en los finales felices hasta que te conocí a ti, y tú, canija, desbarataste mi vida y yo me he enamorado de ti como un loco.

— Ay Dios… — murmuró emocionada.

— Si me das la oportunidad de poder mostrarte cuánto te quiero y enmendar todos mis errores, prometo que te voy a cuidar, te voy a mimar, voy a enfadarme contigo cuando dejes a *Senda* subir en la cama, voy a besarte cada mañana y cada noche cuando regrese de trabajar, te voy a apoyar en tu carrera como actriz y, sobre todo y ante todo, prometo hacerte tan feliz que nunca querrás separarte de mi.

Boquiabierta por aquella preciosa declaración de amor, sintió que él le ponía un anillo en un dedo. Al ver de qué se trataba ella sonrió. Juan le había puesto el horroroso anillo de dados que diez años atrás se pusieron ante un juez vestido de Elvis Presley en Las Vegas.

— ¿De dónde los has sacado? — al ver que él sonreía, ella murmuró— … Tomi.

— Sí… gracias a él, he podido llegar a ti — y mirándola con auténtica adoración susurró—: Recordé que me dijiste que guardabas estos anillos en un joyero de tu habitación corno tu seguro de vida — ella sonrió—, y perdóname, pero tu seguro lo estoy utilizando yo para conquistarte de nuevo.

Conmovida, emocionada y más feliz que en toda su vida Noelia miró lo que él le había puesto

en la mano y susurro divertida:

— Es horrible. Mas feo no puede ser.

— Lo se preciosa, pero yo te compraré el que tú quieras.

— ¡¿El que quiera?!

Al entender aquella mofa, Juan sonrió y dijo:

— *Estrellita*, empeñaré mi alma al diablo, si es necesario, para darle a la mujer que amo el anillo que se merece. — Y aún con la rodilla clavada al suelo preguntó con voz ronca por la emoción—. ¿Quieres casarte conmigo?

Con el corazón latiéndole a mil por hora y emocionada por aquel bonito final de película ella cerró los ojos y respondió:

— Si, *Xman*. Por supuesto que quiero casarme contigo.

Epílogo

Meses después…

La vida, para el geo español y la actriz de Hollywood, nunca volvió a ser la que era. Cuando se confirmó su romance la prensa se volvió loca. Todos querían información. Pero fue Eva, la hermana de Juan, quien animada por los protagonistas de la historia, les hizo una entrevista con fotos y firmó la exclusiva. Aquel magnífico reportaje, y ser la cuñada de una de las mujeres más queridas de Hollywood, reportaron a Eva un buen trabajo en una agencia de noticias y mucha credibilidad.

La boda se celebró en julio, en la catedral de Santa María de Sigüenza, y esta vez la actriz sí que pudo reservar todo el parador. Manuel, el abuelo Goyo, Tomi, las hermanas y los compañeros de Juan estaban felices por el acontecimiento. Aquella era una verdadera boda por amor y eso era lo que importaba.

En el parador se alojaron los invitados. Actores y directores venidos de todo el mundo saludaban a las personas y a la prensa que copaba las calles a su paso. Solo faltaron Steven Rice y su mujer. Su padre, por una vez en su vida, no se comportó como un hipócrita y se negó a acudir a una boda que no aprobaba. Aquella noticia sorprendió a todo el mundo excepto a la novia, quien encogiéndose de hombros, aceptó su negativa a acudir al evento. Así habían sido siempre las cosas con su avinagrado padre y así lo seguirían siendo.

Tomi actuó como padrino de boda y Rocío, la sobrina de Juan, como madrina. Fue una boda maravillosa donde lodos fueron felices e incluso comieron perdices, los novios estaban guapísimos y Sigüenza, por unos días, se convirtió en la

capital del mundo. El enlace entre la estrella de cine Estela Ponce y el policía español, fue la gran noticia del año y copó todos los noticieros.

En septiembre, Noelia tuvo que marcharse a Los Angeles. Tenia una película que rodar y el trato era que ambos continuarían con sus vidas y así lo hicieron. Pasó octubre, noviembre y con diciembre regresó Noelia.

Juan, nervioso y deseoso por ver a su mujer, llegó al aeropuerto de Barajas acompañado por varios de sus amigos. En aquel tiempo había aprendido cómo funcionaba la prensa y sabía que aquella mañana, en el aeropuerto, necesitaría a sus colegas.

Durante la espera, rio con Lucas, Damián y Carlos, y aunque parecía relajado, por dentro estaba como un flan. El hombre autosuficiente y que siempre había controlado su vida, se deshacía al pensar en la joven que tenía que salir por aquella puerta de un momento a otro. La había añorado cada segundo del día y de la noche y aunque había hablado con ella todos los días por teléfono o enviado cientos de correos electrónicos, ella por fin iba a regresar a casa. Su casa.

Los periodistas, al ver a Juan llegar a la terminal 4, le rodearon y comenzaron con sus incesantes y a veces impertinentes preguntas. Con paciencia, Lucas y los demás se los quitaron de encima al tiempo que aprovechaban para ligar con alguna que otra reportera. Las preguntas seguían poniendo muy nervioso a Juan. ¿Cómo podían ser tan indiscretos? Pero con humor y paciencia aguantó estoicamente el momento. Por su mujer era capaz de soportar lo que fuera. Ella se lo merecía.

Emocionado por ver a su *canija*, portaba en su mano un bonito ramo de flores multicolores mientras observaba con las pulsaciones a mil

cómo la puerta de salida de pasajeros se abría y cerraba. Aquel encuentro era muy especial, y solo los dos sabían el porqué. Con curiosidad disfrutó y observó como la gente, al ver llegar a sus seres queridos, sonreía para luego abrazarse, algo que él estaba deseando de hacer.

Diez minutos, después la puerta se abrió, y allí estaba ella.

Tan preciosa como siempre vestida con unos vaqueros, una camisa blanca y su bonito pelo cayéndole sobre los hombros.

Sus miradas se encontraron y sin importarles los continuos flashes y los cientos de ojos que los observaban, corrieron a su encuentro para besarse. Por fin… Durante unos segundos se besaron sin hablarse, hasta que Juan separándose unos milímetros de ella murmuró.

— Hola *canija*. Te he echado mucho de menos.

— Hola *cielo* — sonrió ella feliz.

Sin separarse ni dejar de demostrar el amor que sentían a pesar de los cientos de flashes y de las miradas indiscretas de todo aquel que reconocía a la actriz Estela Ponce, Juan preguntó entre susurros:

— ¿Cómo está mi preciosa mujercita?

— Deseando verte — asintió encantada. Y, separándose de él, preguntó dándose una vuelta para que la observara — : ¿Cómo me ves?

Recorriendo su cuerpo con verdadera pasión, Juan suspiró.

— Maravillosa — y tras abrazarla para deleite de los fotógrafos le murmuró al oído — . ¿Te encuentras bien cariño?

Ella asintió. Hacía dos meses que sabía que estaba embarazada y nadie, a excepción de él, conocía la noticia. Era su secreto y esperaban que así fuera durante algún tiempo más.

El barullo que se organizó a su alrededor era tremendo. Fotógrafos, pasajeros y periodistas intentaban acercarse a ellos, a pesar de que Lucas, Damián y Carlos se lo impedían. Les protegían.

Tras muchos empujones y cientos de preguntas sobre sus vidas, caminaron hacia el aparcamiento

cogidos de la mano. El mundo no existía. Solo existían ellos dos y sus ganas de demostrarse su amor. Cuando llegaron al aparcamiento, era tal la nube de periodistas que les rodeaban, que Noelia y levantando la mano dijo mirando con una sonrisa a todos aquellos:

— De acuerdo… de acuerdo, contestaré a algunas preguntas. Pero recuerden, ni mi marido, ni sus amigos responderán a nada de lo que se les pregunten por su trabajo ¿entendido?

— La artista es ella —añadió Lucas haciendo reír a todos.

Juan, tras soltarla a regañadientes de la mano, metió las maletas en el coche y antes de que comenzaran a preguntar los periodistas, se acercó a ella y acercándose a su oído le preguntó.

— ¿Estás segura *cielo*?

Ella asintió. Conocía cómo funcionaba aquello y lo mejor era responder a algunas preguntas y así todos quedarían contentos.

— Estela ¿cuánto tiempo tiene pensado quedarse de nuevo en España?

— Varios meses. No sé si serán tres o siete… pero de momento voy a descansar. El rodaje de la película de aventuras que acabo de terminar me ha dejado agotada —respondió con una preciosa sonrisa que a Juan le hinchó de orgullo.

— La promoción de la película que acaba de rodar ¿es cierto que comenzará en España?

— Sí.

— ¿Por qué? — insistió el reportero.

Encogiéndose de hombros sonrió y respondió:

— ¿Y por qué no? Ahora vivo en España ¿por qué no comenzarla en este precioso país?

Los periodistas sonrieron por la respuesta.

— Hemos sabido que usted ha exigido a su representarte hacer menos películas al año ¿es cierto?

— Sí — asintió sorprendiendo a Juan—. Como máximo haré dos películas. El resto de mi tiempo se lo quiero dedicar a mi marido y a su maravillosa familia, que ahora es también la mía.

Aquello dejó le boquiabierto. Cuando le había comunicado lo del embarazo él no lo había exigido nada. Pero ella, una vez mas, había vuelto a sorprenderlo. Orgulloso y feliz por ver como aquella pequeñaja manejaba las cámaras y sus respuestas sonrió y se apoyó en el coche.

— ¿Es cierto que ha firmado con Miramax para hacer una película sobre la vida de la que fue primero actriz y luego princesa, Grace Kelly?

— Oh sí. El rodaje comenzará a finales del año que viene y estoy muy emocionada con ese proyecto.

Así estuvieron durante más de quince minutos. Los periodistas preguntaban y la actriz Estela Ponce escoltada por aquellos cuatro gigantes, a pesar del cansancio por el jet lag y el embarazo, respondía. Una vez se dio por terminada aquella improvisada rueda de prensa, los cuatro hombres y la actriz se montaron en el coche de Carlos mientras la prensa se alejaba.

— Hola, preciosa — saludó Lucas dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal por esos mundos?

— Genial, pero ahora que estoy aquí con vosotros, mejor — sonrió saludando con cariño a aquellos hombres que tanto la cuidaban y en especial cuidaban a su marido—. Por cierto

Carlos, espero que no te pongas nervioso, pero a tu *churri* le traigo recuerdos de Vin Diesel. Dice que se divirtió muchísimo con ella en la boda y que espera volver a verla.

— Ese alucina. A ver si al final le voy a tener que sobar los morros — se mofó Carlos divertido.

— Por cierto ¿dónde está nuestro Tomi? ¿No venía contigo? — preguntó Damián.

Noelia soltando una risotada miró a los cuatro hombres que la observaban y soltó.

— Lo siento chicos, pero está en Hawaii con su Peterman.

— Por el amor de Diorrrr — se guaseó Lucas— , ¿Nos ha cambiado por ese inglés escuchimizao?

— Os manda muchos recuerdos y me ha dicho literalmente que os diga que muere por sus *Xmen* preferidos pero que Peterman le hace vivir en las nubes y que mientras pueda no se quiere bajar.

Aquello provocó una risotada general. La amistad que Tomi había logrado con aquellos rudos hombres era magnifica, y se demostraba en el cariño y en el respeto que se tenían. Juan, que hasta el momento había permanecido callado, descoso de tener toda la atención de su mujer, la agarró de la barbilla y susurró ante todos sin importarle.

— ¿Te he dicho ya que estas preciosa y que te he echado mucho de menos cariño?

— Joderrrrrrrr qué pasteladaaaaaa — se mofó Lucas tapándose los ojos al escuchar aquello.

— Eso es amor *Mariliendre* — rio Carlos, y mirando al rudo de Lucas, señaló— : El día que llegue la mujer que te descoloque la vida, ya verás, auguro que serás el más pasteloso de todos. Recuérdalo.

— Tú lo flipas hombre — se mofó aquel al escucharle.

Sin importarles las mofas, ni los comentarios de

sus amigos, Juan atrajo a su mujer y volvió a besarla con devoción. Llevaba meses deseando hacerlo y ahora que la tenía junto a él no pensaba reprimirse. Damián que iba sentado en el asiento de atrás con ellos protestó divertido:

— Joder macho. Espera a llegar a tu casa para hacer eso. Que uno no es de piedra.

Una vez el coche se puso en marcha, entre risas y burradas, llegaron hasta el lugar donde Carlos debía introducir el ticket para salir del parking. De nuevo los periodistas rodearon el coche.

— ¿Pero qué les pasa otras vez a estos? — protestó Carlos.

Sorprendida por aquella nueva nube de periodistas, la joven actriz suspiró y, tras pedirle a su marido un segundo con la mirada, le besó y bajó la ventanilla. Dos segundos después, uno de los periodistas metió la alcachofa dentro del coche y preguntó:

— Nos acaba de decir un pasajero de su vuelo que la vio tomando hierro en las comidas ¿es posible que esté embarazada?

Juan y Noelia se miraron y sonrieron. Aquel era su mundo a partir de ahora, y tras entenderse con la mirada, ambos miraron al periodista y con una gran sonrisa respondieron justo en el momento en que la valla del parking se abría y Carlos pisaba el acelerador:

¿Y a ti qué te importa?

Gracias a todos los que, con vuestros emails y mensajes en Facebook y Twitter conseguís que yo me divierta cada día y me emocione con las cosas que me decís. Hay quien define mis novelas como quitapenas y otros decís que las debería recetar la Seguridad Social para reír. Comentarios así me llenan de orgullo y me hacen saber que consigo lo que me propongo. ¡Haceros sonreír!

También agradezco a mi familia por estar a mi lado y a la editorial Versátil por volver a confiar en mí.

Un besazo enorme a todos y recordad:

SOÑAR... ES VIVIR.